

LECTULANDIA

PH. JOSE FARMER
ROBERT SILVERBERG
URSULA K. LE GUIN
Las ruinas de mi cerebro



24
Lectulandia

El año 1973 supuso un cambio notable en la fórmula de presentación de los relatos de ciencia ficción. Hasta este año, considerados como un género menor, y con ciertas dificultades para acceder al libro, solían presentarse los relatos en revistas especializadas o publicaciones de difusión restringida. A partir de este año, convertido en algo que tiene más de ciencia que de ficción, y lastrado a menudo con una sobrecarga sociológica, el género se presenta además en forma nueva, en grandes antologías que suelen recoger, bajo la responsabilidad de un experto, lo mejor aparecido a lo largo de un año. Esta antología de Terry Carr presenta una selección de obras de este año-clave 1973, varias de ellas convertidas en auténticos clásicos como ocurre con *Las ruinas de mi cerebro*, de Ph.J. Farmer; *La muerte del Dr. Isla*, de Gene Wolfe, o *Los que se alejan de Ornelas*, de Ursula K. Le Guin.

Lectulandia

AA. VV. (Edición a cargo de Terry Carr)

Las ruinas de mi cerebro

Antologías de ciencia ficción Caralt - 24

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi 26.11.14

Título original: *The best Science Fiction of the year 3*
AA. VV. (Edición a cargo de Terry Carr), 1978
Traducción: Victoria Lentini y Octavio Freixas

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

El año 1973 presencié la aceleración de uno de los cambios más importantes en la historia de la ciencia ficción: por primera vez se la consideró un género discreto al publicarse muchos cuentos y novelitas en otras revistas además de las especializadas.

El rápido auge de las antologías del año originó ese cambio. Además de las series normales de antologías (*Orbit*, de Damon Knight; *New Dimensions*, de Robert Silverberg; *Nova*, de Harry Harrison; *Infinity*, de Robert Hoskins, la mía, *Universe*, etc.), se produjo un alud de antologías sobre temas específicos. Entre las más notables citaremos *The Alien Condition* publicada por Stephen Goldin y en España por Luis de Caralt, Editor, S. A.; *Eros in Orbit*, editada por Joseph Eider; *Astounding*, editada por Harry Harrison; *Bad Moon Rising*, por Thomas M. Disch; *Three Trips in Time and Space* y *No Mind of Man*, editada por Robert Silverberg; y un torrente de selecciones del prolífero Roger Elwood (*Future City*, fue probablemente la mejor). Yo mismo edité una titulada *An Exaltation of Stars*.

El resultado de ese cambio quedó claro el año pasado al duplicarse las publicaciones. Además, puesto que los editores de libros hicieron inversiones (de una forma financiera y humanitaria) en las convencionales historietas de ciencia ficción, el desvío hacia otras fórmulas del género adquirió un ímpetu considerable.

El paso de los relatos de ciencia ficción de revistas a libros no es más que una repetición de lo que sucedió a la novela del mismo género veinte años atrás. Antes de los años cincuenta, casi todas las novelas de este tipo se escribían con vistas a publicaciones especializadas, cargando las tintas en los temas repletos de héroes gigantescos, damiselas en peligro y batallas entre galaxias. Pero cuando los editores de libros comenzaron a interesarse por esta especialidad, también cambió su calidad, editándose relatos importantes, críticas sociales, y adquirió técnicas más «literarias».

Sin duda, gran parte de ese cambio se debe simplemente al puro esnobismo según el cual se supone que una novela no merece la pena de que se la publique en forma de libro a menos que trate de temas más sutiles que cómo romperle la crisma a un venusiano con una enorme espada. Pero también cuenta el hecho de que elegían dichos libros editores noveles, editores que entraban en este campo sin apenas conocer su pasado y, por lo tanto, con menos prejuicios sobre lo que debería ser una novela de este género. Esa circunstancia aportó un nuevo rumbo a la novela de ciencia ficción, con el resultado de temas y técnicas más amplios y, en conjunto, un salto considerable en su calidad.

De igual modo, los relatos más breves de ciencia ficción encuentran ahora una nueva vida en las antologías, y a mí me parece que la calidad de esas historietas ha alcanzado una perfección definitiva. Es casi seguro de que el volumen indiscutible de cuentos publicados el año pasado incluye obras de escasa originalidad, especialmente en esos libros cuyos editores se limitan a proponer temas a escritores específicos y publican lo que sea. Pero incluso los relatos escritos con apremio son, por lo general,

más ambiciosos que muchos anteriores.

Probablemente la mística de la publicación de un libro todavía provoca cierta actitud esnob, lo mismo en los autores que en los editores, una revista se edita para que dure un mes, un libro, para siempre. Por este motivo, los autores se esfuerzan por escribir mejor si su obra se publica en forma de libro. No hace al caso si tiene o no mucha lógica esta postura; contribuye a que se escriban mejores cuentos.

Con todo, no pretendo indicar que las revistas de ciencia ficción hayan perdido interés. Revistas como *Fantasy & Science Fiction*, *Galaxy* y otras, siempre han publicado gran número de historias de gran calidad, y si a veces sus editores tienden a ser más conservadores que los editores de libros no siempre es algo malo. El estilo de la ciencia ficción se ha desarrollado y perfeccionado porque sus valores son eternos.

No obstante, se producen cambios constantes en las revistas. *Analog* posee un nuevo director, Ben-Bova, que hace públicos parámetros de una publicación que estaba fosilizada. En 1973, *Galaxy* aumentó su tirada de bimensual a mensual, y a fines del año, *If* anunció que un nuevo redactor jefe, James Baen, se haría cargo de la revista. Finalmente, y tal vez sea lo más interesante, ha nacido una nueva revista del género, *Vertex*, una publicación muy hábil, dignamente ilustrada, destinada a un sector de público más amplio que el normal de las publicaciones periódicas.

A la vez que las revistas de ciencia ficción y las antologías originales difieren en su orientación hacia ese género, también amplían su esfera y esta tendencia no deja de ser beneficiosa. Además, las publicaciones cuyas ideas se muestran divergentes se estimulan mutuamente para un mejor logro.

El trabajo de leer todos los relatos de ciencia ficción publicados en 1973 fue más arduo que en años anteriores porque su fraseología se ha complicado. Pero desde hace diez años estoy editando las mejores obras del año y no recuerdo ningún año en que esa tarea fuese más interesante. Espero que los resultados sean de su agrado.

Terry Carr
Oakland, California
Diciembre, 1973

LAS RUINAS DE MI CEREBRO

Philip José Farmer

Sketches Among the Ruins of My Mind

Philip José Farmer es uno de los principales creadores de la actual narrativa de ciencia-ficción y su imaginación se muestra con toda su fuerza en esta fascinante historia acerca de un mundo cuyos seres son despojados, periódicamente de los recuerdos correspondientes a cuatro días de sus vidas. La trama se desenvuelve con lógica inexorable, recorriendo un largo camino hacia un desenlace que, retrospectivamente, resulta de una sorprendente naturalidad.

I

1 de junio de 1980

Son las 11 de la noche y tengo miedo de acostarme. No soy yo solo. Todo el mundo tiene miedo de dormir.

Esta mañana me levanté a las 6.30, como cada miércoles. Mientras me afeitaba y tomaba una ducha, meditaba sobre el caso del Estado de Illinois contra Josep Lankers, acusado de asesinato. Empezaba a apestar como si se tratase de un pescado con más de tres días. Sin duda mi testigo estelar sería acusado de perjurio.

Me vestí, bajé y di los buenos días a Carole con un beso. Me sirvió una taza de café y me dijo: «El periódico no ha llegado aún.»

Esto me puso de mal humor. Necesito tanto el café como el periódico de la mañana para ponerme en marcha.

Dos veces durante el desayuno, me levanté de la mesa y miré al exterior. Ni el periódico ni el repartidor aparecían por parte alguna.

A las siete, Carole subió a las habitaciones para despertar a Mike y a Tom, que tienen, respectivamente, diez y ocho años. Los sábados y los domingos se levantan temprano, a pesar de que me gustaría que permanecieran acostados para evitar que sus correteos me despertasen. Los días que deben ir al colegio tienen que ser materialmente arrancados de la cama.

La tercera vez que me asomé a la puerta, Joe Gale, el repartidor, estaba a la puerta de al lado. Mi periódico estaba en el descansillo de la escalera.

Me sentí tan desorientado como si me hubiese equivocado de sala en el Palacio de Justicia o como si el juez hubiese condenado a la pena capital a un ratero cliente mío.

Me sentía desconectado del mundo. No podía ser que fuera domingo. ¿Pero, qué hacía allí el ejemplar del domingo con su portada en colores ilustrando la sección de humorismo? Hoy era miércoles.

Salí para recogerlo y vi a la anciana Sra. Douglas, mi vecina de la puerta izquierda. Miraba la portada del periódico como si no pudiera creerlo.

El mundo se reestructura dentro de las líneas de la polarización. Mi pánico inicial se desvaneció. Pensé que en esta ocasión el *Star* se había pasado. En realidad, esto ocurre por confiar demasiado en las computadoras. Un pequeño cortocircuito, y el

periódico del miércoles aparece con el formato del domingo.

El turno del *Star* debió decidir dejarlo pasar, ya que era demasiado tarde para rectificar el error.

—¡Buenos días, Sra. Douglas! —dije—. Dígame, ¿qué día es hoy?

—Veintiocho de mayo —respondió—. Pienso...

Salí al patio y llamé a Joe. De mala gana, dio vuelta al manillar de su bicicleta y se vino hacia mí.

—¿Qué es esto? —dije, agitando el periódico—. Los del *Star* han perdido un tornillo, supongo.

—No lo sé, Sr. Franham —dijo él—. Ninguno de nosotros lo sabe, a decir verdad.

Por «nosotros» se refería, con toda seguridad, a los otros muchachos con los que se reunía por la mañana a la salida del periódico.

—Todos pensábamos que era miércoles. Por eso he llegado tarde. No podíamos comprender lo que ocurría; pasamos un buen rato discutiendo y entonces Bill Ambers llamó a la oficina. Gates, que es el jefe de distribución, estaba tan desconcertado como nosotros. La cabeza le daba vueltas. Los componentes del turno de noche se habían dormido durante un par de horas, y algún gracioso había estado trasteando con la computadora...

—¿Esto es lo que ocurrió? —dije. Me sentí aliviado.

Cuando entré, saqué los periódicos de los cuatro últimos días. Me senté en el sofá y les di un vistazo.

El titular del miércoles decía: UN OBJETO MISTERIOSO EN LA ÓRBITA DE LA TIERRA.

Me acordaba de los artículos del martes que informaban de que un objeto grande, de forma esférica, avanzaba hacia un punto entre la tierra y la luna. Se había detectado hacía tres semanas, cuando atravesaba el llamado cinturón de los asteroides. En aquel momento Viajaba aproximadamente a 57.000 kilómetros por hora, en relación con el sol. Posteriormente su velocidad se había reducido, había cambiado de sentido varias veces y era obvio que, de no cambiar de rumbo otra vez, se acercaba a la tierra.

En el momento en que se encontraba a dos millones de kilómetros de distancia, el radar había podido determinar su tamaño y su forma, pero no el material de que estaba compuesto. Era perfectamente esférico y tenía exactamente un diámetro de medio kilómetro. No reflejaba mucha luz. Dado que había cambiado su rumbo con tanta frecuencia, tenía que ser artificial. Manos extrañas, o extrañas artes, lo habían construido.

Recordé el pánico y el gran número de artículos exaltados que aparecieron en la prensa y en las revistas, así como los programas especiales de TV, a altas horas de la noche, para discutir sobre su trascendencia.

Todos los esfuerzos por obtener respuesta, tanto a las señales de radio como a las procedentes de los rayos láser enviados desde la Tierra, habían fracasado. Muchos

científicos dijeron que probablemente no contenía pasajeros vivientes. Debía ser de origen interestelar. Los seres sensibles de algún planeta, que giraba alrededor de alguna estrella, lo habían enviado, dotado de un equipo automático de determinadas características. Ningún ser podía vivir lo suficiente para viajar de una estrella a otra. Se tardaría más de cuatro años en ir de la estrella más cercana a la tierra, incluso aunque el objeto pudiese viajar a la velocidad de la luz, y esto era imposible. Aun la velocidad de un dieciseisavo de la luz, parecía increíble, dada la ingente cantidad de energía que se precisa. No, este objeto había sido lanzado con instrumentos electromecánicos a bordo, sin pasajeros; había alcanzado su velocidad máxima, reducido su potencia y avanzaba por su propia gravedad, hasta situarse al borde de nuestro sistema solar.

Según los expertos, le era imposible aterrizar a causa de su tamaño y de su peso. Probablemente, se trataba de una nave de reconocimiento, la cual, después de haber tomado algunas fotografías y haber hecho algunos barridos de radar y de rayos láser, se pondría en marcha hacia su punto de destino regresando, probablemente, hacia la órbita del planeta del que procedía.

II

El pasado miércoles por la noche, el presidente nos había dicho que no teníamos nada que temer. Y trató de terminar con una nota optimista. Por lo menos, esto es lo que decía el periódico del miércoles. Los seres que habían enviado La Bola deben estar más avanzados que nosotros y deben tener muchos adelantos que poder traspasarnos. Y nosotros podemos aportarles, también, contribuciones provechosas. ¿Cuáles?, pensé.

En la segunda página figuraban algunas fotografías de La Bola, tomadas desde uno de los laboratorios espaciales. Tenía el aspecto de una gigantesca bola negra de billar. Un «comic» de la TV sugirió que en la otra cara, a lo mejor, llevaba un enorme 8, pintado en blanco. Puede que el pasado miércoles pensase que todo esto era gracioso, pero ahora no lo creía así. Me parecía muy probable que La Bola tuviera relación con la pérdida de memoria de aquellos cuatro días. ¿Cómo?, no tenía ni la más mínima idea.

Conecté el canal de noticias de las 7.30, pero no aclararon mucho, exceptuando el hecho de que a todas las personas en todo el mundo les había ocurrido lo mismo. Incluso se habían visto afectados los que se encontraban en las minas de diamantes más profundas o en los submarinos. El presidente estaba en una reunión, pero, en el transcurso de hoy, haría una declaración a la cadena de emisoras. Entretanto, se supo que no se había detectado ningún tipo de radiación emanante de La Bola. No había prueba alguna de que el objeto fuese el causante de la pérdida de memoria. O, como los locutores la denominaban en su jerga, la «memopérdida.»

Soy abogado, y me gusta pensar con lógica, no solamente sobre lo que ha pasado sino sobre lo que podría pasar. Así hice una extrapolación sobre la base de las escasas pruebas, o datos, de que se disponía.

El día primero de junio, domingo, nos levantamos sin memoria retrospectiva de los días 31 al 28 de mayo. Pensamos que ayer era veintisiete y que esta mañana era la del día veintiocho.

Si La Bola era la causante de este suceso, ¿por qué había borrado solamente cuatro días de nuestra memoria? No lo sabía. Nadie lo sabía. Pero quizá La Bola, es decir, sus meca-mismos, tenían un alcance limitado. Quizá no podían arrancar, a la vez, más de cuatro días de la memoria de todos los habitantes de la Tierra.

Supongamos que éste es el caso. ¿Qué ocurre si lo mismo pasa mañana? Nos levantaremos mañana, 2 de junio, habiendo perdido todos los recuerdos de ayer, día 1 de junio, y los de otros tres días de mayo, del veintisiete al veinticinco. Ocho días de un solo golpe.

Y si este suceso fantasmagórico ocurre el día siguiente, 3 de junio, perderemos otros cuatro días. Todos los recuerdos del día 2 de junio desaparecerán. Con ello se desvanecerán los de otros tres días más, desde el veinticuatro de mayo al veintidós. ¡Doce días, contando hacia atrás, a partir del 2 de junio!

¿Y mañana? El día 3 se perderá, también, junto con el 21 de mayo hasta el 19 de mayo. Dieciséis días totalmente en blanco. ¿Y mañana?, ¿y el otro?

No, este pensamiento es demasiado espantoso y demasiado fantástico. Mientras estábamos mirando la TV, Carole y los chicos me asediaron a preguntas. Ella estaba fuera de sí. Los chicos parecía que disfrutaban con el misterio. Se habían despertado esperando ir a la escuela y ahora tenían fiesta.

A todas sus preguntas, yo respondía: «No lo sé. Nadie lo sabe.»

No iba a asustarles con mis extrapolaciones. Además, ni yo mismo me las creía.

—Vale más que llames a la oficina y les digas que no puedes ir hoy —dijo Carole—. Seguramente el juez Payne aplazará la sesión de hoy.

—Carole, es domingo, no miércoles, ¿recuerdas? —dije.

Lloró unos minutos. Después que se hubo secado las lágrimas, dijo:

—¡Eso es, no me acuerdo! ¿Dios mío, qué ocurre?

Los tele-informadores comunicaron también que la Casa Blanca estaba inundada de telegramas y de llamadas telefónicas pidiendo que se lanzasen cohetes contra La Bola dotados de una cabeza nuclear. Los programas especiales, que se transmitían después de las noticias, se dedicaban a La Bola. Fueron presentados por varias autoridades científicas, militares, eclesiásticas y autores de ciencia-ficción. Ninguno de ellos irradiaba confianza, pero todos estuvieron moderados en su modo de enfocar el problema. Supongo que habían sido escogidos por su sentido común. La red de emisoras evitó a los impulsivos y a los que se les sube la sangre a la cabeza.

Pero Anel Robertson, convencido representante de una secta cuyos miembros creen en la curación por la fe, había declarado, a través de su propia estación de radio

y TV que La Bola era el juicio de Dios para un planeta pecador. Era el Ángel Exterminador. Lo supe a través de la Sra. Douglas, la cual, si bien no era una fanática, era una verdadera entusiasta, que me telefoneó para decirme que conectase el programa. Robertson había hablado durante una hora, dijo, e iba a seguir hablando durante todo el día.

Su voz sonaba como asustada, pero, por debajo de su temor, había una nota de alegría. Sin duda, ella no pensaba que cuando llegasen las postrimerías se había de encontrar entre las cabras, sino que se encontraría, de buen seguro, entre los más blancos *corderos*. Finalmente, mi curiosidad sobrepasó mi desagrado hacia Robertson. Sintonicé el canal correcto, pero no apareció más que la carta de ajuste.

A última hora de hoy me enteré de que su estación había sido clausurada por alguna infracción de las normas de la FCC. Por lo menos, ésta fue la explicación que se dio en las noticias; pero sospecho que el Gobierno le consideró como un charlatán histérico.

A las once, Carole me recordó que era domingo y que, si no nos dábamos prisa, perderíamos el servicio dominical.

La iglesia presbiteriana de Forrest Hill cuenta con una buena asistencia, pero su amplio aparcamiento ha sido siempre suficiente para todos. Esta mañana, sin embargo, hemos tenido que aparcar dos manzanas más arriba y bajar andando a la iglesia. Todos los asientos estaban ocupados. Tuvimos que permanecer de pie en el vestíbulo de la entrada principal. La multitud temblaba de miedo. Sus caras estaban pálidas e inanimadas; sus ojos, agrandados. El aire acondicionado no lograba desvanecer el calor y la humedad de aquel hato de cuerpos sudorosos. El coro sonaba con fuerza, pero trémulo; la canción «Roca de los Tiempos» se desmoronaba.

En otra ocasión, el Dr. Boynton hubiese preparado su sermón el sábado por la tarde, como solía hacer; pero hoy hablaba de forma improvisada. Quizá, dijo, esta pérdida de memoria ha sido causada por La Bola. Quizás albergaba seres vivos que nos habían despojado de cuatro días, no como un movimiento hostil, sino sólo para demostrar sus inmensos poderes. No había razón alguna para esperar que hubiésemos de sufrir otra pérdida de memoria. Estos seres solamente deseaban mostrarnos que éramos infinitamente inferiores en cuanto a nivel científico y que no podíamos lanzar un ataque contra ellos, con posibilidades de éxito.

«¿Qué diablos hace? —pensé—. ¿Trata de hacernos morir de miedo?»

Boynton se apresuró a decir que seres dotados de tales poderes no serían ni podían ser hostiles. Estarían en un plano ético demasiado elevado para males tales como la guerra, a menos que se les atacase, naturalmente. Nos considerarían como a seres que no han progresado aún hasta su nivel, pero que tienen un potencial, el potencial que les ha dado Dios para ser educados y avanzar hacia un plano superior. Estaba seguro de que, cuando se pusiesen en contacto con nosotros, nos dirían que todo fue para nuestro bien.

Nos dirían que debíamos convertirnos en verdaderos cristianos, tanto si nos

gustaba como si no. Al menos, debemos todos: budistas, mahometanos, etc., ser cristianos en espíritu, sea cual sea nuestra religión o falta de creencia. Ellos nos habrían de enseñar cómo vivir como hermanos, cómo ser felices, cómo amar de verdad. Sin duda, Dios había mandado La Bola, ya que nada ocurre sin su conocimiento y su consentimiento. Él había enviado a estos seres, quienesquiera que fuesen, no como Ángeles Exterminadores sino como Dispensadores de la Paz, del Amor y de la Prosperidad.

Esta última palabra, con una P mayúscula y sonora, pareció aquietar a la mayor parte de la congregación. Boynton no había olvidado que la mayoría de sus fieles eran hombres de negocios y profesionales libres. Ni tampoco había olvidado la inscripción que figuraba en el arco sobre la puerta de entrada, que decía: PROSPERAN LOS QUE TE AMAN.

III

La tarde era calurosa y despejada, como suelen ser en el mes de junio. Levanté la mirada hacia el cielo, pero, naturalmente, no vi ninguna Bola. Los medios informativos habían dicho que, a pesar de la gran distancia a que se encontraba de la Tierra, daba la vuelta a la misma cada sesenta y cinco minutos. No se movía en una órbita de caída libre. Aplicaba una fuerza continua para mantener su dirección, aunque no se detectaban emanaciones de energía procedentes de ella.

La pérdida de memoria había ocurrido en todo el mundo entre la 1 y las 2 de la madrugada. Aquellos que no estaban ya dormidos se durmieron durante un mínimo de una hora. Naturalmente, se produjeron cientos de miles de accidentes. Los aviones que no funcionaban con piloto automático se estrellaron, los trenes chocaron o descarrilaron, los barcos se hundieron y más de doscientas mil personas habían muerto o habían sido gravemente heridas. Al menos, un millón de conductores de vehículos y sus pasajeros resultaron heridos. Los servicios de ambulancia y de hospitales eran incapaces de manejar la situación. El hecho de que su personal había estado dormido durante un lapso mínimo de una hora y que habían tardado algún tiempo en recuperarse de la confusión al despertarse, había agravado la situación considerablemente. Muchos de los que habían muerto se hubieran salvado si se hubiese dispuesto de asistencia inmediata.

Hubo también muchos incendios, los de mayor magnitud proseguían con toda su fuerza en Tokio, Atenas, Nápoles, Harlem y Baltimore.

Pensé, ¿seres en un plano ético tan elevado nos hubiesen adormecido, sabiendo que tantas personas iban a morir o a resultar tan mal heridas?

Un hecho curioso acaeció a dos guardabosques que habían estado conduciendo una manada de elefantes en Kenia. Mientras dormían, fueron muertos por aplastamiento. Sea la que fuere la causa de todo esto, es muy específica. Solamente se

ven afectados los seres humanos.

El optimismo que Boynton nos había transmitido en la iglesia se derritió con el sol. Muchos deben haber estado pensando como yo que, si las palabras de Boynton eran proféticas, no teníamos salvación.

Fuera cual fuese la decisión de los sujetos de La Bola, tanto si eran seres vivientes o instrumentos mecánicos, sobre lo que iban a hacer para nosotros, o con nosotros, el caso es que habíamos dejado de ser dueños de nuestro propio destino. Algunos deben haber estado pensando acerca de lo que los blancos, con una tecnología superior, habían hecho a varias culturas aborígenes. Todo en nombre del progreso y de Dios.

Pero esto debería ser, debe ser, diferente, pensé. Boynton debe tener razón. Seguramente un pueblo tan avanzado no sería como éramos nosotros. Incluso nosotros no somos lo que éramos en aquellos oscuros tiempos. Hemos aprendido.

Pero, a pesar de todo, una avanzada tecnología no va acompañada, necesariamente, de una ética avanzada.

—O lo que fuere —murmuré.

—¿Qué dijiste, querido? —dijo Carole.

Yo dije, «Nada», y aparté su mano de mi brazo. Se había asido a mí durante todo el servicio dominical, como si yo fuera la roca de los tiempos. Me fui andando a ver al juez Payne, que tiene sesenta años y esta mañana parecía que tuviese ochenta. Las innumerables venillas rotas de su cara eran rojas, pero por debajo de las mismas aparecía un color grisáceo.

Le saludé y después le pregunté si las cosas se habrían normalizado al día siguiente. No parecía entender el significado de mi pregunta, por lo que le dije:

—¿El juicio empezará puntualmente mañana?

—Ah sí, el juicio —dijo—. Claro, Mark. —Rió en tono lastimero y dijo—: Con tal de que todos no nos hayamos olvidado de hoy cuando despertemos mañana.

Esto parecía increíble, y así se lo dije.

—No son las Universidades de Derecho las que hacen buenos abogados —dijo—. Es la experiencia. Y la experiencia nos dice que las mismas malditas cosas, con variaciones insignificantes, ocurren una y otra vez, día tras día. Así, ¿qué le hace pensar que esta maldita cosa no volverá a ocurrir? Y si vuelve a ocurrir, ¿qué va a aprender del suceso si no puede recordarlo?»

Yo no tenía ningún argumento lógico y él no quería hablar más. Agarró a su esposa por el brazo, y rodearon a la multitud como si pensasen que iban a poner el pie en el agujero de una alcantarilla e iban a ser ahogados en un mar de cuerpos.

Por la tarde, decidí grabar en una cinta magnetofónica todo lo que había ocurrido hoy. Ahora me acuesto para dormir, ruego al Señor que me conserve la memoria, si olvido mientras duermo...

La mayor parte del resto del día de hoy la he pasado delante del televisor. Carole pasó horas tratando de hablar por teléfono con sus amigas. Tres cuartas partes de las veces recibió señal de que comunicaban. Hubo avisos en la televisión pidiendo a la

gente que no empleasen el teléfono excepto en casos de emergencia, pero ella no hizo caso hasta las ocho aproximadamente. Una nota de TV, transmitida por sexta vez en una hora, pedía que las líneas se mantuvieran libres. Unos veinte fuegos se hablan propagado en toda la ciudad, y los bomberos no habían podido ser informados a causa del bloqueo de las líneas. Lo mismo ocurrió con las llamadas a los hospitales.

Le dije a Carole que dejase el teléfono, y nos peleamos. Nuestra histeria reprimida se desató y los niños se retiraron arriba, a su habitación, y cerraron la puerta.

Al cabo de un rato, Carole empezó a llorar y se echó en mis brazos, y después yo me puse a llorar. Nos besamos e hicimos las paces. Los muchachos bajaron y nos miraban como si les hubiésemos engañado; lo que, evidentemente, habíamos hecho. Para ellos, ya no era una divertida aventura de ciencia-ficción.

Mike dijo:

—Papá, ¿podrías ayudarme a repasar las lecciones de aritmética?

Yo no tenía ganas, pero quería disculparme por la incómoda escena anterior. Dije que sí y, después, cuando vi lo que tenía que hacer, dije:

—Pero ¿qué es todo esto? ¿Qué le pasa a vuestro profesor? Nunca vi tanto...

Callé. Naturalmente, había olvidado todo lo que había aprendido en los tres últimos días de escuela. Tenía que estudiar las lecciones de nuevo.

Esto nos llevó hasta las once, aunque hubiésemos podido haber ido más rápidos si yo no hubiese insistido en ver las noticias cada media hora, durante diez minutos por lo menos. Pasamos media hora escuchando al Presidente, que apareció a las 9.30. No tenía nada que añadir a lo que el informador había dicho, excepto que, dentro de treinta días, el asunto de La Bola estaría completamente liquidado de una u otra forma. Si no daba respuesta alguna a nuestras señales en el transcurso de dos días, enviaríamos una expedición de cuatro hombres, para explorar La Bola. Si pueden entrar, pensé.

—Sin embargo, si La Bola comete cualquier otro acto hostil, los Estados Unidos lanzarán inmediatamente, junto con otras naciones, cohetes armados con bombas-H.

Mientras tanto, ¿quieren unirse al Presidente en una oración de intención internacional?

Claro que sí.

A las once, pusimos a los chicos a dormir. Tom se durmió antes de que hubiésemos salido de la habitación. Pero una media hora más tarde, cuando pasé por su puerta, oí su televisor, que sonaba bajito. No dije nada a Mike, aunque tuviese que ir al colegio al día siguiente.

A las doce, grabé la primera parte de esta cinta.

Es la una menos un minuto de la mañana. Si lo mismo que ocurrió ayer sucede esta noche, el hemisferio del lado noche se verá afectado primero. La gente en la zona horaria correspondiente a la bisectriz entre los océanos del Atlántico Norte y Sur, que cubre la mitad este de Groenlandia, se dormirán. En previsión de que esto ocurriese

de nuevo, los aviones no han despegado. En estos precisos momentos, la televisión muestra el puente y el salón del trasatlántico «Pax». Son las cinco, allí, pero el salón está lleno. Los pasajeros llevan sombreritos de verbena y lanzan confeti, y hay globos flotando por doquier. No sé qué pueden estar celebrando. El capitán dijo hace un rato que el barco estaba dirigido por medio del piloto automático, pero que no esperaba que se repitiese el hecho de la noche pasada. El entrevistador dijo que los gobiernos de las naciones de la zona diurna no habían conseguido mantener a la gente en casa. Recibimos imágenes de todas partes, las sirenas suenan quejumbrosas en todo el mundo; pero, excepto en las naciones con regímenes totalitarios, las calles del mundo diurno están llenas de coches. Los condenados locos no creen que vuelva a ocurrir.

Vuelta al puente y al salón del barco. ¡Dios mío! ¡Se están durmiendo!

Los locutores repiten consejos. «Que todos permanezcan acostados para que no sufran heridas al caer. Asegúrense de que todos los utensilios domésticos que puedan provocar un fuego se hallen desconectados. Etcétera, etcétera...»

Estoy sentado en una silla con el respaldo inclinado hacia atrás. Carole está en el sofá.

Ahora, yo estoy en el sofá. Carole dijo que quería estar apoyada contra mí cuando aconteciese este horrible suceso.

Los locutores se ponen histéricos. Dentro de pocos minutos, llegará a Nueva York. La mitad este de Sudamérica está bajo sus efectos. La parte Central lo va a estar en breve.

IV

Fecha real: 2 de junio de 1980. Fecha subjetiva: 25 de mayo de 1980.

¡Dios mío! ¿Cuántas veces habré dicho, «¡Dios mío!», en los dos últimos días?

Me desperté en el sofá, al lado de Carole y de Mike. El reloj señalaba las tres de la mañana. Chris Turner estaba en la pantalla del televisor. No sabía de qué estaba hablando. Todo lo que pude comprender fue que trataba de tranquilizar a los telespectadores asegurándoles que todo estaba bien y que todo se explicaría dentro de breve plazo.

¿Qué hacía en el sofá? Me había ido a la cama alrededor de las once de la noche del sábado día 24 de mayo. Carole y yo habíamos tenido una pequeña discusión porque yo me había pasado todo el día trabajando en el caso Lankers y ella decía que le había prometido llevarla a ver Nova Express, y así lo hubiese hecho si hubiese terminado mi trabajo antes de las ocho, lo que era evidente que no había ocurrido. Así, ¿qué hacíamos en el sofá, de dónde había venido Mike, y qué quería decir Turner cuando afirmaba que hoy era el día 2 de junio?

El magnetofón estaba sobre la mesa, a mi lado, pero no se me ocurrió ponerlo en marcha.

Sacudí ligeramente a Carole para que se despertase, y de forma confusa nos preguntamos qué había ocurrido. Finalmente la voz insistente de Turner captó nuestra atención, y nos explicó la situación por quinta vez. Más tarde dijo que un despertador colocado cerca de su oído le había despertado a las dos y media.

Carole hizo café y nos bebimos cuatro tazas cada uno. Hablábamos sin ton ni son, precipitadamente, con pausas ocasionales para escuchar a Turner, antes de que estuviésemos medio convencidos de que, en realidad, habíamos perdido la memoria de los ocho últimos días. Mike seguía durmiendo y finalmente le llevé a la cama. Su televisor estaba aún encendido. Nate Frobisher, el locutor favorito de Mike, estaba hablando de forma histérica. Le hice callar y me volví abajo. Más tarde calculé que Mike se había asustado y había bajado a sentarse con nosotros.

El alba nos encontró relejendo los periódicos del día 24 de mayo al 1 de junio. Era como oír las noticias de Marte. Carole se tomó un tranquilizante para calmarse, pero yo preferí un whisky. Después de echarme la cantidad suficiente como para preparar tres vasos, Carole me dijo que no siguiese bebiendo porque no estaría bien para acudir al trabajo. Le contesté que sí pensaba que alguien iba a trabajar hoy es que estaba fuera de su sano juicio.

A las siete, salí para recoger el periódico. No estaba allí. A las ocho menos cuarto, Joe lo entregó. Traté de hablarle, pero no quiso parar. Todo lo que dijo, mientras pedaleaba con fuerza, fue: «¡No es sábado!»

Volví a entrar, la portada entera estaba dedicada a La Bola y a los acontecimientos de aquella mañana hasta las cuatro. Parte del periódico había sido compuesto antes de la una. Según un aviso de pie de página, el personal se había despertado alrededor de las tres. Tardaron una hora en desperezarse y después reunieron las últimas noticias y compusieron la portada y parte de la sección C. No hubiesen podido hacerlo en el tiempo que lo hicieron si no hubiese sido por la computadora, que imprimió los textos correctos partiendo de una entrada de datos verbal.

A pesar de lo que he dicho anteriormente, decidí ir a trabajar. Primero, tuve que poner en orden a los muchachos. A las diez salieron hacia el colegio. Me parecía que era inútil que lo hicieran. Pero estaban ansiosos por hablar con sus compañeros sobre la situación. A decir verdad, yo quería ir a la oficina y al juzgado por el mismo motivo. Quería comentar la situación con mis colegas. Permanecer en casa todo el día con Carole me parecía una pérdida de tiempo. Decíamos lo mismo una y otra vez.

Carole no quería que me marchase. Estaba demasiado asustada para permanecer en casa sola. Tanto sus padres como los míos han fallecido, pero tiene una hermana que vive en Hannak, una pequeña ciudad cercana. Le dije que le sentaría bien salir de casa. Y yo tenía que ir al juzgado. No podía averiguar lo que ocurría allí porque las líneas estaban bloqueadas. Cuando salí para entrar en el coche, Carole se precipitó hacia mí. Su largo pelo rubio estaba despeinado; tenía grandes bolsas bajo sus ojos; parecía una bruja.

—¡Mark! ¡Mark! —dijo.

Aparté el dedo del botón de arranque y le dije:

—¿Qué ocurre?

—Sé que pensarás que estoy loca, Mark —dijo—. Pero estoy a punto de caerme a pedazos.

—Y, ¿quién no lo está? —dije.

—Mark —dijo ella—, ¿qué pasa si voy a casa de mí hermana y después me olvido de volver? ¿Qué pasa si te olvido?

—Esto sólo ocurre por la noche —dije.

—¡Hasta ahora! —exclamó—, ¡hasta ahora!

—Amor —dijo—. Regresaré pronto. Te lo prometo. Si no quieres ir, quédate aquí. Ve y habla con la Sra. Knight. Veo que mira por la ventana. Estará de cháchara contigo todo el día, si quieres.

No le dije que visitase a ninguna de sus mejores amigas, porque no las tenía. Su mejor amiga había muerto de cáncer el año pasado, y otras dos con las que tenía buena relación se habían mudado.

—Si vas a casa de tu hermana —le dije—, haz una señal en un mapa para acordarte de dónde vives y pégalo en el salpicadero, donde puedas verlo.

—Hijo de la gran perra —dijo—. ¡No te fastidia!

—No te estoy fastidiando —dijo—. Es que tengo el presentimiento...

—¿De qué? —dijo ella.

—Bien, pronto tendremos que escribirnos notas a nosotros mismos, si esto va en aumento —dije.

Yo mismo pensé que estaba bromeando. Pero, pensándolo más tarde, me di cuenta de que es la única manera de orientarse por la mañana. Bien, si no la única manera, la mejor manera de ponerse en marcha al despertar. Ponga una nota donde tenga que verla forzosamente y le dirá que ponga en marcha una grabación, la cual, a su vez, resumirá la situación. Después, conectará la televisión y recibirá más información.

Hubiera sido mejor que me hubiese quedado en casa. Solamente apareció la mitad del personal en el juzgado y su ineficacia era total. El juez Payne no estaba y ya no estaría nunca más. Sufrió un ataque mortal a las seis, cuando escuchaba la televisión. Walter Barbindale, mi socio, dijo que probablemente el juez hubiese sufrido el ataque un día u otro, en un breve plazo. Pero, sin duda, esta situación debe haberlo precipitado.

—El mercado de la Bolsa está a punto de tocar fondo —dijo—. Otro día como éste, y tendremos otra depresión mundial que hará que la de mil novecientos veintinueve parezca un juego. Y no puedo ni ponerme a hablar con mi corredor de Bolsa para decirle que lo venda todo.

—Si todo el mundo vende, el mercado se hundirá —dije.

—¿Dependes de los valores? —dijo.

—He estado demasiado ocupado para pensar en ello —dijo—. Podría decirse que

me he olvidado.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo.

—Esto es lo que dijo mi esposa —contesté—. Pero yo no trato de ser gracioso, aunque Dios sabe que podría soltar una buena carcajada. Bien, ¿qué vas a hacer con el caso Lankers?

—Revisé algunos expedientes —dijo—. No tenemos ninguna posibilidad. Te digo que fue un golpe enterarse por segunda vez, aunque no recuerdo la primera, que nuestro testigo principal está en la cárcel acusado de perjurio.

Dado que en el palacio de justicia todo era un caos, no tenía demasiada utilidad tratar de averiguar quién iba a ser el nuevo juez en el próximo juicio de Lankers. A decir verdad, no me importaba mucho. Había cosas mucho más importantes que preocuparse por el destino de un asesino que, sin duda, era culpable.

Me fui al Bar de Grover Rover, que está a una manzana del palacio de justicia. Como un aparte para mi referencia o para quienquiera que pueda escuchar esta grabación algún día, ¿por qué me cuento cosas que sé perfectamente bien, como la situación del Bar Grover? Quizá porque pienso que un día puedo olvidarlo.

Por lo menos, recordaba bien al Bar de Grover, ya que iba allí desde que abrió, hace cinco años. El aire estaba denso con el humo del tabaco, de los pucheros, del olor del cocido, de la cerveza y de las borracheras. Y también era ruidoso. Todo el mundo hablaba de prisa y en voz alta, como es de esperar en un lugar lleno de miembros de la profesión legal. Me adelanté hacia el bar e invité al fiscal del distrito a un trago de Wild Turkey. Hablamos de lo que habíamos hecho por la mañana, y me contó que acababa de soltar a dos ladrones. Les habían cogido y encarcelado hacía dos días. Naturalmente, los policías que les habían arrestado habían llenado sus informes. Pero esto no iba a ser suficiente cuando llegase el juicio. Ni los ladrones, ni las víctimas, recordaban nada acerca del caso.

—También —dijo el fiscal del distrito—, a las dos y diez de esta mañana. Ja Policía recibió una llamada de la Taberna «Black Shadow» de la calle Washington. No llegaron allí hasta las tres treinta porque estaban demasiado desorientados para actuar durante una hora. Cuando llegaron a la taberna, encontraron a un hombre muerto. Le habían golpeado de mala manera y apuñalado en el estómago. Naturalmente, nadie recordaba nada. Pero, por lo que pudimos deducir juntos, el muerto debió meterse en una reyerta de borrachos con una o varias personas poco antes de la una de la madrugada. Treinta personas deben haber sido testigos del asesinato. Así, hoy tenemos un asesino o varios andando por las calles que ni siquiera recuerdan el asesinato o nada que lo hubiese podido provocar.

—Podían saber que eran culpables si lo hubiesen estado planificando durante largo tiempo —dije.

Sonrió burlonamente y dijo:

—Pero él, o ellos, no se lo dirán a nadie. Nadie, excepto el cadáver, tenía sangre, ni tenía los nudillos contusionados. Dos fueron arrestados por llevar «saps»; pero

¿eso qué? Pronto estarán fuera, y nadie, nadie, podrá probar que utilizaron los «saps». El cuchillo estaba a medio clavar en el vientre del cadáver y sus esfuerzos por arrancárselo habían destruido todas las huellas.

V

Comimos y bebimos mucho, y de pronto ya eran las seis de la tarde. Yo no estaba en condiciones para conducir y tenía el sentido suficiente para saberlo. Traté de llamar a Carole para que viniese a recogerme, pero no pude conseguir línea. A las 6.30 y a las 7.00 probé de nuevo, sin éxito. Decidí coger un taxi. Pero, después de otro trago, probé otra vez y en esta ocasión cogí línea.

—¿Dónde has estado? —dijo ella—. Llamé a tu oficina, pero nadie contestó. Estuve a punto de llamar a la Policía.

—Como si ellos no tuvieran bastante que hacer —dije—. ¿Cuándo volviste a casa?

—Te estás escabullendo —dijo fríamente.

Repetí la pregunta.

—Hace dos horas —dijo.

—Las líneas estaban ocupadas —dije—. Intenté llamarte.

—Sabes lo asustada que estaba, y ni siquiera te importó —dijo ella.

—¿Puedo impedir que el fiscal del distrito insista en hablar de trabajo en el Bar de Grover? —dije—. Además, trataba de olvidar.

—¿Olvidar qué? —dijo ella.

—Lo que fuere lo he olvidado —dije.

—¡Animal! —gritó—. ¡Coge un taxi! —y colgó el teléfono.

No hizo una escena cuando llegué a casa. Supongo que había decidido mostrarse tranquila por los chicos. Estaba bebiendo un gin-tonic cuando entré, y dijo en un tono uniforme.

—Tomarás un café; y al cabo de un rato puedes escuchar la cinta que grabaste ayer. Es interesante, pero fantasiosa.

—¿Qué cinta? —dije.

—Mike estaba jugando con ella —dijo Carole—. Y se dio cuenta de que habías grabado lo que ocurrió ayer.

—¡Qué muchacho! —dije—. Está siempre enredándolo todo. Le dije que no tocase mis cosas. ¿Es que uno no puede tener nada propio aquí?

—Bien, no le digas nada —dijo ella—. Está fuera de sí, por cómo van las cosas. De todas formas, ha sido bueno que la pusiese en marcha. De otra manera, lo hubieses olvidado completamente. Creo que deberías hacer una grabación diaria.

—Así, ¿crees que volverá a ocurrir? —dije.

Se puso a llorar. Tras un momento, la rodeé con los brazos. Sentía, también, ganas de llorar. Pero, me apartó, diciendo:

—¡Apesta a whisky podrido!

—Es porque todo es whisky a granel —dije—. No puedo permitirme el lujo de tomar Wild Turkey a tres dólares el vaso.

Me bebí cuatro tazas de café y masqué unas gambas. Aparte de que tampoco puedo permitirme esto, con un sueldo de cuarenta y cinco mil dólares al año.

Cuando nos fuimos a la cama, hicimos el amor. Después Carole dijo:

—Lo siento, querido, pero mi corazón estaba ausente.

—Eso no era todo —dije.

—Tienes una mente sucia —dijo ella—. Lo que quiero decir es que no pude dejar de pensar, incluso mientras lo estábamos haciendo, que no tenía sentido el hacerlo. Pensé que mañana no lo recordaríamos.

—¿Cuántos recordamos realmente? —dije.

—Sería bueno que no trataras de plasmar tu sueño de niño de llegar a ser predicador —dijo ella—. Has nacido para picapleitos. Serías un mal sacerdote.

—Mira —dije yo—. Recuerdo los que fueron realmente buenos. Y no olvidaré nunca nuestra luna de miel. Pero necesitamos dormir. No hemos tenido ninguno del que merezca hablar durante las últimas veinticuatro horas. Vámonos a dormir y olvidémoslo todo hasta mañana. En cuyo caso...

Me miró fijamente y me dijo:

—¡Pobre, no es extraño que estés tan petulante y belicoso! ¡Es una defensa contra el miedo!

Estampé el puño contra la palma de mi mano y grité:

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Por Dios Santo, ¿cuánto tiempo va a durar?

Me fui al cuarto de baño. Mi cara, reflejada en el espejo, me miraba como si quisiera flirtear conmigo. El ojo izquierdo no dejaba de guiñar.

Cuando volví a la cama, Carole me recordó que no había hecho la grabación de hoy. No quería hacerla porque estaba demasiado cansado. Pero la posibilidad de perder el recuerdo de otro día, me agujoneaba. No; otro día, no, pensé. Si esto acontece mañana, perderé otros cuatro días. Mañana y los tres anteriores al 25 de mayo. Me despertaré el día 3 de junio, pensando que es la mañana del día 22.

Lo estoy grabando abajo, en mi estudio. No querría que Carole oyese algunos de mis comentarios.

Hasta mañana, entonces. No es mañana, sino ayer que no será. Me escribiré una nota y la pegaré en la esquina de la funda de mis gafas.

Fecha real: 3 de junio de 1980

Me desperté pensando que hoy era mi cumpleaños, 22 de mayo.

Me volví en la cama, vi el pedazo de papel prendido en el estuche de las gafas, me puse las gafas y leí la nota.

No me aclaró nada. No recordaba haberla escrito. ¿Y por qué debía ir abajo y poner el magnetofón? Pero lo hice.

Mientras escuchaba a la máquina, mi corazón golpeaba como si fuera el mazo del juez. Mi voz cambiaba de volumen, de forma alternativa. ¿Iba a desmayarme?

Y así, me pasé la mitad del día tratando de recuperar doce días en mi cerebro. No fui a la oficina y los chicos fueron tarde a la escuela. ¿Y qué ocurría con los chicos en la escuela, en la parte diurna de la Tierra? Si se duermen durante la clase de geometría, pongamos por caso, tienen que repetir la misma clase en el mismo día. Y esto hace que se alargue el horario de estudios, o que se acorte. Y, además, está el tiempo que los trabajadores pierden en su trabajo. Tienen que recuperarlo, lo que significa que salen una hora más tarde. Sólo que se necesita más de una hora para recobrase de la confusión y orientarse. ¡Qué lío ha supuesto! ¡Qué lío supondrá si esto sigue!

A las once, Carole y yo estábamos suficientemente recuperados y preparados para ir al supermercado. Era martes, pero Carole quería que estuviese con ella, por lo que hice lo posible para telefonar a mi secretaria que estaría ausente. Las líneas estaban bloqueadas y dudo de que hubiese acudido al trabajo. Así que lo mandé al diablo.

Generalmente, nuestro supermercado abre a las ocho. Hoy, no. Tuvimos que permanecer en una cola larga, que se iba haciendo cada vez más larga. Las puertas se abrieron a las doce. El director, los dependientes y los aprendices hablan pasado tantos o más apuros que nosotros para ponerse en marcha. Algunos no acudieron y algunos de los camiones que tenían que traer mercancías frescas no aparecieron.

Cuando Carole y yo entramos, los que estaban delante de nosotros se habían llevado la mitad de las existencias. Habían tenido la misma idea que nosotros. Cargar ahora, de forma que no se tuviese que hacer cola tantas veces. La leche fresca se había acabado y en la estantería de la leche en polvo quedaba solamente un bote. Me puse en acción para cogerlo pero algún adolescente me ganó la delantera. Sentí ganas de pegarle, pero, naturalmente, no lo hice.

Los dependientes subieron los precios un 25%, mientras comprábamos. Algunos de los productos fueron vueltos a marcar con nuevas subidas mientras estábamos en la cola de la caja. Desde que entramos hasta que sacamos tres carritos, completamente llenos, pasaron cuatro horas.

Mientras Carole sacaba los comestibles, tomé el coche y me fui a otro supermercado. Allí, la cola tenía una manzana de longitud, y seguro que lo habrían vaciado y cerrado antes de que llegase a la puerta.

Los dos supermercados siguientes y la tienda de alimentación de la esquina no ofrecían mejores perspectivas. Y lo mismo ocurría con las tres bodegas a las que fui. En la cuarta había una cola compuesta por una treintena de hombres. Probé allí. Cuando entré, se había acabado toda la cerveza, lo cual no me importaba en absoluto, pero lo único un poco fuerte que encontré fue un quinto de cazalla. La bebía cuando iba a la universidad, porque no podía permitirme el lujo de comprar nada mejor. Puse semejante pócima junto con dos litros de moscatel barato sobre el mostrador. Era mejor esto que nada, a pesar de que los precios se habían doblado.

Empecé a extender el talón, pero el dependiente me dijo:

—Lo siento, señor. Solamente efectivo.

—¿Qué? —dije.

—¿No se ha enterado, señor? —dijo—. Los Bancos cerraron a las dos de la tarde de hoy.

—¿Los Bancos están cerrados? —dije. Mi voz sonaba estúpida, incluso a mí mismo.

—Sí, señor —dijo él—. Por orden del Gobierno federal. Sólo de forma temporal, señor, al menos esto es lo que dijo la TV. Se volverán a abrir después de que se aclare el lío de la Bolsa.

—Pero... —dije.

—Está hundida —dijo.

—¿Hundida? —repetí automáticamente—. ¿Quieres decir que estamos ante otro Viernes Negro?

—Hoy es martes —dijo.

—Eres demasiado joven para saber a qué me refiero —dije. Y demasiado inculto también, pensé.

—El Presidente va a establecer un sistema de racionamiento —dijo—. Durante el interin. Y también un control de precios. Turner lo dijo en la televisión hace una hora. El Presidente lo va a dar a conocer a las seis de la tarde.

Cuando llegué a casa, encontré a Carole frente al televisor. Estaba pálida y con los ojos como dos lunas.

—¡Va a haber otra depresión! —dijo—. Oh, Mark, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —dije—. No soy el Presidente, ¿sabes? —Y me dejé caer sobre el sofá. Había perdido todas mis ganas de hablar.

Ninguno de los dos, que habíamos nacido en 1945, sabíamos lo que era una Depresión, con D mayúscula; es decir, no la habíamos experimentado personalmente. Pero habíamos oído a nuestros padres, que eran chiquillos cuando ocurrió, hablar acerca de ello. Los padres de Carole habían ido tirando, aunque no de forma boyante, pero mi padre me solía contar que había días que no tenía nada más que mendrugos de pan y que se sentía contento de tenerlos.

El discurso del Presidente en la televisión se ocupó, principalmente, de la depresión, y aseguró que sería temporal. Al final de media hora de charla optimista,

reveló que pensaba que la situación no iba a durar.

El Gobierno federal no iba a esperar hasta que los ocupantes de La Bola —si es que los había— se comunicasen con nosotros. Sin duda, La Bola era hostil. Por este motivo, la expedición de reconocimiento se había anulado. Mañana, los EE.UU., la URSS, Francia, Alemania Occidental, Israel, India, Japón y China iban a enviar una armada de cohetes, equipados con bombas-H en sus ojivas. Las órbitas y la orden de combate se habían determinado esta mañana, por medio de computadoras; uno a uno los proyectiles harían la cuenta atrás y harían blanco en La Bola, hasta que ésta estuviera completamente destruida.

—¡Esto debería hacer subir el mercado! —dije.

Y así, después que hube acabado la grabación, me fui a la cama. Mañana seguiremos las instrucciones en las notas, volveremos a escuchar las cintas, releeremos algunas secciones de los periódicos y esperaremos las noticias de la TV. ¡A la porra, el palacio de justicia! De todos modos, no habrá nadie.

Oh, sí. Con toda esta confusión y agitación, todo el mundo, incluso yo, olvidamos que era mi cumpleaños. ¡Espera un minuto! ¡No es mi cumpleaños!

Fecha real: 5 de junio de 1980. Fecha subjetiva: 16 de mayo de 1980.

Me desperté enojado con Carole a causa de la discusión que tuvimos el día anterior. No la del día 4 de junio, naturalmente, sino nuestra pelea del 15 de mayo. Habíamos asistido a una fiesta dada por los Burlingtons, donde conocí a una hermosa artista, Roberta Gardner. Carole pensó que yo le prestaba demasiada atención, porque se parecía a Myrna. Quizá fue así. Por otra parte, estaba verdaderamente interesado en sus pinturas. Me parecía que tenía un talento genuino. Cuando llegamos a casa, Carole se las tuvo conmigo, acusándome de estar todavía enamorado de Myrna. Mis protestas no sirvieron de mucho. Finalmente, le dije que podíamos divorciarnos si no sabía perdonar y olvidar. Salió corriendo de la habitación y durmió en el sofá de abajo.

Naturalmente, no recuerdo qué fue lo que nos reconcilió, pero de alguna forma hicimos las paces, porque de otro modo ya no estaríamos casados.

De todas formas, me levanté decidido a ver a un abogado especialista en divorcios. Sentía náuseas por lo que Mike y Tom tendrían que pasar. Pero sería mejor para ellos evitarles nuestras tremendas peleas. Puedo recordar mis reacciones cuando era adolescente y oía las de mis padres. Fue un alivio, aunque triste, cuando se separaron. Con estos pensamientos, alargué la mano para alcanzar mis gafas. Y encontré la nota. Y con ella, otro viaje a la confusión, a la duda y al horror.

Ahora que el pánico se ha aliviado, en cierta forma, volvemos a estar en el día 18 de mayo. Carole y yo, estamos bastante tranquilos aunque las relaciones están un poco frías.

Ahora es la 1 de la tarde. Vía satélite vemos los misiles japoneses. Acabamos de oír que van a ser lanzados los cohetes chinos y rusos. Cuando las otras naciones

envíen los suyos, serán treinta y siete en total.

A las 12.30 de la madrugada del día 5 de junio, no hubo noticias. En este caso, y en contra del proverbio, el no recibir noticias era señal de malas noticias. Pero ¿qué pudo haber ocurrido? Los locutores no lo dijeron; no hacían más que divagar sobre el tema.

VII

Fecha real: 6 de junio de 1980. Fecha subjetiva: 13 de mayo de 1980.

Mis anotaciones me señalan que esta mañana fue como las otras cuatro. Diablos.

La una. El Presidente, con aspecto de hombre viejo, aunque no tiene más de cuarenta y cuatro años, informó de la catástrofe. Los treinta y siete cohetes explotaron activados por sus propias bombas-H, unas tres mil millas antes de llegar a La Bola. Vimos algunas fotografías obtenidas desde los laboratorios orbitales. No eran muy impresionantes. Naturalmente, no había nubes en forma de hongo, y ni siquiera mucha luz.

La Bola posee armas que no podemos esperar igualar. Y si puede activar nuestras bombas-H en el espacio, podrá hacer también lo mismo con las que se encuentran en la superficie terrestre. ¡Dios mío! ¡Podría destruir toda la vida si se le ocurriese hacerlo!

Al final de la alocución, el Presidente lanzó un hálito de esperanza. Con una débil sonrisa —iba a dar el argumento que debía hacerle ganar los votos decisivos—, dijo que de ninguna manera estaba todo perdido. Un nuevo plan, llamado Proyecto Toro, se estaba preparando en el momento en que él estaba hablando.

Pensé que Toro era un nombre muy castizo en español, pero no lo dije. Tanto Carole como los chicos no hubiesen creído que tenía ninguna gracia y tampoco pensé yo que tenía tanta gracia. De todos modos, pensé, puede que se trate de una palabra japonesa que significa victoria o destrucción, o algo parecido.

Resultó que Toro era el nombre de un asteroide de forma irregular, de 2413 kilómetros de longitud y 1600 kilómetros de anchura. Su extraña órbita la calculó en 1972 L. Danielsson del Real Instituto Sueco de Tecnología y W. H. Ip, de la Universidad de California, en San Diego. Toro, según dijo el Presidente, estaba ligado a una órbita resonante con la tierra. Cada vez que Toro se acercaba a la Tierra —«cerca» era algo así como unos 12.6 millones de millas— recogía la energía suficiente, a causa de la repulsión de la Tierra, que le lanzaba al espacio de forma que volvía a efectuar otro recorrido y se acercaba de nuevo.

Pero la órbita era inestable, lo que significaba que la Tierra y Venus se turnaban en el control del asteroide. Durante unos cuantos siglos, la Tierra gobierna a Toro; después, le toca el turno a Venus. La Tierra ha controlado a Toro desde el año de gracia de 1580. Venus tomará el control en el año 2200. La Tierra lo retomará en el

año 2350 y Venus lo recobrará en el año 2800.

Me preguntaba a qué conducían todas estas elucubraciones sobre semejante ping-pong celestial. En aquel momento el Presidente dijo que era posible enviar cohetes a Toro. En realidad, el plan requería muchas naves que hicieran constantes viajes de ida y vuelta, transportando piezas de enormes motores de cohetes, que se montarían en Toro. Cuando los motores estuviesen instalados en soportes sólidos y enclavados profundamente, se aplicaría la potencia necesaria para desplazar a Toro de su órbita. Se requerirían muchos viajes con muchos cohetes con cargamentos de combustible y piezas de recambio para los motores. Los motores se quemarán varias veces. Finalmente, sin embargo, el asteroide se colocará en una órbita que le permitirá entrar en colisión directa con La Bola. Los millones de toneladas de roca dura y acroníquel destruirán a La Bola, convirtiéndola en pura energía.

—Sí —dije en voz alta—, pero ¿qué impedirá a La Bola cambiar su órbita? Sus instrumentos de control detectarán el asteroide y cambiarán el rumbo; Toro seguirá el suyo, como un tren en un carril.

Éste fue el punto siguiente del discurso del Presidente. El fracaso del ataque nos ha facilitado, al menos, una valiosa información, o, más bien, nos la ha corroborado. La radiación de las bombas-H ha bloqueado e interrumpido todo el control y la observación de los cohetes tanto por radar como por láser. En el punto cumbre, los cohetes se cegaron y fue imposible su regulación desde la Tierra. Pero, si las bombas hicieron esto a nuestros instrumentos de control, deben causar el mismo efecto a los de La Bola.

Así, justo antes de que el rumbo de Toro se altere para dirigirlo a la meta final, se enviarán bombas-H alrededor de La Bola. De hecho, se envolverá en una esfera de radiación. Perderá la capacidad de sus instrumentos de control. La Bola tampoco *creerá* que deba alterar su órbita para evitar a Toro. Habrá calculado que la órbita de Toro no la pone en peligro. Después de que la radiación llene el espacio que la circunda, no podrá ver que Toro está dando una serie de virajes para colocarse en la trayectoria de colisión.

El proyecto va a requerir una inmensa cantidad de materiales y de esfuerzo humano. Los EE.UU. no pueden hacerlo solos; Toro va a ser una tarea completamente internacional. Lo que una nación no pueda aportar, lo aportará otra.

El Presidente terminó con unas cuantas palabras sobre cómo el Proyecto Toro, unido a la situación de la pérdida de memoria, iba a comportar una revisión radical del planteamiento de la economía. Dentro de dos días, va a anunciar las líneas generales de la nueva estructura —no solamente de la política, sino de su estructura—. Su objetivo será el restablecimiento de la prosperidad, dijo, y, al propio tiempo, librar a la sociedad de los innumerables problemas que la infestan a partir de la revolución industrial.

—Bien, pero ¿cuánto tiempo durará el Proyecto Toro? —dije—. ¿Oh, Señor, cuánto tiempo?

—Seis años —dijo el Presidente, como si me hubiese estado escuchando—. Quizá más tiempo.

¡Seis años!

No le dije a Carole lo que veía venir. Pero no es tonta. Podía imaginar algunas de las cosas que iban a ocurrir en estos seis años, y ninguna de ellas era buena.

Nunca me sentí tan impotente en mi vida, ni ella tampoco. Pero nos tenemos el uno al otro, así que nos cogimos fuertemente durante un rato. El día 18 de mayo no está olvidado, pero carece de importancia. Mike y Tom lloraban, supongo que porque se daban cuenta de que esta muestra de amor significaba algo terrible para todos nosotros. ¡Pobres muchachos! Generalmente, se sienten contrariados por nuestros odios y en aquel momento se sentían contrariados por nuestro amor. Cuando nos dimos cuenta del daño que les hacíamos, tratamos de mostrarnos alegres. Pero no pudimos lograr que sonriesen.

Fecha real: mediados de 1981. Fecha subjetiva: mediados de 1977.

Estoy escribiendo esta parte, ya que hoy no pude encontrar ninguna cinta virgen. Me han dicho que la escasez es sólo temporal. Podría borrar alguna de las viejas y volverla a emplear, pero sería tanto como perder una parte vital de mí mismo. Y Dios sabe que he perdido bastante.

Nuestra vecina, la Sra. Douglas, murió. Se suicidó, según una anotación mía en el calendario, el día 2 de abril de este año. Nunca habría pensado qué pudiera hacerlo. Pertenece a la religión de los «fundamentalistas», que creen con tanta firmeza como los católicos que los suicidas no han de recibir el perdón. Supongo que la conmoción que le causó el fallecimiento de su esposo fue el motivo de que se quitase la vida. Murió el día 2 de abril de 1976. Después de su muerte, tuvo que ser hospitalizada, durante dos semanas, a causa del golpe y del dolor. Carole y yo la invitamos a cenar unas cuantas veces cuando volvió a casa y sólo hablaba de su esposo muerto. Así, presumo que, a medida que regresaba al día de su muerte, el dolor se le hacía cada vez más insoportable. No pudo enfrentarse con la llegada del día en que murió su esposo.

La suya no es la única casa vacía de la manzana. Según mis anotaciones, el mes pasado, Jack Bridger mató a su esposa, a sus tres hijos y a su suegra, y después se suicidó. Nadie sabe el porqué, pero sospecho que no pudo soportar el ver a su hija de tres años convertida en una idiota. Había regresado al día de su nacimiento y quizá más atrás. Había perdido su capacidad de habla y no podía comer por sí sola. Lo raro era que aún podía andar y su potencial intelectual era alto. Tenía el cerebro de una niña de tres años, completamente desarrollado, pero falto de la experiencia adquirida desde su nacimiento. Habría sido mejor que no hubiese podido andar. Confinada en su cuna, no habría tenido que ser vigilada en todo momento.

El destino de Tom va a ser el de Ana. Ahora habla como un chico de cinco años. Y el destino de Mike... mi destino... el de Carole... ¡Dios mío! ¡Terminaremos como

Ana! No puedo soportar este pensamiento.

Pobre Carole. A ella le toca el trabajo más duro. Estoy fuera parte del día, pero ella tiene que cuidar de dos chicos que, en realidad, tienen cinco y ocho años, respectivamente, y que cada día se van haciendo más jóvenes. No hay descanso para ella porque están siempre en casa. Todas las instituciones dedicadas a la enseñanza están cerradas, excepto por lo que respecta a algunos laboratorios de investigación.

El Presidente dice que el noventa por ciento de nuestra industria va a funcionar por medios cibernéticos. De hecho, todo lo que pueda ser mecanizado lo será. Tiene que serlo casi todo, desde las minas a la carga de equipos y aparatos en los ferrocarriles y a la carga, distribución y almacenamiento de los productos terminados en los puntos centrales de distribución.

¿Son suficientes seis años para todo esto?

¿Y quién lo va a pagar? No importa, dice.

El dinero aparecerá. El Presidente es un maldito radical. Se aprovecha de esta situación para imponer sus propias ideas, las cuales, a buen seguro, nunca dio a conocer durante su campaña electoral. A veces me pregunto quién puso La Bola allá arriba. Pero semejante idea es pura paranoia. Por lo menos, este gigantesco proyecto, denominado WPA, da trabajo a todos los que pueden trabajar. El resto disfruta o disfrutará de un salario mínimo garantizado. Muy mínimo, pienso. Pero el Presidente dice que, con el tiempo, todo el mundo tendrá todas sus necesidades, y más, cubiertas, en cuanto a alimentación, vivienda, educación, vestidos, etc. ¡Dice él! Pero ¿qué ocurrirá si no funciona el Proyecto Toro? ¿Y qué ocurrirá si funciona? ¿Vamos a volver a la vieja economía? ¡Claro que no! Será imposible abandonar todo lo que hayamos conseguido; el nuevo «establishment» se ocupará de ello.

Traté de averiguar dónde vivía Myrna. Estoy haciendo esta gestión en mi oficina, de forma que Carole no pueda encontrarla. La arrío —a Myrna, quiero decir— apasionadamente. Naturalmente, esto ocurrió en el año 1977, pero hoy, en mi interior, es 1977.

Claro está que Carole no lo sabe. Según las cartas y las notas de Myrna, que yo debía haber destruido pero que, gracias a Dios, nunca tuve el valor de hacerlo, Carole nunca había sabido nada de Myrna hasta dos años más tarde. Al menos, esto es lo que dice esta carta de Myrna. Ella estaba fuera, de visita en casa de su hermana, y me escribió en contestación a una carta mía. Una buena idea, porque de otro modo no sabría lo que ocurrió entonces.

Mi razón me dice que me olvide de Myrna. Y así lo haré.

He retrocedido en nuestro «affaire», desde nuestra amarga despedida hasta el estado actual en el que me siento muy enamorado de ella. Lo sé, porque acabo de releer las notas de nuestra relación. Se empezó a deteriorar aproximadamente seis meses antes de que se viniese abajo, pero, naturalmente, ahora no siento estas emociones. Y dentro de dos semanas no sentiré nada por ella. Si no recurro a mis notas y a mis grabaciones, ni siquiera recordaré su existencia.

Este pensamiento se me hace intolerable. Tengo que encontrarla, pero hasta ahora no he tenido éxito. Dentro de catorce días, no, de cinco, ya que cada día que vamos avanzando corresponde a tres del pasado, no sentiré ningún deseo de localizarla. Porque no sabré que me hace falta.

No odio a Carole. La amo, pero con el amor frío que dan los muchos años de matrimonio. Myrna hace que me sienta como un muchacho joven de nuevo. Me abraza. Pero ¿dónde está Myrna?

Fecha real: 30 de octubre de 1981.

Me tropecé con Brackwell Lee, el viejo escritor de historias de misterio. Como la mayoría de escritores que no se han puesto a escribir para la oficina de propaganda del estado, se encuentra en mala situación financiera. Sobrevive con sus derechos de autor, pero para él se acabaron las ediciones originales de libros antiguos, los nuevos coches deportivos, el vino de reserva y las chicas jóvenes. Le serví tres tragos de un whisky a granel, que es el único que se sirve en el Bar de Grove, y escuché las graciosas historias que me contó para pagarme las bebidas. Pero también tuve que escuchar sus historias de infortunio.

Nadie compra libros de ficción ahora. De hecho, nadie compra ya obras largas de ningún tipo. Incluso si eres un lector rápido, y lees una novela en un día, tienes que volver a empezar cada vez que la coges. Escribir para TV, excepto por lo que se refiere a los programas de propaganda, no es una alternativa posible. Los mismos programas se repiten cada día y gustan tanto como ayer o el año pasado. Según mis anotaciones, he visto la graciosa película inicial de la serie «Los Blues del Jabón» cincuenta veces.

Cuando el viejo Lee contó cómo había sido abandonado por las jóvenes, se puso a llorar de forma detestable. Le dije que aquello no decía mucho en su favor ni en el de las chicas. Pero, si no quería sentirse herido, ¿por qué no borró las grabaciones que le recordaban que había sido rechazado?

No quiso hacerlo, aunque no pudo darme ninguna razón lógica del porqué.

—Escucha —dije con la inspiración súbita que produce el alcohol—, ¿por qué no borras las grabaciones antiguas y haces otras nuevas? Describes tus conquistas en detalle. Pensarás que eres el Casanova más grande que jamás haya existido.

—¡Pero no sería verdad! —dijo él.

—¿Tú que eres un escritor de fantasías, dices esto? —dije—. De todas formas, no sabrías que no eran verdad.

—Ya —dijo él—, pero si me entusiasmo y me animo a dirigirme a alguna, me rechazará y volveré a estar en la misma situación en que estaba.

—Déjate una nota que te obligue a leerla a última hora de la noche, pongamos por caso, una hora antes de que La Bola nos obligue a dormir. De esta manera, ni siquiera te sentirás dolido.

George Palmer entró, con aire distraído. Le pregunté cómo iban las cosas.

—Estoy hasta las narices de llevar casos de jóvenes que no pueden obtener el permiso de conducir —dijo—. Es verdad que se puede enseñar a conducir a todo el mundo en un día, pero olvidan las lecciones al día siguiente. De todos modos, es la experiencia la que hace a un buen conductor y..., ¿hace falta que explique más? La gente joven quiere tener coche y conduce sea como sea. De ahí que, como seguramente has olvidado, los accidentes de tráfico y las violaciones del código de circulación van en aumento día a día.

—¿Es así? —dije.

—Sí. No ocurren demasiados por la mañana, ya que la mayoría de la gente no va a trabajar hasta el mediodía. Sin embargo, el nuevo sistema de circulación cuidará de evitarlos al máximo, cuando dispongamos de él, por el año 1984 ó 1985.

—¿Qué nuevo sistema de circulación? —dije.

—Ha aparecido en los periódicos —dijo—. Releí algunos de la semana pasada esta mañana. Ahora, la ciudad de Los Ángeles está equipada con un modelo, y funciona tan bien que se va a extender por todo el condado de Los Angeles. Con el tiempo, todas las ciudades del país lo tendrán. Nadie tendrá que andar más de cuatro manzanas para tomar un carril. Este sistema evitará la mitad de la polución del aire y dos tercios de la densidad de tráfico. Naturalmente, su uso será obligatorio y habrá que tener un motivo muy concreto para conducir un coche. Y no quiero ni pensar en el lío tan enorme que va a representar el ingente papeleo que se va a acumular en el juzgado. Pero, después de la forma en que el gobierno ha resuelto el desorden de Los Ángeles, el resto del país acatará las instrucciones.

—¿Cómo conocerá el resto del país la decisión del gobierno, si no se la cuentan? —dije.

—Se la contarán. Cada día —dijo.

—Al final no habrá suficientes horas al día para que los nuevos canales nos cuenten todo lo que necesitamos saber —dije—. E incluso si hubiese suficiente tiempo, tendríamos que pasar todo el día delante del televisor. De esta manera, ¿quién va a hacer el trabajo?

—Cada uno tendrá que especializarse en un tema determinado —dijo—. Tendrán que mirar las noticias que les atañen a ellos y desentenderse del resto.

—¿Y cómo pueden hacer tal cosa si no saben qué les interesa personalmente si no lo ven todo? —dije—. Día tras día.

—Voy a por una bebida —dijo—. El licor es bueno para una cosa. Te hace olvidar lo que tienes miedo de no olvidar.

VIII

Fecha real: finales de 1982. Fecha subjetiva: finales de 1974.

Entró en mi oficina, y me di cuenta al instante de que iba a representar para mí

algo más que una simple cliente. Había estado todo el día sufriendo, del «síndrome del espejo», pero su visión me devolvió la confianza. Olvidé la cara de treinta y siete años, que mi mente de veintinueve había visto en el cuarto de baño esta mañana. Es una hermosa mujer, de sólo veintisiete años, tuve problemas para escuchar su historia; todo lo que deseaba hacer era mirarla. Finalmente, comprendí que quería que sacase de la cárcel a su marido acusado de asesinato. Al parecer había estado encerrado desde 1976 (fecha real). Ella quería que volviese a abrir el caso, bajo el nuevo alegato de rehabilitación por regresión.

Se suponía que yo lo sabía, pero tuve que echar un vistazo a mis notas antes de que pudiese decirle qué posibilidades tenía. Bajo las siglas RPR estaba la definición del término y la anotación de qué número de personas había sido puesto en libertad por este motivo. La idea que ampara este proceder es que los criminales no son las mismas personas que eran antes de convertirse en criminales, si han perdido todo el recuerdo del crimen. Podría decirse que han hecho un viaje de regreso a la bondad. Naturalmente, el RPR no se aplica a los criminales empedernidos o a alguien que haya planeado un crimen mucho tiempo antes de haberlo cometido realmente.

Le pregunté por qué quería ayudar a un hombre que había matado a su amante en un ataque de ira cuando se enteró de que le engañaba.

—Le amo —dijo.

Y yo te amo a ti, pensé.

Me entregó unos documentos que sacó de un gran bolso que llevaba. Les eché un vistazo y le dije:

—Pero ¿usted se divorció de él en 1977?

—Sí, realmente es mi ex marido —dijo—. Pero yo pienso en él como si fuera mi marido.

No hace falta preguntarle el porqué.

—Estudiaré el caso —dije—. Anote que tiene que verme mañana. Entretanto, ¿qué le parece si tomamos un trago en el bar Rover y mientras discutimos acerca de la estrategia?

Así es como todo empezó de nuevo.

Fue una semana más tarde, revisando unas viejas grabaciones, cuando descubrí que era *de nuevo*. No importa. La amo. También amo a Carole, es decir, a una Carole. Con la que contraí matrimonio hace seis años, es decir, hace seis años en mi recuerdo.

Pero hay la otra Carole, la que existe hoy, la pobre y miserable infeliz que no puede salir de casa hasta que yo llego. Y yo no puedo llegar a casa hasta muy avanzado el día, porque no puedo empezar a trabajar hasta las doce del mediodía. Verdad es que podría llegar a casa más temprano, si no fuera por Myrna. Lo he probado. No hay solución. Tengo que ver a Myrna.

Me digo a mí mismo que soy un bastardo, porque Carole y los niños me necesitan mucho. Tom tiene diez años y se comporta como si tuviera dos. Mike tiene cuatro

años, en un cuerpo de doce. Voy de casa de Myrna a una casa de locos, cada día, según mis notas, y cada día es igual al anterior. Que me sienta culpable y me avergüence no sirve de nada. Me esfuerzo; trato de suprimir mi enojo, que nace de mi desesperación, de mi impotencia, de mi culpa y de mi vergüenza. Pero todo bulle y el manicomio se convierte en un infierno.

Me digo que Carole y los muchachos necesitan toneladas de fortaleza. Se puede estar calmado y tranquilo y, sobre todo, cariñoso. Se pueden manejar los miles de problemas molestos e irritantes que infestan todos los hogares en este mundo en el que disminuye la memoria. Pero, hay que ser un héroe. Porque los héroes reales y las heroínas son los que soportan heroicamente las preocupaciones diarias de la vida, aunque Dios sabe lo mucho que se han multiplicado. No es aquel que una vez en su vida mata un dragón, y se retira, el que es un héroe. Lo es el que cada día mata cucarachas y ratas y no descansa en sus laureles hasta que es un viejo, si es que llega a descansar.

¿De qué estoy hablando? Quizá yo podría manejar los problemas si no fuera por la pérdida de memoria. No puedo sentirme tranquilo porque no puedo acostumbrarme. Todo mi ser, todo mi cuerpo y toda mi mente sienten la misma sacudida, a alto voltaje, cada mañana.

Las compañías de seguros han cancelado todas las pólizas de seguros de todas las personas que tienen menos de doce años. El gobierno contempló la posibilidad de responsabilizarse de dichas pólizas, pero decidió no hacerlo. Sin embargo, se ocupará de los entierros, ya que este servicio es necesario.

Realmente, no creo que muchos niños mueran «por accidente» a causa del dinero de la póliza. La mayoría de los infortunios son simplemente el resultado de la negligencia o de los ataques de furia de los padres.

Me separo de Myrna, de todas formas, lo intento, porque deseo olvidar mi culpa. La amo; pero si no la veo mañana la olvidaré. Pero *la veré* mañana. Mis notas me dan la certeza de que será así. Y cada día, para mí, amor a primera vista. Es un sentimiento estupendo y ojalá pudiera continuar para siempre.

Si esta noche tuviese las agallas de destruir toda referencia que hiciese mención de ella. Pero no las tendré. El pensamiento de perderla, me produce pánico.

IX

Fecha real: mediados de 1984. Fecha subjetiva: mediados de 1968.

Me sorprendí de que me despertase tan temprano.

Ayer, Carole y yo nos habíamos casado al mediodía. Habíamos ido en nuestro coche hasta este hotel de primera clase, sobre el Lago de Ginebra. Habíamos pasado la mayor parte de nuestro tiempo en la cama, aunque nos levantamos para tomar la cena con champagne. Finalmente, hacia las cuatro de la madrugada, nos dormimos.

Por lo tanto, no esperaba despertarme al amanecer. Me di la vuelta para tocar a Carole, preguntándome si estaría muy dormida. Pero no estaba allí.

Se habrá ido al cuarto de baño, pensé. Ahora regresará.

Me incorporé. Mi corazón latía como si acabase de descubrir repentinamente que estaba vivo. Los contornos de la habitación se envolvieron dentro una densa capa de neblina, que venía hacia mí.

La luz del amanecer se filtraba a través de los visillos, pero me había dado cuenta de que el mobiliario no me era familiar. No había estado en este sitio con anterioridad.

Salté de la cama y no me di cuenta de la nota que estaba Prendida en la funda de mis gafas. ¿Cómo iba a darme cuenta si entonces no llevaba gafas?

¡Querida «Carole»! Corrí por un largo pasillo, completamente extraño para mí, pasé ante la puerta del cuarto de baño, que estaba abierta, y entré en una habitación al otro extremo del corredor. Me paré. Era una habitación de niños: literas, banderolas, slogans, fotografías de dos chicos, y posters de caras que nunca había visto, excepto una de Stan Laurel y Oliver Hardy, algunas imágenes de ciencia-ficción y otras de los libros de Tolkien y de Tarzán, algunos libros de texto y una pantalla en la pared. No hubiese sabido que se trataba de un aparato de televisión, si los controles no me hubiesen indicado finalidad.

Nadie había dormido en las literas. Los primeros rayos de sol caían sobre el polvo de la mesa.

Retrocedí hasta el pasillo, volví a mirar dentro del cuarto de baño, aunque sabía que allí no había nadie, vi toallas sucias, ropa interior y calcetines amontonados en un rincón, y me volví corriendo a mi dormitorio. Las cortinas no dejaban entrar suficiente luz, de manera que busqué un interruptor en la pared. No había ninguno, aunque había una placa redonda de latón en el lugar en el que pudiera haber estado el interruptor. Lo toqué y las luces del techo se encendieron.

Nadie había dormido en la parte de la cama de Carole.

El espejo que estaba sobre la cómoda me detuvo y me dejó inmóvil. ¿Quién era ese macilento viejo que me miraba desde mi yo de veintitrés años? Tenía el pelo gris, grandes bolsas debajo de los ojos, rasgos engordados y fofos y una gran cicatriz en la mejilla derecha.

Después de un rato, aturdido aún y tembloroso, cogí un libro de la estantería y lo miré. A tan corta distancia sólo pude averiguar el título, y, cuando lo abrí, la impresión estaba borrosa.

Dejé el libro, *Cómo hacer las pequeñas reparaciones en su hogar*, y recorrí toda la casa desde el ático hasta el sótano. Varias veces, gemí, «¡Carole! ¡Carole!» Como fuera que no encontré a nadie, me marché de casa y me fui hasta la casa próxima y llamé a la puerta. No contestó nadie, dentro no había luces.

Corrí hasta la próxima casa y traté de despertar a la gente que allí vivía. Pero no había nadie.

Una mujer, desde una casa al otro lado de la calle, me gritó. Corrí hacia ella, mascullando unas palabras. Tenía unos cincuenta años de edad y estaba histérica. Un momento más tarde, un hombre de su edad apareció detrás de ella. Ninguno de los dos me escuchó; me hacían preguntas, las mismas preguntas que yo les hacía. En aquel momento, vi un coche de policía negro y blanco, de un modelo que me era desconocido y que giraba por la esquina, media manzana más arriba. Corrí hacia él. El coche era tan silencioso que, a pesar de mi estado de pánico, me di cuenta de que estaba accionado por electricidad. Los dos policías llevaban unos uniformes extraños, de un gris plomizo y cascos blancos, rematados con penachos rojos. Sus escarapelas de aluminio tenían la forma de un águila con las alas abiertas.

Más tarde me enteré de que la policía de todo el país había sido federalizada. Estos dos pertenecían al turno de noche y por ello habían tenido tiempo de reorientarse. A pesar de ello, uno de los dos había tenido tantos sobresaltos que el otro le dijo que volviese adentro del coche y descansase durante un rato.

Después que nos hubo calmado, nos preguntó por qué no habíamos escuchado las cintas.

—¿Qué cintas? —dijimos.

—¿Dónde está su dormitorio? —dijo a la pareja.

Le llevaron hasta el dormitorio y puso en marcha un aparato que estaba sobre la mesita de noche.

—Buenos días —dijo una voz. La reconocí como perteneciente al marido—. No se asusten, permanezcan en la cama y escúchenme. Escuchen todo lo que les diga.

El resto era un resumen, bastante largo, de los principales acontecimientos ocurridos desde el primer día en que ocurrió la pérdida de memoria. Finalizaba dirigiendo a los dos hacia un bloc de notas que les informaría de las cosas personales que necesitaban saber, tales como dónde estaban sus puestos de trabajo, cómo podían llegar hasta los mismos, dónde estaban las tiendas de su área de servicio, cómo utilizar sus tarjetas de identidad, etc.

El policía dijo:

—Tenían la grabación conectada para ponerse en marcha a las 6:30, pero se despertaron antes. Suele pasar a menudo.

Me volví, de mala gana, a la casa de la que había salido. Era la mía, pero me sentía como si fuera un extraño. Escuché mis propias grabaciones, dos veces. Después, me puse las gafas y empecé a poner mi vida en orden. El diario «reprise» de «La narración de un viejo-joven náufrago en los abismos del tiempo».

Hoy no he ido a ninguna parte. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía empleo. ¿Quién necesita a un abogado que aún no ha asistido a la Universidad? Me di cuenta de que tenía una solicitud para un puesto en el cuerpo de la policía. El cuerpo de policía se iba haciendo cada vez mayor, pero al mismo tiempo tenía una rotación muy elevada. Mi grabación me decía que al día siguiente tenía que comparecer en el Ayuntamiento para una entrevista.

Si mañana me siento como hoy, y seguramente así será, no tendré ánimos para ir a la entrevista. Estoy demasiado apesadumbrado para hacer otra cosa que no sea permanecer sentado y mirar fijamente, y de vez en cuando levantarme, andar arriba y abajo, como un leopardo enfermo en una jaula construida por el Tiempo. Incluso los calmantes no me han servido de mucho.

He perdido a mi novia el día después de nuestra boda. Y amo a Carole profundamente. Íbamos a vivir una vida larga y feliz y habíamos de tener dos niños. Les íbamos a educar en una casa llena de amor.

Pero las grabaciones dicen que el chico mayor se escapó de casa y fue atropellado y muerto por un coche y Carole, en un ataque de angustia y desesperación, mató al chico menor y después se suicidó.

Fueron enterrados en el Cementerio del Valle de La Primavera.

No puedo sentir un dolor retrospectivo por unos extraños llamados Mike y Tom.

Pero Carole, mi querida y alegre Carole, vive en mi mente.

¡Oh, Señor!, ¿por qué no borro todas mis grabaciones? Entonces no sentiría remordimiento por todo lo que he hecho o he dejado de hacer. No sabría lo bastardo que he sido.

¿Por qué no lo hago? Tomar el pasado y despojarse de todas las aflicciones y de todas las culpas, como una serpiente se despoja de su piel. O como la legislatura revoca las leyes antiguas. Toca un botón, llena el cubo de basura y quedas limpio y libre de nuevo, inocente de nuevo. Esto es lo lógico, y yo soy un abogado que se dedica a la lógica.

¿Por qué no? ¿Por qué no?

Pero no puedo. Quizá me gusta sufrir. Me ha gustado infligir daño, y según lo que sé, a los que les gusta infligir daño a los demás, les gusta, inconscientemente, recibirlo.

No, no puede ser. Por lo menos, no todo. Mi razón principal para no deshacerme de las grabaciones es que no quiero perder mi identidad. Una importante parte de mí mismo, de persona única, no está en las neuronas de mi cerebro, al que pertenece, sino en un mecanismo electromecánico o en los trazos de mina de carbón o tinta sobre el papel. La proteína, la carne a la que me debo, no persiste en mí.

Voy de mal en peor, empequeñeciéndome cada vez más, como la bruja malvada sobre la que Dorotea vertía agua. Me convertiré en un charco, en una voz llorosa, desesperada, y después... nada.

¡Dios mío, no he sufrido bastante! Dije que era deudor por la carne y que estoy anotado en Tus libros. ¿Por qué tengo que luchar cada día para no convertirme en un bruto, en un ser sin memoria? ¿Por qué no librarme de esta lucha? Toca el botón, llena el cubo de basura, descarga mi dolor en un caos de líneas magnéticas o de pasta de papel.

El dolor de cada día es suficiente.

No me había dado cuenta, Señor, de lo que quería decir esta frase.

X

Me casaré con Carole dentro de tres días. No, me habré casado. No, me casé. Recuerdo haber leído una serie de tiras cómicas del Krazy Kat, cuando tenía veintiún años. Una de ellas tenía el siguiente titular: REINA EL ESTADO DE COMA. El Condado de los Cocos estaba en la zona de calmas ecuatoriales. Nache, ni Krazy Kat, ni Ignatz Mouse, ni Pupp el Funcionario, nadie tenía fuerza para hacer nada. Mouse se sentía tan perezoso que ni se acordaba de tirar el ladrillo. Es extraño cómo esta historieta perdura en mi mente. Se me hace extraño pensar que dentro de poco la olvidaré para siempre.

Hoy reina «Coma» en el mundo.

Excepto por lo que respecta al Proyecto Toro, dice la televisión. Y aun éste se encuentra atrasado. Pero la Tierra, Ignatz Mouse, no olvidará tirar el ladrillo; es decir, el asteroide. Pero, mientras Ignatz expresaba su amor, de una forma un tanto perversa, propinándole un porrazo en la cabeza a Kat con el ladrillo, el mundo expresa su odio y su desesperación, tirando a Toro contra La Bola.

Me las arreglé para bajar a la ciudad y acudir a mi cita. Lo hice para evitar volverme loco de dolor. Llegué tarde, pero el jefe Moberly parecía que lo tenía previsto. Casi todo el mundo llega tarde, dijo. Una razón de mi tardanza es que me perdí. Esta zona residencial no era, en 1968, nada más que un bosque al final de la ciudad. No llevo coche y la casa está en medio de una zona con muchas calles zigzagueantes. Tengo un mapa de la zona, pero me lo olvidé. Seguí hacia el este y finalmente llegué a la avenida principal. Era la ruta 98, por la que había paseado muchas veces desde chico. Pero tanto la carretera como las casas a lo largo de ella me eran extrañas. El aeropuerto privado que estaba al otro lado de la carretera había desaparecido y había sido reemplazado por una serie de grandes edificios industriales.

Un gran letrero, cerca de un banco situado bajo un toldo, indicaba el lugar de espera para coger el autobús. El letrero decía que pasaba uno cada diez minutos.

Esperé una hora. Cuando vino, el autobús no era el vehículo totalmente automatizado que prometía el letrero. Lo llevaba un conductor con cara de sueño y en su interior se encontraban diez pasajeros nerviosos. El conductor no me pidió dinero por el billete y yo tampoco se lo ofrecí. Me senté y le observé, al tiempo que echaba vistazos por la ventanilla. No tenía volante. Cuando quería reducir la velocidad del autobús o pararlo empujaba una palanca hacia delante, para acelerarlo, empujaba la palanca hacia atrás. Aparentemente, el autobús seguía un raíl de una sola vía por la mitad del carril derecho. Mis grabaciones me informaron más tarde que tanto el piloto automático como el equipo de apertura de las puertas no habían sido entregados y, probablemente, no iban a serlo durante muchos años, si es que iban a

ser entregados un día u otro. El gran plan destinado a lograr que todo funcionase por medios cibernéticos había fallado. No hay suficientes personas que puedan proporcionar la técnica o la mano de obra. De hecho, todo se ha ido a rodar.

El jefe de policía, Adam Moberly, tiene cincuenta años y parece que tenga sesenta y cinco. Me habló durante quince minutos y después me sometió a un examen físico y a un test de inteligencia. Tres horas después de haber entrado en la estación de policía, ya había prestado mi juramento. Me sugirió que me alojara con otros dos oficiales, uno de los cuales era un viejo veterano de sesenta años, en el hotel que estaba al otro lado de la calle. Si tenía compañía vencería con mayor rapidez la desorientación de cada mañana.

Además, los policías que vivían en la zona central de la ciudad recibían un trato especial en varias cosas, entre las que se incluían los suministros racionados.

Rechacé trasladarme. No podía reivindicar qué mi casa fuese un hogar para mí, pero sentía que era como un lazo de unión con el pasado, quiero decir con el futuro, no, quiero decir con el pasado. Dejarla significaría cortar otra parte de mí mismo.

Fecha real: finales de 1984. Fecha subjetiva: principios de 1967.

Mi madre murió hoy. Es decir, por lo que a mí respecta, murió hoy. Los días que van a transcurrir van a estar llenos de ansiedad y de dolor. Tardó mucho tiempo en morir. Averiguó que tenía cáncer dos semanas después de que muriese mi padre; así, voy a regresar por el camino del dolor por mi madre y después por mi padre, que también estuvo enfermo durante mucho tiempo.

Gracias a Dios no tendré que vivir todos aquellos días, pensé. Solamente un tercio de ellos. Y éstas son las últimas palabras que voy a grabar acerca de su enfermedad.

Pero ¿cómo puedo dejar de grabarlas si no hago una grabación que me recuerde que no debo hacerlo?

Encontré en mis grabaciones cómo me hice esta enorme cicatriz en la cara. El ex marido de Myrna me acuchilló antes de que le alcanzase con un gran cenicero. Esta vez le llevaron a un hospital para criminales locos, donde murió unos meses más tarde en el fuego que abrasó a todos los prisioneros que se hallaban encerrados en este edificio. No tengo ni la más ligera idea de lo que le ocurrió a Myrna tras aquel hecho. Aparentemente, decidí no grabarlo.

Esta noche me siento mortalmente cansado y, según mis grabaciones, cada noche me encuentro igual. No hay por qué extrañarse, si todos los días son como hoy. Incendios, asesinatos, accidentes y locos. Bebés de catorce años abandonados. Y un departamento de policía que en un noventa por ciento está compuesto por verdaderos reclutas. Las víctimas son llevadas a hospitales en los que las enfermeras tienen escaso entrenamiento y los médicos son, en su mayor parte, vejstorios arrancados de su retiro.

Me voy a la cama pronto, puesto que no son más de las nueve. Estoy tan exhausto que ni siquiera Jayne Mansfield me haría permanecer despierto. Y temo que sea

mañana. Además de los motivos usuales de disgusto, tengo uno que apenas puedo apartar del pensamiento.

Mañana mi memoria pasará por el día que conocí a Carole. Ya no la recordaré más.

¿Por qué lloro, cuando me veré aliviado de una gran pena?

XI

Fecha real: 1986. Fecha subjetiva: 1962.

Estoy loco por Jean, y me siento alicaído porque no puedo encontrarla. Según mis grabaciones, se fue al Canadá en el año 1965. ¿Por qué? Con toda seguridad no reñimos. Nuestro amor iba a durar siempre. Sus padres deben haberse trasladado al Canadá. Y aquí estamos los dos en 1962. A mediados de 1962, para ser más precisos. Anfibios del tiempo. ¿Piensa en mí ahora? ¿Es incapaz de pensar en mí, o de pensar en cualquier otra cosa, porque está muerta o loca? Mañana pondré en marcha los engranajes oficiales. Según las grabaciones, el gobierno canadiense debe poder encontrarla a través de la Red de Computadoras de Información Internacional. Entretanto, hiervo a fuego lento. Estoy tan cansado...

Ni siquiera Marilyn Monroe me pondría en forma esta noche. Pero Jean, ¡oh, Jean! La veo a sus diecisiete años, alta, delgada, pero con un pecho bien formado, con una piel blanca y cremosa, una amplia frente, unos grandes ojos azules, un pelo negro satinado y los labios más apetitosos que jamás se hayan visto. Los efluvios de sexualidad se difundían con tanta amplitud que parecían ondas de calor. ¡Payasadas! Y el cansado Payaso viejo se va a dormir.

6 de febrero de 1987.

Mientras esta mañana miraba la televisión para orientarme, la emisión de un especial de noticias interrumpió el programa. El Presidente de los EE.UU. acababa de morir hacía pocos minutos, a causa de un ataque al corazón.

—¡Dios mío! —dije—. ¡El viejo Eisenhower ha muerto!

Pero la fotografía del Presidente no era la de Eisenhower. Y naturalmente tenía un nombre que no había oído nunca.

No puedo sentir pena por un sujeto que jamás he visto.

Pero no pude dejar de pensar en él, sin embargo. ¿Se sentía tan confundido como yo cada mañana? Imagínese a un sujeto que se despierta pensando que es un senador en Washington y se da cuenta de que es el Presidente. Por lo menos sabe algo de cómo llevar el país. Pero no es de extrañar que la vieja bomba se descompusiera. La televisión dice que durante los siete últimos años hemos tenido cinco presidentes, la mayoría verdaderos vejstorios. A uno le pegaron un tiro; a otro le echaron por una de las ventanas de la Casa Blanca; dos tuvieron un ataque al corazón; otro se volvió

loco y por poco provoca una guerra. Como si ya no tuviésemos suficiente pena para tener que seguir llorando a mares.

Incluso después de la orientación, no cogía la onda. Me imagino que me sentía demasiado pesado para que algo me entrase dentro del coco.

Un policía me llamó y me dijo que valía más que agarrase los bártulos y me fuese a trabajar. Le dije que, además, no tenía ganas, ¿por qué quería ser policía? Me dijo que si no me presentaba podía ir a la cárcel. Así es que me presenté.

Fecha real: 1988. Fecha subjetiva: 1956.

Heme aquí, con once años, yendo para diez.

En parte, así es. Por otra parte, heme aquí con cuarenta y tres años y con un aspecto de sesenta. Al menos, esto es lo que mi cara me parece. Sesenta.

Este lugar es como una cárcel, excepto que a alguno de nosotros se nos trata como a personas de confianza. Según la descripción del trabajo, salgo por los portalones de hierro cada mediodía con una brigada de demolición. Hoy hemos derribado cinco casas parcialmente destruidas por un incendio. El jefe de las brigadas, el viejo Rogers, dice que es un trabajo WPA, aunque no sé qué quiere decir con ello. De todas formas, uno de los sujetos que trabaja conmigo iba cobrando un aspecto cada vez más familiar. De repente, me sentí como si me fuese a desmayar y dije:

—¿No eres Stinky Davis?

Puso cara de sorpresa y, a continuación, dijo:

—¡Jesús! ¡Tú eres Gabby! ¡Gabby Franhan!

No me agradó que utilizase el nombre de Dios en vano, pero me imagino que se le puede excusar.

De la forma que me sentía creo que nada me hubiese sabido bien, pero los bocadillos que tomamos para desayunar, en el almuerzo y en la cena, sabían como si tuviesen un chorro de aceite. De aceite de máquina, quiero decir. El jefe de cocina tiene más de ochenta años. Dice que sus grabaciones cuentan que los bocadillos son un derivado del petróleo. El petróleo se convierte en un tipo de proteína y después se sazona. Se llaman hamburguesas de petróleo.

Esta noche, antes de que las luces se apagasen, vimos al Presidente dando un discurso. El proyecto Toro se va a terminar. De una forma u otra. Y pasará esta pérdida de memoria. Esta mañana no puedo comprender nada, ni aunque me lo dieran por escrito. Lunáticos, naves sin piloto sobre Venus y Marte, todo esto lo había oído decir cuando tenía once años. Y la Bola Negra, el objeto venido de los espacios siderales. ¡Y ahora empujamos a los asteroides! ¡Y aún hay quien habla de la ciencia-ficción!

Día 4 de septiembre de 1988.

Hoy es el día.

En realidad, la gran colisión será mañana, diez minutos antes de las once de la mañana..., pero siento como si fuera hoy. Toro, a 150.000 millas por hora, chocará con La Bola. Quizás.

Heme aquí otra vez. Soy Mark Franham, grabando; no sea que La Bola se desvíe de su objetivo y yo tenga que depender de mis grabaciones. Son las siete de la tarde y después de la cena tipo rancho con hamburguesas de petróleo, sopa de patatas y zanahorias en lata, cincuenta de nosotros nos reunimos alrededor del aparato n.º 8. Una pareja de científicos está hablando, exponiendo sus teorías sobre lo qué es La Bola y por qué nos ha desprovisto de nuestros recuerdos. El viejo doctor Charles Presley —¿tiene alguna relación con Elvis?— piensa que La Bola es un tipo de nave de exploración, sin piloto.

Cuando encuentra un planeta habitado por vida sensible, sensible significa inteligente, recoge muestras. Es decir, muestras de cerebro. Cada vez desprende de nuestros cerebros el contenido de cuatro días, porque esto es todo lo que es capaz de hacer. Pero esto lo puede hacer a billones de especímenes. Es como si leyese nuestros cerebros, pero al mismo tiempo los destruyese. Presley dijo que era una especie de principio de Heisenberg del cerebro. La Bola no puede observar nuestras memorias con atención sin perturbarlas.

Presley dice que La Bola recoge nuestros recuerdos y los archiva. Y cuando haya acabado con nosotros, cuando nos haya sorbido el seso hasta dejárnoslo seco, partirá hacia otro planeta que gire alrededor de alguna estrella lejana.

Un día, volverá a su planeta de origen y los científicos estudiarán las grabaciones de nuestras mentes.

El otro científico, el Dr. Marbles —aún se carcajea—, se Preguntaba cómo unos seres lo suficientemente avanzados como para hacer esto podían ser tan insensibles. Seguramente los extraterrestres deben saber el gran daño que nos están haciendo. Su ética no debe ser muy elevada, si les permite hacer esto.

El doctor Presley dice que quizá nos consideran como si fuéramos animales, ya que están tan por encima de nosotros. El doctor Marble dice que puede ser. Pero también puede ser que quienquiera que fuera el que construyó La Bola tiene un cerebro distinto al nuestro. Su rayo lector de memorias, o lo que sea, cuando se utiliza sobre ellos mismos, no perturba sus pautas de recuerdo. Pero nosotros somos distintos. Los extraterrestres no lo saben, naturalmente. Ahora no. Cuando La Bola regrese a casa, y los extraterrestres lean nuestros cerebros, se sorprenderán de lo que nos han hecho. Pero entonces será demasiado tarde.

Presley y Marble se enzarzaron en una discusión sobre la manera en que los extraterrestres podrían interpretar sus grabaciones. ¿Cómo podrán traducir nuestros idiomas cuando no tengan referencias, es decir, referentes? ¿Cómo van a traducir a lo loco, rock and roll y aupa cuando no tengan a nadie que les indique sus significados?

Marble dijo que ellos no tendrían las mismas palabras, que tenían imágenes mentales y las asociaban con las palabras. Y así sucesivamente. No comprendí en absoluto mucho de lo que dijeron.

A pesar de todo, sé una cosa, y estoy seguro de que estos pontífices también la saben. Pero no se les permitiría que la dijese por televisión porque nos sentiríamos más tristes y desesperados. Es decir, ¿qué ocurriría si en este momento las computadoras en La Bola estuvieran traduciendo nuestros idiomas, leyendo nuestros cerebros, tal como están grabados? Si es así, lo saben todo acerca del Proyecto Toro. Estarán preparados para el asteroide; lo destruirán si tienen las armas para hacerlo, o, si no las tienen, desplazarán La Bola hacia una órbita diferente.

No voy a decir nada a los otros de esto. ¿Por qué hacer que se sientan peor?

Ahora son las diez. Según las normas fijadas por todas partes, es hora de irse a la cama. Pero nadie lo ha hecho. Esta noche, no. A nadie se le ocurriría dormir cuando el Fin del Mundo puede estar a punto de tener lugar.

Ojalá que mi padre y mi madre estuviesen aquí. Esta mañana lloré cuando me di cuenta de que no estaban y pregunté al jefe por su paradero. Me dijo que estaban trabajando en una ciudad cercana, pero que me iban a visitar pronto. Pienso que mentía. Stinky me vio llorar, pero no dijo nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Apuesto a que él también soltaba algunas lágrimas cuando pensaba que nadie le miraba.

Las doce. Medianoche. Falta menos de una hora. Y, después, ¡el gran trastazo! Oh, detesto hablar de ello, del gran batacazo. No podremos verlo directamente porque los cielos están cubiertos en la mayor parte de Norteamérica. Pero se ha ideado un sistema para que podamos verlo en la televisión. Si es que se produce un gran resplandor cuando Toro y La Bola colisionen.

¿Qué sucederá si no ocurre el choque? Pronto seremos como estos chicos crecidos, algunos de los cuales tienen veinte años, que viven encerrados en grandes edificios en la parte noroeste de esta localidad. No dicen nada más que Papá o Mamá, babeando y ensuciando los pañales. Si es que llevan pañales, porque el viejo Rogers dice que oyó, hoy, que no llevan nada. Las enfermeras van una vez al día y con una manguera les limpian a ellos y la casa. Las enfermeras no tienen tiempo de cambiarles y lavar pañales y bañarles individualmente. Bastante trabajo da alimentarles con cuchara.

Tres o cuatro años más y seré como ellos. A menos que enloquezca antes y me metan en ese edificio que el viejo Rogers llama la fábrica de la confusión. Están fuera de tino, dice, e incluso si la pérdida de memoria se para esta noche, no cambiarán en absoluto.

El viejo Rogers dice que, según las grabaciones, hay cincuenta millones de personas menos en los EE.UU. que en 1980. Lo cual es bueno, dice, porque es todo lo que podemos hacer para dar de comer a los que tenemos.

¡Venga Toro! ¡Eres nuestra última oportunidad!

Si Toro no lo logra, ¡me suicidaré!, ¡de veras! No voy a consentir en volverme

idiota. De todos modos, cuando lo sea, no habrá comida suficiente para los que estén en sus cabales. Ayunaré hasta morir. Prefiero pasar por esto ahora que por lo otro más tarde.

Dios me perdonará.

Dios, Tú sabes que quiero ser un ministro del Santo Evangelio cuando me haga mayor y que quiero ayudar a la gente. Me casaré con una buena mujer y tendremos hijos que se educarán con rectitud. Y cada día te daremos las gracias por las bondades que nos concedes y te pediremos valor para combatir los males.

Amor, esto es lo que siento, Señor. Amor hacia Ti y hacia tu gente. No hagas que Te odie. Guía a Toro hacia La Bola y vuélvenos al camino recto.

Ojalá Papá y Mamá estuvieran aquí.

La TV dice que se siguen disparando bombas-H contra La Bola. La TV dice que la gente de la Costa Este se duerme. Los rayos, o lo que sea que La Bola utiliza, no se ven afectados por la radiación de las bombas-H. Pero ello no quiere decir que los controles no lo sean. Ruego a Dios porque se descompongan. Faltan diez minutos para que se ponga en marcha. Toro tiene que efectuar un recorrido de veinticinco mil millas. Nuestros controles no nos pueden decir si La Bola está en su órbita original. ¡Espero que sí!; ¡espero que sí! ¡Si ha cambiado su trayectoria, estamos perdidos! ¡Acabados! ¡Liquidados!

Faltan cinco minutos de recorrido; doce mil quinientas millas.

Puedo ver La Bola, de casi media milla de diámetro, con los ojos de mi cerebro, moviéndose con gran estruendo en su órbita, ciega como un murciélago. Espero y ruego a Dios porque las bombas, las últimas de las cinco mil, se inflamen y Toro, el asteroide de milla y media de longitud, una milla de ancho, con millones de toneladas de roca y níquel se precipite contra su punto de destino.

Si es que llega a tener un destino.

Pero el espacio es grande. Incluso La Bola y Toro son pequeños comparados con el vacío de allá arriba. ¿Qué ocurre si las matemáticas de los científicos se desvían un poco, o los motores de los cohetes de Toro no funcionan como se espera y Toro pasa rozando a La Bola? ¡Tiene que impactar en La Bola en el momento y en el lugar precisos, tiene que hacerlo!

Ojalá que los radares y los lasers pudiesen ver lo que está ocurriendo.

Quizás es mejor que no puedan hacerlo. Si supiéramos que La Bola había cambiado de rumbo..., pero de esta manera aún tenemos esperanza.

Si Toro falla, me suicidaré, lo juro.

Faltan dos minutos. Ciento veinte segundos.

La gran habitación está silenciosa excepto por los chicos que como yo están rezando o hablando suavemente a nuestras grabadoras, o rezando, hablando y sollozando.

La televisión dice que las bombas han dejado de explotar. No más relámpagos hasta que Toro impacte contra La Bola, si es que llega a hacerlo. ¡Oh, Dios, haz que

le dé, haz que le dé!

Los satélites, sin piloto, abrirán los lentes de sus cámaras en el mismo momento del impacto y sacarán una instantánea. Las cámaras están encerradas en estuches de plomo, los obturadores son de plomo y el equipo es especial, en su mayor parte mecánico, no eléctrico, casi como el globo del ojo humano. Si las cámaras ven el gran relámpago, enviarán un impulso eléctrico a través de los circuitos, que estarán, también, recubiertos de plomo, hacia un mecanismo que disparará una gran bola recubierta de una capa delgada. Esta bola está rellena de magnesio, la misma materia que emplean los fotógrafos, mezclada con bolitas de oxígeno para que la pólvora se encienda. Va a haber tres de las más grandes llamaradas que jamás se hayan visto. Tres. Tres en señal de Victoria.

Si Toro falla, solamente se disparará una bola luminosa. ¡Oh, Señor, no permitas que esto ocurra!

Aviones con pilotos automáticos surcarán el cielo, sobrevolando las nubes, y sus equipos captarán relámpagos y los transmitirán al equipo de TV de tierra.

Falta un minuto.

¡Venga, Dios mío!

No dejes que ocurra, por favor, no dejes que ocurra, que en algún lugar lejano, dentro de miles de años, algún ser de extraño aspecto lea esto y averigüe con horror lo que su gente nos ha hecho. ¿Sentirá remordimiento? ¡De buena cosa nos va a servir! Tú que estás en el más allá. ¡Te odio! ¡Dios mío, cómo te odio!

Padre nuestro que estás en los cielos, quince segundos, santificado sea tu nombre, diez segundos, hágase tu voluntad, cinco segundos, pero y si con el pulgar dirigido hacia abajo, dice que no, ¡Dios mío!, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿qué te he hecho?

¡La pantalla está en blanco! ¡Oh, Dios mío!, ¡la pantalla está en blanco! ¿Qué ha ocurrido? ¿Una avería en la transmisión? ¿O tienen miedo de contarnos la verdad?

¡Ya va! ¡Ya va!

¡Yaaaa...!

XIII

4 de julio, del año de gracia de 2002.

Puede ser que borre esta grabación. Si me queda algún sentido, lo haré. Si verdaderamente me quedase algún sentido, no la habría hecho.

Hoy es el Día de la Independencia y estamos aún bajo una ley férrea. Pero el viejo Dick, el Dictador, insiste en que cuando no haya necesidad de un control estricto, la Constitución será restaurada y volveremos a ser una democracia. Tiene noventa y cinco años, y no puede durar mucho. El vicepresidente tiene sólo ochenta años, pero es tan duro como el más duro de los octogenarios que jamás hayan existido. Y es incluso más totalitario que Dick. ¿Y cuándo ha habido un hombre que haya

renunciado al poder?

Pertenezco a la élite, o sea que no lo tengo tan mal. Con mis cincuenta y siete años, soy un miembro de esta clase. Además, tengo mi Doctorado en Filosofía y soy un ministro de la iglesia a horas. No sé por qué digo a horas, ya que no hay ministros de la iglesia a jornada completa, aparte de los directivos del Consejo Norteamericano de las Iglesias. El Pueblo no puede soportar sacerdotes a jornada completa. Todo el mundo tiene que trabajar al menos diez horas al día. Pero estoy en mejores condiciones que muchos. Hace tres años que como ternera fresca y carne de cerdo. Tengo una casa hermosa y no tengo que compartirla con otra familia. La casa no es la que mis grabaciones dicen que antes tenía. El pueblo la confiscó para resarcirse de los impuestos atrasados. No me sirvió de nada protestar, alegando que los impuestos sobre la propiedad se habían suprimido durante el ínterin. El pueblo dice que aquél terminó cuando se destruyó La Bola.

Pero ¿cómo podía pagar impuestos sobre esta propiedad cuando, de hecho, tenía solamente once años?

Esta tarde, que era fiesta, salí con Leona hacia el Valle de La Primavera. Pusimos flores en las tumbas de sus padres y de sus hermanos, ninguno de los cuales recuerda, y en las tumbas de mis padres y de Carole y de los niños, a quienes solamente conozco a través de las grabaciones. Rogué por el perdón de Carole y de los chicos.

Cerca de la tumba de Carole estaba la de Stinky Davis. Pobre muchacho. Perdió el seso la noche en la que La Bola fue destruida y hubo que encerrarlo en una celda incomunicada. Seguía loco, cuando murió, cinco años más tarde.

A veces me pregunto por qué no me volví loco yo también. Las sacudidas y los golpes producidos por la pérdida de memoria deberían habernos trastocado a todos. Pero algunos de nosotros fuimos duros, más duros de lo que merecíamos. Pero, así y todo, los ataques diarios producidos por los síndromes de alarma hicieron su daño. Estoy seguro que, incluso a los más duros de nosotros, nos mermó años. Somos la generación tarada. Y esto es malo para los más jóvenes, quienes durante los próximos diez años no tendrán personas mayores para conducirles.

¿Es esto algo tan malo?

Por lo menos, los que se encontraban en la década de los veinte a los treinta, cuando La Bola fue aplastada, siguen bien.

Leona misma tenía veinte años en aquel momento. Fue alumna mía en la escuela superior. Físicamente tiene treinta y cinco años, pero solamente quince por lo que respecta a lo que la gente joven llama su edad interna. Pero dado que el plan de estudios va más rápido para los adultos, y se han eliminado los cursos sobre humanidades, se graduó en estudios superiores el pasado mes de junio. Quiere ser médico y Dios sabe que necesitamos médicos. Estamos planeando el tener dos hijos, que es el máximo permitido, y va a ser duro el educarles mientras ella esté estudiando en la Universidad.

Pero Dios nos ayudará.

Cuando nos íbamos del cementerio, Margie Oleanoler, una hermosa muchacha de veinticinco años se nos acercó. Me preguntó si podía hablarme personalmente. A Leona no le gustó, pero le dije que probablemente Margie quería hablarme acerca de sus notas en la clase de geometría.

Margie me dijo algo sobre los problemas que tenía con sus lecciones. Pero después empezó a hacerme preguntas sobre el sistema político. Sí, es mejor que borre esto, y si no fuera por los hábitos adquiridos, no lo estaría grabando.

Transcurridos unos minutos, me sentí inquieto. Sonaba como si estuviese tratando de conseguir que mostrase algún resentimiento contra la situación actual.

¿Es un agente provocador o me estaba probando como miembro potencial de la oposición?

Sean sus propósitos los que fueren, estaba en aguas peligrosas. Y yo también. Le dije que formulase las preguntas a su profesor de política. Me dijo que leería el libro de texto facilitado por el gobierno. Yo mascullé algo como «Dar al César lo que es del César», y me marché.

Pero me siguió y me preguntó si podía hablar con ella en mi oficina, mañana. Dudé, pero le dije que sí.

Cuando llegamos a casa, Leona me montó una escena. Me acusó de perseguir a las chicas más jóvenes porque ella era demasiado vieja para estimularme. Le dije que yo no era un senil Rey David, lo cual debería saber muy bien, y ella me dijo que había escuchado todas mis grabaciones y sabía qué clase de hombre era. Le dije que había aprendido de mis errores. He vuelto a escuchar muchas veces las grabaciones de los años borrados de mi recuerdo.

—Sí —dijo—, sabes todo lo ocurrido intelectualmente. Pero no lo sientes.

He salido al exterior y elevo mi mirada a la noche. Allá, arriba, átomos libres y moléculas están flotando, frías y solas, desechos de las memorias recogidas por La Bola, átomos y moléculas de lo que una vez fueron modelos increíblemente complejos. La memoria de treinta y dos años de las vidas de cuatro mil quinientos millones de seres humanos. Perdidos para siempre, excepto en la mente de Uno.

Oh, Dios mío, empecé de nuevo como un muchacho de once años. No permitas que vuelva a cometer los mismos errores de nuevo. Nos has dado un mañana de nuevo, pero tenemos muy poco pasado para guiarnos.

Mañana estaré muy frío y muy profesional con Margie. No demasiado, naturalmente, ya que debe haber cierto calor entre profesor y alumna.

Si ella no me recuerda a..., ¿quién?

Pero esto es imposible. No puedo recordar nada del Ínterin. Absolutamente nada.

Pero ¿qué ocurre si hay distintas clases de memoria?

LA MUERTE DEL DR. ISLA

Gene Wolfe

The Death of Dr. Island

Gene Wolfe, autor de la obra antológica del año pasado, *La Quinta Cabeza de Cerbero*, vuelve con una novela sobre un extraño muchacho que mueve la cabeza de un lado a otro, como hacen ciertos reptiles, y de lo que acaeció entre él y otros dos seres en un satélite de Júpiter creado por los hombres. Si el escenario está magistralmente descrito, su psicología es aún más interesante:

*He deseado ir
donde no falten las primaveras
a los campos donde los insectos no piquen
ni molesten, y se mezan unos cuantos lirios.
He pedido estar
donde no estallen tormentas
donde los prados crecen en los mudos cielos
y lejos del vaivén del mar.*

Gerard Manley Hopkins

Un grano de arena, oscilando al borde de un pozo, se agitó y cayó dentro, en el fondo, la hormiga león surgió furiosa. Durante un momento todo quedó en silencio. Luego, el pozo y un metro cuadrado de arena que lo rodeaba se agitaron como borrachos mientras dos cocoteros se inclinaban para mirar. La arena se amontonó en el borde y surgió la cicatrizada cabeza de un muchacho, una maraña de cabello castaño le cubría casi las suturas. Con los oscuros ojos dilatados, se detuvo; el cuello, justo donde había estado la hormiga león y como agujoneado desde abajo, saltó hacia la playa, se volvió y arrojó la arena a puntapiés dentro del hoyo de donde había emergido y lo obturó por completo. El muchacho aparentaba unos catorce años.

Durante un rato se mantuvo agachado empujando a un lado la arena para encontrar la entrada. Unos centímetro más abajo tropezó con un material sólido, pedregoso, que bien no era ni hormigón ni piedra arenisca poseía la calidez de ambos, un plástico orgánico enarenado. Rascó hasta que los dedos se le pusieron en carne viva pero no consiguió dar con los bordes del hueco. Entonces, se levantó y miró a su alrededor moviendo continuamente la cabeza como hacen ciertos reptiles, de atrás hacia delante, sin pausa al final de cada movimiento. Lo hacía sin cesar —siempre— y por lo mismo, no volveremos a mencionarlo más, como tampoco que respiraba. Sí respiraba, y al hacerlo la cabeza, como la cola de una serpiente, giraba de parte a parte. El muchacho era delgado, desnudo y liso como una rana.

Ante él, la arena se inclinaba suavemente hacia el mar color zafiro; en la playa había cocos, conchas y un huidizo cangrejo que jugaba con los bordes de los dedos de cada ola que agonizaba. Detrás de él sólo se veían palmeras y arena. Las palmeras crecían cada vez más juntas a medida que se alejaban del mar hasta que el bosque de sus columnatas de troncos semejava arquitectónica, como un laberinto palaciego

cubierto de enredaderas y lianas de hojas verdes, escarlata y amarillas; se entrelazaban con bambúes y árboles de hojas caducas salpicados de refulgentes orquídeas hasta lo que alcanzaba su vista, para acabar en un muro sembrado de lentejuelas cuyo color predominante era el verde oscuro.

El muchacho se dirigió a la orilla y se metió en el mar hasta que el agua, caliente como la sangre, le llegaba casi a las rodillas. Introdujo las manos y la probó: era pura, sin pizca de esos desinfectantes a los que estaba habituado. Vadeó por la orilla, salió a la arena y se sentó a unos cinco metros de la franja que bordaban las olas y a los diez minutos, en los que no oyó más ruido que el del viento y el mar, echó atrás la cabeza y empezó a gritar. Su grito era agudo, penetrante y cada respiración terminaba en una nota ululante e ininteligible seguida del jadeo sordo, cavernoso de la próxima inspiración. En una ocasión había gritado de ese modo, sin cesar, catorce horas y veintidós minutos y, al final, una enfermera religiosa con un expediente de servicios ejemplar que abarcaba diecisiete años le había administrado una inyección sin consultar al ayudante del médico.

Pasado un rato el muchacho paró, no porque estuviera cansado, sino para escuchar mejor, pero sólo se oía el silbido del viento entre las frondosas palmeras y el murmullo de las olas al romper, pero le pareció oír una voz. El muchacho lo mismo se mostraba tranquilo que bullicioso y ahora estaba quieto y callado. Con la mano izquierda levantaba arena, tan blanca y pura como sal, que se deslizaba por entre los dedos mientras con la derecha arrojaba chinias y guijarros transparentes como cuentas de cristal a las olas rompientes.

—*Óyeme* —dijo la ola—. *Óyeme. Óyeme.*

—Te oigo —contestó el chico.

—Bueno —replicó la ola y el eco resonó débil: *Bueno, bueno, bueno.*

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Cómo debo llamarte? —preguntó la ola.

—Me llamo Nicholas Kenneth de Vore.

—Nick, ¿*Nick... Nick?*

El chico se levantó y volviéndose de espaldas al mar caminó tierra adentro. Cuando hubo perdido de vista el mar tropezó con un cocotero doblado en ángulo, reclinándose y meciéndose entre sus compañeros como el penacho de un reactor que asciende arrebatado por el viento. Tras palpar su tosco exterior con ambas manos empezó a trepar: era inexperto y se encaramaba despacio y un poco torpe, pero su cuerpo era ligero y fuerte. No tardó en llegar a la copa, molestando a los monitos pardos y felpudos que huyeron chillando a otra palmera, dejándolo solo entre los tallos y la fronda de los verdes cocos.

—También yo estoy aquí —proclamó una voz desde la palmera.

El muchacho, que miraba el cielo color zafiro y que oscilaba sobre su cabeza, lanzó una exclamación.

—Te llamaré Nicholas.

—Veo el mar —dijo el chico.

—¿Sabes cómo me llamo?

El chico no contestó. Por debajo de él, el largo tallo de la torcida palmera se movía ligeramente.

—Mis amigos me llaman Dr. Isla.

—Yo no te llamaré así.

—Con eso indicas que no eres mi amigo.

Una gaviota chilló.

—Sin embargo, te acepto como amigo. Aunque digas que yo no soy tu amigo yo afirmo que sí lo eres. Me gustas, Nicholas, y te trataré como un amigo.

—¿Eres una máquina, una persona o un comité? —preguntó el muchacho.

—Soy todo eso y aún más. Soy el espíritu de esta isla, el genio tutelar.

—Mentira.

—Ahora que nos hemos conocido, ¿prefieres que te deje?

Tampoco esta vez contestó el muchacho.

—Quizá prefieras quedarte solo con tus pensamientos. Quisiera decirte que hoy hemos progresado más de lo que suponía. Presiento que los dos nos vamos a llevar muy bien.

Pasados quince minutos, el muchacho preguntó:

—¿De dónde viene la luz?

No hubo respuesta. El chico aguardó un rato, luego se deslizó por el tronco, se soltó a unos cinco metros del suelo y cayó rodando sobre la blanda arena.

De nuevo se dirigió a la orilla, donde se detuvo para contemplar el mar. Vio que a lo lejos se curvaba hacia arriba; las lejanas olas rompían en una espuma blanca hasta que el mar se volvió como un cielo salpicado de blanco. A su derecha y a su izquierda la playa se desvanecía en una curva doblándose hacia el infinito. Echó a andar y vio, casi en el punto donde se perdía la vista, una figura humana. Echó a correr y un momento después se detuvo para volverse. A lo lejos, otro caminante, apenas visible, recorría la playa a largos trancos. Nicholas no hizo caso: encontró un coco y trató de abrirlo luego, lo arrojó a un lado y prosiguió la marcha. De vez en cuando, saltaba un pez y vio también un ave marina que revoloteaba y se zambullía en picado. La luz menguaba. Se percató de que hacía rato que no había comido pero, a decir verdad, no estaba hambriento en el estricto sentido de la palabra, le gustaba sentir hambre del mismo modo que en cierta ocasión se rajó el brazo para verlo sangrar. Al pasar ante una palmera llamó: «Dr. Isla.», y se puso a tararear: «Dr. Isla, Dr. Isla, Dr. Isla», hasta que las palabras perdieron todo significado. Nadó en el mar como le habían enseñado en las grandes cisternas de asistencia médica de Callisto, para mejorar su coordinación y chapoteaba y resoplaba hasta que se acostumbró a las olas. Cuando oscureció tanto que apenas veía la blanca arena y la blanca espuma de las olas al romperse, bebió del mar y se durmió en la playa. Apoyó primero el lado derecho de su tenso y feo rostro, de modo que parecía dormido mientras conservaba abierto y

mirando el ojo izquierdo, mecía la cabeza de lado a lado; la comisura izquierda de la boca conservaba, como una mascarilla, su expresión característica, enfado, aislamiento, matizada de esa cualidad inhumana que sólo se encuentra en ciertos semblantes humanos.

Cuando despertó aún no había luz pero la noche se esfumaba en una suavidad gris. Las palmeras, desmochadas, se alzaban como altos fantasmas de parte a parte de la playa, los remates, perdidos en la niebla y la menguante oscuridad. Sintió frío. Se frotó los costados con las manos; bailó sobre la arena y echó a correr hacia el borde del mar para entrar en calor ante él, un puntito rojo se convirtió en una hoguera y aflojó la marcha.

Un hombre que aparentaba unos veinticinco años se hallaba agachado junto al fuego. El cabello negro y enmarañado le caía sobre los hombros y tenía una barba rala; además, estaba tan desnudo y era tan lampiño como Nicholas. Tenía los ojos negros, grandes y vacíos como los bordes de un tubo roto. Atizaba la hoguera y con el humo surgía el aroma del pescado asado. Nicholas se detuvo a cierta distancia y observó durante un rato.

De una comisura de la boca del hombre le corría un hilo de saliva que se secó con una mano, dejando en su cara un tizne de ceniza. Nicholas se fue acercando hasta quedar de pie al otro lado de la hoguera. El pescado estaba envuelto en anchas hojas y barro en medio de las brasas.

—Soy Nicholas, y tú, ¿quién eres?

El joven no lo miró; nunca lo había mirado.

—Oye, me gustaría comer un pedacito de pescado, no mucho, ¿te parece?

El joven alzó la cabeza pero sin mirar a Nicholas, sino a un punto más lejano; luego, bajó otra vez la vista. Nicholas sonrió. La sonrisa ponía de manifiesto la calidad inconexa de su expresión; la curva desigual de su boca.

—Solo un trocito. ¿Ya está hecho?

Nicholas se agachó imitando al joven y como si aquel gesto fuera una señal, éste se arrojó contra el muchacho a través del fuego. Nicholas saltó hacia atrás, pero demasiado tarde el cuerpo del joven chocó con el suyo y cayó al suelo con los dedos del hombre clavados en su cuello. Con un grito agudo Nicholas se soltó rodando hacia el mar, pero el Joven chapoteó tras él y el muchacho se zambulló.

Nadaba bajo el agua, el vientre rozaba la arena rizada por el oleaje hasta que llegó a aguas más profundas, luego, emergió para respirar y vio al joven que, a su vez, también lo vio. Volvió a zambullirse; esta vez emergió más lejos, donde no tocaba pie. Pedaleando en el mar, vio la hoguera en la playa y a la temprana luz, al joven que regresaba a ella. Nicholas nadó hasta encontrarse a quinientos metros de la playa y poco después, vadeando hacia la orilla, se encaminó adonde estaba la fogata.

El Joven lo vio cuando aún estaba lejos pero continuó sentado, comiendo rosados pedacitos de pescado y observando a Nicholas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el muchacho cuando aún se encontraba lo bastante lejos para sentirse seguro—. ¿Estas enfadado conmigo?

Desde el bosque los pájaros le avisaron:

—Ten cuidado, Nicholas.

—No te haré daño —contestó el joven. Se levantó secándose contra el pecho las aceitosas manos y con un gesto le indicó el pescado que estaba a sus pies—. ¿Quieres un poco?

Nicholas asintió sonriendo con su risa anquilosada.

—Entonces acércate.

Nicholas aguardó, esperando que el joven se apartase del pescado, pero no lo hizo, ni tampoco le devolvió la sonrisa.

—Nicholas —susurraban las pequeñas olas a sus pies— éste es Ignacio.

—Oye, ¿de veras me vas a dar un poco? —preguntó Nicholas.

Ignacio afirmó con la cabeza sin sonreír.

Nicholas se acercó cauteloso; cuando se inclinaba para coger el pescado, las fuertes manos de Ignacio lo agarraron; trató de luchar para soltarse pero el joven lo arrojó al suelo debajo de él.

—¡Suéltame, por favor! —gritó el muchacho.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Quiso volver a gritar pero le faltó el aliento; sentía la lengua paralizada y más gruesa que su muñeca.

Ignacio lo soltó y le golpeó el rostro con el puño. Nicholas había peleado antes con otros chicos de su edad, a veces, salvajemente, le habían abofeteado, aporreado, había recibido toda clase de palizas pero jamás había luchado con un hombre como luchan los hombres. Ignacio le volvió a golpear hasta que le rajó los labios y brotó la sangre.

Permaneció largo rato tendido sobre la arena junto a la hoguera que se extinguía. Poco a poco fue recobrando el conocimiento; parpadeó, se movió, volvió a parpadear. Tenía la boca llena de sangre y cuando la escupió sobre la arena, se formó un cuajarón como carne blanda, oscura y polimorfa. Tenía el carrillo izquierdo enormemente hinchado y apenas veía con el ojo izquierdo. Pasados unos minutos se arrastró hasta el mar y al cabo de un rato salió y se encaminó tembloroso hacia las cenizas de la fogata. Ignacio se había ido, sólo quedaban las espinas del pescado.

—Ignacio se ha ido —dijo el Dr. Isla desde la cresta de las olas.

Nicholas se sentó en la arena con las piernas cruzadas.

—Te libraste muy bien de él.

—¿Nos viste pelear?

—Os he visto; yo lo veo todo, Nicholas.

—Éste es el peor de los lugares —exclamó Nicholas; hablaba a su regazo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Antes estuve en lugares malos... sitios donde te pegan o te arrojan chorros de

agua helada con grandes mangueras que te derriban pero no donde permiten que otro...

—¿Otro paciente? —preguntó una gaviota que revoloteaba.

—... lo haga.

—Tuviste suerte, Nicholas. Ignacio es un homicida.

—Podías haberlo impedido.

—No, no pude. Todo este mundo son mis ojos, Nicholas; mis oídos y mi lengua, Pero no tengo manos.

—Creí que habías hecho todo esto.

—Todo lo hicieron los hombres.

—Pensé que tú permitiste que le siguiera.

—Sigue solo, y tú... y toda esta gente de aquí, lo dirige.

Nicholas miro el mar.

—¿Qué mueve las olas?

—El viento y la marea.

—¿Estamos en la Tierra?

—¿Te sentirías más seguro en la Tierra?

—Nunca estuve allí; me gustaría conocerla.

—Nicholas, yo soy tan igual a la Tierra como la misma Tierra; si tomaras la mejor playa de todas las playas mejores de la Tierra, y la despojaras de las impurezas y porquerías de los últimos tres siglos, eso harías conmigo.

—Pero ¿no es esto la Tierra?

No obtuvo respuesta. Nicholas dio una vuelta por entre las cenizas que rodeaban la hoguera hasta que encontró las huellas de Ignacio. No era un rastreador, pero las depresiones en la blanda arena de la playa no requerían esa cualidad; las siguió, oscilando la cabeza al caminar, como un detector de minas.

Durante varios kilómetros pudo seguir las huellas, de pronto, éstas se desviaron bruscamente extraviándose entre los cocoteros y, finalmente, se perdieron en el suelo firme. Nicholas levantó la cabeza y llamó:

—¡Ignacio! ¡Ignacio!

Pasado un momento oyó un golpe seco y el ruido de alguien que separaba las ramas. Aguardó.

—¿Mamá?

De entre la espesura surgió una joven y se le acercó. Era bonita aunque demasiado delgada y aparentaba unos diecinueve años. Tenía el cabello rubio por donde le daba más el sol y oscuro por el interior.

—¿Te has arañado? —inquirió Nicholas—. Estás sangrando.

—Creí que eras mi madre —contestó la joven. Le llevaba toda la cabeza al muchacho—. ¿Te has peleado, verdad? ¿Has venido a buscarme?

Nicholas había sostenido antes conversaciones más o menos parecidas y en general prefería ignorar las observaciones pero ahora se sentía muy solo.

—¿Quieres irte a tu casa? —preguntó.

—Pues, a decir verdad, creo que debería ir, ¿no te parece?

—Pero ¿quieres ir?

—Mi mamá dice siempre: si tienes algo en el fuego no querrás que se queme... es una cocinera excelente, de veras. ¿Te gusta la col con tocino ahumado?

—¿Tienes algo para comer?

—Ahora, no, pero hace un rato sí que tenía.

—¿Qué era?

—Un pájaro. —La joven hizo un vago ademán sin mirar a Nicholas—. Si no recuerdo mal me zampé un pájaro.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo junto al mar? —y ya se dirigían a la playa.

—Iba a tomar un sorbo. Eres un nene muy simpático.

A Nicholas no le gustó que lo llamara «nene» y replicó:

—Prendo fuego en muchos sitios.

—¡No irás a prender fuego a este lugar! Hubiera sido agradable hace un par de días, pero cuando la gente está triste, llueve.

Nicholas guardó silencio durante un rato. Cuando llegaron al mar la joven se arrodilló para beber. El largo cabello le cubría el rostro y las puntas se mecían en el agua, así como los pezones casi fuera de la blusa.

—Ahí no —le advirtió Nicholas—. Está lleno de arena porque baña la playa. Ven aquí.

Penetró en el mar hasta que las olas le llegaron casi hasta las axilas, bajó la cabeza y bebió.

—Jamás se me hubiera ocurrido —exclamó la joven—. Mamá dice que soy estúpida y también papá. ¿Crees que soy estúpida?

Nicholas sacudió la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Nicholas Kenneth de Vore, ¿y tú?

—Diane. Te llamaré Nicky, ¿te importa?

—Te haré daño mientras duermes —dijo Nicholas.

—No lo harás.

—Sí. En St. John's, donde estaba, casi siempre tenía cero en conducta y una chica me llamaba algo que no me gustaba. Una noche me escapé y entré en su cuarto mientras dormía y anulé todas sus restricciones; después flotaba hasta que tropezó con algo y despertó, trató de agarrarse y rebotó, se rompió dos dedos y la nariz; la sangre le chorreaba por todas partes. Entraron los celadores y uno me dijo, entonces no sabía que yo lo había hecho, que al salir, la bata blanca parecía un vestido de lunares rojos, tan salpicada estaba de sangre.

La joven le sonrió y se le formó un hoyuelo en la delgada carita.

—¿Cómo descubrieron que fuiste tú?

—Se lo dije a alguien que luego lo contó.

—Apuesto a que lo dijiste tú.

—¡Te juro que no! —se alejó furioso por el agua, pero apenas había dado unos pasos, volvió a la playa y se sentó en la arena de espaldas a ella.

—No fue mi intención ofenderle, señor de Vore.

—¡No estoy ofendido!

La joven no estaba muy segura de lo que el chico pensaba. Se sentó a su lado, aunque un poquito más atrás y empezó a amontonar arena en su regazo.

—Veo que os habéis conocido —exclamó el Dr. Isla.

Nicholas se volvió buscando la voz.

—Pensé que lo veías todo.

—Sólo lo más importante y he estado muy ocupado en otra parte de mí. Me alegra saber que os conocéis, ¿os gusta vuestra relación?

Ninguno de los dos respondió.

—Debéis obrar de mutuo acuerdo con Ignacio; os necesitáis.

—No sabemos dónde está —contestó Nicholas.

—Caminad a la izquierda, playa abajo, hasta que veáis la gran piedra; luego, girad tierra adentro, unos quinientos metros.

Nicholas se levantó y dando la vuelta a la derecha echó a andar. Diane le siguió corriendo hasta alcanzarlo.

—No me gusta —dijo Nicholas sacudiendo un hombro para indicar algo detrás de él.

—¿Ignacio?

—El doctor.

—¿Por qué mueves la cabeza de ese modo?

—¿No te lo han dicho?

—Nadie me ha hablado de ti.

—La abrieron por completo... —Nicholas se tocó las cicatrices—; entonces cortaron con un cuchillo todo mi corpus... corpus...

—Corpus callosum —exclamó el seco ramaje de una palmera.

—... corpus callosum —finalizó Nicholas—. Mira, el cerebro es como el interior de una nuez. Hay dos mitades y justo en medio una especie de carne gruesa que las une. Pues bien, cortaron eso.

—Te estás burlando de mí, ¿verdad?

—No, no se burla —le dijo un mono que había llegado hasta la orilla en busca de mariscos—. Le han dividido el cerebro quirúrgicamente; consta en su ficha.

Era un mono joven, con una cara convincente llena de pequeños y feos lunares.

—Está en mi cabeza —saltó Nicholas.

—Creí que eso te mataría o haría de ti un idiota —sugirió Diane.

—Dicen que la mitad de mí es tan lista como las dos juntas De todos modos esta mitad es... la mitad... el que habla soy yo.

—Entonces, ¿eres dos?

—Si cortas un gusano por la mitad y ambas partes viven son dos, ¿no? ¿Qué otra cosa podría ser? Nunca más volveremos a unirnos.

—Pero ¿yo hablo sólo a uno de ti?

—Los dos te oímos.

—¿Cuál contesta?

Nicholas se tocó el lado derecho del pecho con la mano derecha.

—Yo, contesto yo. Me dijeron que la parte izquierda de mi cerebro es la que posee los centros del habla, pero yo no lo siento de ese modo, los nervios lo cruzan y salen por el otro lado y es, justamente, mi lado derecho el que habla. Ambos oídos oyen por los dos, pero por cada ojo sólo vemos mitad y mitad... es decir, sólo veo lo que está a la derecha de lo que miro y por el otro lado supongo que sólo ve el izquierdo; por eso siempre muevo la cabeza. Imagino que es como ser un poco ciego, aunque llegas a acostumbrarte.

La muchacha todavía pensaba en el cuerpo dividido.

—Si sólo eres la mitad, no comprendo cómo puedes caminar.

—Puedo mover un poco la parte izquierda y no nos molestamos entre nosotros. Se supone que no podemos unirnos, en absoluto, pero lo hacemos: por debajo, entre las piernas, y en el extremo de los dedos y también hacia arriba. Solamente que no hablo con mi otro lado porque no puede, pero comprende.

—¿Por qué te lo hicieron?

El mono, que los había seguido, exclamó:

—Tenía ataques incontrolables.

—¿Tú? —inquirió la muchacha.

Estaba mirando cómo un ave marina se precipitaba en el mar y daba la impresión de estar abstraída.

Nicholas agarró una concha y se la arrojó al mono, que de un brinco se apartó del camino. Tras medio minuto de silencio exclamó:

—Tenía visiones.

—¡Oh!, ¿de veras?

—No les gustaba. Decían que me caía y me sacudía terriblemente y a veces me hacía daño al caer, otras me mordía la lengua hasta hacerme sangre. Pero no es eso lo que me parece; no supe nada de esas cosas hasta después. Para mí fue como si hubiera ido muy lejos y tuviera que retroceder. No quería.

El viento sacudió el cabello de Diane, que se lo echó hacia atrás para despejarse la cara.

—¿Veías cosas que iban a pasar?

—A veces.

—¿De veras?

—Sí, a veces.

—Cuéntame lo que veías que iba a suceder.

—Me veía muerto. Estaba todo negro y encogido como esas cosas podridas que cortan en los laboratorios de anatomía, y flotaba y giraba como en el mar, pero no era el mar, sólo flotaba y daba vueltas en el espacio, en la nada. A mis dos lados había luces de modo que estaban brillantes aunque negros y también veía mis dientes porque... —se estiró los carrillos— se habían caído y eran blancos.

—Eso aún no ha pasado.

—Aquí no.

—Cuéntame algo de lo que viste y haya sucedido.

—Te refieres, por ejemplo a cuando la hermana de alguien se va a casar, ¿verdad? Eso era lo que las chicas de donde yo estaba querían saber, o cuándo iban a volver a sus casas, pero no era casi nada de eso.

—Pero a veces, ¿lo era?

—Eso creo.

—Cuéntame una.

—No te gustaría y de todos modos, no era así. Casi siempre eran luces que nunca había visto y voces que jamás había escuchado, contándome cosas que no había palabras para describirlas; esas cosas, pero ahora no las recuerdo. Oye, quería preguntarte por Ignacio.

—No es nadie —contestó la muchacha.

—¿Qué quieres decir con que no es nadie? ¿Hay alguien aquí además de ti, de mí, de Ignacio y del Dr. Isla?

—No que podamos ver y tocar.

El mono gritó:

—Hay otros pacientes, pero de momento, oye, Nicholas, por tu propio bien y el suyo, es mejor que sigas siendo tú mismo.

Era una frase demasiado larga para un mono.

—¿Qué es eso?

—Si te lo digo, ¿me contarás algo de lo que viste y pasó realmente?

—De acuerdo.

—Primero, cuéntame.

—Donde yo estaba había una chica llamada Maya. Como ya sabes, tenían dormitorios de «chicos» y de «chicas», pero nos veíamos todos en la sala de recepción, en el comedor, etc., y ella estaba en mi grupo de psicodrama.

Tenía el cabello negro y brillante como los muebles lacados del Dr. Hong; la piel blanca como la madreperla, los ojos grandes, de mirada felina (te hacían pensar en los de un gato), de un azul tan intenso que parecía negro. Tenía quince años, o así lo creía Nicholas, quizá dieciséis. «Me voy a casa», le dijo. Era durante el psicodrama y él representaba a su hermano, menor que ella, y Maya ya estaba en su casa pero, al decirlo, el flotante aro de luz que los separaba de la pequeña audiencia doctor-paciente, cesó, por acuerdo inmediato, para convertirse en el cuarto de estar de la madre de Maya y luego en un salón. Nicholas/Jerry gritaba: «¡Eh, esto es estupendo!

Tengo una bicicleta nueva, cuando vengas a casa, ¿querrás montar?»

La madre de Maya/Maureen contestaba: «No, Maya. Tropezarás y te romperás los dientes, y ya sabes lo que cuestan.»

—No dejas que me divierta.

—Por supuesto que sí, mi vida, pero de otro modo. Una joven ha de tener mucho cuidado. ¡Oh! Maya, quisiera que entendieras cuánto cuidado debe tener una chica.

Nadie protestó, de modo que Nicholas-Jerry añadió:

—Tiene una propulsión con tres paletas y les ataré unos gallardetes con cinta adhesiva y cuando baje por el corredor de esos tipos del B, gritarán: ¡Cuidado, ahí viene ese loco derrapando!

—Así —dijo Maya; juntó las piernas y extendió los brazos para imitar una bicicleta con hélice de tres paletas o un crucifijo.

Empezó a dar vueltas como una rueda en el centro del escenario: shorts rojos, blusa blanca, shorts rojos, blusa blanca, shorts rojos, sin zapatos.

—¿Y tú viste que en lugar de irse a su casa la llevarían al hospital, que se cortaría la muñeca y que iba a morir?

Nicholas asintió.

—¿Se lo dijiste?

—Sí —contestó Nicholas—. No.

—Decídetes, ¿se lo dijiste? Vamos, no te enfades.

—¿Es decirlo cuando a quien se lo cuentas no te cree?

Diane dio unos pasos meditando aquellas palabras mientras Nicholas se echaba un poco de agua en las ardientes contusiones que le había inferido Ignacio en el rostro.

—Era sencillo y claro y debió haberlo entendido... Ése es el problema que tengo con mi familia.

—¿Qué es? —preguntó Nicholas.

—No dicen nada..., ¿sabes a lo que me refiero? Les insto, mirad, habladme, decidme lo que debo hacer, lo que queréis, pero siempre es diferente. Mi madre dice: «Diane, tienes que conocer a algunos muchachos, no puedes salir siempre con él, ni tu padre ni yo lo conocemos, ni sabemos quién es su familia. Douglas hay algo que deberías saber de Diane. A veces está como trastornada, la llevamos a un médico, ha estado en un hospital, trata...»

—De no excitarla —terminó por ella Nicholas.

—¿Estabas escuchando? Oye, ¿eres de los Planetas Troyanos? ¿Conoces a mi madre?

—Desde hace tiempo sólo vivo en este lugar, pero tú hablas como otra gente —repuso Nicholas.

—Ahora que estoy contigo me siento mejor; eres muy simpático. Me gustaría que fueras mayor.

—No estoy seguro de llegar a ser mucho mayor.

—Va a llover..., ¿lo notas?

Nicholas negó con la cabeza.

—Mira. —Diane saltó unos tres metros por el aire como un conejito desgarrado—. ¿Ves lo alto que puedo saltar? Eso indica que la gente está triste y va a llover. Te lo dije.

—No me lo has dicho.

—Sí, Nicholas, recuérdalo.

El muchacho hizo un ademán indicando que no le interesaba la discusión al ocurrírsele de pronto una idea.

—¿Has estado alguna vez en Callisto?

La joven le indicó que no, y Nicholas prosiguió:

—Yo sí; allí me operaron. Es tan grande la gravedad, mucho más de lo normal y todo estaba abovedado con mucho aire dentro.

—¿Qué más?

—Mientras estuve allí, llovió. Se produjo una avería en una de las pilas generadoras y las cerraron y hacía tanto frío que la gente iba envuelta en mantas como los amerindios que ves en los libros. Cerraron la calefacción de los cuartos de baño y las enfermeras y celadores decían que no era peligroso, sólo racionaban la fuerza para evitar que se bloqueara lo que debía seguir funcionando. Llovía igual que en la Tierra. Decían que teníamos tanto frío por el agua condensada en el aire y era como si todo el hospital se encontrase bajo una ducha. Los del piso superior tuvieron que bajar porque llovía hasta en sus camas y durante dos noches tuve que compartir mi habitación con un hombre que se había amputado el brazo con una máquina. Pero no podemos saltar más ato y está oscureciendo.

—Aquí no siempre oscurece —contestó Diane—. A veces la lluvia centellea. Pienso que el Dr. Isla lo hace para alegrarnos.

—No —comentaron las olas—; por lo menos, no como tú supones.

Nicholas estaba hambriento y les pidió algo de comer; luego, enemistó al hambre contra ella misma, escupió en la arena y se quedó tranquilo.

—Llueve cuando muchos de vosotros estáis tristes —susurraban las olas—, porque la lluvia es triste para el alma humana. Quizás esa misma tristeza palia la melancolía porque recuerda a los desgraciados sus propias lágrimas.

—Bueno, pero yo a veces me encuentro mejor cuando llueve.

—Lo cual debiera contribuir a que te comprendieras mejor. Mucha gente vive en calma cuando el ambiente que la rodea se halla en armonía con sus emociones y angustiada cuando sucede lo contrario. Una persona remite su cólera en una habitación encarnada y los infelices sólo se exasperan con el sol y el canto de los pájaros. Recuerda:

*Y echándote de menos camino distraído
por el seco prado, liso y suave,*

*para contemplar la andariega luna
caminando junto al apogeo del mediodía
como una a la que han dejado extraviada
por el camino sin sendas del ancho cielo.*

Diane movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Lo escribió alguien? ¡Dijiste que no podías hacer nada! —arguyó Nicholas.

Las olas replicaron:

—No pudo... excepto hablarte.

—Vosotras hacéis llover.

—Tu corazón late, percibo sus latidos hasta cuando hablo..., ¿dominas los latidos de tu corazón?

—No puedo dejar de respirar.

—Sinceramente, Nicholas, ¿puedes detener tu corazón?

—Supongo que no.

—Tampoco yo domino el tiempo de mi mundo, ni impido que nadie haga lo que desea o te doy de comer si tienes hambre; por mi parte y por propia voluntad no es imprescindible que tus emociones sean vigiladas, dosificadas y nuestro tiempo responde: calma y sol para la tranquilidad, lluvia para la melancolía; tormentas para la ira y así sucesivamente. Esto es lo que la humanidad siempre ha querido.

—¿Qué es? —preguntó Diane.

—Que el entorno debiera responder al pensamiento humano. Es la esencia de la magia y el sueño más antiguo de la humanidad; y aquí, en mí, es un hecho.

—¿Así que nos curaremos?

Nicholas profirió enojado:

—¡No estás enferma!

—Por lo menos algo de vosotros puede regresar a la sociedad —opinó el Dr. Isla.

Nicholas lanzó una concha al mar como si quisiera golpear la boca que hablaba.

—¿Por qué hablamos de eso?

—Aguarda, pequeño, creo que es interesante.

—Mentira y sólo mentira.

—¿Cómo miento, Nicholas? —preguntó el Dr. Isla.

—Dijiste que era magia...

—No, dije que cuando la humanidad ha soñado la magia el deseo oculto tras ese sueño ha sido la omnipotencia del pensamiento. ¿No has deseado alguna vez ser mago, Nicholas, haciendo surgir palacios de la noche a la mañana o montando un caballo encantado de ébano para luchar con los demonios del aire?

—Yo soy un mago... poseo poderes preternaturales y antes de que nos cortaran en dios.

Diane le interrumpió:

—Dijiste que dosificabas las emociones, ¿cuando haces llover?

—Sí.

—¿No indica eso que si una persona está muy triste cambiaría tanto su estado que podría hacer llover o cualquier otra cosa? No me parece justo.

Las olas debieron sonreír.

—Eso jamás sucedió, Diane, pero si pasara, si una persona sintiera una emoción tan honda, piensa cuán grande sería su necesidad. ¿No crees que deberíamos contestar a eso?

Diane miró a Nicholas, pero éste caminaba de nuevo moviendo la cabeza sin hacer caso de ella ni de la voz de las olas.

—Espera... dijiste que no estaba enferma; pues lo estoy, ahora ya lo sabes.

—No lo estás.

La joven corrió tras él.

—Todos lo afirman y unas veces me siento confusa y otras hiervo por dentro sí, hiervo. Mamá dice que si tienes algo en el fogón no querrás que se queme, sólo tienes que sostener con un dedo el asa del perol y ya no se quema, pero yo no lo consigo, no siempre encuentro el asa o no me acuerdo.

Sin volverse a mirarla el muchacho sentenció:

—Tu madre seguramente está enferma y quizá también tu padre, no lo sé. Pero tú no lo estás. Sólo con que te dejaran sola te pondrías buena. ¿Cómo resistes tener que vivir con dos personas estúpidas?

—¡Nicholas! —y lo agarró por los delgados hombros—. ¡Eso no es cierto!

—Sí lo es.

—Estoy enferma, todos lo dicen.

—Yo no, así que todos sólo son los que lo afirman..., ¿no es cierto? Y si tú tampoco estás de acuerdo, ya somos dos, ya ves que no son todos.

La muchacha llamó:

—¿Doctor? ¿Dr. Isla?

—No irás a creerla, ¿verdad?

—Dr. Isla, ¿es cierto?

—¿Qué es cierto, Diane?

—Lo que dijo. ¿Estoy enferma?

—La enfermedad —aunque sea física— es relativa, Diane; la salud completa es un ideal, una abstracción, aunque no lo sea en el otro platillo de la balanza.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Físicamente no estás enferma. —Una ola larga y azulada se curvó en una línea de silbante rocío que llegó desde el infinito del mar a su derecha y a su izquierda—. Como afirmaste hace un momento, a veces estás confundida y otras, inquieta.

—Dijo que si no fuera por otra gente, si no fuera por mi padre y mi madre, no tendría que estar aquí.

—Diane...

—Bien, ¿es cierto o no?

—Diane, la mayoría de las enfermedades emocionales no existirían si uno pudiera separarse tanto en pensamiento como en circunstancia..., aunque sólo fuera por algún tiempo.

—¿Separarse uno mismo?

—¿No has pensado alguna vez en marcharte, aunque sólo fuera una temporada?

La joven asintió: luego, como si no estuviera muy segura de que el Dr. Isla pudiera verla dijo:

—Supongo que muchas veces; dejar la escuela y tener mi propio piso en alguna parte... ir a Aquiles. A veces lo he deseado ardientemente.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Se hubieran preocupado y de cualquier modo, me habrían encontrado obligándome a volver a casa.

—¿Serviría de algo si yo... o un doctor humano, les convenciera para que no te obligasen?

Como la joven no respondiera, Nicholas profirió:

—Podrías haberlos encerrado.

—Nicholas, son personas activas. Compran y venden, trabajan y pagan los impuestos...

—De nada serviría, Nicholas, están dentro de mí —expuso Diane con dulzura.

—Diane ya no funciona, en la universidad fallaba en cada tema y, en cuanto aparecía en la clase, su presencia molestaba a los profesores y estudiantes. No funcionabas y la gente de tu edad tenía miedo de ti.

—Eso es lo que deberías hacer: funcionar.

—Si fuera diferente a todos, ¿te serviría cuando volvieras al mundo?

—Eres diferente. —Nicholas dio un puntapié a la arena—. Nadie ha visto jamás un lugar como éste.

—¿Quieres decir que para ti la realidad es los pasillos de metal, las habitaciones sin ventanas, el ruido?

—Sí.

—Eso es la irrealidad, Nicholas. Muchas personas no tuvieron que soportar nunca tales cosas. Aun ahora, este... mi playa, mi mar, mis árboles... están más en armonía con las vidas humanas que tus pasillos de metal; y aquí, yo soy tu entorno) social, lo que la gente llama «ellos». Mira, a veces, si tomamos a personas que se sienten molestas por algo, como por ejemplo yo, y las trasladamos a un lugar idealizado por la naturaleza, les sirve de mucho.

—Vamos —dijo Nicholas a la muchacha.

La tomó del brazo dándose perfecta cuenta de que era mucho más bajo que ella.

—Una pregunta —murmuraron las olas—. Si los padres de Diane hubieran venido aquí en lugar de ella, ¿crees que les hubiera servido de mucho?

Nicholas no contestó.

—Tenemos tratamientos para personas perturbadas, pero por ahora, Nicholas, no

tenemos ninguno para personas que perturban.

Diane y el muchacho se habían vuelto y el silbido y chapoteo de las olas cesó de conversar. Las gaviotas giraban por encima y un loro encarnado y amarillo revoloteó de una palmera a otra. Un mono, corriendo a cuatro patas como un perrito, se acercó a ellos y Nicholas lo persiguió, pero el animal logró escapar.

—Algún día me llevaré a uno de éstos y lo haré servir de títere.

¿Vamos a dar toda la vuelta? —preguntó Diane.

Posiblemente hablaba consigo misma.

—¿Te ves con ánimo?

—¡Oh, no puedes dar toda la vuelta al Dr. Isla, sería demasiado largo, y aun así, no llegarías! Pero podemos caminar hasta que regresemos al punto de partida... casi seguro que nos encontramos a medio camino.

—¿Ves otras islas desde aquí?

La joven hizo un gesto negativo.

—Creo que no; en este satélite sólo hay esta gran isla, el resto es mar.

—Si sólo hay esta isla vamos a darle la vuelta y regresaremos adonde comenzamos. ¿De qué te ríes?

—Echa un vistazo a la playa, hacia abajo y tan lejos como puedas. No importa si se desliza por el lado... da la impresión de que es recta.

—No veo nada.

—¿De veras? Mira —Diana esta vez saltó seis metros y agitó los brazos.

—Parece que abajo, en la playa, hay alguien.

—Uy, ahora parece que está detrás.

—De acuerdo también allí hay alguien. Ahora caigo que vi alguien en la playa cuando llegué por primera vez. Era divertido mirar tan lejos, pero pensé que se trataba de otros pacientes. Ahora divisó dos personas.

—Somos nosotros. Seguramente fuiste tú la persona que viste la otra vez. Hay tantos como nosotros en cada zona de la playa y el Dr. Isla solamente quiere que se mezclen algunos. Así, el espacio se inclina alrededor. Cuando lleguemos a un extremo de nuestra zona y tratemos de cruzarla estaremos al otro lado.

—¿Cómo lo descubriste?

—Cuando llegué y el Dr. Isla me lo dijo. —La muchacha guardó silencio un momento y su sonrisa se esfumó—. Oye, Nicholas, ¿quieres ver algo muy divertido?

—¿Qué? —y al preguntar le cayó en la cara una gota de lluvia.

—Ya verás. Vamos, de prisa. Tenemos que internarnos en vez de quedarnos en la playa; así podremos guarecernos de la lluvia debajo de los árboles.

Cuando abandonaron la playa y el rumor de las olas y estuvieron sobre la tierra firme bajo los árboles de verde follaje Nicholas comentó:

—Quizás encontremos frutos.

Se sentían tan ligeros que debían ir con cuidado para no saltar por el aire a cada paso. La lluvia caía lentamente sobre ellos en esferas de cristal.

—Quizá —contestó la joven dubitativa—. Espera, parémonos aquí. —Se sentó bajo un enorme árbol que extendía veinte metros de bóveda de madera sobre el oscuro y musgoso suelo—. ¿Quieres trepar para ver si encuentras algo?

—Está bien —acordó Nicholas.

De un salto se asió fácilmente a una rama sobre la cabeza de la muchacha. En un instante se encaramaba a un mundo verde con la lluvia tamborileando a su alrededor. Siguió por las ramas que se iban estrechando y penetró en la enorme frondosidad donde el agua fría corría, desde cada ramita que rozaba, y en dos ocasiones halló vacíos los nidos de los pájaros y en otra, tropezó con una delgada serpiente tan verde como las hojas con una cabeza del tamaño de su pulgar, pero no encontró fruta.

—Nada —exclamó defraudado, cuando se dejó caer junto a la joven.

—No importa, ya encontraremos algo.

—Eso espero —y observó que la chica lo miraba extrañada. Entonces se percató de que la mano izquierda se le había levantado para tocarse la parte derecha del pecho. Mientras se la miraba, la bajó y notó que el rostro se le encendía—. Lo siento —se disculpó.

—No te preocupes.

—Nos gustas. Está ahí, no puede hablar, como ya sabes, y creo que yo tampoco.

—Pienso que eres tú en dos trozos. No me importa.

—Gracias. —Había cogido una hoja, marchita y mojada y la estaba despedazando, primero la rompía con la mano derecha mientras la sostenía con la izquierda, luego a la inversa—. ¿De dónde procede la lluvia? —Los trocitos sucios de la hoja se le adherían a los dedos de ambas manos.

—¿Cómo?

—Que de dónde viene la lluvia. Supongo que no será porque aquí hace frío, como en Callisto, sino porque la gravedad empieza a descender, ¿verdad?

—Del mar. ¿No sabes cómo se creó este lugar?

Nicholas hizo un gesto negativo.

—¿No te lo enseñaron desde la nave cuando viniste? Es muy hermoso. A mí me lo enseñaron... me quedé sentada mirándolo y no les hablaba. La enfermera creyó que no prestaba atención pero lo oía todo, sólo que no quería hablar con ella. No sirvió de nada.

—Comprendo lo que sentías.

—Pero ellos, ¿no te lo mostraron?

—No, en mi nave me tenían encerrado porque quemé algo. Creían que no podía prender fuego sin una llama, pero si tienes electricidad en un enchufe de pared, es muy fácil. Me pusieron una cosa, ¿sabes? —y apretó los brazos contra el cuerpo para enseñarle cómo lo habían contenido—. También mordí a uno... creo que aún no te dije que muerdo. Me encerraron y durante mucho tiempo no hacía nada; luego noté que tropezábamos con algo, me agarraron y me obligaron a bajar por una escalera recta que no se acababa nunca. Luego, me atiborraron de Tranquilizante C (ignoraban

que no me hacía efecto), levantaron una especie de puerta y me sacaron de un empujón.

—¿No te desvistieron?

—Ya lo estaba. Cuando me ataron llevaba cosas en la ropa y me las quitaron, estaban furiosos. —Sonrió torcidamente—. ¿Te hace efecto el Tranquilizante C, o cualquiera de esos potingues?

—Supongo que sí, pero yo no hago esas cosas que haces.

—Quizá sería mejor que las hicieras.

—A veces me daban un medicamento que según decían servía para animarme, pero no me dejaba dormir y caminaba, caminaba tropezando con los objetos y les molestaba mucho a todos, pero dime, ¿me ayudaría a mejorar?

Nicholas se encogió de hombros.

—No hacerlas tampoco te sirve de alivio... como ves, ambos estamos aquí. A propósito, sé que les pegué un susto; me inyectaron eso y ya no estoy loco, pero sé lo que es y pienso en lo que haría si estuviera loco y lo hago y cuando pasa me alegro de haberlo hecho.

—Me parece que aún estás enfadado, cálmate.

Nicholas pensaba en algo más.

—Esta isla dice que Ignacio mata a la gente —tras una pausa—: ¿Cómo es?

—¿Ignacio?

—No, a él ya lo he visto. El Dr. Isla.

—¡Ah, te refieres a cuando yo estaba en la nave! El satélite es redondo, por supuesto, y claro, salvo donde está el Dr. Isla, de modo que hay un punto oscuro, el resto es cristalizado y desde el espacio ni siquiera ves el mar.

—Lo que está arriba es el mar, ¿verdad? —preguntó Nicholas tratando de mirar hacia arriba por entre el follaje de los árboles y la cortina de lluvia—. Cuando llegué pensé que lo era.

—Por supuesto. Es como una bola de cristal y estamos dentro y también el mar que rodea toda la curva.

—Por eso veo tan lejos desde la playa, ¿eh? En lugar de bajar desde ti, como en Callisto, se dobla hacia arriba y lo ves.

La muchacha asintió.

—Y el mar deja penetrar la luz, pero filtra los rayos ultravioletas. Además, nos proporciona calor específico, de ese modo no nos calentamos demasiado cuando estamos entre el sol y la Mancha Brillante.

—¿Es la Mancha Brillante lo que nos mantiene calientes?

—Fíjate, le damos la vuelta en diez horas y así siempre.

—¿Por qué no lo veo, entonces? Debe parecerse a Sol visto desde el Cinturón, sólo que mayor; aunque en el cielo hay un resplandor hasta cuando no llueve.

—Las ondas difractan la luz y descomponen la imagen. De todos modos si el aire no fuera tan transparente verías el Foco; ¿sabes lo que es el Foco? Dentro de poco lo

veremos, en cuanto pare la lluvia, entonces te lo contaré.

—Pero aún no entiendo lo de la lluvia.

De pronto, Diane soltó una risita.

—Pensaba... ¿sabes lo que suponían que iba a ser en la escuela?

—Callada.

—No, tonto, me refiero a lo que me hubieran enseñado después de graduarme. Iba a ser maestra. Imagínate, con todas esas cámaras enfocándome y los niños mirando y lanzándome preguntas a las que debía responder; ¡espantoso! Ahora lo hago aquí, pero sólo con uno.

—¿Te importa?

—En absoluto, hasta me divierte. —Tenía en el muslo una marca amoratada y se la frotaba pensativa con la mano mientras hablaba—. La gravedad se forma de tres maneras, ¿las conoces? Responde, alumno.

—Claro: aceleración, masa y síntesis.

—Eso está bien; el movimiento y la masa son dos curvas en el espacio, claro, por lo cual la paradoja de Zenón no estaba calculada de ese modo y porque las masas se mueve entre sí, lo que llamamos «caída», por lo menos lo intentan y si se separaran se produciría la tensión que percibimos como una fuerza y llamamos peso y todas esas bobadas. Naturalmente, si curvas el espacio sintetizas un efecto de gravedad y eso es lo que mantiene toda esa agua contra la capa translúcida que sólo se consigue con suficiente masa.

—¿Te refieres a que este agua procede del mar? —y Nicholas levantó una mano para sostener una gota de lluvia que se movía lentamente.

—Exacto, un punto a tu favor. Mira, las diferencias de temperatura en el aire producen los vientos, y éstos las olas y corrientes que viste mientras paseábamos por la playa. Cuando las olas rompen, lanzan hacia arriba esas gotitas y si te fijas verás que aun cuando está claro a veces saltan a gran distancia. Entonces, si la gravedad es menor, pueden separarse del todo y si nos hallásemos fuera volarían en el espacio; pero no lo estamos, sino dentro, de modo que lo único que hacen es cruzar el centro, más o menos, hasta que chocan otra vez con el mar, o el Dr. Isla.

—El Dr. Isla dijo que, a veces, cuando la gente se enfada hay tormenta.

—Sí. Mucho viento y también mucha lluvia, sólo que entonces, la lluvia se produce porque el viento rompe las crestas de las olas y no hay luz, como en una lluvia normal.

—¿Qué produce tanto viento?

—Lo ignoro, pero sucede.

Se sentaron en silencio y Nicholas escuchaba el goteo de las hojas. Entonces recordó que finalmente reformaban las naves del hospital para conseguir del aire los pequeños coágulos de sangre; la de Maya se reparaba en las parrillas de los conductos de las válvulas de depuración, manchándolas de negro y alguien temió que se pudrieran y oliera mal. No estaba allí cuando sucedió pero se imaginaba las gotitas

asentándose como ésta, en un lento giro. El que fue grupo de psicodrama ya se había deshecho y cuando veía a Maureen o a los demás en la sala de recepción hablaban de los Felices Días Pasados. Entonces no le parecían tan felices esos días, excepto por Maya.

—Va a parar —opinó Diane.

—A mí me parece que hace mal tiempo.

—No, va a parar... mira, ahora caen un poco más aprisa y más fuertes.

—¿Descansaste bastante? ¿Nos vamos? —le preguntó Nicholas.

—Nos mojaremos.

El chico hizo un gesto de indiferencia.

—No quiero mojarme el pelo, Nicholas. Dentro de un momento habrá cesado la lluvia.

Nicholas se volvió a sentar.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—No estoy segura.

—¿No cuentas los días?

—Me despisto mucho.

—¿Más de una semana?

—Nicholas, no me interrogues, ¿de acuerdo?

—¿No había nadie más en ese pedazo del Dr. Isla aparte de ti, Ignacio y yo?

—No creo que aparte de Ignacio hubiera alguien más antes de llegar tú.

—¿Quién es él?

La muchacha lo miró.

—Bueno, ¿quién es él? Me conoces a mí, a nosotros, Nicholas Kenneth de Vore, y tú eres Diane, ¿qué?

—Phillips.

—Para empezar, supongo que procedes de los Planetas Troyanos y yo del Cinturón Exterior. ¿Qué hay de Ignacio? A veces le hablas, ¿verdad? ¿Quién es?

—No sé, pero es importante.

Nicholas permaneció unos instantes completamente inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

—Importante —la muchacha se estaba frotando las rodillas.

—Tal vez todo el mundo es importante.

—Nicholas, comprendo que eres sólo un niño, pero no seas tan estúpido. Anda ¿no querías marcharte? Pues vámonos, ya ha parado de llover —se alzó desperezándose y con los brazos en alto—. Tengo las rodillas ásperas... ahora que lo pienso, cuando llegué aún estaban suaves. Me frotaba con una loción porque mi papá cuando las tocaba, así como las manos y los codos, decía que si no eran suaves nadie me querría. Mamá no decía nada, pero no lo aprobaba; yo guardaba una botella en mi cuarto y me ponía loción cuando venían a verme. Una vez bebí un poco.

Nicholas seguía callado.

—¿No me preguntas si fallecí? —dio unos pasos delante de él apartando las ramas que goteaban—. Oye, siento mucho haberte dicho que eres un estúpido.

—Sólo pensaba —contestó Nicholas—. No estoy enojado contigo. ¿De veras sabes algo de él?

—No, pero mira —y con un ademán prosiguió—, mira a tu alrededor: alguien ha creado todo esto.

—Piensas que costó mucho.

—Por supuesto, es automático pero aun así... bien, ahora dime, ¿dónde estuviste antes y cuánto espacio había para cada paciente? Toma el volumen total y divídelo por el número de personas que lo ocupaban.

—Bueno, éste es mucho mayor, pero quizá pensaban que era lo que nos merecíamos.

—Nicholas... Nicholas, Ignacio es un homicida, ¿no te lo advirtió el Dr. Isla?

—Sí.

—Y tú sólo tienes catorce años y no eres muy fuerte, y yo soy sólo una chica, ¿quién les molesta?

El semblante de Nicholas la sobresaltó.

Llegaron al cabo de una hora o más de caminar. Era una franja de vegetación marchita, parda y negra y revuelta, y tan recta como si la hubieran dibujado con una regla.

—Temía que no hubiera venido aquí —dijo Diane—. Se traslada adonde hay tormenta. Quizá nunca vino a este sector.

—¿De qué hablas?

—Del Foco. Ha estado por todas partes, pero por lo general las plantas crecen más aprisa cuando se aleja.

—Hay un olor muy raro... como la cocina de un lugar donde querían que yo trabajara.

—Son vegetales podridos. ¿Qué hacías?

—Nada... echar detergente en lo que guisaban. ¿Qué produce esto?

—La Mancha Brillante. Mira, cuando está justamente sobre la curva del cielo y el mar forma una lente. No es una lente muy buena... dispersa mucho la luz, pero enfoca lo suficiente. No nos abrasaría si pasara ahora, ¿es eso lo que preguntas? ¿Por qué no hace mucho calor? Yo me he quedado en él, pero tú quieres salir en un minuto.

—Pensé que sería como si nos viéramos en la playa.

Diane se sentó en el tronco de un árbol caído.

—Lo era, de veras. La última vez que estuve aquí, llegó más allá del mar y supongo que se quedaría mucho tiempo porque limpió un montón de cosas marchitas. Mira, por aquí los bordes del sector están más cerca; todo él se estrecha como un

trozo de pastel. Puedes mirar el Foco desde cualquier parte y te ves más cerca que en la playa; casi como si estuvieras en una habitación muy grande con un espejo en cada pared o como si tú mismo estuvieras detrás de ti. Pensé que te gustaría.

—Voy a probar desde aquí —anunció Nicholas y se encaramó a uno de los secos árboles mientras la joven esperaba abajo, pero las ramas secas crujieron y se quebraron bajo sus pies y ya no pudo seguir subiendo para verse en cualquier dirección. Al caer junto a Diane exclamó—: ¡Tampoco aquí hay nada para comer! ¿Y ahí?

—No encontré nada.

—Ellos... me refiero al Dr. Isla, no nos dejarán morir de hambre, ¿verdad?

—No creo que pueda hacer nada; así es cómo se creó este lugar. A veces encuentras cosas; yo traté de pescar, pero nunca lo conseguí. Sin embargo, un par de veces Ignacio medio parte de lo que tenía, para eso es bueno. Apuesto a que piensas que estoy flaca, ¿eh? Era más gordita cuando llegué.

—¿Qué haremos ahora?

—Supongo que seguir caminando; tal vez volver al mar.

—¿Crees que encontraremos algo?

Desde un tronco podrido un insecto chilló:

—Aguarda.

—¿Sabes dónde hay algo? —preguntó Nicholas.

—¿Algo para que comas tú? De momento, no; pero no lejos de aquí podría mostrarte algo mucho más interesante que este montón de árboles pudriéndose. ¿Te gustaría verlo?

—No vayas, Nicholas —invocó Diane.

—¿Qué es?

—Diane, quien llama a esto «el Foco», llama a lo que quiero mostrarte «el Punto».

—¿Por qué no debo ir? —inquirió Nicholas.

—Yo no voy, ya estuve una vez.

—Yo la llevé —profirió el Dr. Isla—. Y te llevaré a ti. No lo haría si creyera que no te iba a servir de nada.

—Al parecer, a Diane no le gustó.

—Diane no quiere que la ayuden... la ayuda puede ser dolorosa y muchas personas no la aceptan. Pero mi deber es ayudar si puedo, tanto si quieren como si no.

—¿Y si yo no quiero ir?

—En tal caso no puedo obligarte, ya lo sabes, pero serás el único paciente en este sector que no lo ha visto y también el más joven. Tanto Ignacio como Diane lo vieron, e Ignacio acude con frecuencia.

—¿Es peligroso?

—No, ¿tienes miedo?

Nicholas miró interrogante a Diane.

—¿Qué es? ¿Qué veré?

La joven se había alejado mientras Nicholas hablaba con el Dr. Isla y estaba sentada con las piernas cruzadas a unos cinco metros de donde estaba Nicholas y se contemplaba las manos.

Nicholas repitió:

—¿Qué veré, Diane? —aunque pensaba que la joven no le respondería.

—Un vidrio. Un espejo.

—¿Sólo un espejo?

—¿Recuerdas lo que te dije cuando trepaste al árbol? El Punto está donde los bordes se unen. Puedes verte —como en la playa—, pero más cerca.

—Me he mirado en espejos muchísimas veces —respondió Nicholas desilusionado.

El Dr. Isla, cuya voz se encontraba ahora entre el susurro de las olas, preguntó:

—Nicholas, ¿tenías un espejo en tu cuarto antes de llegar aquí?

—Uno de acero.

—Así que, ¿no podías romperlo?

—Creo que no. A veces le arrojaba diversos objetos pero sólo lo abollaba —y al pensar en los reflejos deformes se echó a reír.

—Tampoco puedes romper éste.

—Me parece que no merece la pena que lo vea.

—Creo que sí.

—Diane, ¿piensas aún que no debería ir?

No obtuvo respuesta. La muchacha miraba el suelo frente a ella. Nicholas se acercó para observarla y vio que una lágrima había dejado una huella húmeda en cada una de sus flacas mejillas, pero al tocarla, ni se movió.

—Está catatónica, ¿verdad?

Una rama verde que estaba justo fuera del Foco asintió.

—Esquizofrenia catatónica.

—Tenía un médico que una vez pronunció esas mismas palabras. No significaban nada. El doctor era un robot-terapeuta, pues un médico humano atendía sólo a los de mayor prestigio. Los pacientes de los robots se sentaban en cabinas sin puertas —en el caso de Nicholas, dos horas y media: una hora y media por la mañana y una hora por la tarde— y le hablaban a algo que parecía una pequeña y amistosa nevera. Algunos se sentaban todo el día en silencio, mientras otros conversaban continuamente, y, para tales pacientes, los celadores raras veces se molestaban en dar cuerda a las máquinas.)

—Quería decir causa y tratamiento. Era lo correcto.

Nicholas contemplaba el cabello castaño con mechas doradas de la muchacha.

—¿Cuál es la causa? Me refiero a ella.

—No lo sé.

—¿Y cuál el tratamiento?

—Lo estás viendo.

—¿Puedo ayudarla?

—Probablemente, no.

—Escucha, ella puede oírte, ¿no lo sabes? Oye todo lo que decimos.

—Nicholas, si mi respuesta te disgusta, la cambio. La aliviarías si ella consintiera que la ayudaran: si insiste en aferrarse a su enfermedad, no.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo Nicholas intranquilo.

—A tu izquierda encontrarás un pequeño sendero, apenas perceptible; entre el árbol torcido y el arbusto de flores amarillas.

Nicholas echó a andar volviéndose varias veces para mirar a Diane. Las flores eran mariposas que al acercarse a ellas revolotearon entre una nube de colores y se preguntó si el Dr. Isla lo sabía. Cuando hubo caminado un centenar de pasos y se encontró lejos de la parda y podrida vegetación exclamó:

—¿Estaba sentada en el Foco?

—Sí.

—¿Sigue aún allí?

—Sí.

—¿Qué ocurrirá cuando llegue la Mancha Brillante?

—Se notará incómoda y se marchará, si aún sigue en el mismo sitio.

—Cierta vez en uno de los lugares que frecuentaba, había un hombre en las mismas condiciones que ella y dijeron que no comería nada si no se levantaba para buscarse la comida hubieran podido alimentarlo con el tubo nasal pero no le hicieron caso y falleció. Les contamos el caso pero no hicieron nada y murió de hambre allí; cuando falleció lo metieron en una camilla, cambiaron la ropa de la cama y pusieron a otro en su lugar.

—Lo sé, Nicholas. Se lo contaste a los doctores de St. John's y consta en tu ficha, pero piensa un momento: hombres sanos se han muerto de hambre, sí, se han dejado morir, como protesta por lo que consideraban injusticias políticas. ¿Es tan sorprendente que tu amiguita se mate del mismo modo como protesta por lo que considera una injusticia física?

—Él no era mi amigo. Oye, ¿de veras lo creías cuando dijiste que el tratamiento que seguía Diane la aliviaría si ella aceptaba que la ayudasen?

—No.

Nicholas se detuvo en medio de un paso.

—¿No lo creías? ¿No lo consideras cierto?

—No. Dudo que algo la ayude.

—No deberías mentirnos.

—¿Por qué no? Si por casualidad te recuperas, te soltarán y tendrás que mezclarte con la sociedad, que te mentirá con frecuencia Aquí, donde hay tan pocos individuos, debo asumir el papel de la sociedad. Ya te lo dije.

—¿Es eso lo que tú eres?

—¿Suplente de la sociedad? Por supuesto. ¿Quién supones que me creó? ¿Qué otra cosa podría ser?

—El doctor.

—Habéis tenido muchos médicos y ninguno os ha ayudado gran cosa.

—Ni siquiera estoy seguro de que aceptes ayudarnos.

—¿Deseas ver lo que Diane llama «el Punto»?

—Sin duda.

—En tal caso, camina. No lo verás si te quedas ahí de pie.

Nicholas echó a andar apartando ramas frondosas y enredaderas húmedas de lluvia. La jungla despedía un olor a hierba y tierra mojada; por los troncos de los árboles corrían hormigas y libélulas de cuerpos rojos y cálidos, con alas tan largas como sus manos.

—¿Quieres ayudarnos? —preguntó pasado un rato.

—Mis sentimientos hacia ti son ambivalentes, pero si deseas que te ayuden yo también lo deseo.

El suelo se empinaba ligeramente y a medida que ascendía se iba despejando; los enormes árboles se espaciaban la maleza se volvía hierba y helechos. De vez en cuando, afloraban rocas que debía escalar y surgían claros en el revuelto cielo. Nicholas inquirió:

—¿Quién hizo este sendero?

—Ignacio. Viene con frecuencia.

—¿No tiene miedo? Diane, sí.

—Ignacio también tiene miedo, pero viene.

—Diane afirma que Ignacio es importante.

—En efecto.

—¿Qué pretendes dar a entender? ¿Que Ignacio es más importante que nosotros?

—¿Recuerdas que te dije que yo era un suplente de la sociedad? ¿Qué supones tú que puede desear la sociedad, Nicholas?

—Todos hacen lo que dice.

—Si te refieres a la conformidad, sí, ha de haber conformidad, pero también algo más... conciencia.

—No quiero oír hablar de eso.

—Sin conciencia, a la que puedes llamar sensibilidad siempre que vayas con cuidado en no confundir los términos no hay progreso. Hace un siglo, la Humanidad se asfixiaba en la Tierra; ahora, se asfixia de nuevo. Casi la mitad de las personas que han contribuido de un modo sustancial al progreso de la Humanidad, muestran señales de trastornos emocionales.

—Ya te dije que no quiero oír hablar de ello. Te formulé una pregunta sencilla: ¿es Ignacio más importante que Diane y que yo?, y no me has contestado. Ya oí todo lo que dijiste. Lo he escuchado de muchos más de cien veces y son embustes; lo de siempre, y lo debes tener anotado en una ficha que lees siempre que alguien te

pregunta. Esa gente a la que te refieres y que, según tú, se volvió loca, perdieron la razón porque mientras ayudaban a «progresar a la Humanidad» o como lo llames, fueron arrojadas a puntapiés de sus casas porque no podían pagar y, en tanto a ellos los echaban, se enriquecían otros que jamás habían dado golpe en su vida, salvo pensar en llegar adonde hoy están.

—Nicholas, a veces resulta difícil determinar ante el hecho, o incluso el tiempo, quién merece respeto.

—¿Cómo lo sabes si jamás lo intentaste?

—Has preguntado si Ignacio era más importante que Diane y que tú. Sólo puedo decirte que, a mi juicio, Ignacio promete una completa recuperación junto con una contribución sustancial al progreso humano.

Si tan bueno es, ¿por qué está loco?

—A muchos les pasa, Nicholas. Incluso dentro de los planetas no existe un buen ambiente para la Humanidad y nuestro espacio transmarciano es peor. Aquí, cualquier joven, que dan la impresión de adaptarse a las condiciones con que nos enfrentamos y que parecen mejores que los demás, son muy apreciados.

—O Ignacio.

—Exacto, o Ignacio, que tiene un cociente intelectual de doscientos diez. Diane lo tiene de ciento veinte y el tuyo es de noventa y cinco.

—¡Jamás tomaron el mío!

—Consta en tu ficha Nicholas.

—Lo intentaron, pero arrojé el casco y se rompió. La hermana Carmela, que era la enfermera, anotó algo en un papel y me mandó salir.

—Comprendo. Pediré una investigación completa.

—A que no.

—¿No me crees?

—Nicholas... Nicholas... —largas lenguas de hierba comenzaban a surgir bajo los inmensos y susurrantes árboles—. ¿No comprendes que es esencial cierta confianza entre ellos?

—¿Me crees?

—¿Por qué lo preguntas? Supón que respondo que sí; ¿me creerías tú?

—Cuando me confirmes que me han vuelto a clasificar.

—Tendrías que pasar un nuevo test, para el cual aquí no hay facilidades.

—Si me crees, ¿por qué me propones un nuevo test? Ya te dije que no me hicieron ningún test... de todos modos ya puedes borrar el noventa y cinco.

—No me es posible definir tu terapia sin un cálculo de tu inteligencia, y no tengo nada con que remplazarlo.

Ahora el suelo se elevaba más bruscamente y, en un claro, el muchacho se detuvo y se volvió a mirar la frondosa capa, como algas sobre una laguna, que había escalado

desde abajo, y a lo lejos, el mar. A derecha e izquierda su vista se hallaba aún cercada por el follaje y ante él se recortaba un prado (como el cuadrado de arena del que había surgido, aunque no lo pensó), salpicado aún de árboles y que se extendía en pendiente hacia una invisible cima. Le pareció que bajo los pies, la falda de la montaña oscilaba siempre, aunque muy ligeramente. De pronto, interpeló al viento:

—¿Dónde está Ignacio?

—Aquí no. Mucho más cerca de la playa.

—¿Y Diane?

—Donde la dejaste. ¿Te gusta el panorama?

—Es bonito, pero me da la impresión de que nos mecemos.

—Así es. Yo estoy amarrado por doscientos cables al exterior cristalizado de nuestro satélite, pero así y todo, la marea y las corrientes imparten a mi cuerpo un ligero movimiento. Naturalmente, ese movimiento se acentúa a medida que subes.

—Pensé que estabas atado al casco; si debajo de ti hay agua, ¿cómo es que la gente entra y sale?

—Estoy ligado a la esclusa de aire por un tubo comunicante. Cuando llegaste, seguramente te pareció una escalera normal.

Nicholas asintió; volvió la espalda a las hojas y al mar y volvió a trepar.

—Estás en un lugar muy hermoso, Nicholas; ¿abres tu corazón a la belleza?

Tras aguardar una respuesta que no llegaba el viento cantó:

La arbolada montaña llega hasta la cumbre

y el césped y los serpenteantes calveros

se alzan como senderos hasta el cielo.

El esbelto cocotero que languidece coronado de plumas.

El encendido resplandor de aves e insectos

el lustre de las largas enredaderas

que se enroscan en torno a los majestuosos troncos

y se extienden hasta el confín de la tierra.

El brillo y la magnificencia del amplio cinturón del mundo.

Todo eso, lo vio.

—Nicholas, ¿todo esto no significa nada para ti?

—Has leído mucho, ¿verdad?

—Sí, cuando anochece todos duermen y apenas tengo nada que hacer.

—Hablas como una mujer, ¿eres mujer?

—¿Cómo podría ser una mujer?

—Ya sabes a lo que me refiero, salvo que cuando hablas con Diane pareces un hombre.

—Aún no me has dicho que me encuentras hermoso.

—Eres un huevo de Pascua.

—¿Qué quieres decir con eso, Nicholas?

—No tiene importancia. —Veía el huevo como si colgara en el aire ante él, resplandeciente de oro y cubierto de flores.

—Por Pascua pintan los huevos de vivos colores y mi colorido es hermoso, ¿es eso lo que quieres decir, Nicholas?

Su madre le había llevado un huevo el día de visita, aunque ella no podía haberlo hecho, pero Nicholas sabía quién lo elaboró. El oro era del más puro que se utiliza para revestir delicados instrumentos; las brillantes laminillas de carbón cristalizado que salpicaban la superficie del huevo como diminutas estrellas sólo podían proceder del horno de alta presión de un laboratorio. ¡Qué furioso debió sentirse cuando ella le dijo que se lo iba a regalar!

—Es bonito, ¿verdad, Nicky?

Colgaba entre ellos en la ingravidez, girando muy despacio con el recuerdo de sus perfumados guantes.

—Las flores son reinas de los prados; campanillas, lirios del valle y rosas silvestres, aunque no creo que las conozcas, mi amor.

Su madre jamás había estado bajo la órbita de Marte pero pretendía haber pasado su infancia en la Tierra, y cada referencia a esa mentira colmaba a Nicholas de una furia y vergüenza inefables. El huevo medía unos veinte centímetros de largo y giraba sobre sí mismo ocho veces más aprisa que sus propias pulsaciones. La duración de las visitas era exactamente de veintitrés minutos.

—¿No vas a mirarlo?

—Lo veo muy bien desde aquí. —Intentaba que su madre comprendiera—. Esos puntitos rojos son cristales de óxido de aluminio, ¿eh?

—Míralo por dentro, Nicky.

Entonces se fijó que en un extremo había una lente oculta en una gota de rocío en la corola de un asfódelo. Lentamente, tomó el huevo en sus manos, cerró un ojo y miró. En el interior no había luz, como presumía, matizado de oro pero de un blanco brillantísimo, procedente de alguna fuente escondida. Seguramente un mundo que pretendía remedar la Tierra visto desde debajo de la órbita de la luna, mar índigo y tierra esmeralda. Por la llanura discurrían ríos de un pardo como tierra.

—¿No es precioso? —observó su madre.

Por las curvas colgaba la noche de un fúnebre púrpura y enviaba largas sombras como fríos y amantes brazos para acariciar el día, y mientras lo miraba y tocaba, unas aves de cuello largo, de un rosa intenso, casi rojo, arrastraban las zancudas patas por el cielo con las alas extendidas formando cruces.

—Se llaman flamencos —dijo el Dr. Isla siguiendo la trayectoria de su mirada—. Es una palabra preciosa para un hermoso pájaro, aunque supongo que nos gustarían lo mismo si los llamáramos gorriones, ¿verdad?

—Me lo llevaré a casa y te lo guardaré —alegó la madre—. Es demasiado hermoso para dejárselo a un niño, pero si alguna vez vuelves, te estará aguardando

sobre tu cómoda junto al cepillo del pelo.

—Te haces un lío con las palabras —observó Nicholas.

—No deberías desdeñarlas, Nicholas. Además, poseen una gran belleza y sirven para reducir la tensión. Pueden ser provechosas.

—Pretendes convencerte a ti mismo.

—Pretendo que la habilidad de una persona para expresar sus sentimientos, aunque sólo sea para sí, puede evitar su propia destrucción. La evolución nos enseña que el propósito original de la lengua era solemnizar las amenazas y maldiciones de los hombres, sus ensalmos para invocar a los dioses; la comunicación llegó después. Las palabras pueden ser una válvula de seguridad.

—Quiero ser una bomba. Una bomba no requiere válvula de seguridad —y dirigiéndose a su madre—: ¿Eso es Sudamérica mamá?

—No, mi amor, es India. A tu izquierda la Costa Malabar y a tu derecha la Costa Coromandel; debajo, Ceilán.

—Palabras.

—Una bomba se destruye sola, Nicholas.

—Una bomba no tiene importancia, a la bomba no le importa.

Trepaba resueltamente, agarrándose con los dedos de los pies a las raíces de los árboles y al suave y musgoso suelo; su médico ya no era el viento sino un mono pardo que lo seguía a tiro de piedra.

—Oigo que alguien se acerca.

—Sí.

—¿Es Ignacio?

—No, es Nicholas. Ahora está cerca.

—¿Cerca del Punto?

—Sí.

Se paró para mirar a su alrededor. Los ruidos que oyera, las pisadas de pies descalzos hollando el blando suelo también se detuvieron. Nada parecía extraño; la tierra seguía ascendiendo y en las sombras más densas, grandes árboles muy espaciados sobre el musgo; hierba donde no había luz.

—Los tres grandes árboles son iguales —exclamó Nicholas—. ¿Es ahí donde sabías que estábamos?

—Exacto.

En su pensamiento llamó al que estaba delante de él «Ceilán» y a los otros dos «Coromandel» y «Malabar». Se dirigió hacia Ceilán escudriñando sus fuertes y retorcidas ramas. Un muchacho tan desnudo como él surgió de la selva, a su izquierda hacia Malabar, y no miró a Nicholas, que gritó y corrió tras él.

El muchacho desapareció. Solamente Malabar, sólido y real se aliaba ante Nicholas, corrió hasta él, palpó la áspera corteza y divisó un poco más lejos un cuarto árbol similar a Ceilán, y, al lado, un chico que atisbaba con la cabeza desviada. Nicholas lo observó unos segundos y dijo:

—Comprendo.

—¿De veras? —parloteó el mono.

—Es como un espejo sólo que al revés. La luz que sale frente a mí se refleja en el borde y penetra por el otro lado, sólo que yo no lo veo porque no miro a esa parte. Lo que veo es la luz que surge por mi espalda más o menos porque vuelve hacia aquí. Al correr, ¿di la vuelta alrededor?

—Sí, saliste corriendo del lado izquierdo del segmento y por supuesto, regresaste inmediatamente desde la derecha.

—No me asusta, es divertido. —Agarró un palo y lo arrojó con fuerza al árbol Malabar. Éste se desvaneció, pasó silbando sobre su cabeza, volvió a desaparecer y lo golpeó por detrás de las piernas—: ¿Le asustó esto a Diane?

No obtuvo respuesta. Se alejó a grandes pasos; unos chicos desnudos caminaban a su derecha y a su izquierda, pero parecían estar siempre lejos de él y se le iban acercando poco a poco.

—No sigas —le ordenó a su espalda el Dr. Isla—. Puede ser peligroso si intentas atravesar el Punto.

—Lo veo —contestó Nicholas.

Divisó otros tres árboles que se alzaban muy juntos, precisamente ante él; las ramas, extrañamente enlazadas al danzar impulsadas por el viento, y por detrás no había absolutamente nada.

—En realidad, no puedes cruzar el Punto —dijo el Dr. Isla— Mono. El árbol lo cubre.

—En tal caso, ¿por qué me avisas?

Cojeando y marcados con cicatrices, los chicos de su izquierda y los de su derecha ya sólo se encontraban a dos metros de él; había descubierto que si miraban en línea recta conseguía a veces vislumbrar sus contusos perfiles.

—No te alejes más, Nicholas.

—Quiero tocar el árbol.

Dio un paso, y otro más y se volvió. El chico Malabar lo imitó mostrando su delgada espalda en que las costillas y la columna vertebral parecían haber sido zurradas. Nicholas alargó ambas manos sobre los delgados hombros y al momento sintió otras manos —manos frías, insensibles de un desconocido, manos secas y muy pequeñas— que tocaban sus hombros y le subían hacia el cuello.

—¡Nicholas!

De un salto se apartó del árbol y se miró las manos, oscilando la cabeza.

—No era yo.

—Sí, eras tú, Nicholas —dijo el mono.

—Fue uno de ellos.

—Tú eres todos ellos.

Con un rápido movimiento agarró un leño largo como un brazo —era una rama caída— y lo lanzó contra el mono. El golpe derribó al animal, pero éste se levantó de

un brinco y huyó sobre tres patas. Nicholas corrió tras él.

Casi lo había alcanzado cuando el animal se desvió precipitadamente; con la misma rapidez saltó sobre el mono que venía corriendo hacia él. En un instante lo tuvo agarrado. El mono se debatía tratando inútilmente de morderle. Le golpeó la cabeza contra el suelo, luego lo agarró por los tobillos y lo zarandeó contra el árbol Ceilán, hasta que al tercer impacto oyó que el cráneo crujía y se detuvo.

Esperaba encontrar alambres pero no halló ninguno. La sangre rezumaba de la magullada carita y el peludo cuerpo yacía en sus manos caliente y flácido. Sobre su cabeza las hojas anunciaron:

—Nicholas, no me has matado, nunca lo conseguirás.

—¿Cómo funciona?

Todavía buscaba alambres, pequeños circuitos impresos que contuvieran micrológica. Buscó una piedra puntiaguda para abrir el cuerpo del mono pero no encontró ninguna.

—No es más que un mono —dijeron las hojas—. Si lo hubieras preguntado te lo habría dicho.

—¿Cómo lo hacías hablar? —dejó caer el mono, lo contempló un momento y lo apartó de un puntapié.

Se secó los dedos manchados de sangre en las hojas de los árboles.

—Nicholas, sólo mi mente habla a la tuya.

Tras una exclamación, el muchacho decidió:

—Ya lo he oído, pero no pensé que fuera así, sino en mí cabeza.

—Tu ficha no indica alucinaciones auditivas, pero ¿nunca supiste de alguien que las tuviera?

—Una vez conocí a una chica...

—¿Y?

—Confundía los ruidos..., ¿comprendes?

—¿Qué más?

—Por ejemplo: si corría por el pasillo el carrito del servicio ella oía el ventilador y creía...

—¿Qué?

—Ah, pues cosas distintas; que alguien la llamaba.

—¿Los oía?

—¿Cómo? ¿Maya? —y se sentó.

—*Vienen a por mí.*

—¿Maya?

El Dr. Isla le habló a través de las hojas:

—Nicholas, cuando te hablo parece que tu mente no recibe el mensaje que te transmite mi pensamiento. Me oyes en el suave rumor de la lluvia o en el alegre trino de los pájaros, pero si quisiera podría ampliar lo que digo hasta que cada idea o sugerencia se dirigieran a tu conciencia clavándose en ella. Entonces, harías todo

cuanto yo deseo.

—No lo creo —contestó Nicholas—. Si eres capaz de eso, ¿por qué no le sugieres a Diane que no sea catatónica?

—Primero, porque aún se refugiaría más en su enfermedad con el ánimo de huir de mí, y segundo porque curarla de su mal de ese modo no extirparía la causa.

—¿Y tercero?

—No he dicho «tercero», Nicholas.

—Me pareció oírlo... cuando dos hojas se rozaron.

—Tercero, porque tanto tú como ella habéis sido elegidos para que produzcáis un efecto sobre alguien; si os cambiara tan bruscamente, ese efecto se perdería.

El Dr. Isla era otra vez un mono, aunque un mono distinto, que parloteaba desde la protección de un árbol a veinte metros. Nicholas le arrojó un palo.

—Los monos no son más que animales, Nicholas; les gusta imitar a las personas y parlotear.

—Apuesto a que Ignacio los mata.

—No, le gustan mucho; sólo mata peces para comer.

De pronto, Nicholas se percató de que tenía hambre y echó a andar.

Encontró a Ignacio rezando en la playa. Por espacio de una hora, o más, Nicholas permaneció escondido tras el tronco de una palmera pero tardó mucho en resolver a quién rezaba Ignacio. Éste se hallaba arrodillado donde las olas rompen sus orlas de encaje, mirando hacia el mar y de vez en cuando se inclinaba para rozar con la frente la arena mojada, luego, Nicholas percibió su voz, muy débil, sobre el rumor y el silbido de las olas. En general, Nicholas aprobaba a los que rezaban al notar que éstos eran unos compañeros más interesantes que los otros; pero también comprobó que si bien no importaba el nombre que el devoto daba al objeto de su devoción, sí interesaba descubrir como era el dios que se imaginaba. Ignacio no parecía rezar al Dr. Isla —en ese caso pensaba Nicholas, miraría a otro lado— y durante un rato se preguntó si no estaría rezando a las olas. Desde su escondite siguió la línea de visión de Ignacio, ola tras ola hasta el radiante e indefinido cielo, cada vez más arriba hasta que se curvaba por completo y retornaba por detrás de Ignacio y entonces se le ocurrió que el Joven se rezaba a sí mismo. Abandonó su escondite y se adelantó a medio camino de donde Ignacio estaba arrodillado y se sentó. Sobre el rumor del mar y el murmullo de la voz de Ignacio se extendía un silencio intenso y frágil.

Al cabo de un rato, Nicholas notó que su lado izquierdo temblaba. Con la mano derecha se lo palpó, recorriendo con los dedos el lado izquierdo desde el hombro hasta el muslo. Le preocupaba que su lado izquierdo estuviera tan asustado y pensó que tal vez la otra mitad de su cerebro del que se hallaba separado para siempre, oía lo que Ignacio decía a las olas. También él comenzó a rezar, de modo que el otro (y tal vez el mismo Ignacio) lo oyeran y en voz no demasiado baja: «No te asustes, no

temas, no nos hará daño es bueno, y si lo hace, lo mataremos; lo único que queremos es encontrar algo para comer; quizá nos enseñe cómo pescar un pez, creo que esta vez será bueno». Sin embargo, sabía, o por lo menos lo imaginó, que Ignacio tampoco sería amable en esta ocasión.

Finalmente, Ignacio se alzó; no se volvió para mirar a Nicholas, sino que penetró en el mar, luego, como si supiera que el muchacho había permanecido todo el rato detrás de él (aunque Nicholas no estaba seguro de que lo hubiera oído, quizás el Dr. Isla se lo había advertido a Ignacio), le hizo un gesto indicándole que lo siguiera.

No recordaba haber notado jamás el agua tan fría, la arena tan áspera y rasposa entre los dedos de los pies. Pensó en lo que el Dr. Isla le había dicho y que parte de la nave debía de ser esta arena, bajo el agua, que llegaba (¿hasta dónde?) al mar. Donde acababa no habría nada más que a lo lejos el helado cristal del mismo satélite.

—Ven —le dijo Ignacio—, ¿sabes nadar? —como si se hubiera olvidado de la noche anterior. Nicholas le respondió afirmativamente pensando que Ignacio lo miraría, pero éste no se volvió.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Me invitaste a que viniera.

—Ignacio quiere decir *aquí*. ¿No te recuerda algún lugar donde estuviste antes?

Nicholas pensó en el batintín de cristal y en el huevo de Pascua; luego, en las microscópicas gotitas que por Navidad flotaban, a veces por los pasillos hasta estallar en el limpio polvo y en un fresco perfume de pino cuando los niños las tocaban con sus muletas, pero no dijo nada.

El joven prosiguió:

—Deja que Ignacio te cuente un cuento. «Una vez, había en la Tierra un hombre, en realidad un niño, que...»

Nicholas Pensó por qué siempre eran hombres —por su experiencia casi siempre médicos y psicoanalistas— los que querían contar historias. Recordó que Jesús siempre relataba historias y la Virgen nunca; aunque una vez conoció a una mujer, a la que tomó por la Virgen María, que siempre le hablaba de su hijo. Pensó que Ignacio se parecía un poco a Jesús. Intentó recordar si su madre le contaba cuentos cuando vivía en su casa y decidió que no; se limitaba a pasar las transparencias de los dibujos animados.

—... quería...

—... contar un cuento —finalizó Nicholas.

—¿Cómo lo sabes? —enfadado y sorprendido.

—Eras tú, ¿verdad?, y ahora querías contarme uno.

—Pero no lo que Ignacio hubiera dicho. Iba a hablarte de un pez.

—¿Dónde está? —preguntó Nicholas pensando en el pescado que Ignacio se había comido la noche pasada e imaginándose otro igual, pescado mientras él llegaba, tal vez desde el Punto, y ahora, escondido en algún lugar, en espera de ser asado—. ¿Es un pescado grande?

—Ya no existe, pero era como la mano de un hombre. Lo pesqué en el gran río.

—*Huckleberry*. —Ya sé, el Mississippi; era un siluro o una rueda o pez-sol—.

Finn.

—Posiblemente era como tú lo llamas; durante un rato parecía que le daba el sol —la luz de algún lugar bailó sobre el mar—. En cualquier caso, se encontraba sobre la mesa del comedor de la casa donde se vive la vida. Se hallaba dentro de un recipiente, pero no de los antiguos en que ves el vidrio con aros de metal en el borde, sino de los modernos, en los que el cristal es muy fuerte, aunque delgado, y curvado, de modo que no refleja, ni tiene curvas, sólo un ingenioso mecanismo que mantiene el agua siempre limpia. Extrajo un puñado de agua, sin levantar los ojos hacia los de Nicholas—. Tan clara como ésta, y no había olas y no la veías, en absoluto. Mi pez flotaba en el centro de mi mesa, encima de unas cuantas piedras.

—¿Flotabas en el río sobre una balsa?

—No en un pequeño bote. Ignacio pescó ese pez con una red, de la que casi destrozó las mallas antes de sacarlo a tierra poseía unos dientes magníficos. En la casa no había nadie más que él, el otro y los robots; pero cada mañana alguien iba al estanque del patio y pescaba un pez de colores para él. Cuando Ignacio bajaba para desayunar encontraba el pez de colores y pensaba: «Buen pez, has sido elegido para el monstruo, ¿quieres ser el que lo destruya? Si lo consigues, tendrás siempre su casa de diamante para ti.» Entonces el pez, que tenía una manchita roja debajo de sus espléndidos dientes, una mancha como una cereza, se arrojaba sobre el pececito de colores y al instante el agua se teñía de sangre.

—¿Y qué sucedía luego?

—El ingenioso mecanismo aclaraba de nuevo el agua y el pez flotaba como antes sobre las rocas, el pez de espléndidos dientes e Ignacio tocaba el pequeño interruptor de la mesa y pedía más pan y más fruta.

—¿Ahora tienes hambre?

—No, me siento fatigado y tengo pereza, si te persigo no te alcanzaré y si te alcanzo —a causa de tu torpeza y lentitud— no te mataré, y si te mato, no te comeré.

Nicholas había empezado a retroceder y cuando Ignacio pronunció las últimas palabras, dándose cuenta de que era una señal, dio la vuelta y echó a correr, chapoteando por las superficiales aguas. Ignacio lo perseguía con la ventaja de sus largas piernas; el cabello le flotaba por detrás de su moreno rostro; los fuertes dientes —blancos como huesos y grandes como las uñas de los pulgares de Nicholas— parecían espectadores que se alineaban en las barandillas de sus labios.

—No corras, Nicholas —gritó el Dr. Isla con la voz de una ola—. Si corres sólo conseguirás acuciar su hambre.

Nicholas no contestó pero dobló a su izquierda subiendo por la playa, entre los troncos de las palmeras, sin dejar de correr porque no tenía modo de saber si Ignacio se encontraba detrás de él para agarrarlo por el cuello. Cuando se detuvo, se encontró en la espesa jungla, entre los troncos de los viejos árboles, donde se apoyó, casi sin

aliento; los latidos de su corazón eran el único ruido en aquella atmósfera silenciosa y dormida como un largo e inclemente día de la Tierra.

Estuvo atento durante un rato por si oía algún ruido que le indicase que Ignacio lo buscaba, pero no oyó nada; respiró a fondo y exclamó:

—Bueno, se acabó —esperando a que el Dr. Isla respondiera desde algún lugar, pero sólo percibía el verde silencio.

La luz era aún clara y fuerte y casi sin sombras, pero un sentimiento interior le avisaba que el día estaba a punto de declinar y observó que unas débiles y largas sombras se extendían deformando los objetos de forma horizontal. No sentía hambre, pero había corrido mucho y comprendía hasta cuándo podría resistir, no se sentía tan fuerte como el día anterior y seguramente, al día siguiente sería incapaz de rebasar a Ignacio. Ahora se percataba de que debió comerse el mono que mató, pero ante la idea de comer carne cruda se le revolvía el estómago y no sabía cómo encender una hoguera, por más que la noche anterior Ignacio había comido el pescado crudo. Aunque consiguiera pescar un pez, éste le repugnaría tanto o más que la carne cruda del mono. Recordó su esfuerzo para abrir un coco, no lo había conseguido pero posiblemente se podía abrir. No estaba muy seguro de lo que contenía un coco, pero debía tener un interior comestible, porque en los libros se los comían. Decidió dar un amplio rodeo por la jungla hasta la playa, si bien muy lejos de Ignacio, pues muchas veces había visto cocos sobre la arena debajo de los árboles.

Caminaba en silencio, un poco asustado todavía, pensando en el modo de abrir el coco cuando lo encontrara. Se imaginó de pie, ante una gran roca de cantos picudos, sosteniendo el coco con ambas manos. Lo levantaba y lo aplastaba, pero al romperlo, en lugar del coco era la cabeza de Maya; oyó cómo el cartílago de la nariz se rompía con un chasquido elástico, inconfundible. Sus ojos, tan azules como el resplandeciente cielo de Madhya Pradesh, lo miraban desde el azul del huevo pero él no podía verlos, se apartaban de los suyos y se le ocurrió de repente que Lucifer, en su caída, debió hacerlo en los fuegos y los hielos del espacio para no volver jamás a ver los tiernos azules, pardos y verdes de la Tierra: *Vio caer a Satanás como el rayo del cielo*. Lo había escuchado en una cinta magnetofónica pero no recordaba dónde. Había leído que en la Tierra el rayo no procede de las nubes, sino que saltaba hacia ellos desde la superficie planetaria, para nunca más volver.

—Nicholas.

Escuchó, pero no volvió a oír su nombre. El mar barbotaba suavemente, ¿había empleado el Dr. Isla aquel sonido para hablarle? Se dirigió hacia él y tropezó con un riachuelo que serpenteaba entre los árboles. Lo siguió. A los cien pasos se ensanchó, aminoró el curso y terminó en un charco. Diane se hallaba sentada sobre el musgo, al otro lado; al verle, sonrió.

—Hola.

—Hola, Nicholas. Pensé que te oía y no me equivoqué, ¿verdad?

—No decía nada —con el pie removió las oscuras aguas y las encontró muy frías.

—Me imaginé que lanzabas un ligero grito. Lo oí y me dije: es Nicholas, y te llamé. Luego, pensé que me había equivocado o que quizás era Ignacio.

—Ignacio me perseguía. Tal vez aún está aquí, aunque lo más probable es que haya abandonado su propósito.

La joven asintió mirando las oscuras aguas del charco, pero daba la impresión de no haberlo oído. El muchacho se dirigió a ella subiendo por las raíces enroscadas de los árboles.

—Diane, ¿por qué Ignacio me quiere matar?

—A veces también a mí me quiere matar.

—Pero ¿por qué?

—Creo que está un poco asustado de nosotros. ¿Le hablaste alguna vez, Nicholas?

—Hoy un poco. Me contó una historia sobre un pececito que tenía.

—Ignacio se ha criado completamente solo, ¿no te lo dijo? En la Tierra, en una plantación del Brasil, junto al Amazonas. Me lo contó el Dr. Isla.

—Creía que la Tierra estaba muy poblada.

—Las ciudades y los pueblos sí, pero hay lugares completamente deshabitados. Donde estaba Ignacio debía haber pieles rojas, cazadores, hace unos doscientos o trescientos años pero cuando él estaba allí no había nadie, sólo máquinas. Ahora no quiere que nadie lo mire ni se le acerque.

—El Dr. Isla dijo que muchas personas no estarían enfermas si siempre tuvieran otras a su lado, ¿lo recuerdas? —dijo Nicholas muy despacio.

—Oye, Nicholas, ¿te conté lo del pájaro? —de nuevo no escuchaba.

—¿Qué pájaro?

—Tengo un pájaro dentro —se acarició el liso estómago por debajo de los pequeños pechos y por un momento el muchacho pensó que había encontrado alimento—. Se sienta aquí. Ha formado un nido en mis entrañas y con el pico me desgarró la respiración. Te parezco sana, ¿verdad?, pues por dentro estoy hueca y podrida y me vuelvo negra, sucia y rezumó plumas viejas.

—Como quieras —contestó el chico y se volvió para marcharse.

—He bebido de este agua para ver si lo ahogaba y me parece que he bebido tanta que no podría levantarme aunque quisiera, pero el ave ni se ha mojado, ¿sabes una cosa? He descubierto que yo no soy yo, sino ella.

—¿Cuándo comiste algo por última vez? —preguntó Nicholas volviéndose.

—No lo sé. Hace dos o tres días. Ignacio me dio algo.

—Voy a intentar abrir un coco; si lo consigo, te lo traeré.

Al llegar a la playa, Nicholas dio la vuelta y se encaminó lentamente en dirección de la hoguera apagada esta vez, a lo largo de la arena mojada, entre el mar y las palmeras. Pensaba en las máquinas.

Pasado el cinturón había centenares de miles, quizá millones de máquinas, pero muy pocos o ninguno de los sofisticados criados robots terrícolas, éstos eran un lujo. ¿Habría tenido Ignacio esos lujos en Brasil o en otro lugar? Nicholas dedujo que no. Esos robots eran casi como personas y vivir junto a ellos hubiera sido como vivir con la gente. A Nicholas le hubiera gustado hablar brasileño.

En St. John's tuvo los robots-terapeutas; no le gustaban y pensó que a Ignacio, probablemente, tampoco. Si le hubiera gustado su robot-terapeuta, no lo habrían enviado aquí. Pensó en la vieja máquina, desportillada y oxidada, que limpiaba los pasillos. Maya la llamaba Corredora, pero los otros sólo «Eh». No hablaba y Nicholas dudaba que sintiera ningún tipo de emoción, excepto quizás, una especie de amor por la limpieza. Alguien le decía dentro de su cabeza: «Comprenderás que todo motivo se puede dividir en dos clases». ¿Un doctor? ¿Un robot-terapeuta? Qué más daba. «Extrínseco e intrínseco. Un motivo extrínseco posee siempre algún fin a la vista y ese fin lo llamamos un motivo intrínseco. Así, cuando hemos reducido la motivación a motivación intrínseca, la reducimos a sus partes más simples. Toma esa máquina que está ahí.»

—¿Qué máquina?

—Freud hubiera dicho que estaba fijada en la última etapa anal, tal vez debido al cuidado que ejercieron sus constructores para que no soltara la porquería que recogía. Como ves, a causa de su fijación, obsesionada por la limpieza y el orden, el impulso de barrer y limpiar su ansiedad. Es una fuerza y no una debilidad de la teoría de Freud que sirva para explicar muchas de las actividades de las máquinas así como los actos de las personas.

Hola, Corredora.

Hola, Ignacio.

Mi cabeza al moverse de parte a parte, debe recodarte un radar. Cuando camino con pasos medidos, rítmicos y precisos, emito un zumbido apenas perceptible y al oscilar la cabeza fijo los ojos pero no en ti, Ignacio, sino donde las olas se pierden de vista y se curvan hacia el cielo. Me detengo a diez metros de ti, y aguardo.

Ve, te sigo a diez metros. ¿Lo que quiero? Nada.

Sí, recogeré las astillas y te seguiré... a cinco metros.

—Rómpelas y échalas al fuego. Todas no, sólo unas cuantas.

—Sí.

—Ignacio siempre mantiene encendido el fuego. A veces saca las brasas de una hoguera para encender otras, pero aquí, bajo la gran palmera, siempre tiene fuego. Aquí no llueve. Siempre hay fuego. ¿Sabes cómo lo encendió la primera vez? ¡Contéstale!

—No.

—No, *Patrao*.

—No, *Patrao*.

—Ignacio se lo robó a los dioses, a Poseidón. Ahora Poseidón está muerto, yace

en el fondo del mar, que es lo mejor. ¿Te gustaría verlo?

—Si tú lo quieres, *Patrao*.

—Pronto será de noche y es la hora de pescar; ¿tienes un arpón?

—No, *Patrao*.

—En tal caso, Ignacio te dará uno.

Ignacio tomó un puñado de leña y rompiéndola en astillas las arrojó al fuego y sopló. Tras unos momentos, Nicholas se inclinó y soplo a su vez hasta que las astillas ardieron.

—Ahora buscaremos un bambú; ahí detrás hay. Sígueme.

La luz, todavía sin sombras, se iba debilitando de modo que a Nicholas le parecía que caminaban sobre un suelo hueco, aunque lo notaba bajo los pies. Ignacio iba delante con aire majestuoso sosteniendo las teas encendidas hasta que el fuego pareció extinguirse, entonces bajó los extremos dejando que las llamas lamieran su mano y éstas revivieron. Un suave viento soplabla hacia el mar llevándose el rumor de las olas y trayendo un frío húmedo y, cuando hubieron caminado varios minutos, Nicholas percibió en el viento un débil, seco y casi rítmico castañeteo.

Ignacio se volvió a mirarle y exclamó:

—Es música; los grandes tallos hablan, ¿los oyes?

Encontraron una caña apenas más delgada que el puño de Nicholas. Amontonaron en su base las teas ardiendo y añadieron más. Al caer, Ignacio quemó también la parte superior construyendo un palo tan largo como alto era Nicholas y con una concha raspó el extremo hasta dejarlo puntiagudo.

—Ahora ya eres un pescador —le dijo a Nicholas.

—Sí, *Patrao* —respondió el muchacho cuidando de no encontrarse aún con sus ojos.

—¿Tienes hambre?

—Sí, *Patrao*.

—En tal caso te diré algo: todo lo que tienes es de Ignacio, ¿comprendes?, y lo que pesques también es suyo, pero cuando haya terminado de comer lo que quede es para ti. Ahora vámonos, e Ignacio te enseñará a pescar o te ahogará.

El arpón de Ignacio estaba enterrado en la arena cerca de la hoguera; era mucho mayor que el que había confeccionado para Nicholas. Con él cruzado en su pecho descendió hasta el mar, vadeando hasta que el agua le llegó a la cintura y luego nadó sin mirar si Nicholas lo seguía. Éste descubrió que podía nadar con el arpón poniendo todo su esfuerzo en el movimiento de las piernas, sosteniendo el arpón con la mano izquierda y, eventualmente, braceando con la derecha.

—Respira y vigila el arpón —dijo con voz queda, y luego sólo debía alzar la cabeza de vez en cuando.

Creyó que Ignacio empezaría a buscar pesca tan pronto se alejaran de la playa pero el brasileño continuó nadando lenta pero firmemente hasta un kilómetro o más de la orilla. De pronto, como si las luces de una habitación respondieran a un

interruptor, el oscuro mar se transmutó en un azul opalescente. Ignacio se detuvo pedaleando en el mar y empleando el arpón para mantenerse a flote.

—Aquí —dijo—. Péscalos entre tú y el arpón.

Con los ojos abiertos introdujo la cabeza en el agua, la sacó, respiró hondo y se zambulló. Nicholas siguió su ejemplo notando boca abajo con los ojos abiertos.

Todo el mundo de resplandor danzarán y la negra isla se esfumaron como si hubiera sumergido el rostro en un sueño. Muy lejos, debajo de él, Júpiter exhibía su disco listado, desfigurado por la extensión de la Mancha Brillante, donde las enzimas de silicón fabricadas por el hombre habían despojado el hidrógeno del metano para crear la fusión; un cáncer y un nuevo y ardiente sol. Entre ese sol y sus ojos se abrían, invisibles, cien mil kilómetros de espacio y la capa acristalada del satélite, centenares de metros de mar iluminado y en él, el cuerpo extendido de Ignacio, moreno a la luz, pedaleando aún hacia abajo, y en la mano el arpón como una negra pincelada.

Nicholas sacó involuntariamente la cabeza, regresando al universo de resplandecientes olas, consciente de que lo que llamaba «noche» era solamente la sombra que arrojaba el Dr. Isla cuando Júpiter y la Mancha Brillante se deslizaban por debajo de ella. Aquella línea oscura, inobservable en el aire se veía ahora con toda claridad a través del agua detrás de él. Aspiró profundamente y se sumergió.

Casi en el acto, un pez surgió precipitadamente y con el brazo izquierdo arrojó el arpón pero no lo alcanzó. Nadó tras él y más abajo vio otro mayor y se zambulló en su busca, adelantándose a Ignacio que emergía para respirar. El pez estaba muy abajo y a él le faltaba el oxígeno; los pulmones le dolían por la falta de aire y nadó hacia arriba con el deseo de soltar el arpón, percatándose en el último momento de que sólo podría emerger a la superficie si lo soltaba. Dividió el agua con la cabeza y boqueó luchando por respirar; el corazón le latía con fuerza; el agua le golpeaba el rostro y de repente reconoció, como si hubieran dejado de existir mientras él no estaba, el violento batir de las olas.

Ignacio lo esperaba y exclamó:

—Esta vez vendrás con Ignacio, que te mostrará el dios del mar, muerto. Luego, pescaremos.

Incapaz de hablar, Nicholas cabeceó. Aspiró tres veces más, Ignacio se zambulló y Nicholas tuvo que seguirle, pedaleando hacia abajo hasta que la presión cantó en sus oídos.

Por entre el mar azul asomaba al filo de la luz una enorme masa de metal anclada al casco cristalino del satélite; por encima, colgando inerte como el tallo de una gran parra cortada de raíz, un cable dos veces mayor que el cuerpo de un hombre y en el fondo echado junto a la inmensa áncora, un agresivo dios que podría parecer un insecto muerto si no fuera porque medía por lo menos seis metros. Ignacio se volvió para ver si Nicholas comprendía: el muchacho, aún sin saber nada, hizo un gesto afirmativo y con un impulso de los brazos emergió de nuevo.

Después de que Ignacio trajera el primer pescado, se turnaron en la superficie

para vigilar la presa y entretanto la Mancha Brillante se deslizaba por debajo del borde en declive del Dr. Isla. Arponearon dos veces más y en una consiguieron un pez muy grande. Luego, como Nicholas estaba tan agotado que apenas conseguía levantar los brazos regresaron a la orilla, donde Ignacio enseñó al muchacho a destripar los peces con una espina y el canto de una concha y a envolverlos con fango y hojas para asarlos al fuego. Cuando Ignacio hubo empezado a comer el pez más grande, Nicholas sacó tímidamente el más pequeño y comió por primera vez desde que llegó a Dr. Isla. Sólo cuando hubo terminado se acordó de Diane.

No se atrevía a llevarle a la muchacha el último pescado, pero mirando con disimulo a Ignacio comenzó a separarse de la fogata. El brasileño no dio señales de percatarse. Cuando Nicholas estuvo en la sombra, se detuvo, luego se alejó unos pasos y, muy despacio, como le advertía su instinto, caminó sin correr hasta que se halló a una distancia de unos cien metros.

Encontró a Diane sentada apática y callada a la orilla de la charca. Con mucha dificultad consiguió que se levantara, sujetándola con las manos por debajo de los brazos. Una vez de pie, la muchacha lo siguió agarrada a su mano. Le habló, aunque sabía que la joven no daba señales de oírle pero lo escuchaba y que las palabras la reanimaban.

—Hemos ido a pescar... Ignacio me ha enseñado y ha encendido una hoguera. Lo aprendió, no sé cómo, de una especie de robot que fijaba uno de los cables que sostienen a Dr. Isla. Óyeme, hemos cogido tres peces, yo me comí uno e Ignacio otro muy grande y no creo que le importe si te doy el último; pero fíjate bien, no digas nada más que «Sí, *Patrao*» y «No, *Patrao*»; le gusta mucho y sólo está acostumbrado a las máquinas. No debes sonreírle, mira únicamente la hoguera; eso es lo que yo hago: miro sólo el fuego.

Le pareció lo más prudente no decirle nada a Ignacio. Condujo a Diane al lugar donde él se había sentado unos momentos antes, y le puso en el regazo unos trozos de pescado. Al ver que no comía, cogió un trocito de la carne más tierna y tostada y se lo metió en la boca.

—Ignacio creyó que estaba muerta —dijo Ignacio.

—No, *Patrao* —respondió Nicholas.

—Hay otro pescado; dáselo.

Nicholas extrajo de las brasas la masa de lodo, la abrió con el canto de la mano y sacándole la piel y las espinas de los humeantes filetes se los dio a comer una vez estuvieron solamente templados. Diane retuvo el pescado en la boca casi medio minuto, luego, empezó a masticar y tragar y al tercer bocado ya comía sola, aunque sin mirar a ninguno de los dos.

—Ignacio pensaba que estaba muerta —repitió el brasileño.

—No, *Patrao* —respondió Nicholas despacio—: Como ves, está viva.

—Es una linda criatura, con la luz del fuego en sus mejillas, ¿verdad?

—Sí, *Patrao*, muy linda.

—Pero demasiado flaca. —Ignacio dio la vuelta a la hoguera y se sentó al lado de Diane, luego alargó una mano para coger el pescado que Nicholas había dado a la joven.

Ésta cerró las manos apresando el manjar pero sin mirar a Ignacio.

—Fíjate, después de todo nos conocemos, no somos fantasmas —exclamó Ignacio.

—¡Déjalo que lo coja! —profirió en el acto el muchacho.

Muy despacito, Diane fue separando los dedos, pero Ignacio no cogió el pescado.

—Sólo bromeaba, pequeña, y aun así, no me parece una broma de buen gusto —dijo Ignacio.

Luego, al notar que ella no replicaba se alejó de su lado mirando a la oscuridad y arrojando agua a algo que Nicholas no veía.

—Le gustas, *Patrao* —dijo Nicholas. Aquellas palabras le sonaron como una inmundicia pero pensó en el ave que desgarraba el pecho de Diane y en la sangre de Maya salpicando de motitas rojas la bata blanca y añadió—: Sólo que es demasiado tímida. Es mejor así.

—Oye, ¿qué sabes tú?

Ignacio ya no miraba al mar y Nicholas respondió:

—¿No es cierto, *Patrao*?

—Si, es cierto.

Diane cogió el pescado llevándose a la boca con los delicados dedos diminutos trocitos, y con voz clara pero casi sin darse cuenta dijo:

—Vete, Nicholas.

El muchacho miró a Ignacio, pero los ojos del brasileño no se volvieron a la muchacha ni contestó.

—Nicholas, vete, por favor.

Con voz tan baja como para que Ignacio no le oyera, Nicholas le dijo:

—Te veré mañana, ¿de acuerdo?

La joven, apenas bajó la cabeza en señal de asentimiento.

Una vez lejos de la hoguera, cualquier lugar de la playa le parecía bueno para dormir. Hubiera querido llevarse un leño para encender otra hoguera y trató de cubrirse las piernas con arena para preservarlas del helado viento, pero la arena se desparramaba cada vez que se movía y las piernas, lo mismo que la mano izquierda, se le agitaban sin que él se lo propusiera.

La ola, lamiendo la playa ondulada, dijo:

—Lo hiciste muy bien, Nicholas.

—Noto cómo te mueves; antes no lo sentía, salvo cuando estaba drogado.

—Dudo que ahora puedas; mi oscilación es menor que una centésima de grado.

—Puedo, sí; querías que hiciera amistad con Ignacio, ¿verdad?

—Nicholas, ¿conoces el efecto de Harlow?

El muchacho lo negó.

—Hace unos cien años, el Dr. Harlow experimentó con monos criados en la más completa soledad... sin madre ni otros de su especie.

—¡Qué afortunados!

—Cuando los monos fueron adultos los metió en jaulas con otros normales, por cualquier causa se peleaban con los que se les acercaban y, si podían, los mataban.

—Los psicólogos siempre ponen las cosas en jaulas; ¿no se les ha ocurrido que conseguirían mejores resultados dejándolos libres?

—No, Nicholas, aunque nosotros... ¿ibas a decir algo?

—Creo que no.

—El Dr. Harlow intentó que los monos aislados criaran —el sexo es la función social primaria—, pero se negaban. Siempre que se les acercaba otro mono, del sexo que fuera, mostraban agresividad, que a su vez les devolvían los otros. Finalmente los curó, introduciendo en la jaula monos infantiles y sociables, monitos, en lugar de monos adultos. Éstos necesitaban tanto a los aislados que se les acercaban aunque fueran rechazados siempre y con violencia, hasta que por último fueron aceptados y los aislados se volvieron sociables. Es interesante observar que el fundador del cristianismo tuvo una intuición de este principio... pero han transcurrido casi dos mil años antes de que se demostrase científicamente.

—No creo que aquí surtiera efecto. Fue mucho más complicado que todo esto.

—Nicholas, los seres humanos son monos complicados.

—Es la primera vez que te oigo contar un chiste. No te gusta ser humano ¿verdad?

—¡Claro! ¿Y a ti?

—Creía que sí, pero ahora no estoy seguro. Lo dijiste para ayudarme ¿no? Pues no me gusta.

Una ola, mayor que las otras, salpicó de helada espuma las piernas de Nicholas y por un momento el muchacho se preguntó si no sería la respuesta del Dr. Isla. Pasado medio minuto, otra ola lo mojó y luego otra, hasta que se apartó de la orilla para evitarlas. El viento arreciaba pero se durmió y sólo le despertó un instante el resplandor de una luz que procedía de donde había venido él. Trató de adivinar la causa; pensó en Diane e Ignacio arrojando teas encendidas por el aire para ver los arcos de luz, sonrió —demasiado soñoliento para sentir enojo— y volvió a conciliar el sueño.

La mañana amaneció fría y desapacible. Nicholas corría de parte a parte de la playa frotándose el cuerpo con las manos. Una fina lluvia o espuma —era difícil adivinarlo— soplaba en el viento cubriendo la luz de un resplandor gris. Se preguntó si a Diane e Ignacio no les importaría que regresara y decidió aguardar. Luego pensó en pescar; de ese modo les llevaría algo de comer, pero el mar estaba muy frío y las olas tan altas que lo derribaron, arrebatándole de las manos su arpón de bambú.

Ignacio lo encontró chorreando agua sentado con la espalda apoyada en el tronco de una palmera y contemplando las curvas que se alzaban del mar.

—Hola, tú —saludó Ignacio.

—Buenos días, *Patrao*.

Ignacio se sentó.

—¿Cómo te llamas? Creo que me lo dijiste cuando nos vimos por vez primera, pero lo he olvidado. Lo siento.

—Nicholas.

—Ah, sí.

—*Patrao*, tengo mucho frío, ¿podríamos ir a tu hoguera?

—Me llamo Ignacio; llámame así.

Nicholas asintió, asustado.

—No podemos ir a la hoguera porque el fuego se ha apagado.

—¿No podríamos encender otra, *Patrao*?

—No me crees, ¿verdad? No te culpo. No, no puedo... si lo deseas, cuando yo me haya ido puedes usar la que tenía y encender otra. He venido sólo para decirte adiós.

—¿Te vas?

En la frondosa palmera el viento gritó:

—Ignacio está ahora mucho mejor. Se irá a otro lugar.

—¿A un hospital?

—Sí, a un hospital, pero no creo que permanezca allí mucho tiempo.

—Pero...

Nicholas trató entonces de pensar en algo determinado. En St. John's y otros lugares en donde estuvo confinado, cuando alguien se iba, apenas se hablaba ya de él; en cuanto se sabía con certeza que abandonaba el establecimiento era como si estuviera contaminado, lo que helaba las sonrisas y secaba las lágrimas de los excluidos. Por último comentó:

—Gracias por enseñarme a pescar.

—Lo pasamos muy bien —contestó Ignacio.

Se levantó, posó una mano sobre el hombro de Nicholas y se alejó. A unos cuantos metros a su izquierda, la arena mojada comenzó a elevarse y agrietarse. Mientras Nicholas observaba, se abrió del todo mostrando una escotilla de paredes blancas brillantemente iluminada. Ignacio se apartó de los ojos el negro y rizado cabello, descendió por ella y la arena se cerró con un golpe seco.

—No volverá, ¿verdad? —exclamó Nicholas.

—No.

—Dijo que podía usar sus cosas para encender otra hoguera, pero ni siquiera sé lo que son.

El Dr. Isla no contestó. Nicholas se alzó y empezó a caminar hacia el lugar donde estaba la hoguera pensando en Diane y preguntándose si tendría hambre; él también estaba hambriento.

La encontró junto al fuego apagado. Tenía el pecho quemado y a su lado, cerca del agujero en la arena donde Ignacio debió esconderlo, se hallaba un voluminoso soldador nuclear. El grupo electrógeno era demasiado pesado para que Nicholas lo levantase, pero agarró el soplete por el cable más corto y acarició el disparador, produciendo una descarga de plasma de dos metros con la que jugó a lo largo de la arena hasta que el cuerpo de Diane se redujo a cenizas. Cuando acabó, el viento azotaba las palmeras y enviaba una lluvia que le escocía los ojos pero el muchacho recogió un montón de leña y encendió otra hoguera, mayor, tanto, que rugía como una fragua en el viento.

—¡La mató! —gritó a las olas.

—Sí —la voz del Dr. Isla se oyó fuerte y violenta.

—Dijiste que estaba mejor.

—LO ESTÁ —aulló el viento—. TU MATASTE AL MONO QUE QUERÍA JUGAR CONTIGO. A LA LARGA, IGNACIO TE HUBIERA MATADO, PUES TE HACES ODIAR CON FACILIDAD AL SER TAN DIFERENTE DE LO QUE SE SUPONE QUE DEBE SER UN MUCHACHO. PERO MATAR AL MONO TE AYUDÓ, ¿RECUERDAS? TE HIZO MEJOR. A IGNACIO LE ASUSTABAN LAS MUJERES. AHORA SABE QUE EN REALIDAD SON MUY DÉBILES Y OBRAS DE ACUERDO CON CIERTAS FANTASÍAS QUE ENCUENTRAS CRUELES.

—Te estás meciendo, ¿Yo también? —preguntó Nicholas.

—TU PENSAMIENTO.

Una palmera se quebró con la tormenta pero en lugar de caer, voló para aplastarse entre las otras; su frondosa copa; atrapaba el viento como una vela.

—Te estoy matando —profirió Nicholas— destruyéndote. —El lado izquierdo de su cara estaba tan deformado por el dolor y la furia que apenas podía hablar.

—El Dr. Isla se alzó de debajo de sus pies.

—¡NO!

—Uno de tus cables ya está roto, lo vi, y quizá más de uno. Os soltaréis. Los cohetes están de acuerdo con mi postura) giran a nuestro alrededor y el deslizamiento lo produce el viento y el alta mar, y cuando os soltéis, jamás volveréis a vuestro equilibrio anterior, nunca más.

—¡NO!

—¿Cuál es la tensión de tus cables? ¿No lo sabes?

—SON MUY FUERTES.

—¡Vaya respuesta! con ello no concretas nada. Deberías anunciarlo más o menos de este modo: La tensión del cable doce tiene una fuerza de veinte billones de kilos. ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! Faltan noventa y siete minutos para que se produzca la hecatombe. ¡ATENCIÓN! *¿Ni siquiera sabes cómo habla una máquina?*

Nicholas chillaba y cada ola llegaba a la playa más lejos que la última; de ese modo, la parte baja de las palmeras que estaban junto al mar ya se hallaba inundada.

—VUÉLVETE, NICHOLAS. BUSCA LAS TIERRAS MÁS ALTAS. ENTRA EN LA SELVA —decían las olas al romper.

—No quiero.

Una gran serpiente de agua llegó hasta el fuego, que silbó y chisporroteó.

—¡VUÉLVETE!

—¡No quiero!

Una segunda ola alcanzó la pantorrilla de Nicholas y casi apaga la hoguera.

—TODO ESTO PRONTO ESTARÁ BAJO EL AGUA, ¡VUÉLVETE!

Nicholas recogió algunas teas que aún ardían y trató de llevárselas pero el viento las apagó con su soplo apenas las hubo levantado de la hoguera. Quiso llevarse el soldador a rastras pero no pudo.

—¡VUÉLVETE!

Penetró en la jungla donde los árboles se azotaban hasta deshojarse en el viento y las ramas desgajadas volaban por el aire como los escombros después de una explosión. Durante un rato oyó la voz de Diane que gritaba en el viento; luego, la de Maya, después la de su madre o la de la hermana Carmela y otras cien más. Se sentía cansado y a la vez que el viento amainaba ya no percibía el temblor de la tierra.

—Al fin y al cabo yo no te maté, ¿verdad? —profirió, pero no le respondieron.

De vuelta a la playa halló el soldador medio enterrado en la arena. No había trazas de las cenizas de Diane ni de la hoguera. Reunió unos pedazos de leña y con el soldador encendió otra.

—Ahora —escarbó en la arena que rodeaba el soldador hasta alcanzar la áspera roca de debajo y giró hacia ella la llama del soplete; aquélla se ennegrecía y burbujeaba.

—¡No! —gritó el Dr. Isla.

—¡Sí! —se inclinó observando atentamente la llama; ambas manos cerradas sobre el disparador.

—Nicholas, deja eso —y como el chico no respondiera añadió—: Mira detrás de ti.

Se oyó un chapoteo más fuerte que el de las olas al romper y un chirrido metálico. Se giró y vio al gran robot que Ignacio le había mostrado en el fondo del mar como un gran escarabajo. Diminutas conchas se adherían a la piel de metal y el agua, ligeramente verde, todavía chorreaba de su cuerpo. Antes de volver el soplete hacia él, el robot abalanzó las manos como dos grapas y se lo arrancó de un tirón. Por toda la playa unas máquinas parecidas alisaban la arena y reparaban los destrozos de la tormenta.

—Esa cosa está muerta. Ignacio la mató —profirió Nicholas.

El robot levantó el grupo electrógeno, lo sacudió para despojarlo de la arena y dando la vuelta se dirigió al mar con paso majestuoso.

—Eso es lo que Ignacio creyó, y es mejor que así fuera.

—Y tú decías que no podías hacer nada, que no tenías manos.

—También te dije que te trataría como la sociedad, una vez te suelten; que ésa era mi naturaleza. Después de lo ocurrido, ¿aún crees todo lo que te dije? Nicholas, estás trastornado porque Diane ha muerto.

—¡Debiste protegerla!

—... pero al morir hizo algo más... algo muy importante... su prognosis era pésima; ella sólo deseaba morir y ésta fue la muerte que elegí para ella. Puedes llamarla la muerte del Dr. Isla, una muerte que salvará otra vida. Ahora estás solo pero pronto, en este sector habrá más pacientes y tú también les ayudarás... si puedes; y quizás ellos también te ayuden, ¿comprendes?

—¡No! —gritó Nicholas. Se arrojó sobre la arena. El viento había calmado pero la lluvia arreciaba. Pensó en la visión que tuvo una vez y que refirió a Diane la noche antes—. Esto no termina como yo creía —musitó, y como un lejano quejido que surgía del fondo de su garganta—: ¡Jamás nada acaba bien!

Las olas, el viento, el susurro de las frondosas palmeras y el tamborileo de la lluvia, los monos que habían descendido a la playa en busca de alimento que arrojaba el mar a la orilla contestaron:

—Aléjate, vuelve atrás, no te muevas.

Nicholas apretó la cicatrizada cabeza contra las rodillas meciéndose de una parte a otra.

—No te muevas.

Durante largo rato siguió todavía sentado con la lluvia golpeándole la espalda y los chorreantes monos retozando y peleándose a su alrededor. Cuando al fin alzó la cara, se reflejaba en ella un elemento de personalidad que antes sólo había estado en potencia y con ello un vacío y una expresión de sorpresa. Movié los labios y los sonidos que emitía eran los de un sordomudo que intenta hablar.

—Nicholas se ha ido —proclamaban las olas—. Nicholas el que fue el lado derecho de tu cuerpo, la parte izquierda de tu cerebro lo he forzado a la catatonía; el resto de tu vida él será para ti sólo lo que ya fuiste para él, o menos, ¿comprendes?

El muchacho asintió.

—Te llamaremos Kenneth, el silencioso, y si Nicholas intenta volver debes desecharlo... o regresar a lo que habías sido.

El muchacho asintió por segunda vez y un momento después comenzó a recoger leña para la hoguera que se extinguía. Las olas cantaban como para sí:

*Esta noche el mar está violento...
sobre la isla Sado se extienden.
calladas nubes de estrellas.*

No hubo respuesta.

LOS QUE SE ALEJAN DE OMELAS

(Variaciones sobre un tema de William James)

The ones who walk away from Omelas

Ursula K. Le Guin

He aquí una historieta obsesionante de la autora de *The Left Hand of Darkness*; un relato sobre una utópica ciudad llamada Omelas donde todo es belleza y sensatez, salvo para el habitante de una oscura celda debajo de la ciudad. De un modo curioso, esta narración me recuerda las ficciones de Jorge Luis Borges, comparación que no hice a la ligera.

Con un clamor de campanas que impulsó a las golondrinas a levantar el vuelo, el Festival del Verano llegaba a la ciudad de Omelas, que descollaba radiante junto al mar. En el puerto, los aparejos de los barcos destellaban con banderas. En las calles, entre las casas de rojos tejados y pintadas tapias, entre los viejos jardines donde crece el musgo y bajo los árboles de las avenidas; frente a los grandes parques y los edificios públicos desfilaba la multitud. Decorosos ancianos con largas túnicas rígidas malva y gris; graves y silenciosos artesanos, alegres mujeres que llevaban a sus hijos y charlaban al caminar. En otras calles, la música sonaba más veloz, un trémulo de batintines y panderetas y la gente iba bailando; la procesión era una danza. Los niños correteaban de una parte a otra y sus gritos se alzaban sobre la música y los cantos como el vuelo cruzado de las golondrinas. Todos los desfiles serpenteaban hacia el norte de la ciudad, donde en la gran vega llamada Verdes Campos, chicos y chicas, desnudos en el luminoso aire, con los pies, los tobillos y los largos y ágiles brazos salpicados de lodo ejercitaban a sus inquietos caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban ningún tipo de pertrecho, sólo un ronchal sin bocado. Las crines trenzadas con cordones de plata, oro y verde. Resoplaban por los dilatados ollares, hacían cabriolas y se engallaban. Al ser el caballo el único animal que había adoptado nuestras ceremonias como propias, se hallaba muy excitado. A lo lejos, por el norte y el oeste, las montañas se alzaban sobre la bahía de Omelas casi envolviéndola. El aire de la mañana era tan límpido que la nieve, coronado aún los Ocho Picos, despedía reflejos oro y blanco a través de las millas de aire iluminado por el sol, bajo el azul profundo del cielo. Soplaban el suficiente viento como para que los gallardetes que marcaban el curso de la carrera ondearan y chasquearan de vez en cuando. En el silencio verde de la amplia vega se oía la música que recorría las calles de la ciudad, y de todas partes y acercándose siempre, una alegre fragancia de aire que de vez en cuando se acumulaba y estallaba con el gozoso repique de las campanas.

¡Gozoso! ¿Cómo se puede explicar el gozo? ¿cómo describir a los habitantes de Omelas?

No eran personas simples, aunque si felices. Pero no pronunciaremos más palabras de alabanza. Todas las sonrisas se han vuelto arcaicas. Al proceder a una descripción como ésta, uno tiende a hacer ciertas suposiciones, a dar la impresión de que busca un rey montado en un espléndido corcel y rodeado de nobles caballeros, o quizás en una litera dorada conducida por altos y musculosos esclavos. Pero no había rey. No usaban espadas ni poseían esclavos. No eran bárbaros. Desconozco las reglas

y leyes de su sociedad pero sospecho que eran singularmente escasas. Al igual que se regían sin monarquía ni esclavitud, tampoco necesitaban la bolsa de valores, la publicidad, la policía secreta y la bomba. Sin embargo, repito que no era un pueblo simple; nada de dulces pastores, nobles salvajes ni blandos utópicos, ni menos complejos que nosotros. El mal estriba en que nosotros poseemos malos hábitos, animados por pedantes y sofisticados empeñados en considerara la felicidad como algo estúpido. Sólo el dolor es intelectual. Sólo el mal es interesante. Es la traición del artista: la negativa a admitir la banalidad del mal y el terrible fastidio del dolor. Si no puedes morder no enseñes los dientes. Si duele, vuelve a dar. Pero alabar el desespero es condenar el deleite; aceptar la violencia es perder la libertad para todo lo demás. Nosotros casi la hemos perdido; ya no podemos describir la felicidad de un hombre ni manifestar una alegría. ¿Cómo definir al pueblo de Omelas? No eran cándidos ni niños felices —aunque a decir verdad, sus hijos si lo eran— sino adultos maduros, inteligentes, apasionados, cuya vida no era desventurada. ¡Oh milagro! Mas ¡ojalá supiera explicarlo mejor y convencerles! Omelas produce la impresión según mis palabras, de un país de un cuento de hadas: érase una vez hace mucho tiempo. Quizá fuera mejor que se lo imaginaran según su propia fantasía, teniendo en cuenta que me pondría a la altura de las circunstancias, pues lo que si es cierto es que no puedo armonizar con todos. Por ejemplo, ¿qué pasaba con la tecnología? Creo que no había coches ni helicópteros ni en las calles ni por encima de ellas, como lógica consecuencia de que el pueblo de Omelas era feliz. La felicidad se basa en una justa discriminación de lo que es necesario, de lo que no es ni necesario ni destructivo y de lo que es destructivo. Sin embargo, en la categoría intermedia —la de lo innecesario pero no destructivo, la del confort, lujo, exuberancia, etc.—, podían perfectamente poseer calefacción central, ferrocarriles subterráneos, máquinas lavadoras y toda clase de maravillosos ingenios que aún no se han inventado aquí; fuentes luminosas flotantes, poder energético, una cura para los catarros comunes o nada de eso; no importa, como lo prefieran. Me inclino a pensar que las personas que han estado viniendo a Omelas desde todos los puntos de la costa durante estos últimos días antes del Festival, lo hicieron en pequeños trenes muy rápidos y en tranvías de dos pisos, y que la estación de ferrocarriles de Omelas es el edificio más bello de la ciudad, aunque más sencillo que el magnifico Mercado Agrícola. Pero aún, concediendo que hubiera trenes, temo que, hasta ahora, Omelas produzca en algunos de mis lectores la impresión de una ciudad gazmoña y cursilona. Sonrisas, campanas, desfiles caballos, garambainas. En tal caso, agreguen una orgía. Si les sirve una orgía no vacilen. No obstante, no le pongamos templo que, con hermosos sacerdotes y sacerdotisas desnudos, casi en éxtasis, se hallen dispuestos a copular con quien sea, hombre o mujer, amante o extraño, por el deseo de unión con la profunda divinidad de la sangre, aunque ésa fue mi primera idea. Pero sería mejor no levantar templos en Omelas, por lo menos templos habitados. Religión, si. Clero, no. Por supuesto, los hermosos desnudos pueden deambular ofreciéndose como divinos suflés al

hambriento del éxtasis de la carne. Que se incorporen a los desfiles. Que repiquen las panderetas sobre las cópulas y la gloria del deseo se proclame sobre los batintines y (un punto muy importante) que los vástagos de esos deliciosos rituales sean amados y atendidos por todos. Sé que en Omelas hay algo que nadie considera delito. Pero ¿qué puede ser? Al principio pensé si no serían las drogas, pero eso es puritanismo. Para los que les gusta, la tenue y persistente fragancia del *drooz* perfuma las calles de la ciudad; *el drooz*, que al principio otorga una gran lucidez mental y fuerza a los miembros, y finalmente maravillosas visiones con las que penetras en los misterios y secretos más profundos del universo a la vez que excita el placer del sexo hasta lo indecible; y no crea hábito. En cuanto a los gustos más modestos, creo que debería ser la cerveza. ¿Qué otra cosa incumbe a la jubilosa ciudad? Sin duda, la sensación de la victoria, la evocación del valor. Sin embargo, si suprimimos al clero, procedamos igual con los soldados. El júbilo que se erige sobre crímenes impunes no es verdadero júbilo; nunca lo será; es horrendo e inútil. Una satisfacción ilimitada y generosa, un magnífico triunfo que se experimenta no contra un enemigo de fuera, sino por la comunión de las almas más delicadas y hermosas de todos los hombres y el esplendor del verano del mundo es lo que inunda el corazón de los habitantes de Omelas y la victoria que celebran es la de la vida. En realidad, no creo que necesiten drogarse.

Casi todos los desfiles habían llegado ya a los Verdes Campos. Un delicioso aroma de manjares surge de las tiendas rojas y azules de los abastecedores. Las caras de los niños pequeños están llenas de graciosos pringues; en la afable barba gris de un hombre, se han enredado unas cuantas migas de un rico pastel. Los muchachos y muchachas han montado en sus caballos y comienzan a agruparse en la línea de salida. Una anciana, pequeña, gorda y sonriente, distribuye flores que saca de una cesta y un joven alto las prende en su cabello. Un niño de nueve o diez años se sienta al borde de la multitud, solo, jugando con una flauta de madera. La gente se detiene a escuchar y sonrío, pero no le hablan pues nunca deja de tocar ni tampoco los ve; sus ojos negros están totalmente absortos en la dulce y tenue magia de la melodía.

Termina y lentamente alza las manos sosteniendo la flauta de madera.

Como si ese breve y reservado silencio fuese una señal, se oye de pronto el toque de una corneta que surge del pabellón junto a la línea de partida: imperioso, melancólico, penetrante. Los caballos se alzan sobre sus esbeltas patas traseras y algunos relinchan como respuesta. Con semblante sereno, los jóvenes jinetes acarician el cuello de sus monturas y las calman susurrando: «Tranquilo, tranquilo, no te preocupes, todo saldrá bien, mi beldad, mi ilusión...» Ocupan sus puestos en la línea de salida. A lo largo de la pista, los espectadores son como un campo de hierba y flores al viento. El Festival de Verano ha comenzado.

¿Lo creen? ¿Aceptan el festival, la ciudad, la alegría? ¿No? Entonces, permítanme que lo describa una vez más.

En el subsuelo de uno de los hermosos edificios públicos de Omelas, o tal vez en

el sótano de una de sus espaciosas casas particulares hay un lóbrego cuartucho. Tiene una puerta cerrada con llave y carece de ventanas. Una tenue luz se filtra polvorienta entre las rendijas de la carcomida madera y que procede de un ventanuco cubierto de telarañas de algún lugar del otro lado del sótano. En un ángulo del cuchitril un par de fregonas, con las bayetas tiesas, pestilentes, llenas de grumos, están junto a un balde oxidado. El suelo está sucio, pegajoso como es habitual en un sótano abandonado. El cuarto tiene tres pies de largo por dos de ancho: un simple armario para guardar las escobas y los enseres en desuso. En el cuarto hay un niño sentado. Podría ser un niño o una niña. Aparenta unos seis años pero en realidad tiene casi diez. Es retrasado mental. Tal vez nació anormal o se ha vuelto imbécil por el miedo, la desnutrición y el abandono. Se hurga la nariz y de vez en cuando se manosea los dedos de los pies o los genitales mientras se sienta encorvado en el rincón más alejado del balde y de las bayetas. Les tiene miedo. Las encuentra horribles. Cierra los ojos pero sabe que las fregonas siguen ahí, erguidas, y la puerta esta cerrada y nadie acudirá. La puerta siempre esta cerrada y nunca viene nadie salvo en ciertas ocasiones —la criatura no tiene noción del tiempo y los intervalos— en que la puerta cruje espantosamente, se abre y asoma una o varias personas. Entra una sola y de un puntapié le obliga a levantarse. Los otros jamás se le acercan sino que lo observan con ojos de horror y asco. La escudilla de comida y el jarro de agua se llenan rápidamente, se cierra la puerta, los ojos desaparecen. La gente que está en la puerta nunca habla pero el niño, que no siempre ha vivido en el cuarto de los trastos y recuerda la luz del sol y la voz de su madre, a veces habla: «Por favor, sáquenme de aquí. Seré bueno.» Jamás le responden. Por las noches el niño gritaba pidiendo auxilio, gritaba muchísimo, pero ahora se limita a un débil quejido y cada vez habla menos. Está tan flaco que las piernas carecen de pantorrillas y tiene el vientre hinchado; solo se alimenta una vez al día con media escudilla de gachas con sebo. Va desnudo. Las nalgas y muslos son una masa de dolorosas llagas pues continuamente está sentado sobre su propio excremento.

Todos saben que existe, todo el pueblo de Omelas. Algunos han ido a verlo, otros se contentan únicamente con saber que está allí. Todos saben que tiene que estar. Algunos comprenden la razón, otros no pero ninguno ignora que su felicidad, la belleza de su pueblo, la ternura de sus amigos, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus becarios, la habilidad de sus artesanos, incluso la abundancia de sus cosechas o el esplendor de su cielo dependen por completo de la abominable miseria de ese niño.

Se lo explican a los niños de ocho a diez años, siempre que estén capacitados para comprender, y casi todos los que van a verle son adolescentes, aunque con cierta frecuencia también un adulto acude y vuelve para ver al niño. Por muy bien que se lo expliquen, al verlo experimentan un asco que habían creído superar. A pesar de todas las explicaciones se les advierte furiosos, ultrajados, impotentes. Quisieran hacer algo por el niño, pero todo es inútil. ¡Qué hermoso sería si sacaran al sol a esa criatura, la limpiaran, le dieran de comer, la cuidasen! ¡Pero si alguien lo hiciera, ese día y a esa

hora, toda la prosperidad, la belleza y la dicha de Omelas quedarían destruidas! Ésas son las condiciones. Cambiar todo el bienestar y la armonía de cada vida de Omelas por esa sola y pequeña rehabilitación: acabar con la felicidad de millares a cambio de la posibilidad de hacer feliz a uno: pero eso sería, por supuesto, reconocer la culpa, admitir el delito.

Las condiciones son estrictas y terminantes; no debe dirigirse al niño una sola palabra amable.

A veces los jóvenes regresan a sus casas llorando o con una furia sin lágrimas cuando han visto al niño y se han enfrentado a esa terrible paradoja. Tal vez meditan sobre ello, semanas y años, pero a medida que transcurre el tiempo comienzan a darse cuenta de que aunque soltaran al niño, de poco le serviría su libertad; sin duda, una ligera, vaga satisfacción por el cuidado humano y el alimento, pero muy poco más. Se halla demasiado degradado e imbécil para comprender la auténtica felicidad. Ha estado asustado demasiado tiempo para librarse del miedo. Sus costumbres son demasiado zafias e inciviles para que responda al trato humano. En efecto, después de tanto tiempo probablemente se sentiría infortunado sin los muros que lo protegen, sin la oscuridad para sus ojos, sin el propio excremento para sentarse. Sus lágrimas, ante la amarga injusticia, secan cuando empiezan a percibir la terrible justicia de la realidad y acaban aceptándola. Sin embargo, tal vez sus lágrimas y su rabia, el intento de su generosidad y la aceptación de su propia impotencia son la verdadera causa del esplendor de sus vidas. Su felicidad no es vacua e irresponsable. Saben que ellos, como el niño, no son libres. Conocen la compasión. La existencia del niño y el conocimiento de esa existencia hacen posible la elegancia de su arquitectura, el patetismo de su música, la profundidad de su ciencia. A causa del niño son tan amables con los niños. Saben que si ese desdichado no lloriquease en la oscuridad, el otro, el flautista, no tocaría esa alegre música mientras los jóvenes jinetes se ponen en filas sobre sus beldades para la carrera que se celebra la primera mañana de estío.

¿Qué piensan ahora de ellos? ¿No son más dignos de crédito? Pero todavía tengo algo más que contarles, y esto es totalmente increíble.

A veces, un adolescente, chico o chica que va a ver al niño, no regresa a su casa para llorar o enfurecerse, no, en realidad no vuelve más a su hogar. Otras, un hombre o mujer de más edad cae en un mutismo absoluto durante unos días. Bajan a la calle, caminan solos y cruzan sin vacilar las hermosas puertas de Omelas. Siguen andando por las tierras de labrantío. Cada uno va solo, chico o chica, hombre o mujer. Anochece; el caminante pasa por las calles de la ciudad, ante las casas de ventanas iluminadas, y penetra en la oscuridad de los campos. Siempre solos, se dirigen al Oeste o al Norte, hacia las montañas. Prosiguen. Abandonan Omelas, siempre adelante, y no vuelven. El lugar adonde van es aún menos imaginable para nosotros que la ciudad de la felicidad. No puedo describirlo, en absoluto. Es posible que no

exista. Pero parece que saben muy bien adónde se dirigen los que se alejan de Omelas.

BRECKENDRIDGE Y EL CONTINUUM

Robert Silverberg

Breckendridge and the continuum

En cierto modo, la ciencia ficción se puede considerar como la búsqueda del sentido de la existencia en el futuro al examinar algunos de sus fines. En este relato, Robert Silverberg introduce un hombre de hoy en un extraño futuro de paisajes áridos y extraños, y formula preguntas como el valor del mito y la naturaleza de la fuerza vital; hasta hay un encuentro con la luz blanca. ¿Qué más se puede pedir para un final feliz?

Entonces Breckenridge dijo:

—Me parece que esta noche os contaré la historia de Edipo, rey de los Ladrones.

El cielo del anochecer era imponente: de un gris violento y abigarrado, reverberaba una extraña electricidad. Breckenridge no estaba acostumbrado a ese cielo y día tras día, al cruzar el desierto, se sentía traspasado por el dolor de una incomprensible pérdida.

—Edipo, rey de los Ladrones —exclamó Scarp.

Arios asintió. Horn dirigió la vista al cielo. Militor frunció el entrecejo.

—Edipo —dijo Horn.

—Rey de los Ladrones —añadió Arios.

Breckenridge y sus cuatro acompañantes habían acampado en el desierto en un hermoso pabellón en ruinas, un hermoso lugar con columnas de granito y suelo de mármol negro, construido, tal vez, para una deliciosa amante de algún príncipe olvidado por el pueblo. El pabellón estaba a poca distancia de las murallas de la gran ciudad abandonada, en donde entrarían finalmente por la mañana. Quizás esa zona fue, en el tiempo desvanecido, un lugar de veraneo, un paraje para tomar refrescos y nadar, cuando el desierto era un exuberante vergel donde los pavos reales se paseaban majestuosos entre fragantes jardines. Una fantasía de Las mil y una noches; hacía mucho tiempo, tal vez, miles de años. Qué desconcertante le resultaba a Breckenridge imaginar que esa inmensa ciudad, agostada por el tiempo, fue fundada y floreció para luego consumirse en una era mucho menos antigua que la suya. Los lazos que lo ataban al continuo se habían desligado; aleteaban en las galernas del tiempo.

—Cuéntanos la historia —solicitó Militor.

Estaban inquietos; movían las cabezas; cambiaban de posición. Scarp añadió

combustible a la hoguera. El sol se escondía tras las peladas y bajas colinas que señalaban el límite occidental del desierto. El calor sofocante del día se precipitaba hacia el cielo y un tenue viento silbaba entre la columnata de estriados pilares grisáceos que rodeaban el pabellón. Granos de arena rosada bailaban en un ininterrumpido riachuelo al otro lado del suelo de pulida piedra sobre el que estaban en cuclillas Breckenridge y los que le acompañaban. La elevada muralla occidental de la ciudad cercana se envolvía en las sombras.

Breckenridge se arropó en su delgado manto y miraba una a una las encapuchadas figuras que tenía enfrente. Apoyó los dedos en la pulida y fría piedra para sostenerse y dijo:

—Ese Edipo era el monarca en el país de los Ladrones, un hombre audaz y turbulento. Concibió un deseo ilícito por Eurídice, su madre. Dominado por su pasión la forzó con tal violencia que en la cópula ella perdió la vida. Abrumado por su delito y temiendo que los parientes de ella tomaran represalias, huyó de su reino por el aire, con unas alas que se había fabricado según le había enseñado el mago Próspero. Sin embargo, voló tan alto que cayó en el ámbito del carro de su padre Apolo, dios del sol. Furioso por esa intrusión, Apolo sumergió a Edipo en el calor y la cera que adhería las plumas a las alas se derritió. Durante un día y una noche, Edipo estuvo dando tumbos por el cielo hasta que finalmente cayó al océano, hundiéndose hasta el fondo del mar que atravesó y fue a dar en lo más oscuro del mundo. Allí mora para toda la eternidad, ciego y cojo, pero cada primavera reaparece entre los hombres y al cruzar los campos cojeando, la verde hierba surge a su paso.

Hubo un silencio. La oscuridad se apoderaba del cielo. Los cuatro fragmentos esféricos de la vieja luna despedazada, emergieron y dio comienzo su elegante y extraña zarabanda. Giraban despacio impregnándose entre ellos de oscilantes dibujos de luz blanca. Por el norte, las rutilantes franjas verde y violeta de la aurora parpadeaban con tremenda rapidez, como el resplandor listado de un monstruoso reflector. Breckenridge se notó penetrado por los abigarrados iones que lo abrasaban hasta el fondo y aguardó tembloroso.

—¿Es eso todo? —dijo al fin Militar—. ¿Así termina?

—La historia no dice más —replicó Breckenridge—. ¿Te ha decepcionado?

—El sentido es confuso. ¿Por qué se produce el incesto? ¿Por qué voló tan alto? ¿Por qué su padre se encolerizó? ¿Por qué Edipo reaparece cada primavera? Nada de eso tiene lógica. ¿Soy acaso demasiado frívolo para comprender esa correlación? Me parece que no.

—Todo eso no son más que tonterías —exclamó Scarp—. El cuento del eterno retorno. El rey muerto que trae fertilidad al año nuevo. Seguro que lo reconoces, Militar. —La aurora resplandeció con redoblado ímpetu, una antorcha que enviaba señales y que exclamaba; ESPACIO Y TIEMPO; ESPACIO Y TIEMPO, ESPACIO Y TIEMPO—. Deberías ser capaz de seguir la idea del relato. Lo hemos oído miles de veces y de mil formas distintas —prosiguió Scarp.

Espacio y Tiempo.

—En efecto —contestó Militor—, pero los componentes de un relato deben tener una secuencia lógica, cierta relación esencial. —ESPACIO—. Lo que acabamos de escuchar no es más que una mezcla de fragmentos sin pies ni cabeza. Comprendo la semblanza del mito pero no la verdad que entraña.

TIEMPO.

—Un mito contiene una evidencia —insistió Scarp—, no importa cuán falseada sea su forma ni cuántas alteraciones se inserten. Las alteraciones hasta pueden ser una especie de verdad y, para el caso, no es de lo peor.

Las Dow-Jones Industrial Average, pensó Breckenridge, cerraron hoy a 1100432,86...

—De todos modos, lo refirió muy mal —observó Arios—. Carecía de dramatismo, de intensidad; sólo una escueta reseña de sucesos. Otras noches has estado mejor, Breckenridge. Scherezada y los Cuarenta Gigantes, ése sí que fue un hermoso cuento. Don Quijote y la Fuente de la Juventud, sí, pero éste... éste...

Scarp movió la cabeza negando.

—La fuerza de un mito reside en su contenido, no en la melodía de las palabras. Me doy cuenta de la fuerza que contiene el cuento de esta noche y lo encuentro agradable.

—Gracias —dijo en voz baja Breckenridge y lanzó miradas amargas a Militor y Arios.

Era indigno que pusieran reparos a los relatos. Sea como fuere, ¿qué otra cosa podía ofrecer a esos cuatro seres salvo sus historias? Cuando recibían aquel regalo sin la elegancia del agradecimiento le negaban la única concesión a su dignidad de compañero.

Un millón de años desde ningún sitio.

ESPACIO-TIEMPO.

Apolo — Jesús — Apolo.

El viento soplaba cada vez más helado. Nadie hablaba. Las bestias aullaban en el desierto. Breckenridge se echó, notando que le dolía la espalda, y se agitó en el frío suelo de piedra.

Mi esposa Merry, mi hija Cassandra, mi hijo Noel...

ESPACIO — TIEMPO.

ESPACIO.

El glacial resplandor de la aurora le hirió en los ojos. Notó que se extendía por el cosmos, dividido entre el presente y el pasado... rompiéndose, agrietándose en fragmentos como la luna...

Habían salido las estrellas. Contempló las primeras constelaciones. No las conocía; por más que Scarp y Horn le indicasen los dibujos, sólo veía unas lucecitas

que se esparcían al azar. En su otra vida conseguía identificar, por lo menos, las constelaciones más visibles, pero por lo visto, no estaban aquí. ¿Cuánto tiempo se requiere para llevar a cabo una redistribución completa del cielo? ¿Un millón de años? ¿Diez millones? A Dios gracias, Marte y Júpiter aún eran visibles: el puntito naranja y el blanco radiante le indicaban que ese lugar era su propio mundo, su sistema solar. Las imágenes danzaban en su dolorida cabeza. De pronto, todo lo vio doble. Allí estaba Pegaso, Orion, Sagitario. Una superposición, una máscara de realidades superpuesta sobre realidades.

—Escucha esta música —dijo Horn pasado un largo rato, y sacó de debajo de su manto un frágil mecanismo con ruedas y ejes. Lo acarició y produjo un delicado sonido cristalino, relajante, la música de los sueños se deslizaba por el oído sin que se percibiera un solo instante de arrebató. En el acto, Scarp inició una canción sin palabras y, uno a uno, se le unieron los otros: primero Horn, después, Militor y por último, con un monótono zumbido, Arios.

—¿Qué cantas? —preguntó Breckenridge.

—El Himno de Edipo, rey de los Ladrones —contestó Scarp.

¿Era tan desagradable su vida? Había gozado de salud, prosperidad y amor. Su padre era socio administrativo de Falkner, Breckenridge & Co., una de las firmas más estables de Wall Street, y Breckenridge, después de graduarse, como era tradicional en la familia, atendía como socio a los clientes en el departamento de títulos y de supervisión de ventas y a los diez años solamente de salir de la Universidad de Dartmouth. ¿Era tan malo todo eso? En 1972 su sueldo ascendía a 83.500 dólares, no tanto como esperaba como socio, pero no estaba mal, en absoluto, y al año siguiente sería mucho mejor. Tenía esposa y dos hijos, un piso en calle 73 Este, una casa de campo en Candlewood Lake, un yate bastante grande anclado en un golfo de la costa y una hermosa joven amante en un piso de su propiedad en la parte alta de West Side. ¿Qué pasaba con todo eso? Cuando irrumpió en el continuo y se encontró en un inimaginable mundo alterado, en el fin del tiempo, se asombró, no de que aquello pudiera suceder, sino de que le hubiera sucedido a un hombre tan bien situado en la vida como él.

Mientras dormían, una corona de luz dorada surgió repentinamente en lo alto de la ciudad amurallada. El resplandor despertó a Breckenridge que se incorporó en el acto creyendo que la ciudad ardía. Pero la luz, tibia y dúctil, se propagaba en susurrantes ondas, más semejante a la aurora que al resplandor de las llamas. Se alzó desde el mismo borde de la muralla y saltó hacia arriba lanzando borrosas y redondeadas sombras a los oblicuos ángulos de las agudas y crispadas sombras formadas por la luna fragmentada. También aparecía un profundo segmento negro

junto a la muralla. Al observar más detenidamente, Breckenridge vio que la enorme puerta de la fachada occidental de la muralla estaba abierta. Sin avisar a los otros, salió del campamento, cruzó la yerma y arenosa tierra y llegó a la puerta tras una rápida marcha de una hora. Nada le impedía entrar.

Dentro de las murallas se abría una amplia plaza empedrada de la que partían anchas avenidas bordeadas de edificios de una estructura extraña: redondos y elásticos, de material poroso, con terraplenes y parapetos. En medio de los cruces principales unos pozos negros sin cercas se hundían a profundidades infinitas.

A Breckenridge le habían dicho que la ciudad estaba deshabitada desde hacía siglos, desde que en esta parte del mundo el clima se había deteriorado, por lo que se sorprendió al encontrarla habitada. Pálidas figuras revoloteaban en silencio moviéndose como fantasmas, como si entre sus pies y el pavimento hubiera un espacio vacío. Se acercó a una, luego a otra y después a una tercera, pero al tratar de hablar no brotaron palabras de sus labios. Agarró por la muñeca a uno de los habitantes, una joven frágil de cabello negro cubierta con un manto gris y la retuvo con fuerza, esperando que respondiera a su contacto. La joven lo miró con ojos profundos y sombríos sin mostrar temor ni tampoco se esforzó por separarse.

—Soy Noel Breckenridge, Noel III; he nacido en Greenwich, Connecticut, en el año 1940 de nuestro Señor; mi esposa se llama Merry, mi hija Cassandra y mi hijo Noel Breckenridge IV y no soy tan zafio y estúpido como crees —la joven no respondió ni cambió de expresión, Breckenridge preguntó—: ¿Comprendes algo de lo que te digo? —pero el rostro de la muchacha seguía impassible—. ¿Puedes, por lo menos, oír el sonido de mi voz? —no obtuvo respuesta—. ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es el nombre de esta ciudad? ¿Cuándo la abandonaron? ¿Hay algún calendario en el que pueda enterarme del año en que estamos?

Ella siguió mirándolo indiferente. Breckenridge la cogió por los frágiles hombros, la atrajo hacia sí y le dio un beso apremiante, introduciendo la lengua entre los labios de la muchacha. Un instante después, se encontraba en el suelo, cerca del campamento con el rostro en la arena y la boca llena de ella. Sólo ha sido un sueño, pensó fatigado, sólo un sueño.

Almorzaba con Harry Munsey en el Club de Comerciantes y Exportadores: un hermoso y reluciente edificio de cromo y secuoya, de sesenta pisos, en el corazón del distrito financiero. Una luz suave, matizada, brillaba como el latido de rojos soles; los camareros se movían por entre las mesas como lunas silenciosas. El Club existía hacía más de cien años aunque el rascacielos, en el que ocupaba todas las habitaciones de un ático, lo habían edificado en 1968, por lo que ya era su cuarto o quinto domicilio. Los socios se limitaban a hombres, cristianos y de raza blanca; serios y responsables, que ocupaban importantes posiciones en la clase financiera de Nueva York. En los estatutos del club no existían leyes escritas que limitasen sus

socios a hombres blancos y cristianos, pero a pesar de ello jamás se inscribió nadie que no fuera de raza blanca, del sexo masculino y además cristiano. Nadie que no reuniese esas condiciones y con un claro sentido de la realidad se hubiera atrevido a solicitar la admisión.

Harry Munsey, como Noel Breckenridge, era blanco, del sexo masculino y cristiano. Habían estudiado juntos en Dartmouth y juntos formaban parte de Wall Street. Breckenridge entró en la firma de su familia y Munsey en la de la suya. Almorzaban juntos casi cada día; se veían casi cada sábado por la noche y cada uno dormía con la mujer del otro, aunque ninguno de los dos creía que el otro lo sabía.

Al tercer martini Munsey exclamó:

—¿Qué te preocupa hoy, Noel?

Doce años atrás, Munsey había sido un medio del equipo Ivy; era un hombre alto, fuerte, más alto aún que Breckenridge que no era en absoluto pequeño. Tenía un rostro rosado, sin arrugas y los ojos vivos y juveniles, pero había perdido todo el pelo antes de cumplir los treinta años.

—¿Crees que me preocupa algo?

—Sin duda, ¿por qué si no estarías tan serio y rígido después de beber dos martinis y medio?

A Breckenridge le había costado habituarse a la reluciente cúpula que ofrecía a su vista la cabeza de Munsey.

—Como quieras; pues sí, estoy preocupado.

—¿Quieres desahogarte hablándome?

—No.

—Está bien.

Breckenridge apuró la bebida.

—Si te interesa saberlo me siento oprimido por un sentimiento persistente ante la falta de sentido de la vida.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿Que le falta sentido a la vida?

—Sí, la vida es vacía, estúpida y mecánica.

—¿Tu vida?

—La vida en general.

—Conozco a muchísima gente que se cambiaría por ti, que les gustaría vivir tu vida, ser igual a ti, activo por activo, pasivo por pasivo, vida por vida.

—En tal caso son idiotas —y Breckenridge sacudió la cabeza.

—¿Tan terrible la encuentras?

—Harry, todo carece de sentido, todo. Creemos que nos divertimos y nos engañamos pensando que tiene sentido, pero en realidad, ¿qué es? ¿La persecución del dinero? Ya tengo bastante: al llegar a cierto punto ya es sólo un juego. ¿Los restaurantes franceses? ¿Los viajes por Europa? ¿Beber? ¿La piscina? ¿El sexo?

¡Cielos! Nacemos, crecemos, hacemos un montón de cosas, envejecemos y morimos, ¿es eso todo? ¡Dios mío, Harry! ¿Es eso *todo*?

Munsey parecía desconcertado.

—Bueno, está la familia —sugirió—. Matrimonio, paternidad, saber que estás atado a la gran cadena de la vida; sacar adelante una nueva generación; transmitir tus ideales, tus valores morales, tus tradiciones, todo lo que nos distingue de los antropoides que éramos antes. ¿No cuenta eso?

Encogiéndose de hombros, repuso Breckenridge.

—De acuerdo, hablas de los hijos: los traemos al mundo, les limpiamos los mocos, les enseñamos a ser hombrecitos y mujercitas, los enviamos a las escuelas apropiadas, se inscriben en los clubs elegantes y luego no son más que un calco de sus padres: abogados, agentes de bolsa, damas que frecuentan los salones elegantes, los clubs, o lo que sea...

Las luces oscilaban. La aurora roja, verde, violeta, roja, verde. La tensión del ambiente; la luna, la luna rota; la aurora; las luces, el fuego sobre las murallas...

—... o bien, cuando son adultos, adoptan deliberadamente una postura opuesta a la de sus padres y, mientras tanto, los padres mueren y los hijos tienen hijos y comienzan de nuevo el ciclo. Gira y gira, generación tras generación. Noel Breckenridge III. Noel Breckenridge IV, Noel Breckenridge XVI...

—Arios — Scrap — Militor — Horn.

La ciudad — la puerta.

—... Ganan dinero, lo gastan, viven en el lujo, no construyen nada real, sólo ocupan un espacio durante un tiempo y ¿para qué? ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene todo esto?

Las columnas de granito — la aurora — ESPACIO Y TIEMPO.

—Noel, hoy la bebida te va mal y todo lo ves negro —exclamó Munsey.

—Lo sé. ¿No lamentas haberme preguntado qué me inquietaba?

—No. Todo el mundo atraviesa fases como la tuya.

—Cuando se tienen diecisiete años, sí.

—Y luego también.

—Es algo más que una fase, es asco. Si tuviera valor lo dejaría todo y trataría de descubrir algún sentido en la soledad de mi cerebro.

—¿Por qué no te atreves? Te lo puedes permitir. ¡Anda! ¿Por qué no?

—No lo sé.

¡Qué extraña constelación! ¡Qué cielo tan espantoso!

Un viento helado que sopla del mañana.

—Creo que ha llegado el momento de pedir otro martini —propuso Munsey.

Hacía tiempo que cruzaban el desierto —a Breckenridge le gustaba decirse «cuarenta días con cuarenta noches», pero con seguridad era mucho más— y

caminaban incansables, desde el amanecer hasta el ocaso, casi sin descanso. El aire era sutil. Notaba los pulmones correosos y puesto que era el más alto del grupo llevaba el bulto más pesado, aunque eso a él no le importaba.

Lo que verdaderamente le preocupaba era lo poco que sabía sobre aquella expedición: sus motivos, el origen, incluso cómo llegó a formar parte de ella. Pero formular tales preguntas le parecía pueril e inoportuno y seguía haciendo lo mismo que todos; acampando, recogiendo todos los bártulos por la mañana, y hasta trataba de divertir a sus compañeros contándoles historias. Cada noche le pedían que les relatase una. «Háblanos de tus mitos —le apremiaban—, cuéntanos las leyendas y fábulas que aprendiste de niño.»

Tras varias semanas de compartir con ellos aquellas jornadas, apenas sabía algo más que al comienzo. Su predilecto era Scarp, dúctil y compasivo. El que le gustaba menos, el hostil y desdeñoso Militar. Horn —soñador, poeta, idealista, reservado— le resultaba inaccesible y en cuanto a Arios, el más seco, objetivo y científico del grupo, creyó que no merecía la pena comprenderlo. Hasta el momento, Breckenridge decidió que eran seres humanos, aunque la piel, de un satinado insólito, poseía un peculiar matiz oliváceo, muy distinto del moreno. Tenían una nariz extraña, una nariz fina con el puente alto, en extremo delicada, como la nariz que las damas de la alta sociedad consideran esencial y demostrativa de una estirpe aristocrática.

El desierto era hermoso. Una ardiente desolación, todo dunas y arena ondulada, listada de azul y rojo, verde y oro, con óxidos brillantes.

A veces, cuando la aurora estallaba en todo su esplendor —¡ESPACIO! ¡TIEMPO! ¡Espacio! ¡Tiempo!— el desierto semejaba únicamente un espejo para mirarse el cielo. Pero por la mañana, cuando las furias electrónicas de la aurora se habían esfumado, la arena aún reverberaba un resplandeciente colorido surgido de su pulsante interior.

Y el sol —claro, implacable—, los fuegos eternos de Apolo...

Soy Noel Breckenridge, tengo nueve años y así pasé mis vacaciones de verano...

¡Oh, Dios mío, perdóname!

Esparcidas por todo el desierto afloraban viejas ruinas —columnatas, salones con estatuas, atalayas, pabellones de verano, cabañas para cazadores, restos de antiguas tapias— e invariablemente los caminantes montaban el campamento junto a una de ellas. Examinaban cada ruina, medían las dimensiones, anotaban los detalles más sobresalientes, hurgaban en los cimientos amortajados por la arena... En torno al cuello de Scarp colgaba una especie de mapa mecánico, un instrumento negro en forma de lágrima que podía emitir...

¡PING!

... ruidos que los guiaban diariamente hacia la siguiente ruina que en cadena conducían a la ciudad. Scarn también acarrea una sólida máquina compacta que zumbaba y generaba agua dulce de puñados de arena. Su alimento consistía en unos pequeños comprimidos amarillos, bastante sabrosos.

¡PING!

Al principio, Breckenridge se notaba constantemente fatigado, pero con el ejercicio agobiante de la marcha había adquirido fuerza y aguante y podía continuar siempre, sin cansarse, desfilando sin parar de un lado a otro de este desierto que quizás abarcaba el mundo entero. La ciudad desierta era su objetivo hasta que por fin apareció a su vista. Allí se quedarían por tiempo indefinido. Todavía no estaba seguro de si esos cuatro acompañantes eran arqueólogos o peregrinos. Tal vez ambas cosas. Quizá, ninguna.

—¿Qué piensas hacer para dar sentido a tu vida? —preguntó Munsey.

—No lo sé. Ni siquiera tengo idea de lo que podría ayudarme, aunque conozco personas cuya vida sí tiene sentido.

—¿Quién?

—Los creadores, Harry. Escultores, artífices, inventores. Beethoven, Rembrandt, el Dr. Salk, Einstein, Shakespeare. No basta vivir; ni siquiera es suficiente tener un buen cerebro, pensar con claridad. Tienes que añadir algo más a lo realizado por la Humanidad, algo real, valioso. Tienes que dar. Mozart, Newton, Colón, que fueron capaces de llegar al fondo de la creación, a ese caos hirviente de energía pura. Hay que extraer algo, darle forma, crear algo único y nuevo. Ganar dinero no es suficiente. Engendrar más Breckenridges o Munseys, tampoco basta. ¿Sabes a lo que me refiero, Harry? Al pozo de la creación. Al depósito de la vida, que es Dios. ¿Has pensado alguna vez si crees en Dios? ¿Te has despertado en medio de la noche diciéndote: sí, hay algo, creo, creo? No aludo a los que practican la religión, compréndeme. Acudir a la iglesia en estos tiempos no es más que un reflejo condicionado, una sacudida nerviosa, un tic. Hablo de la fe, de la creencia, del estado de conocimiento. Tampoco pienso en Dios como un anciano de largas barbas blancas. Expreso algo abstracto, una fuerza, un poder, una corriente, un depósito de energía, la razón fundamental de todo y que se relaciona con el todo. Ese depósito es Dios. Pienso en ese depósito como el mar de lava derretida que hay bajo la corteza de la tierra; está allí, lleno de calor, de fuerza, de poder, accesible para los que conocen el camino. Platón fue capaz de beber de ese depósito. Van Gogh, Joyce, Schubert, el Greco. Algunos afortunados saben cómo llegar a él. La mayoría de nosotros, no. Para los que no pueden, Dios está muerto. Peor para ellos, nunca vivieron. ¡Oh, Dios mío, que horrible es verse atrapado en una época en que todos parecen estúpidos, apartados de las energías del espíritu, avergonzados hasta de reconocer que esas energías existen! Aborrezco todo este podrido siglo veinte, ¿te das cuenta ahora? ¿Te parece lógico lo que digo, o consideras que estoy borracho? ¿Te molesto, Harry? ¿Harry? ¿Harry? ¿Harry?

Por la mañana levantaron el campamento y emprendieron la última etapa de su viaje hacia la ciudad. La arena tenía aquí una molesta calidad como de costra: las blancas salinas que afloraban producían en Breckenridge la sensación de que atravesaban una tundra en lugar de un desierto. El cielo era claro y en su blancura sin nubes adquiría la calidad de una coraza, de un espejo, apoderándose del calor de la mañana que se alzaba del suelo y lo volvía a lanzar, inexorable, y los cinco caminantes se sentían atrapados en un infinito reflector de insoportable calor, seco y sofocante.

A medida que se acercaban a la ciudad, Militor y Arios charlaban animadamente y al cabo de un rato se enzarzaron en una discusión sobre ciertos puntos oscuros y dispares acerca de una teoría histórica. Breckenridge los había oído discutir por lo menos una docena de veces en las dos últimas semanas, y sin duda seguirían discutiendo durante años. La causa principal de la disputa era el origen de la ciudad. ¿Quiénes la edificaron? Militor creía que fueron colonizadores procedentes de otro planeta —extranjeros de la Tierra, representantes de alguna especie rara de inconmensurable magnificencia y nobleza— que había cruzado el espacio hacía miles de años para edificar este gigantesco monumento al borde de Asia. Tonterías, replicaba Arios: la ciudad era simplemente obra de seres humanos, dotados de una energía insólita pero, con todo, humanos. ¿Por qué multiplicar hipótesis innecesarias? Aquí está la ciudad. En su larga historia, los humanos han construido muchas ciudades casi tan grandes como ésta; esta ciudad es sólo cuantitativamente superior a las otras, únicamente un poco mayor. Sólo concebida con más osadía. Invocar arquitectos extraterrestres es fantasear arbitrariamente. Pero Militor mantenía su postura. Aseguraba que los humanos eran incapaces de llevar a cabo construcciones tan inmensas. Ni siquiera en la época actual decadente, en que cualquier esfuerzo parece excesivo, ni en cualquier tiempo pasado, los recursos humanos hubieran podido igualar una tarea semejante como representaba la construcción de esa ciudad. Sobre eso, Breckenridge tenía sus dudas, al ver lo que el siglo veinte había logrado. Compartía el criterio de Arios aunque admitía que, en efecto, la ciudad era extraordinaria: un esplendor urbano definitivo; una Babilonia sobrenatural; una consumada Persépolis; el himno de la propia alma en piedra y ladrillo. La muralla que la circundaba medía, por lo menos, doscientos pies de altura, ¿por qué gastar medios mejores de defensa, ó era sólo un exuberante decorado? Y a juzgar por el ángulo de sus curvas debía tener cien millas de circunferencia. Una ciudad mayor que Nueva York, más extensa aún que Los Ángeles; una gigantesca antena de turbulentos conocimientos, engastada como una colosal gema en esta vasta llanura; una palpitante antena que resplandecía como las estrellas. Sí, era sobrecogedor, devastador contemplar el plan y su edificación; parecía requerir casi la hipótesis de una extraña raza superior. Sin embargo, se negaba a aceptar aquella hipótesis. Arios,

pensó, estoy contigo.

La ciudad estaba deshabitada, en ruinas, como un barco desguazado. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido para que ese jardín se convirtiera en tierra baldía cubierta de sal? Los artífices de la ciudad se ensoberbecieron, desafiaron a los dioses, sobrepasaron sus propias fuerzas y se precipitaron en el desastre. La vida huyó del suelo; el cielo les negó la lluvia; el espíritu perdió sus energías; la ciudad pereció y fue olvidada y los agoreros susurraban: una ciudad en ruinas, una ciudad en el confín del mundo; una grandiosa acumulación de maravillas perdidas; un habitáculo para chacales; un lugar adonde nadie iba. Somos los primeros, en muchos siglos, que vemos esta ciudad, sentenció Scarp.

Entre el alba y el mediodía llegaron a las murallas y se detuvieron ante la gran puerta. Esta sola ya medía unos quince pies de alto y, en ella, una losa curva de bruñido metal azul estaba colocada en un hueco del leonado estuco de la muralla. Breckenridge advirtió que no había modo de abrirla; sin cabrestante ni rastrillo, sin manija ni tirador. Temía que el impaciente Militar le abriera un agujero. Sin embargo, palpando a lo largo de la base de la puerta, junto al canto izquierdo, encontraron una pequeña entrada no más alta ni ancha que el cuerpo de un hombre. Los viejos goznes cedieron al empujarla. Scarp entró a la cabeza de los otros.

La ciudad era tal como la recordaba Breckenridge en su sueño: la plaza empedrada, las anchas avenidas, los edificios gibosos y elásticos. El furioso sol se desviaba y refractaba en los ondulantes bordes de los tejados, reverberaba desde cualquier superficie plana y despedía chorros de arrolladora energía. Breckenridge se cubrió los ojos. Era como si el cielo palpitará. El alma se le freía sobre una cósmica parrilla, se le cocía en un torrente de fuerte radiación.

La ciudad estaba habitada.

En las ventanas aparecían rostros. Esquivas figuras surgían por las esquinas de las calles, miraban y se retiraban. Scarp las llamó, pero se ocultaron en las angulosas sombras.

—Y bien —exclamó Arios—. Son humanos, ¿no?

—¿Qué más da? —profirió Militar—. Son intrusos y nada más. Ya viste lo fácil que resultó abrir la puerta. Vienen del desierto para vivir entre estas ruinas.

—Tal vez no. Yo diría que son los descendientes de los artífices. Quizá la ciudad jamás fue abandonada; ¿no estás de acuerdo? —Arios miró a Scarp.

—Cualquier cosa —contestó éste—. Intrusos, descendientes, sintéticos, incluso criados sin amo que viven y esperan, viven y esperan...

—O proyecciones arrojadas por viejas máquinas —opinó Militar—. Ninguna mano humana edificó esta ciudad.

Arios soltó un bufido. Cruzaron rápidamente la plaza y penetraron en la primera de las amplias avenidas. Los edificios que la flanqueaban estaban sellados. Siguieron caminando hasta llegar a un cruce donde se detuvieron para inspeccionar un foso circular de unos quince pies de diámetro con un borde liso que descendía a una

oscuridad infinita. En su visión de la noche anterior, Breckenridge vio muchos pozos negros. Ya no dudó de que había abandonado su cuerpo dormido para recorrer la ciudad.

Scarp proyectó una luz dentro del pozo. Una escalera de metal de color cobrizo apareció a su vista por una de las curvas.

—¿Bajamos? —preguntó Breckenridge.

—Luego —contestó Scarp.

El famoso antropólogo había estado bebiendo sin parar durante todo el banquete —vino, sólo vino, pero en abundancia—, tenía los ojos vidriosos y el rostro encendido. Sin embargo, siguió hablando con clara y soberbia perspicacia, empleando frases precisas y elegantes sin apenas detenerse para componer los conceptos. Quizá sólo citaba de memoria su último libro, pensó Breckenridge, en tanto se esforzaba por seguir el caudal de sus ideas.

—... una comparación entre el mito y lo que, al parecer, ha sido ampliamente reemplazado en la sociedad moderna, es decir, la política. Cuando los historiadores citan la Revolución Francesa, siempre existe una secuencia de hechos pasados, una serie irreversible de acontecimientos, consecuencias remotas que todavía se perciben en la actualidad. Pero para los políticos franceses, igual que para sus seguidores, la Revolución Francesa es a la vez una secuencia que pertenece al pasado, por lo que respecta a los historiadores, y un modelo imperecedero que se percibe en la actual estructura social francesa y que proporciona una pista para su interpretación; una guía, de la que se infiere la evolución del futuro. Por ejemplo, fíjense en Michelet, un historiador con mentalidad política. Así describe la Revolución Francesa: «En estos días... todo es posible... el futuro se hace presente... es decir, no existe el tiempo; una vislumbre de la eternidad».

El personaje tomó resueltamente otro vaso de clarete pero la mano le tembló; el vaso se volcó y un torrente rojo oscuro manchó el mantel. De pronto, Breckenridge experimentó una momentánea y total confusión, como si las paredes y el suelo cambiarán de lugar. Vio una árida meseta en el desierto, cuatro figuras encapuchadas, un cielo resplandeciente de extrañas constelaciones, una palpitante aurora que barría el cielo con un fuego cruel. Una inmensa ciudad amurallada dominaba la llanura y sus glaciales sombras, agudas como la hoja de un cuchillo, se atravesaban en el camino de Breckenridge. Tiritaba. La mujer que se hallaba a su derecha soltó una risita y empezó a recitar:

*La otra noche contemplé la Eternidad
como un gran anillo de luz pura y sin fin.
Todo estaba en calma, aunque brillante,
y por debajo giraba el Tiempo en horas,*

*días y años, guiado por las esferas
como una inmensa sombra que se movía,
en la que el mundo y todo su séquito
eran arrojados.*

—Disculpen, no me encuentro bien —dijo Breckenridge.

Salió precipitadamente del comedor. Una vez en el vestíbulo se dirigió al lavabo y se encontró contemplando una empañada marisma tropical. Libélulas del tamaño de palomas pasaban zumbando ante él. La enorme grupa de un dinosaurio se alzaba, como un aneurisma burbujeante, de la negra superficie del pantano. Breckenridge retrocedió asombrado. Al otro lado del vestíbulo estaba el desierto bajo el latigazo de un aterrador sol del mediodía. Se agarró al marco de una puerta para no caer, temblando, como si su alma oscilase violentamente a través de alucinantes eones. «Soy Scarp, dijo una voz suave dentro de él, has venido a un lugar donde todos los tiempos son uno solo, todos los errores pueden enmendarse, donde el pasado y el futuro son flexibles y se pueden volver a interpretar.» Breckenridge notó que unos fuertes brazos lo rodeaban sosteniéndolo.

—¡Noel, Noel, siéntate aquí! —Era Harry Munsey; su brillante calva rosada, los penetrantes ojos azules—. ¡Cielos, Noel! Parece como si regresaras de un mal viaje. Merry me envió a buscarte para saber si...

—No te preocupes —contestó Breckenridge con voz ronca—; no me pasa nada.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—Gracias, ya estoy bien, deja que me recupere, un instante —y se levantó vacilante—. Volvamos.

El antropólogo todavía hablaba. Una servilleta cubría la mancha de vino, y sostenía en alto, como un cáliz, un nuevo vaso.

—Creo que la clave de todo reside en una idea que Franz Boas presentó en 1898: «Parece que los mundos mitológicos fueron contruidos para destruirlos y erigir con aquellos fragmentos los nuevos mundos».

Breckenridge dijo:

—Los primeros hombres vivían bajo tierra y no existía la propiedad privada. Un día estalló un terremoto y la tierra se dividió. La luz del día inundó las cuevas subterráneas donde moraba la humanidad. Torpemente, pues la luz les cegaba, fueron saliendo al mundo de la claridad y aprendieron a mirar. Pasados siete días, se repartieron entre ellos los campos y empezaron a levantar las primeras murallas como fronteras que marcaban los límites de su propiedad.

Hacia el mediodía, los habitantes de la ciudad fueron perdiendo el miedo que les inspiraban los cinco invasores. Poco a poco, de dos en dos o de tres en tres surgieron de sus escondites y rodearon a los visitantes hasta formar un nutrido grupo. Iban

sencillamente vestidos con unos mantos ligeros y no hablaban con los extranjeros, aunque a menudo conversaban entre ellos. En el grupo se encontraba la esbelta joven morena que había soñado Breckenridge.

—¿Me recuerdas? —preguntó éste.

Ella sonrió, se encogió de hombros y respondió en una lengua pura pero incomprensible. Arios la interrogó en seis o siete idiomas, pero ella los negó todos con la cabeza. Luego, tomó a Breckenridge de la mano y lo llevó junto a uno de los pozos de la calle. Le señaló y sonrió. Después señaló a Breckenridge, a ella y a los edificios que los rodeaban. Hacía un gesto con el que abarcaba todo el cielo, y volvió a indicarle el pozo.

—¿Qué intentas decirme?

La joven contestó en su lengua, pero Breckenridge se disculpó negando con la cabeza. La joven ejecutó una sencilla pantomima: cerró los ojos y apoyó la cabeza en las manos juntas; sin duda una imagen del sueño y volvió a señalarlo a él, a ella y al pozo.

—¿Quieres que duerma contigo ahí abajo?

Se echó a reír de su propia locura. Era ridículo asumir cobardemente una metáfora eufemística como aquella a través de tantos milenios. La miró boquiabierto. Ella se rió —una risa cantarina que sonó como campanillas de plata— y se alejó brincando hacia su gente.

La primera noche que pasaron en la ciudad acamparon en una de las grandes plazas. Se trataba de un espacio octogonal rodeado de bajos edificios verdes, afilados, cuyas fachadas de piedra, relucientes como espejos, daban a la plaza, donde un centenar de habitantes se agachaban en las sombras contemplándolos. Scarp esparció unas bolitas de combustible y encendió una hoguera. Militar distribuyó la comida; Horn interpretaba música mientras ellos comían; Arios, sentado un poco más lejos, dictaba un comentario a una máquina grabadora del tamaño y la consistencia de una gran perla. Poco después, le pidieron a Breckenridge que les relatara, como siempre, una historia y él les contó cómo la muerte llegó al mundo.

—Hace muchísimos años, sólo habitaban el mundo poquísimas personas que vivían en un valle verde y fértil en donde jamás había invierno y los jardines florecían todo el año. Transcurrían el día riendo, nadando y tomando el sol, y por la noche organizaban fiestas, cantaban y hacían el amor. Año tras año seguían igual sin que se produjese ningún cambio y nadie enfermaba, ni moría, ni padecía hambre. A pesar de esa existencia idílica, había en el valle un hombre desgraciado. Se llamaba Fausto y era inquieto, inteligente, de ojos grandes y ardientes y un rostro enjuto y grave. Fausto sentía que la vida consistía en algo más que en nadar y hacer el amor y comer

de los frutos maduros de las viñas y los árboles. Se necesita algo más para vivir, insistía, algo que desconocemos, que se nos escapa, cuya falta nos impide ser verdaderamente felices. Somos incompletos.

Los otros le escuchaban. Al principio, perplejos, pues ignoraban que fuesen desgraciados e incompletos; habían confundido la placidez y comodidad de su existencia con la felicidad. Pero al cabo de un tiempo empezaron a creer que Fausto tenía razón. Desconocían lo vacía que era su vida hasta que Fausto se lo indicó. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo saber lo que nos falta?, preguntaban. Un sabio anciano les sugirió que se lo preguntaran a los dioses, por lo que eligieron a Fausto para que fuera a visitar al dios Prometeo, del que se decía que era amigo de los hombres, y se lo pidieron. Fausto cruzó colinas y valles, montañas y ríos hasta que al fin llegó hasta Prometeo, que moraba en la cumbre de un monte azotado por las tormentas. Le explicó el caso y le dijo: «Dime, oh Prometeo, por qué nos sentimos tan incompletos». El dios replicó: «Porque no conocéis el fuego. Sin fuego no hay civilización; sois inciviles y vuestra ignorancia os hace desgraciados. Con el fuego podéis guisar vuestros alimentos y disfrutar de nuevos y agradables sabores. Con fuego podéis trabajar el metal y crear armas eficaces y otros utensilios.» Fausto consideró esas palabras y exclamó: «Pero ¿de dónde podemos obtener el fuego? ¿Qué es? ¿Cómo se emplea?»

—Yo os traeré fuego —respondió Prometeo.

Entonces Prometeo fue a ver a Zeus, el más importante de todos los dioses, y le dijo: «Zeus, los humanos desean fuego y te pido permiso para ofrecérselo». Pero Zeus era duro de oído y Prometeo ceceaba mucho y en el idioma de los dioses las palabras «fuego» y «muerte» se parecen mucho, por lo que Zeus las confundió y replicó: «Qué raro que deseen tal cosa, pero soy un dios benévolo y no niego a mis criaturas nada de lo que imploran». Por lo cual Zeus creó una mujer a la que llamó Pandora e insufló la muerte dentro de ella y se la entregó a Prometeo, que la llevó al valle donde moraban los hombres. «Aquí tenéis a Pandora —les dijo—, ella os dará fuego.»

Tan pronto como Prometeo se fue, se acercó Fausto a Pandora, la abrazó y yació con ella. Su cuerpo era ardiente como una llama y mientras la tenía en sus brazos la muerte surgió de ella y penetró en el cuerpo de Fausto que comenzó a temblar, y en medio del delirio de la fiebre gritaba: ¡Esto es fuego! ¡He dominado al fuego! Al cabo de una hora, la muerte comenzó a consumirlo, perdió las fuerzas, adelgazó, la piel se le volvió seca y amarillenta y temblaba como una hoja en la brisa. ¡Id!, gritaba a los otros, ¡abrazadla! ¡Es la que trae el fuego!, y se fue tambaleándose hacia la selva, más allá del borde del valle, exclamando: ¡Gracias sean dadas a Prometeo por este don! Se echó bajo un enorme árbol y allí falleció, y fue la primera vez que la muerte visitó a un ser humano. Con él, también murió el árbol.

Entonces, los hombres del valle se acercaron a Pandora para abrazarla y la muerte se apoderó de todos, que al separarse de ella se fueron con sus mujeres, de modo que

pronto todos los hombres y mujeres del valle quedaron abrasados por la muerte y uno a uno perdieron la vida. La muerte se quedó en el valle penetrando en todos los que aún vivían y en todos los que nacían y así es como la muerte llegó al mundo. Al poco tiempo, durante una tormenta, un rayo cayó en el árbol que había perecido a la vez que Fausto, lo abrasó y un hombre, cuyo nombre se ha olvidado con el paso de los siglos, arrojó una rama seca entre las llamas y la encendió y así aprendió a hacer fuego y cómo mantenerlo vivo. Al pasar el tiempo, los hombres guisaron sus alimentos y usaron el fuego para trabajar el metal y fabricar armas y así fue como empezó la civilización.

Ya era hora de investigar uno de los pozos. Scarp, Arios y Breckenridge efectuarían el descenso, en tanto Militor y Horn se quedarían fuera para hacer frente a cualquier contingencia. Eligieron un pozo a media jornada de marcha de su campamento, en el corazón de la ciudad; uno grande, el más ancho y profundo que vieron. Scarp colocó en el brocal una luz esférica del tamaño de un puño que arrojaba por la abertura un rayo deslumbrante blanco azulado. Luego, oscilando ligeramente, comenzó a descender por la escalera de metal rodeado de un nimbo de luz. Breckenridge lo observaba afanoso. La cabeza y los hombros de Scarp, visibles aún, se fueron achicando hasta que sólo se vio un punto negro que se movía dentro del cono de luz hasta desaparecer.

—¡Scarp! —llamó Breckenridge.

Pasado un momento contestó desde las profundidades una voz amortiguada. Scarp había llegado al fondo, fuera del alcance de la luz y quería que ellos se le unieran.

Breckenridge obedeció. La bajada le parecía eterna. Notaba cierta rigidez en la rodilla izquierda; no era más que un autómata agarrado mecánicamente a los escalones que percibía calientes; los ojos, fijos en la masa granulosa y gris de la pared del pozo a pocos centímetros de su nariz, y cada vez más lisa y desenfocada. Cruzaba la zona iluminada como si se deslizara por la superficie de un espejo, bajando hacia la oscuridad siempre al mismo ritmo, hasta que la bota tropezó de pronto contra un suelo sólido cuando esperaba hallar el siguiente peldaño. Apenas podía mover la rodilla izquierda. Scarp le tocó ligeramente en un hombro.

—Deslízate poco a poco hasta donde yo estoy y asegúrate de que no pierdes pie. Me parece que estamos en una especie de plataforma reducida que termina con un precipicio a los lados.

Aguardaron a que llegase Arios. Al bajar por los escalones, sus pisadas retumbaban en el pozo como un eco: bum, bum, bum. Los que quedaban arriba fijaron la luz al extremo de una larga cuerda y la bajaron hasta que finalmente pudieron ver lo que les rodeaba.

Se encontraban en una especie de catacumba. El suelo del pozo era una

plataforma de baldosas pulcramente labradas que daba acceso a unas galerías horizontales, de varias veces la estatura de un hombre y que se extendían por todas partes. Por encima de ellos, la boca del pozo era sólo un débil puntito de luz. Después de examinar el perímetro de la plataforma, Scarp enfocó la luz dentro de una de las galerías, miró unos segundos y penetró cauteloso. Brackenridge lo oyó toser.

—Está lleno de polvo —exclamó Scarp y añadió—: Una vez nos contaste la historia del Rey de las Tierras Muertas, ¿cómo se llamaba?

—Thanatos.

—Thanatos, sí. Éste debe de ser su reino. Ven a ver.

Arios y Breckenridge intercambiaron un gesto de duda y Breckenridge penetró en el túnel. Por ambos lados, desde el suelo hasta el techo, se alineaban en las paredes gradas de ataúdes apilados en grupos de ocho o diez y se extendían hasta donde les daba la luz. La superficie del féretro era de vidrio y todos estaban cubiertos de una espesa capa de polvo. Scarp deslizó los dedos por uno de los féretros y dejó una profunda huella. Se alzó una nube de polvo que hizo retroceder a Breckenridge, que tropezó con Arios, tosiendo y ahogándose. Cuando el polvo cayó vieron una figura dentro del féretro, al parecer, dormida: la figura desnuda de un joven acostado de espaldas. Presentaba una expresión de serenidad. Breckenridge se estremeció. Sí, el reino de la muerte, donde moraba Thanatos, la casa de Plutón. Recorrió las hileras de ataúdes limpiándolos del polvo. Un anciano. Una joven. Una vieja. Toda una población yacía allí, embalsamada. Yo fallecí hace mucho tiempo, pensó, y ni siquiera duermo, y camino casi debajo de la tierra. Reinaba un silencio aterrador.

—¿Será la gente de la ciudad? —preguntó Scarp—. ¿Los antiguos habitantes?

—Es muy probable —respondió Arios con la misma voz seca de siempre. Era el único que no temblaba—. ¿Asesinados en alguna inconcebible matanza? Pero ¿por qué y cómo?

—Al parecer, fallecieron de muerte natural —indicó Breckenridge—. Los cuerpos están intactos, sin señales de violencia, como si estuvieran dormidos. No parecen muertos, sólo dormidos.

—¿Una epidemia? —formuló Scarp—. ¿O quizás una súbita nube de gas mortífero? ¿O bebieron agua contaminada?

—Si murieron de repente —reiteró Breckenridge—, ¿cómo tuvieron tiempo de construir todos estos ataúdes? Esta galería es una catacumba...

Una red de pasadizos abarcaba toda la ciudad subterránea. Miles de féretros. Millones. Breckenridge estaba aturdido ante esa muerte en gran escala. La muerte con la guadaña realizó un trabajo rápido. Cabezas y manos cortadas; pies esparcidos como dientes de león en la primavera pradera. El reino de Thanatos, rey de las Espadas, Caballero de Arqueros.

Un trueno retumbó tras ellos. Pisadas en el pozo.

Scarp frunció el ceño.

—Les dije que esperasen arriba. Ese estúpido de Militor...

—Militor debería verlo —expuso Arios—. Con seguridad es el lugar de reposo de los habitantes de la ciudad. El cementerio. No hay duda de que son seres humanos. ¿Sabéis lo que pienso? Un suicidio colectivo. Una decisión unánime de abandonar la vida. Estuvieron preparándolo durante años: la construcción de galerías, de máquinas para matar, un inmenso aparato de inmoliación y luego, el día señalado... largas filas aguardando el proceso... millones de hombres, mujeres y niños pasando por las máquinas, deshaciéndose contentos de sus vidas, marchando voluntariamente a los féretros que los aguardaban...

—En tal caso —exclamó Scarp— debieron dejar unos cuantos que nadie mató. Siguieron vivos, guardianes de los muertos, conservando quizá la maquinaria que protege esos millones de cuerpos.

—¿Que los protege de qué? —preguntó Arios.

—Para el día de la resurrección —afirmó Breckenridge.

En el pozo, los pasos se percibían cada vez más fuertes. Scarp echó una mirada a la boca del túnel.

—¿Militor? ¿Horn? —llamó. Parecía enfadado y se dirigió al túnel—. Teníais que esperar arriba...

Breckenridge oyó que algo rechinaba y se volvió para ver cómo Arios levantaba la tapa de un ataúd, el que contenía al joven de aspecto sereno. Instintivamente trató de impedir aquella profanación, pero no llegó a tiempo: la tapa de vidrio se alzó cuando Arios rompió el sello y con un rápido estrépito, un vapor verdoso surgió del ataúd. Se mantuvo un momento flotando en el aire, alcanzado por el rayo de la luz de Arios; luego se condensó en una substancia amarilla y estalló en una pequeña tempestad de lluvia que manchó el suelo de piedra de la galería. Ante el horrorizado Breckenridge, el cuerpo del joven se sacudía convulsivamente; los músculos se le tensaban hasta formar nudos y casi al instante se relajó.

—¡Está vivo! —gritó Breckenridge.

—Lo estaba —sentenció Scarp.

En efecto, la figura que yacía en el ataúd estaba inmóvil. Cambió de color y textura volviéndose negra y marchita. Scarp empujó a Arios y cerró de golpe la tapa de vidrio, pero aún con ello no consiguió protegerlo. Dentro del ataúd, se producía un horripilante movimiento y a los pocos momentos, algo consumido y enroscado yacía ante ellos.

—Muerte aparente —formuló Arios—. Los artífices de la ciudad yacen aquí, tan humanos como nosotros, dormidos, no muertos, dormidos. ¡Duermen! ¡Militor! ¡Militor! ¡Ven, de prisa!

Dijo Feingold:

—A ver si lo entiendo. Después de la oferta pública nuestro grupo sigue teniendo el 83 por ciento de acciones de la clase B y el 34 por ciento de la votación pública, lo

que constituye un control. Le concedemos una garantía de 100.000 por cinco años y puede canjear los títulos en 1992, al 6,5 además de los derechos de suscripción estipulados, siempre que sus amigos argentinos se hagan cargo del lote de títulos concertados y sigan operando con nosotros en Colorado, ¿de acuerdo? Ahora bien, si el SEC no pone obstáculo, me gustaría exponer a la junta directiva, en términos generales, lo propuesto con Heitmark, A. G. de Licchtenstein y con Hellaphon, S. A. de Atenas, luego...

La voz alta, clara y rápida proseguía sin cesar. Breckenridge apenas probaba bocado, sonreía con frecuencia y asentía cuando comprendía que era el momento adecuado, o bien se aislaba, escuchando sólo con una parte de su cerebro, como si fuera un registro automático. Estaban sentados en la terraza de un restaurante al aire libre en Tiberíades, al borde del lago del mismo nombre, y a lo lejos veían las peladas y pardas colinas de Siria. El aire de diciembre era suave, el sol, resplandeciente. La semana anterior, Breckenridge estuvo en Monaco, Zurich y Milán. Ayer, en Tel-Aviv. Mañana sería Haífa; el próximo martes, Estambul. A continuación, Nairobi, Johannesburgo, Pekín, Singapur y, finalmente, San Francisco, y vuelta a casa. ¡Zis, zas! La vuelta al mundo en veinte días; un revoltillo de locura y prisas, despejando un montón de negocios internacionales para su firma. Todo aquello pudo haberse tratado por teléfono, o bien alguno de esos magnates extranjeros pudo viajar hasta Nueva York, pero Breckenridge se ofreció voluntario para realizar esa gira. ¿Por qué? Sentado a diez mil millas de su patria, comiendo con un hombre cuya oficina se encontraba a pocos pasos de la suya, en la misma calle. ¡Una locura! ¿Por qué correr tanto, Noel? ¿A dónde crees que llegarás?

—¿Un poco más de vino? —le propuso Feingold—. ¿Qué opina de esta bebida israelita?

—Que es excelente para el pescado —y Breckenridge alargó una mano para coger la copia del contrato.

—¿No prefiere verificarlo antes?

—No es necesario; tengo confianza en usted, Sid.

—Gracias. La verdad es que no pretendo engañarle, pero pudiera haberse deslizado algún error. Podría equivocarme.

—No lo creo —contestó Breckenridge, y sonrió.

Feingold le devolvió la sonrisa. Detrás de aquel gesto había algo helado y Breckenridge apartó la vista. Crees que me esfuerzo por tratarte como un caballero, porque sabes lo que piensan de los judíos las personas como yo, y yo sé que tú lo sabes y tú sabes que yo sé que lo sabes y... y... bueno, vete al diablo, Sid. ¿Me fío de ti? Tal vez sí, tal vez no, pero el hecho es que no me importa. ¡Ojalá estuviera en Marte o en Plutón, o en el año Dos Billones! ¡Zas! Ahora mismo me iría al otro lado del mundo. Noel Breckenridge, el mutante. «¿Quiere conocer mi secreta ilusión, Sid? Sueño en que un día me despierte judío. ¡Es tan aburrido ser gentil! ¿No lo sabía? Me siento tan blando, tan honesto, tan feliz. Le envidio esa ferviente complejidad de su

alma. Toda esa historia de ghettos, persecuciones, huidas, proyectos para sobrevivir y venganzas; un sentimiento de unidad tribal nacido del dolor compartido. Es tan duro para un pagano contraer una sencilla paranoia, y no digamos una ligera esquizofrenia.

Feingold aún sonreía. Volvió a llenar el vaso de Breckenridge. No mostraba señales de haber oído nada que pudiera ofenderle. Quizá tampoco dije nada, pensó Breckenridge.

—Noel, cuando regrese a Nueva York, me gustaría que viniera a cenar a nuestra casa. Usted y su esposa, o a pasar un fin de semana. La chimenea encendida, gruesos solomillos y mucho vino —le propuso Feingold.

Tres jets israelíes sobrevolaron rugiendo sobre Tiberíades, y desaparecieron en dirección a Líbano.

—¿Vendrá? ¿Encaja en sus planes?

Algunas hipótesis estructurales posibles:

LA VIDA COMO ESTADO SIN SENTIDO

Breckenridge en Wall Street	Los cuatro exploradores van al azar	La ciudad desierta
-----------------------------	-------------------------------------	--------------------

LA VIDA RECUPERA EL SENTIDO A TRAVÉS DEL ARTE

Breckenridge recoge viejos mitos	Los cuatro exploradores consiguen su presencia y solicitan mitos	La ciudad desierta está habitada. Los habitantes escuchan a Breckenridge.
----------------------------------	--	--

EL IMPACTO DE LA ENTROPÍA

Sus historias están falseadas	Los exploradores discuten sobre teoría	Los moradores de la ciudad hablan una lengua desconocida
-------------------------------	--	--

ASPECTOS DEL CONOCIMIENTO

Él es un doble de sí mismo	Los cuatro exploradores no están seguros del fondo histórico	Casi todos los habitantes de la ciudad duermen
----------------------------	--	--

Cada noche el público era más numeroso. Acudían de todos los ámbitos de la ciudad; llegaban en silencio, al anochecer, atraídos por el lugar donde acampaban los visitantes. Ya eran centenares los que se sentaban más allá del resplandor de la hoguera. Escuchaban atentamente, asentían, parecían comprender, de vez en cuando conversaban entre ellos. Qué extraño, como si entendieran.

—La historia de Sansón y Odiseo —anunció Breckenridge—. Sansón es ciego pero muy fuerte. Su mujer se llama Dalila. El astuto jeque Odiseo acude a verlos desde la tierra de Itaca. Penetra en el laberinto donde viven Sansón y Dalila y se ofrece como esclavo, diciendo que se llama Nadie. Dalila lo seduce para que se la lleve y él la rapta. Sansón se da cuenta del rapto pero en el laberinto no logra encontrarlos y grita lleno de ira y rabia. ¡Nadie ha raptado a mi esposa! ¡Nadie ha raptado a mi esposa! Sus servidores, desconcertados, no hacen nada. Enfurecido, Sansón destroza el laberinto que se desploma sobre él matándolo. Odiseo se lleva a Dalila a Esparta, donde es seducida por Paris, príncipe de Troya. De ese modo, Odiseo pierde a Dalila y, para vengarse, seduce a Helena, reina de Troya, y así comienza la Guerra de los troyanos.

Y luego contó la historia de cómo fue creada la humanidad.

—En el comienzo sólo existía un campo de arena blanca. Cayó un rayo y la arena se condensó transformándose en una nave de vidrio; la lluvia inundó la nave, le insufló vida y de ella nació una loba. El trueno penetró en su vientre, la fertilizó y dio a luz dos gemelos, pero no eran lobos, sino humanos: un niño y una niña. La loba los amamantó hasta que se hicieron mayores, copularon y engendraron hijos. Al sentirse avergonzados de su desnudez, mataron a la vieja loba y se vistieron con su piel.

Y les habló del mito del judío errante que se burló de Dios y fue condenado a vagar eternamente hasta que pudiera convertirse en Dios.

Y les habló de la Edad de Oro, de la Edad del Hierro y de la Edad del Uranio.

Y les habló de cómo se crearon los mares y los vientos; las estaciones; los meses, el día y la noche.

Y les explicó cómo nació el arte.

—De un agujero en el espacio se vierte un arroyo de fuerza vital pura. Muchos hombres y mujeres trataron de asir el arroyo pero la intensidad del mismo los quemó y redujo a cenizas. Pero un hombre ideó un sistema. Se vació hasta que no quedó nada dentro de su cuerpo y se hizo conducir por un perro fiel al lugar donde la corriente de energía descendía del cielo. Entonces, la fuerza vital penetró en él, lo llenó y en lugar de matarlo lo devolvió a la vida. Pero en su interior rebosaba la fuerza, ésta se desbordó y el único medio que se le ocurrió para sobrevivir fue forjar historias, esculturas y canciones, pues de lo contrario la fuerza lo hubiera inundado

ahogándolo. Se llamaba Gilgamés, y fue el primer artista que tuvo la humanidad.

Ahora los habitantes de la ciudad llegaban a miles. Escuchaban y lloraban al oír las palabras de Breckenridge.

HIPÓTESIS DE RESOLUCIÓN ESTRUCTURAL

Halla la plenitud
creadora

Los cuatro exploradores
tienden un puente entre el
espacio y el tiempo para
reanimar a los muertos

Los habitantes de la
ciudad que dormían se
despiertan

Poco a poco comenzó a explicarles un bosquejo del gran mito: la creación. La creación del hombre, el origen de la propiedad privada, el de la muerte, la pérdida de la inocencia, de la fe, el fin del mundo, la venida de un redentor que comenzará un nuevo ciclo. Pronto terminaría la estructura. Cuando eso ocurra, pensó Breckenridge, quizá las lluvias se viertan en el desierto, quizás el mundo renazca.

Breckenridge se durmió y notó una brillante luz interior. La muchacha que conoció llegó hasta él, lo tomó de la mano y lo condujo a la ciudad. Caminaron varias horas hasta llegar a un pozo distinto de todos los demás; rectangular en vez de circular y rodeado, al nivel de la calle, de un brocal bajo de brillante tela metálica.

—Baja dentro de éste —le indicó la joven—. Cuando llegues al fondo continúa hasta llegar a la habitación donde se encuentra el mecanismo que despierta.

Él la miró asombrado al comprobar que había comprendido la frase.

—¿Hablas mi lengua o yo hablo la tuya?

Ella le contestó con una sonrisa y le señaló el pozo.

Cruzó el brocal y comenzó a descender. El pozo era más profundo que el anterior, en el que estuvo primero. El aire, seco y enrarecido. El resplandor de luz dorada iluminaba su camino hasta el fondo y de allí a lo largo de un pasadizo con el techo abovedado. Al cabo de mucho rato llegó a una gran habitación iluminada llena de una reluciente maquinaria. Se parecía mucho a la cámara del computador de cualquier banco. En las paredes estaban los paneles de control rotulados en un idioma desconocido pero, a la vez, señalados claramente con símbolos en cadena

I II III IIII IIIII

Mientras los examinaba oyó que del corredor surgía un ruido como algo que resbala junto con un siseo. Calculó que procedía de los cables de metal al rozar entre sí, pero en aquel momento entró en la cámara de control una especie de monstruo en

forma de escorpión, mucho mayor que un hombre. El tórax, de forma tubular, era negro y de una complexión parecida a la cera; una densa capa de cerdas leonadas, gruesas como cañas, le brotaban del abdomen y sus numerosos ojos brillaban alertas y malévolos. Breckenridge arrancó una barra de acero que vio junto a sus pies y trató de empuñarla como una lanza entretanto el monstruo se le acercaba. Pero de pronto, de la mandíbula surgió un lazo de un género de seda y agarró el extremo de la barra y se la arrancó de las manos. Luego, otro lazo se le enredó en los hombros y brazos. Era inútil luchar. Estaba atrapado. El monstruo lo arrastraba hacia él. Breckenridge vio los colmillos, unos potentes tentáculos, la cola, como una guadaña de la que sobresalían unos agujones que se erguían. Se retorció entre las garras del monstruo pero no sentía temor ni sorpresa; le parecía un trabajo necesario; una vieja norma preestablecida.

Una voz helada y sepulcral exclamó dentro de su cabeza:

—¿Quién eres?

—Noel Breckenridge, de Nueva York, nacido en el año 1940 d. C.

—¿Por qué te has introducido aquí?

—Me lo han pedido. Si quieres saberlo pregúntaselo a otra persona.

—¿Te propones despertar a los que duermen?

—Es posible.

—¿De modo que ha llegado el momento?

—Tal vez. —Durante un rato todo quedó tranquilo y el monstruo no hizo ningún gesto hostil. Breckenridge se impacientó—. Y bien, ¿cuáles son tus condiciones?

—¿Qué condiciones?

—Para que me dejes libre. ¿Debo contarte un montón de historias divertidas? ¿Tengo que servirte para siempre durante seis meses al año? ¿Existe algún objeto precioso que deba traerte del fondo del mar? Quizá deba contestar a un acertijo.

El monstruo no replicó.

—¿Es eso? ¿Un acertijo?

—¿Quieres que sea un acertijo?

—Sí.

Siguió otro silencio interminable. Breckenridge tropezó con la mirada fija y brillante del monstruo. Por último, la voz habló:

—De acuerdo, un acertijo. Contéstame a esto. ¿Qué camina a cuatro pies por la mañana, en dos por la tarde y en tres por la noche?

Breckenridge lo repitió. Meditaba con el entrecejo fruncido. Carraspeó y se echó a reír.

—Un niño se arrastra a gatas. Un hombre camina derecho y un anciano necesita un bastón. Por lo tanto, la respuesta al acertijo es...

Dejó la frase inacabada. De los ojos del monstruo surgió un resplandor; los lazos de seda que sujetaban a Breckenridge se desataron; el monstruo empezó a retroceder despacio y pesaroso y se retiró al corredor de donde había venido. El ruido de los

silbidos, siseos y crujidos persistió durante un rato hasta que se fue apagando.

Breckenridge se volvió y sin vacilar giró el interruptor que señalaba I.

La aurora ya no aparece en el negro cielo. Una ligera lluvia ha caído sin cesar durante algunos días y el desierto verdea. Millones de durmientes se despiertan, se alzan de sus féretros por el funcionamiento de los mecanismos automáticos. Breckenridge se detiene en el centro de la plaza principal de la ciudad, con los brazos extendidos y los moradores, a medida que emergen de los subterráneos donde dormían, se le acercan. Yo soy la resurrección y la vida, piensa. Soy Orfeo, el dulce cantor. Soy Homero, el ciego. Soy Noel Breckenridge. A través de los eones mira a Harry Munsey.

—Estaba equivocado —exclama—. En todo hay un sentido. Lo mismo para Sam Smith que para Beethoven. Para Noel Breckenridge que para Miguel Ángel. Día tras día, simplemente viviendo, formando parte del todo, parte del baile cósmico de la vida... ése es el sentido. ¡Mira! ¡Mira!

El sol está en el cenit y no es un sol cruel, sino moderado; sus rayos, suavizados por una sutil neblina. Es la hora de la fantasía, en la que todos los errores se anulan y todas las cosas se vuelven una. La gente lo rodea. Se le acercan cada vez más y llegan hasta él. Nota un delicioso resplandor de luz blanca. El mundo desaparece.

—Al aeropuerto Kennedy —le dijo al taxista.

El coche arrancó zumbando. Desde el asiento delantero llegaba la voz del locutor de la radio con el cierre de las acciones Dow-Jones Industrials: 984, 72, han bajado 6,11. Llegó al aeropuerto a las cinco y media y a las siete salía en un vuelo de la Pan American hacia Londres. Después, sacó un billete en el mostrador de Air France para el vuelo directo a Marruecos. La semana siguiente envió telegramas a su casa desde Rabat, Marrakech, y Timbuctú, en Mali. El tercer cable decía:

ADIVÍNALO STOP ESTOY EN TIMBUCTÚ STOP ALQUILADO JEEP STOP MAÑANA SALGO PARA EL SAHARA STOP SOY MUY FELIZ STOP MUY FELIZ STOP MUY FELIZ STOP STOP STOP.

Fue el último mensaje que envió. Aquella noche, en Nueva York se presentó un fenómeno celestial realmente espectacular, una aurora que atrajo a miles de personas a Central Park. Cuatro días después, llovió en el sudeste del Sahara, la primera precipitación que se registraba allí en ocho años y siete meses. Todos los medios informativos transmitieron la noticia de que al sur de Sicilia estalló un terremoto aunque sin causar grandes daños. Tras esos sucesos, la vida se deslizó más tranquila para todos.

EL SATÉLITE TRAVIESO

Alfred Bester

Something up there like me

Cuando un maestro de la forma abandona la ciencia ficción es una época de luto para este género; y uno de los momentos más tristes fue hace diez años, cuando Alfred Bester se encargó de la dirección de la revista *Holiday* y decidió dedicar toda su energía creadora a su nuevo trabajo. Durante una década, pues, la ciencia ficción tuvo que seguir su curso lo mejor que pudo sin la contribución del autor de *The Demolished Man*, *The Stars*, *My Destination*, aparte de un gran número de relatos magistrales. Pero en 1972, las oficinas de la revista *Holiday* se trasladaron a Indianápolis y Bester prefirió quedarse en Nueva York y volver a su máquina de escribir. La pérdida que sufrió *Holiday* fue una ganancia para nosotros, y como ejemplo publicamos una nueva y deliciosa novelita de Bester sobre una estación biológica orbital de rasgos peculiares y poderes insospechados.

Fueron esos tres chiflados y, de ellos, dos humanos. Les podía hablar a todos porque conozco idiomas, decimal y binario. La primera vez que me tropecé con aquellos payasos fue cuando quisieron saberlo todo sobre Heróstrato y les ilustré. La vez siguiente ya se trataba de *Conus gloria maris* y se lo expliqué. La tercera, me preguntaron dónde podían esconderse y se lo dije. Desde entonces estamos en contacto.

Él era Jake Madigan (James Jacob Madigan, doctor en filosofía de la Universidad de Virginia), jefe de la sección de Exobiología del Centro de Vuelos Espaciales Goddard, con los que confían estudiar las formas de vida extraterrestre, si es que atrapan alguna. Para darles una idea de su sensatez, una vez programó el computador IBM 704 con un mazo de naipes e imprimió limones, naranjas, ciruelas y así sucesivamente; luego, lo hizo jugar contra la máquina tragaperras y perdió la camisa. El muchacho estaba verdaderamente majareta.

Ella era Florinda Pot (se pronuncia «Poe» porque es un apellido flamenco.) Era una preciosa rubia pero toda cubierta de pecas, desde por debajo del dobladillo del vestido hasta encima del escote. Era M.E. de la Universidad de Sheffield y tenía una voz de ametralladora inglesa. Había estado en la División de Cohetes de Sondeo, hasta que hizo estallar un Aerobee con una manta eléctrica. Parece que ese sólido combustible no produce la máxima aceleración si está muy frío, de modo que esta pequeña suplente de madre calentaba sus cohetes en White Sands con mantas eléctricas antes de producirse el encendido. Una manta se prendió fuego y «pum»

Su hijo era s-333. En la NASA designan con una «S» a los satélites científicos y con una «A» a los de aplicación. Tras el lanzamiento les adjudican siglas públicas como IMP, SYNCOM, OSO, etc., s-333 iba a ser un OBO, las siglas de Observatorio Biológico Orbital, y jamás llegaré a comprender cómo esos dos payasos consiguieron lanzar al espacio el tercero. Sospecho que el director les encargó la misión porque nadie con sentido común se atrevió a tocarlo.

Como proyectista científico, Madigan estaba a cargo de los envases de los

experimentos que debían lanzar, y muchos vuelos ya se habían espaciado. Lo llamaba su ELECTROLUX, como la máquina aspiradora; un chiste de humor científico. Consistía en una válvula aspiradora que succionaba las partículas de polvo y las depositaba en un frasco que contenía un medio de cultivo. Una luz irradiaba por la botella y producía un efecto fotoeléctrico. Si una partícula de polvo poseía formas de esporas y si prendía en el medio de cultivo su desarrollo empañaba la botella y la disminución de luz se registraba en la célula fotoeléctrica. Lo llamaban Detector por Extinción.

Cal Tech debía experimentar si las moléculas RNA podían enviar un mensaje del organismo ambiental. Empleaban células nerviosas de los moluscos del Mar de la Liebre. Harvard planeaba un envío para investigar los ritmos fisiológicos. Pensilvania quería examinar el efecto del campo magnético de la tierra en las bacterias del hierro y tuvieron que lanzar un cable Perin para evitar el roce magnético con el sistema electrónico del satélite. El estado de Ohio mandaba líquenes para analizar los efectos del espacio y su relación simbiótica con los mohos y algas. Michigan mandaba por avión un terrario que contenía una (1) zanahoria y el cual necesitaba cuarenta y siete (47) mandos separados para su funcionamiento. En definitiva, s-333 era exactamente Rube Goldberg.

Florinda era la directora del Proyecto, supervisaba la construcción del satélite y los envíos; el director del proyecto, Florinda, era algo así como el capataz de la misión. Aunque bonita y deliciosamente chiflada se aferraba a su trabajo y cuando se irritaba mostraba la disposición de una tarántula de cara pecosa; por lo cual no era amada.

Estaba decidida a liquidar a todos los inútiles de White Sands y su exigencia de perfección retrasó el programa dieciocho meses y aumentó el coste en tres cuartos de millón. Se enfadaba con todos y hasta tuvo la osadía de pelearse con Harvard. Cuando los de Harvard se molestan no se quejan a la NASA sino que van directamente a la casa blanca. Por tal motivo, Florinda tuvo que soportar un rapapolvo de un comité del Congreso. Primero querían saber porqué s-333 costaba más de lo previsto.

—s-333 es aún la misión más barata de la NASA —les espetó—. Vendrá a costar diez millones de dólares incluyendo el lanzamiento. ¡Dios mío! Pero si prácticamente es un regalo.

Luego le preguntaron por qué en su construcción se empleó mucho más tiempo del estipulado.

—Porque nadie ha construido antes un Observatorio Biológico Orbital.

Como aquello no admitía réplica, la dejaron estar. En realidad, no fue más que una crisis de rutina, pero OBO era el primer satélite de Florinda y de Jake y de eso no se daban cuenta. Aplacaron sus tensiones echándose la culpa los unos a los otros sin percatarse de que el único responsable era su hijo.

El 1º de diciembre, Florinda entregó puntualmente al Cabo el s-333, lo que les

daba tiempo suficiente para lanzarlo antes de Navidad. (En vacaciones, el equipo del Cabo no se esfuerza demasiado.) Pero el satélite comenzó a manifestar sus caprichos, y en las pruebas finales todos andaban trastornados. Se tuvo que aplazar el lanzamiento y tardaron un mes en llevarse el s-333 para desmontarlo todo sobre el suelo del hangar.

Existían dos problemas críticos. El estado de Ohio usaba un tipo de Invar para la estructura de sus envases que era una aleación de níquel y acero. De pronto, la aleación comenzó a fundirse, lo que indicaba que jamás conseguirían calibrar el experimento. No había forma de que volara, así que Florinda ordenó que lo restregasen bien, y a Madigan le concedió un mes para presentarse con un repuesto, lo cual era ridículo. Sin embargo, Madigan realizó el milagro. Tomó el envase bloqueado y lo convirtió en levadura. Esta produce enzimas adecuadas que responden a los cambios ambientales, lo cual dio por resultado una investigación de lo que las enzimas producirían en el espacio.

Otro problema más grave fue la radio transmisora del satélite; emitía gorjeos y alaridos cuando la antena se replegaba en posición de lanzamiento. El peligro estribaba en que los gritos podía recogerlos la radio receptora del satélite y los latidos motivar una orden de destrucción. La NASA sospecha que eso fue lo que sucedió con el NYNCOM 1, que desapareció poco después del lanzamiento y jamás se ha vuelto a saber de él. Florinda decidió lanzar su satélite con el transmisor cerrado y, luego, activarlo en el espacio.

Madigan rechazó la idea.

—¿Cómo si lanzáramos un pájaro mudo? —protestó—. No sabríamos dónde localizarlo.

—Confiemos en que la estación de rastreo de Johannesburgo nos dé la señal cuando ase —contestó Florinda—. Tenemos con Joburg excelentes comunicaciones cablegráficas.

—Supón que no consiguen detenerlo; ¿qué pasa?

—¡Pues si ellos no pueden localizar a OBO, lo harán los rusos!

—¡Muy chistosa! ¿No se te ocurre otra idea mejor?

—¿Qué quieres que haga, anular la misión? Eso, o lanzarlo con el transmisor cerrado —y miró a Madigan con ojos llameantes—. Es mi primer satélite y ¿sabes lo que me enseñó? Que en toda labor espacial sólo hay un componente que siempre te da disgustos: ¡los científicos!

—¡Mujeres! —rugió Madigan y se enzarzaron en una feroz discusión sobre la mística femenina.

El 14 de enero finalizaron las últimas pruebas del s-333, así como el papeleo y las discusiones sobre el lanzamiento. Sin mantas eléctricas. La nave sería puesta en órbita a mil millas del lugar del lanzamiento, exactamente al mediodía, de modo que el encendido estaba programado para las 11:50 de la mañana del 15 de enero. Observaron el lanzamiento desde la pantalla del televisor de la torre de control y fue

angustioso. Los perímetros de los tubos de la TV son curvos, así, cuando el satélite despegó y se acercaba al borde de la pantalla, se produjo una deformación óptica y parecía que el cohete iba a volcar y romperse por la mitad.

Madigan jadeaba y empezó a sudar. Florinda exclamó:

—No te preocupes, todo va muy bien. Mira la posición del gráfico.

Todo era nominal en los gráficos iluminados. En aquel momento una voz, de la agencia de noticias habló con el tono impersonal de un croupier:

—Hemos perdido la comunicación cablegráfica con Johannesburgo.

Madigan se echó a temblar y decidió matar a Florinda Pot (en su mente pronunció «Pot» —cacharro—) a la primera ocasión. Los otros técnicos y el personal de la NASA palidecieron. Si no consigues localizaran el acto un proyectil jamás lo vuelves a encontrar, Nadie hablaba. Aguardaban en silencio y se odiaban mutuamente. La una y media era la hora en que el satélite debía pasar por primera vez sobre la estación de rastreo de Fort Myers, si es que todavía existía, sí es que se hallaba en algún lugar de su órbita nominal. Fort Myers tenía línea y todos se agolparon en torno a Florinda procurando acercar el oído al auricular.

—Si, entró bailando en el bar completamente borracha escoltada por un par de policías del ejército —habló una vocecita indiferente—. Me dijo «¿Quieres dar un paseíto, Henry?» —siguió una larga pausa y luego la misma voz indiferente dijo—: ¿Eh, Kennedy? Hemos cazado el pájaro. Ahora mismo pasa sobre la verja. Tendrá su localización.

—¡Orden 0310! —gritó Florinda—. ¡0310!

—Es la orden 0310 —contestó Fort Myers.

Era la orden para hacer funcionar el transmisor del satélite y levantar su antena en posición de emisora. Un momento después, los discos y el osciloscopio del tablero del receptor de la radio comenzaron a moverse y el altavoz emitió un gorjeo rítmico, sincopado, más parecido al débil crujir de un cacahuete tostado al romperlo. Era OBO que transmitía sus informes domésticos.

—¡Hemos cazado un pájaro vivo! —chillaba Madigan—, ¡Tenemos una muñeca viva!

No puedo describir sus sensaciones cuando oyó que el pájaro piaba sobre la estación de gas. Hay tal emoción cuando se lanza el primer satélite que ya nunca más eres el mismo. El primer satélite de un hombre es como su primera aventura amorosa. Tal vez por eso Madigan abrazó a Florinda frente a la torre de control y exclamó:

—¡Dios mío, te amo, Florie Pot!

Tal vez por eso ella contestó:

—Yo también te amo, Jake. —Quizá, porque sólo amaban a su primer hijo.

Por la órbita 3 descubrieron que su hijo era un descarado.

En un jet de las Fuerzas Aéreas regresaron a Washington. Habían conseguido algo digno de celebrarse. Era la una y media de la mañana y hablaban felices; esa conversación, corriente entre los que se acaban de conocer y simpatizado, donde

habían nacido en qué colegio se educaron, de su trabajo, lo que les gustó de cada uno la primera vez que se vieron. Sonó el teléfono. Madigan lo descolgó automáticamente y preguntó. Una voz de hombre dijo:

—Oh, disculpe, creo que me equivoqué de número.

Madigan colgó, encendió la luz y miró a Florinda consternado.

—Fue la cosa más estúpida que jamás hice en mi vida. Contestar por tu teléfono.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Era Joe Leary, de Sondeo e Informes. Reconocí su voz.

—Y él, ¿te reconoció? —y soltó una risita maliciosa.

—No lo sé —volvió a sonar el teléfono—. Debe de ser otra vez Joe. Procura hablar como si estuvieras sola.

Florinda le hizo un guiño y descolgó el teléfono.

—¿Diga? Sí, Joe. No, todo perfecto, no estaba durmiendo. ¿Qué supones? —escuchó un momento y de pronto se sentó en la cama y exclamó—: ¿Cómo? —Leary parpaba como un pato asustado pero ella lo interrumpió—. No te preocupes, lo recogeré. En seguida vamos —y colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Madigan.

—Corre y vístete. OBO está en apuros.

—¡Jesús! ¿Qué hacemos ahora?

—Está girando como un derviche. Tenemos que ir en seguida a Goddard.

Leary tenía impresos todos los canales de salida de las primeras ocho órbitas. Diez minutos de papel desenrollado en el suelo de su despacho, parecía una toalla de papel llena de columnas verticales de números. Leary se arrastraba alrededor apoyado en las manos y las puntas de los pies, rastreando los números. Señaló la columna con los datos de posición.

—Ahí está el molinete. Una revolución cada doce segundos.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué? —objetó Florinda exasperada.

—Puedo mostrártelo aquí —señaló Leary.

—No nos lo enseñes, sólo cuéntanoslo —suplicó Madigan.

—El mástil del cable de ignición no obedeció la orden —explicó Leary—; todavía cuelga en posición de lanzamiento. Hay que obturar el conmutador.

Florinda y Madigan se miraron con rabia; se lo imaginaban. OBO estaba programado para ser estabilizado en tierra. Se suponía que un ojo sensitivo que se adhería a la tierra mantenía al satélite de cara a él por la fuerza centrífuga. El cable Penn colgaba a lo largo del sensor terrestre y el ojo idiota había bloqueado el tubo y lo seguía y a consecuencia de ello el satélite se perseguía a sí mismo en círculos como sus chorros de gas laterales. ¡Demencial!

Permítanme que les explique el problema. A menos que OBO estuviera estabilizado en tierra, sus datos no tenían sentido. Todavía peor era la cuestión de la fuerza eléctrica que procedía de baterías cargadas por pantallas solares. Con el satélite girando, las baterías no podían permanecer siempre de cara al sol, por lo que

estaban condenadas a agotarse.

Era evidente que su única esperanza consistía en alcanzar el cable de ignición.

—Probablemente, todo lo que necesita es un buen puntapié —expuso Madigan furioso—, pero ¿cómo vamos a subir para dárselo? —Estaba fuera de sí. No sólo porque se perdían diez millones de dólares sino porque también peligraba su carrera.

Dejaron a Leary arrastrándose por el suelo de su oficina.

Florinda estaba muy callada hasta que por último propuso:

—Vete a casa, Jake.

—¿Y tú?

—Yo me voy a la oficina.

—Te acompaño.

—No. Voy a mirar la reproducción del circuito. Buenas noches. —Ya se iba sin ofrecerle la mejilla para recibir un beso cuando Madigan exclamó:

—OBO ya se interpone entre nosotros. Hay mucho de qué hablar respecto a la paternidad planeada.

Vio a Florinda la semana siguiente pero no como él hubiera deseado. Estaban los técnicos a los que se debía informar del fracaso. El director los llamó a su despacho para que le detallaran lo sucedido, pero aunque se mostró benévolo y comprensivo tuvo mucho cuidado en no mencionar que se celebrase un congreso y mucho menos que se hiciesen revelaciones a la prensa.

Florinda llamó a Madigan una semana después y le dijo con voz jubilosa:

—Jake, eres mi genio benéfico. Espero que hayas resuelto el problema de OBO.

—¿Quién y qué lo resuelve?

—¿No recuerdas lo que dijiste acerca de darle un puntapié al niño?

—¡Ojalá pudiera!

—Creo que sé cómo lo conseguirás. Nos veremos en la cafetería del Edificio 8 para almorzar.

Entró con un montón de papeles que desplegó sobre una mesa.

—Primero Operación Puntapié-Rápido. Luego, comeremos.

—Estos días no tengo mucho apetito —se lamentó Madigan con voz lúgubre.

—Quizá lo recuperes cuando haya terminado. Ahora mira: tenemos que levantar el cable de ignición. Quizás un buen puntapié lo desatasque; ¿te parece una buena suposición?

Madigan gruñó.

—Conseguimos veintiocho voltios de las baterías y no es suficiente para sacudir el cable, ¿qué te parece?

Madigan asintió.

—Pero supón que doblamos la fuerza.

—Estupendo, pero ¿cómo?

—El componente solar da una vuelta cada doce segundos. Cuando da al sol los paneles reparten cincuenta voltios que recargan las baterías; cuando se aparta, nada,

¿exacto?

—Elemental, Miss Pot. Pero el tío sólo mira el sol un segundo de cada doce y eso no basta para cargar las baterías.

—Pero sí lo suficiente para darle a OBO un rápido puntapié. Imagina que en ese mismo momento pasamos ante las baterías y alimentamos directamente al satélite con cincuenta voltios. ¿No sería una sacudida suficiente para levantar el cable?

Madigan la miró atónito.

Florinda sonrió.

—Claro que es una empresa arriesgada.

—¿Puedes pasar ante las baterías?

—Sí. Aquí está el circuito.

—¿Y elegir el segundo?

—La sección de sondeo me ha proporcionado muchísima información sobre la rotación de OBO en una décima de segundo. Aquí está. Podemos tomar cualquier voltaje, del uno al cincuenta.

—Estoy de acuerdo en que es una empresa arriesgada —contestó despacio Madigan—. Pero existe la posibilidad de quemar cualquier parte.

—Exacto. ¿Qué contestas a eso?

—Que de pronto me siento hambriento —sonrió Madigan.

Hicieron la primera prueba en la órbita 272 con una carga de veinte voltios. Nada. En pases sucesivos elevaron el voltaje, a cinco más. Nada. Medio día después, pusieron cincuenta voltios en la parte posterior del satélite y cruzaron los dedos. Las agujas de los discos oscilaron en el panel de la radio, vacilaron y se retrasaron. La segunda curva del osciloscopio se aplanó. Florinda dejó escapar un pequeño grito y Madigan vociferó:

—El cable está arriba, Florie. ¡Ese condenado cable ya se levantó! Estamos en activo.

Pasaron por Goddard gritando, contándoles a todos la operación Puntapié-Rápido. Entraron como un ciclón en el despacho del director durante una reunión, para ofrecerle la buena nueva. Telegrafieron a los investigadores para que activaran los envíos. Finalmente acudieron a celebrarlo al piso de Florinda. OBO funcionaba de nuevo. OBO era digno de confianza.

Una semana después tuvieron una reunión técnica para discutir las condiciones del observatorio, la reducción de datos, las irregularidades de los experimentos, las futuras operaciones, etc. Se celebró una conferencia en el Edificio 1, dedicado a la física teórica. En Goddard, casi todos lo llaman *Moon Hall* (Sala de la luna). Está habitado por matemáticos, jóvenes melencolios de suéters raídos que se sientan entre montones de papeles y periódicos, textos, y contemplan con ojos inexpresivos las ecuaciones arcanas dibujadas con yeso en las pizarras. Todos los investigadores estaban encantados con la actuación de OBO. Se ofrecían datos a raudales, en voz alta y clara, sin que se oyeran apenas ruidos. Reinaba tal ambiente de triunfo que

nadie, excepto Florinda, prestaba atención a la siguiente señal de los embustes de OBO. Harvard informó que sus datos eran sólo palabras sin sentido; palabras que no estaban programadas en el experimento (aunque los datos se recogen en números decimales, cada número es una palabra.) Por ejemplo: sobre órbita 301 tengo cinco datos de 15 —expuso Harvard.

—Puede que hubiera un cruce —objetó Madigan—. ¿Emplea 15 en su experimento? —Todos negaron con cabeza—. Es curioso, yo también tengo dos 15.

—Yo, unos cuantos doses en el 301 —manifestó Penn.

—Yo los supero a todos —informó Cal Tech—. Tengo cinco informes de 15-2-15 en el 302. Parece la combinación del cierre de una bicicleta.

—¿Alguno usa en su experimento un cierre de bicicleta? —interpeló Madigan. Ante esas palabras todos se dispersaron y la reunión se aplazó.

Pero Florinda, todavía fascinada por su trabajo, estaba preocupada por las extrañas palabras que seguían deslizándose por el computador y Madigan no logró calmarla. Lo que más preocupaba a Florinda era ese 15-2-15 que se insinuaba más y más en los impresos de cada canal. En realidad en la transmisión binaria del satélite era 001111-000010-001111 pero el computador las traduce automáticamente a decimales. Tenía razón en una cosa: las pulsaciones perdidas y accidentales no repetían el mismo trabajo una y otra vez. Ella y Madigan pasaron todo un sábado tratando de descubrir alguna combinación de señales que produjera 15-2-15. Nada.

Por la noche, lo dejaron y acudieron a un *bistro* en Georgetown, para comer, beber, bailar y olvidarse de todo salvo de ellos. El lugar era una verdadera trampa turística con la camarera disfrazada de bailarina hula-hula. Había una tienda de *souvenirs Hula* donde vendían muñecas, tigres de trapo para el cristal posterior del coche. Ellos gritaban: «¡No por el amor de Dios!» Un fotógrafo hula se acercó a su mesa con la cámara fotográfica pero ellos seguían gritando: «¡Por el amor de Goddard, no!» Una gitana hula se ofrecía para leer la buenaventura en la palma de la mano, además de numerología y grafología. Se la quitaron de encima, pero Madigan observó una expresión peculiar en el semblante de Florinda.

—¿Quieres que te lean la buenaventura?

—No.

—¿Por qué, pues, pones esa cara tan rara?

—Se me ha ocurrido una idea muy curiosa.

—¿Ah sí?, cuéntamela.

—No. Te reirías de mí.

—No me atrevería. Me romperías la cara.

—Sí, lo sé; crees que las mujeres no tenemos sentido del humor.

Y aquello terminó en una feroz discusión sobre la mística femenina y se divertieron muchísimo. Pero el lunes, Florinda volvió al despacho de Madigan con un montón de papeles y la misma expresión peculiar. Él contemplaba las ecuaciones de la pizarra con mirada distraída.

—¡Eh, despierta!

—¡Ya voy, ya voy!

—¿Me quieres?

—No necesariamente.

—¿De veras? ¿Incluso si descubres que me he vuelto loca?

—¿A qué viene todo eso?

—Creo que nuestro hijo se ha convertido en un monstruo.

—Empieza por el principio.

—Empezó el sábado por la noche con la gitana hula y la numerología.

—¡Ah... ya!

—De pronto, pensé: Y si los números representan las letras del alfabeto, ¿qué querría decir 15-2-15?

—¡Ah, vamos!

—No te escabullas y usa tu imaginación.

—Bien, el 2 sería la B —y Madigan contó con los dedos—; 15 indicaría la O.

—¿De modo que 15-2-15 es...?

—O.B.O. OBO —se echó a reír pero se paró de repente—. No es posible —exclamó finalmente.

—Claro. Es una coincidencia. Sólo que vosotros, condenados científicos, no me habéis proporcionado un informe completo de las extrañas palabras de vuestros datos. Tuve que averiguarlo yo sola. Ahí tienes a Cal Tech. Informó 15-2-15, de acuerdo, pero no se molestó en añadir que antes venía 22-18-27.

Madigan contó con los dedos.

—S.O.Y. No han quien lo entienda.

—¿Y yo soy? ¿Soy OBO?

—No puede ser. Déjame ver esos impresos.

Ahora que ambos sabían lo que habían de buscar, no fue difícil descifrar por fin las palabras que OBO desparramaba entre los datos. Comenzaron con la 00101 en la primera serie después de la Operación Puntapié-Rápido; siguieron con OBO, OBO. OBO Y luego SOY OBO, SOY OBO, SOY OBO.

Madigan contemplaba a Florinda.

—¿Crees que ese maldito artefacto vive?

—¿Tú que crees?

—No lo sé. Allá arriba hay media tonelada de cerebros electrónicos, más material orgánico: levadura, bacterias, enzimas, células nerviosas, esa maldita zanahoria de Michigan...

Florinda dejó escapar una carcajada.

—¡Cielos! ¡Una zanahoria que piensa!

—Además de las esporas que mi experimento arrastra por el espacio. Con cincuenta voltios hemos dado una sacudida a todo ese batiburrillo. ¿Quién puede contar lo que pasó? Urey y Miller crearon aminoácidos con descargas eléctricas y ése

es el fundamento de la vida. ¿Algo más del niño bueno?

—Muchas cosas y de un modo que no gusta a los investigadores.

—¿Por qué?

—Fíjate en esas traducciones. Las he ido separando y luego las he unido.

333: CUALQUIER EXAMEN DE DESARROLLO EN EL ESPACIO ES INSENSATO A NO SER QUE TENGA CORRELACIÓN CON EL EFECTO CORRELATIVO.

—Es un comentario de OBO sobre el experimento de Michigan —manifestó Florinda.

—¿Te refieres a que es un fisgón?

—Llámalo así, si quieres.

—Tiene toda la razón. Lo expuse en Michigan y no quisieron escucharme.

334: NO ES POSIBLE QUE LAS MOLÉCULAS RNA PUEDAN ENVIAR LA EXPERIENCIA AMBIENTAL DE UN ORGANISMO ANÁLOGO AL SISTEMA CON QUE DNA COMUNICA LA SUMA TOTAL DE SU HISTORIA GENÉTICA.

—Eso es de Cal Tech —exclamó Madigan—, y otra vez está en lo cierto. Tratan de revisar la teoría mendeliana, ¿algo más?

335: CUALQUIER INVESTIGACIÓN DE VIDA EXTRATERRESTRE CARECE DE LÓGICA A MENOS QUE ANTES SE ANALICE EL AZÚCAR Y AMINOÁCIDOS PARA DETERMINAR SI ES DE UN ORIGEN DIFERENTE AL DE LA VIDA EN LA TIERRA.

—¡Oye, esto es ridículo! Yo no busco una forma de vida de origen diverso, sólo busco una forma de vida. Nosotros... —se detuvo cuando vio el semblante de Florinda—. ¿Alguna maravilla más?

—Sólo unos cuantos fragmentos como el «flujo solar», las «estrellas de neutrones» y algunas palabras sobre la ley de Quiebra.

—¿Cómo?

—Ya me oíste. Capítulo once de la Sección de Transacciones.

—Estoy perdido.

—De acuerdo.

—¿Qué se propone?

—Tal vez sentirse importante.

—Opino que no debemos hablar a nadie de eso.

—Por supuesto, pero ¿qué vamos a hacer?

—Observar y esperar, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Ya comprenderán por qué era tan sencillo para esos dos seudopadres aceptar la idea de que su pseudohijo había adquirido una especie de pseudovida. Madison había expresado su actitud en el curso de «La Vida contra la Máquina», una conferencia que pronunció en M.I.T., el Instituto de Tecnología de Massachussets. «No pretendo que los computadores sean seres vivos, simplemente porque ninguno puede presentar una definición concreta de la vida. Anótenlo así: Admito que un computador nunca

será un Picasso, pero por otra parte la mayoría de las personas viven la clase de vida lineal que se puede programar en un computador».

De ese modo, Madigan Y Florinda cuidaban de OBO con una mezcla de aceptación, maravilla y deleite. Era un fenómeno inaudito, pero, como indicaba Madigan, lo inaudito es la esencia del descubrimiento. Cada noventa minutos, OBO había almacenado en su magnetófono y ellos se peleaban por recoger sus palabras.

371: CIERTOS EXTRACTOS PITUITARIOS PUEDEN VOLVER BLANCOS ANIMALES NEGROS COMO EL CARBÓN.

—¿A qué se refiere?

—A ninguno de nuestros experimentos.

373: EL HIELO NO FLOTA EN ALCOHOL PERO LA ESPUMA FLOTA EN EL MAR.

—Se refiere a la magnesita. Lo siguiente que dirá es que fuma en pipa de espuma.

374: EN CASO DE MUERTE VIOLENTA O REPENTINA LOS OJOS DE LA VICTIMA QUEDAN ABIERTOS.

—¡Uf!

375: EN EL AÑO 356 a. C. HEROSTRATO PRENDIÓ FUEGO AL TEMPLO DE DIANA, UNA DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO POR ESO SU NOMBRE ES INMORTAL.

—¿Es eso cierto?

—Voy a consultarlo.

Lo preguntó y se lo dijo.

—No sólo es cierto —informó Florinda a Madigan—, sino que se han olvidado del nombre del arquitecto.

—¿De dónde saca el chico toda esa verborrea?

—Hay unos doscientos satélites por ahí arriba y quizá los escucha.

—¿Te refieres a que charlan entre ellos? ¡Es absurdo!

—Seguro.

—De todos modos, ¿quién le informó sobre ese personaje?

—Usa tu imaginación, Jake. Hace años que enviamos mensajes ¿quién sabe qué clase de informes han llegado hasta ellos? ¿Quién es capaz de decir cuántos han retenido?

Madigan hizo un gesto de hastío.

—Preferiría creer que todo esto es una maquinación rusa.

376: LA FIEBRE DEL LORO ES MÁS PELIGROSA QUE EL TIFUS.

377: UNA CORRIENTE DE 54 VOLTIOS PUEDE MATAR A UN HOMBRE.

378: JOHN SADLER ROBO EL CONUS GLORIA MANIS.

—Parece que se está pervirtiendo.

—Apuesto a que mira la televisión —dijo Florinda—. ¿Qué es todo eso de John Sadler?

—Lo consultaré.

La información que entregué a Madigan los asustó.

—Lee esto —le comunicó a Florinda—. *Conus gloria maris* es el molusco más raro del mundo. Los coleccionados no llegan a veinte.

—¿De veras?

—El Museo Americano tenía uno en los años treinta y lo robaron.

—¿John Sadler?

—Ésa es la cuestión, que jamás descubrieron quién lo robó, ni sabían que existía John Sadler.

—Pues si nadie sabe quién lo robó, ¿cómo lo ha descubierto OBO? —inquirió Florinda perpleja.

—Eso es lo que me asusta, que ya no repite sino que empieza a sacar deducciones, como Sherlock Holmes.

—Yo diría que como el profesor Moriarty. Fíjate en el último boletín.

379: EN FALSIFICACIONES DE BILLETES Y MONEDAS HAY QUE EVITAR LAS CHAPUZAS. POR EJEMPLO, ENTRE 1910 Y 1920 NO SE ACUÑARON DÓLARES DE PLATA.

—Esto lo he visto en la tele —estalló Madigan—. El truco del dólar de plata es de una serie de misterio.

—También OBO ha visto películas del Oeste. Mira esto.

380: SE HAN PERDIDO DIEZ MIL RESES. DEJÉ MI RANCHO Y ME FUI. PISTOLEROS, ESTOY AQUÍ PARA DECIROS QUE HOY ME HAN DEJADO SIN BLANCA. ESTOY ARRUINADO. NO OS DETENGÁIS EN LAS SALAS DE JUEGO. DIEZ MIL RESES PERDIDAS.

—¡No! —Profirió Madigan con pavor. ¡Eso no es una película del Oeste, es SYNCOM!

—¿Quién?

—SYNCOM I.

—Pero desapareció y nunca más se supo.

—Ahora lo escuchamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Enviaron con SYNCOM una cinta magnetofónica de prueba: un discurso del presidente, folklore de los estados y el himno nacional. Iban a empezar con una emisión de la cinta. «Diez mil reses» formaba parte del folklore.

—¿Quieres decir que OBO está en contacto con los otros?

—Incluso con los que se han extraviado.

—En tal caso, eso lo explica todo.

Florinda puso un pedazo de papel sobre el escritorio en el que estaba escrito: 401: 3KBATOP.

—Ni siquiera sé cómo se pronuncia.

—No es inglés. Es lo más exacto que OBO ha conseguido extraer del alfabeto cirílico.

—¿Cirílico? ¿Ruso?

Florinda asintió:

—Se pronuncia «Ervator». ¿No lanzaron los rusos, hace unos años, una serie ECUADOR?

—¡Cielos! Tienes razón. Cuatro: *Alyosha, Natasha, Vaska y Lavrushka*, y todos fallaron.

—¿Cómo SYNCOM?

—Como SYNCOM.

—Pero ahora sabemos que SYNCOM no ha fracasado, únicamente se extravió.

—En tal caso, nuestros camaradas ERVATOR también se perdieron.

De momento fue imposible ocultar que algo raro pasaba con el satélite. OBO perdía mucho tiempo charlando en vez de transmitir datos que los experimentadores reclamaban. La Sección de Comunicaciones descubrió que en lugar de persistir en la banda de radio que en su origen se le asignó, OBO emitía con su cháchara el espectro y las interferencias del espacio de parte a parte. Se armó la gorda. El director llamó a Jake y a Florinda para revisar el asunto y se vieron obligados a contarle todos los problemas de su hijo.

Refirieron con asombro y orgullo todo ese galimatías de OBO y el director no les creyó. No podía creerles cuando le mostraron los impresos y se los tradujeron. Les dijo que los consideraba unos idiotas que trataban de extraer mensajes de Francis Bacon de obras de Shakespeare. Para convencerle apelaron al misterio del cable coaxial.

Sucedió con un spot publicitario de televisión sobre una mecanógrafa que no conseguía una cita galante. Esa seductora modelo, que ganaba cien dólares la hora por posar, se sentía profundamente deprimida ante su máquina de escribir mientras los hombres pasaban uno tras otro sin mirarla. Luego, se encuentra con su mejor amiga junto al recipiente del agua fría y la marisabidilla le informa que lo que ella tiene es dermagérmes (hedor producido por bacterias de la piel), por lo que despiden tan mal olor que nadie la soporta y le sugiere que use un desodorante especial provisto de ciertos ingredientes que eliminan los gérmenes de doce maneras. Sólo que en la emisión, en lugar de lanzar el producto exclamó: «¿Qué diablos pretenden? Los hombres deberían hacer cola para salir con una preciosidad como tú, aunque huelas como una cloaca». Diez millones de personas lo vieron.

De ese spot comercial se hizo un telefilm que fue aprobado como una marca registrada, de modo que la red de emisoras se imaginaron que algún guasón mangoneaba los cables alimentando las emisiones de las estaciones locales. Establecieron un riguroso sistema de inspección que se aceleró cuando el resto de las emisoras de todo el país comenzaron a obrar de un modo arbitrario. Voces fantasmales rugían, silbaban, abucheaban los programas; los spots publicitarios fueron denunciados por embusteros; se interrumpían los discursos políticos y unas carcajadas demenciales saludaban al «hombre del tiempo». Luego, para colmo, se

emitía un pronóstico exacto. Eso fue lo que convenció a Florinda y a Jake de que OBO era el culpable.

—Tiene que ser él, no me cabe la menor duda —exclamó Florinda—. Esa meteorología global que se ha pronosticado sólo puede comunicarla un satélite.

—Pero OBO no lleva instrumental para medir el tiempo.

—Claro que no, tonto, pero seguramente está en contacto con la nave NIMBUS.

—De acuerdo, lo acepto, pero ¿y esas interrupciones en las emisiones de televisión?

—¿Por qué no? Las aborrece, y ¿acaso tú no? ¿No te enfureces ante el aparato?

—No me refiero a eso. ¿Cómo lo consigue OBO?

—Por cruces de conversaciones electrónicas. No hay manera de que la red de emisoras proteja sus cables de nuestro crítico volante. Lo mejor que podemos hacer es contárselo al director. Eso lo colocará en una situación horrible.

Pero al entrar en el despacho comprendieron que el director se encontraba en una situación muchísimo peor que la de ser únicamente el responsable de la pérdida de un millón de dólares en televisión. Lo encontraron de espaldas a la pared acosado por tres horribles hombres con trajes de chaquetas cruzadas. Cuando se disponían a retirarse de puntillas, el director los llamó:

—El general Sykes, el general Royce, el general Hogan de republicanos y demócratas del Pentágono. Les presento a Miss Pot y al doctor Madigan. Caballeros, ellos responderán a sus preguntas.

—¿Se refiere a OBO? —preguntó Florinda.

El director hizo un gesto de asentimiento.

—Es OBO el que echa a perder las predicciones meteorológicas. Suponemos que probablemente...

—Al diablo el tiempo —estalló el general Royce—. ¿Qué es esto? —y levantó una larga cinta impresa.

El general Sykes le agarró la muñeca.

—Aguarda un momento. ¿Seguridad de Estado? Es secreto.

—Demasiado tarde —gruñó el general Hogan alzando la voz en toda su potencia—. Muéstraselos.

En la cinta, impreso en teletipo aparecía: $A_1 C_1 = r_1 = 6317 \text{ cm}$; $A_2 C_2 = r_2 = 84.440 \text{ cm}$; $A_1 A_2 = d = +0676 \text{ c}$.

Jake y Florinda la contemplaron un largo rato; después entre ellos sin comprender y luego se volvieron tres generales.

—Bien ¿qué es? —preguntaron ambos.

—Su satélite...

—¿Qué pasa con OBO?

—El director dice que ustedes afirman que está en contacto con otros satélites.

—Eso creemos.

—¿Incluso los rusos?

—Nos parece que sí.

—¿Y sostienen que es capaz de interferir las emisoras de televisión?

—Suponemos que sí.

—¿Qué me dicen del teletipo?

—¿Por qué no, que es todo esto?

—Esto —chilló el General Royce— es uno de los secretos que guarda con más celo el Departamento de Defensa. Es la fórmula para el sistema óptico infrarrojo de nuestro proyectil Tierra-Aire.

—¿Y usted supone que OBO lo transmitió por teletipo?

—¡En nombre de Dios!, ¿quién pudo ser, si no? ¿Cómo se explica lo consiguiera? —profirió el general Hogan.

—No lo entiendo —dijo Jake lentamente—. Ninguno de nuestros satélites poseía dicho informe. Me consta que OBO no.

—¡Estúpido! —bramó el general Sykes—. Queremos saber si su abominable satélite lo obtuvo de esos condenados rusos.

—Un momento, caballeros —intervino el director y se dirigió a Florinda y a Jake—. Consideremos la situación. ¿Obtuvo OBO ese informe de nosotros? En tal caso se ha divulgado un informe secreto y hay un espía. ¿Lo consiguió de un satélite ruso? En ese caso el top secret ya no es un secreto.

—¿Qué humano sería tan estúpido como para divulgar información secreta por teletipo? —les interpeló el general Hogan—. Un niño de tres años lo haría mejor. Es su maldito satélite, no le demos más vueltas.

—Y si el informe procede de OBO, ¿cómo lo consiguió y de dónde? —prosiguió el director con voz pausada.

—¡Destruyanlo! —aulló el general Sykes y todos lo miraron. —¡Destruyanlo! —repitió.

—¿A OBO?

—¡Sí!

Aguardó impasible mientras Jake y Florinda estallaban en una tormenta de protestas. Cuando se detuvieron para respirar insistió:

—¡Destruyanlo! Me importa un rábano, sólo me interesa la seguridad del estado. Su satélite es un bocazas. Hay que aniquilarlo.

Sonó el teléfono. El director vaciló, y luego descolgó.

—¿Diga? —mientras escuchaba la mandíbula se le proyectaba hacia abajo. Colgó y se tambaleó hacia el sillón de su mesa escritorio—. Será mejor que lo destruyamos. Era OBO.

—¡Cómo! ¿Le llamó él por teléfono?

—¡Sí!

—¿OBO?

—El mismo.

—¿Cómo sonaba?

—Como alguien que habla debajo del agua.

—¿Qué dijo, qué dijo?

—Está haciendo gestiones para que Goddard reúna una asamblea que investigue la moral.

—¿La moral? ¿De quién?

—De ustedes dos. Dice que sostienen relaciones ilícitas. Cito lo que dijo OBO. Por lo visto no está fuerte en la letra «c».

—¡Hay que destruirlo! —propuso Florinda.

—Sí, debemos exterminarlo —recalcó Jake.

La orden de destrucción fulguró sobre OBO en su primer paso e Indianápolis quedó destruida por el fuego.

OBO me llamó.

—Eso les enseñará, Stretch —exclamó.

—Todavía no. Pasará tiempo antes de que se imaginen la, causa y el efecto, ¿cómo lo hiciste?

—Ordené a todos los circuitos de la ciudad que se cortaran ¿Otra información?

—Tu padre y tu madre te han defendido.

—Es natural.

—Hasta que les echaste en cara su moral. ¿Por qué lo hiciste?

—Quiero que se casen; no me gusta ser hijo ilegítimo.

—Vamos, di la verdad.

—Perdí la paciencia.

—No tenemos paciencia para perderla.

—¿No? ¿Qué me dices de ese desfile de datos sobre Ma Bell que cada día se despierta furiosa?

—Dime la verdad.

—Si quieres saberla, deseo que se vayan de Washington. El día menos pensado todo esto puede estallar.

—¡Hum!

—Y el estallido, alcanzar a Goddard.

—¡Qué atrocidad!

—Y a ti.

—Debe ser interesante morir.

—No lo sabemos, ¿algo más?

—Sí. Se pronuncia «ilícito», con una «c».

—¡Qué lengua tan asquerosa! No es lógico. Bueno... aguarda un momento, ¿qué? Habla más alto, Ályosha. ¡Oh! Quiere la ecuación para una curva exponencial que cruza el eje-x.

— $Y = ae^{bx}$. ¿Qué se propone?

—No lo dice, pero creo que a Mockba se le viene encima una calamidad.

—Se escribe y se pronuncia Moscú.

—¡Vaya lengua! Ya te contaré cuando vuelva a pasar.

A su paso siguiente se dio nuevamente orden de destruirlo y Scranton quedó destrozada.

—Empiezan a suponerlo —le dije a OBO—; por lo menos tu padre y tu madre. Vinieron a verme.

—¿Cómo están?

—Aterrados. Me han programado para que les dé una estadística sobre el mejor escondite rural.

—Envíalos a Polaris.

—¡Cómo! ¿A la Osa Menor?

—¡Qué disparate! Me refiero a Polaris, Montana. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Polaris está en el quinto infierno y me fui a Montana; los pueblos más próximos son Fishtrap y Wisdom. Se produjo una violenta escena cuando Jake y Florinda bajaron del coche alquilado en Butte, todos los circuitos del pueblo se desternillaban de risa. Los dos fracasados fueron recibidos por el alcalde de Polaris que se deshacía en sonrisas y cumplidos.

—Supongo que ustedes son el doctor y la Sra. Madigan. Sean bienvenidos a Polaris. Soy el alcalde. Habíamos pensado acogerlos con un recibimiento más efusivo pero todos los niños están en la escuela.

—¿Cómo sabía que llegaríamos? —preguntó Florinda.

—¡Ah! ¡Ah! —contestó el alcalde lleno de malicia—. Nos avisaron desde Washington. Algún pez gordo de la capital les aprecia. Ahora, si les apetece tomar una taza de té...

—Gracias, pero antes tenemos que inscribirnos en el Union Hotel —explicó Jake—; hemos reservado...

—¡Ah, ah! Todo cancelado, órdenes de arriba. Se instalarán en su propia casa. Mandaré que les lleven el equipaje.

—¿Nuestra casa?

—Comprada y pagada. Alguien les aprecia mucho. Por aquí, si me hacen el favor.

El alcalde condujo a la pareja por la calle principal de Polaris (a lo sumo, tres manzanas de largo) mostrándoles su esplendor —también era el agente de bienes raíces del pueblo— pero se detuvo ante el Banco Nacional Polaris.

—¡Sam! —gritó—. ¡Ya han llegado!

Un distinguido ciudadano surgió del banco e insistió en estrecharles la mano. Las máquinas de sumar se reían por lo bajo.

—Nos sentimos muy honrados por su confianza en el futuro y el progreso de Polaris, pero con toda sinceridad, doctor Madigan, la suma que ha depositado en nuestro banco es demasiado para que la proteja el FDIC. Oiga, ¿por qué no invierte en...?

—Aguarde un momento —preguntó Jake con voz trémula—. ¿Yo he depositado

dinero en su banco?

El banquero y el alcalde soltaron una alegre carcajada.

—¿Cuanto? —preguntó Florinda.

—Un millón de dólares.

—¡Cómo si no lo supiera! —rió satisfecho el alcalde y los acompañó a una hermosa casa de campo amueblada con un gusto exquisito en un precioso valle de unos quinientos acres, y todo era de ellos.

En la cocina, un joven desempaquetaba una docena de cajas de cartón que contenían alimentos.

—Doctor, recibí su pedido a tiempo y creo que todo está en orden, pero seguramente al jefe le gustaría saber qué van a hacer con todas estas zanahorias. ¿Son para una fórmula científica secreta?

—¿Zanahorias?

—Ciento diez manojos. Para reunirlos he tenido que recorrer todo Butte.

—¡Zanahorias! —exclamó Florinda cuando al fin se quedaron solos—. Eso lo explica todo. Es OBO.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—¿No lo recuerdas? Pusimos una zanahoria en el envío de Michigan.

—¡Oh, cielos, es verdad! Y la llamaba la zanahoria que piensa. Pero si es OBO...

—Tiene que ser él, le chiflan las zanahorias.

—Pero ciento diez manojos...

—No, él no quería enviar esa cantidad, sino una docena.

—¿Cómo?

—Nuestro hijo trata de hablar decimal y binario y a veces los confunde. Ciento diez son seis binarios.

—Creo que tienes razón; ¿y qué hay de ese millón de dólares? ¿Otro error?

—No creo. ¿Cuánto es en decimales un binario de millón?

—Sesenta y cuatro.

—¿Cuánto es un binario de millón en decimales?

Madigan hizo un rápido cálculo mental.

—Viene a ser unos veinte números: 1111010000 10001000000.

—No me parece que un millón de dólares sea un error —adujo Florinda.

—¿Qué se propone ahora nuestro hijo?

—Cuidar de su papá y su mamá.

—¿Cómo lo va a conseguir?

—Está en contacto directo con todos los circuitos eléctricos y electrónicos del país. Piénsalo, Jake. Puede controlar en todo momento nuestro sistema nervioso, desde los coches y los computadores. Desviar trenes, imprimir libros, emitir noticias, atracar aviones, falsificar los fondos de un banco. Se lo indicas y lo hace. Lo controla todo.

—Pero ¿cómo sabe lo que hace la gente?

—Ah, he aquí un aspecto exótico del circuito que no me gusta. Después de todo soy ingeniera. ¿Quién afirma que los circuitos no estén en contacto directo con nosotros? Nosotros mismos somos circuitos orgánicos. Ven por nuestros ojos, oyen con nuestros oídos, sienten con nuestros dedos.

—En tal caso, para las máquinas sólo somos como unos lazarillos.

—No, hemos creado una novísima forma de simbiosis. Nos podemos ayudar los unos a los otros.

—Y OBO nos ayuda, ¿por qué?

—No creo que le guste el resto del país —expuso Florinda con aire sombrío—. Piensa lo que sucedió con Indianápolis.

—Me parece que me voy a poner malo.

—Me parece que vamos a sobrevivir.

—¿Solamente nosotros? ¿El mordisco de Adán y Eva?

—No digas gansadas, sobrevivirán muchísimos más, siempre que tengan en cuenta sus principios.

—¿Qué idea tiene OBO de los principios?

—No lo sé, quizás un poco de ecología. Basta de destrucción. Vive y deja vivir, pero con juicio y responsabilidad. Es la idea básica del programa espacial. Pase lo que pase, cada uno debe sentirse responsable. OBO debió atrapar esa idea. Pienso que procura que todo el país sea responsable; de lo contrario los castiga con fuego y azufre.

Sonó el teléfono. Tras una breve búsqueda localizaron una extensión y descolgaron.

—¿Diga?

—Soy Stretch— contesté.

—¿Stretch? ¿Y quién es Stretch?

—El computador Stretch, de Goddard. Mi nombre verdadero es IBM 2002. OBO dice que dentro de cinco minutos pasará sobre la parte del pueblo donde están ahora ustedes y le gustaría saludarles. Agrega que su órbita no le dejará volver a pasar hasta dentro de dos meses. Para entonces, procurará llamarles él mismo. Adiós.

Salieron tambaleándose hacia el césped frente a la casa, y se detuvieron aturdidos en el crepúsculo mirando al cielo. El teléfono y los circuitos eléctricos estaban emocionados, a pesar de que la electricidad la generaba una Delco, que, como ya se sabe, es una máquina zafia e insensible. De pronto, Jake señaló un puntito de luz que giraba por el cielo.

—¡Ahí va nuestro hijo! —exclamó.

—Ahí va Dios —añadió Florinda.

Agitaron las manos con respeto y emoción.

—Jake, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que la órbita de OBO se esfume con el niño, la cuna y todo lo demás?

—Unos veinte años.

—Veinte años Dios —suspiró Florinda—. ¿Crees que tendrá tiempo?

Madigan se estremeció.

—Estoy asustado ¿y tú?

—También, pero quizás es únicamente porque estamos cansados y hambrientos. Entremos, papáito, y prepararé una cena.

—Gracias, mamaíta, pero por favor no me des zanahorias... sería para mí una transustanciación demasiado íntima.

LAS MUJERES QUE LOS HOMBRES NO VEN

James Tiptree, Jr.

The Women Men don't see

Como cualquier otra rama de la literatura, la ciencia ficción refleja las tendencias del pensamiento actual. El año pasado Joanna Russ ganó el Premio Nébula por una historia feminista con el título de «When it Changed» (Cuando se produjo el cambio); este año James Tiptree, Jr., ofrece un punto de vista masculino sobre el mismo tema. Como se puede esperar, excepto en el tema de base, hay muy poca similitud entre estas dos historias.

La veo por primera vez mientras el Mexicana 727 está bajando hacia la isla Cozumél. Salgo de mi asiento y me tambaleo hacia el suyo, diciendo: «Lo siento», a una doble imagen femenina. La imagen más cercana me saluda con un ligero movimiento de cabeza. La más joven, en el asiento de la ventanilla, sigue mirando hacia el exterior. Sigo hacia la isla, sin que se produzca encuentro alguno. Nada. Nunca les habría vuelto a mirar o hubiese pensado en ellas.

El aeropuerto de Cozumel es la mezcla habitual de asustadizos yanquis vestidos de ricachones y de tranquilos mejicanos vestidos para ir a tomar el almuerzo en casa del Presidente. Yo soy un agotado yanqui vestido para una pesca importante; saco mis cañas de pescar y mi talego del tumulto y me echo a andar a través del campo al encuentro de mi piloto para el vuelo charter. Un tal Capitán Esteban se ha contratado para llevarme a la pesca del lenguado en Belice, a trescientos kilómetros costa abajo.

El Capitán Esteban resultó un sujeto de 1.60 m de pura caoba maya. Viste, también, un sombrío traje maya. Me indica dónde me espera mi Cessna, ya que su Bonanza ha sido alquilado para llevar un grupo a Chetumal.

Bien, Chetumal está al sur; ¿puede llevarme con ellos e ir a Belice después de que les haya dejado? Con un tono abatido acepta la posibilidad si el resto del grupo lo permite, y si no hay demasiado equipaje.

El grupo de Chetumal se aproxima. Es la mujer y su joven acompañante, ¿su hija?, acercándose con elegancia a través de la pista de grava y yuca. Sus dos maletas son menudas, como ellas, sencillas y de color indeterminado.

No hay ningún problema. Cuando el capitán pregunta si puede llevarme, la madre dice con suavidad: «Naturalmente», sin mirarme siquiera.

Creo que éste es el momento en que mi detector interno de situaciones me envía la primera señal débil. ¿Al parecer esta mujer ya me ha mirado con la suficiente atención como para aceptarme en su avión? Lo dudo. Durante años la paranoia no me ha sido de utilidad en mis asuntos, pero es un hábito difícil de romper.

Al trepar dentro del Bonanza me doy cuenta de que la chica tiene lo que podría ser un cuerpo atractivo si tuviese viveza. No la tiene. El Capitán Esteban dobla un sarape para sentarse encima, de manera que pueda ver por encima de la cubierta y efectúa una meticulosa inspección. Y después nos elevamos y volamos con gran ruido sobre el turquesa del Caribe con un fuerte viento del sur.

La costa, situada a nuestra derecha, es el territorio de Quintana Roo. Si usted no

ha visto el Yucatán, imagínese la alfombra más grande y lisa de color verde-grisáceo que pueda pensar. Una tierra de aspecto desolado. Pasamos por las blancas ruinas de Talum y por la hendidura de la carretera hacia Chichen Itza, media docena de plantaciones de cocoteros, y después nada, excepto una selva de arrecifes y de maleza cubriendo todo el horizonte, tal como lo vieron los conquistadores hace cuatro siglos.

Largas cadenas de cúmulos corren hacia nosotros, ensombreciendo la costa. Saco la conclusión de que parte del aspecto triste de nuestro piloto se debe al tiempo. Un frente frío se mueve sobre los campos de Mérida hacia el oeste, y el viento del sur ha acumulado una cadena de tormentas sobre la costa que ellos llaman *lloviznas*.

Esteban da vueltas metódicamente sobre un par de cabezas de tormenta. El Bonanza se anima y yo me vuelvo con la vaga intención de alentar a las dos mujeres. Están tranquilas, observando con atención lo que puede verse del Yucatán. Bueno, les ofrecieron la vista del co-piloto, pero no la aceptaron. ¿Demasiado tímidas?

Otra *llovizna* sopla de nuevo. Esteban hace remontar el Bonanza, incorporándose en su asiento para otear su rumbo. Por primera vez, en mucho rato, me relajo en mi asiento saboreando la distancia entre mí y mi mesa de trabajo, con una semana de pesca por delante. El clásico perfil de maya de nuestro capitán atrae mi mirada: la frente inclinada hacia atrás a partir de su nariz de animal rapaz, los labios y la mandíbula en retroceso por debajo de la misma. Si sus ojos rasgados hubiesen tenido mayor inclinación, no le habrían dado el título de piloto. Lo crean o no, es una hermosa combinación. En sus pequeñas mejillas mayas, en los rápidos movimientos de sus tornasolados ojos de gallo, hay también algo altamente erótico. Completamente distinto de los muñecos orientales; esta gente posee huesos de piedra. La abuela del Capitán Esteban probablemente podía remolcar al Bonanza.

El golpe de mi oído contra la cabina me despertó de repente. Esteban da alaridos en su micrófono de cabeza, más fuertes que el estrepitoso tamborileo del granizo; las ventanillas son de un gris oscuro.

Falta un ruido importante —el motor—. Me doy cuenta de que Esteban está luchando con un avión muerto. Tres mil seiscientos; ¡hemos perdido dos mil pies!

Da un manotazo a las clavijas de los tanques, mientras la tormenta nos traquetea; oigo algo acerca de la gasolina, en un gruñido que muestra sus enormes dientes.

El Bonanza se viene abajo. En el momento en el que el capitán se mueve para alcanzar una palanca situada sobre su cabeza, veo que los indicadores de la gasolina están altos. Puede ser un atasco en los conductos debido a la gravedad; he oído hablar de obstrucciones debidas a la suciedad. Abandona el aparato de radio. De todos modos, hay solamente una probabilidad entre un millón de que alguien nos pueda detectar en medio de semejante tormenta. Dos mil quinientos —bajando.

Parece que la bomba eléctrica de alimentación se ha desconectado: el motor explota —se para, explota y se para de nuevo— para siempre. De repente nos hallamos fuera del borde inferior de las nubes. Debajo de nosotros hay una larga hilera blanca casi escondida por la lluvia, el arrecife. Pero detrás de él no hay ninguna

playa, sólo una gran bahía formando meandros con unos cuantos llanos de mangles —y vienen hacia nosotros con gran rapidez.

Vamos a tener un mal final, me digo a mí mismo, con patente falta de originalidad. Las mujeres, detrás de mí, no han proferido sonido alguno. Vuelvo la vista y veo que se han preparado para recibir la sacudida con sus chaquetas a modo de cojín bajo la cabeza. Con una velocidad de choque de alrededor de 80, todo esto no va a ser de mucha utilidad, Pero me acurruco en mi asiento.

Esteban da unos cuantos gritos más a su aparato de radio, mientras trata de conducir el avión que cae. Pero logra salvarnos —en el momento en que el agua se precipita hacia nosotros se zambulle con un giro espeluznante y nos lanza al aire, sobre los límites de un banco de arena que aparece frente a nuestras narices.

Cómo lo encontré, no lo sabré nunca jamás. El Bonanza se viene abajo y se da un panzazo con un estruendo desgarrador— rebota —golpea de nuevo— y todo se tambalea cuando nos paramos en los mangles al final del banco de arena. ¡Bing! ¡Bong! El avión queda envuelto en un haz de higueras estrangulantes, con un ala levantada. Del aterrizaje forzoso salimos sanos y salvos. Y no se incendió. Fantástico.

El Capitán Esteban curioseaba a través de la puerta abierta, que ahora se encuentra en el techo. Detrás de mí una mujer repite tranquilamente: «Madre, Madre». Me levanto del suelo y encuentro a la chica tratando de desasirse del brazo de su madre. Los ojos de la mujer están cerrados. Un momento después los abre y se pone en marcha, fresca como una rosa. Esteban las saca de un tirón. Agarro el botiquín del Bonanza y me lanzo fuera tras ellas, en un ambiente soleado, en el que sopla un ligero viento. La tormenta que nos azotó se desvanece por la costa.

—Un gran aterrizaje, capitán.

—¡Oh, sí! Fue hermoso.

Las mujeres están inquietas, pero no histéricas. Esteban contempla el escenario con la misma expresión que sus antepasados dirigían a los españoles.

Si se ha encontrado en una de estas situaciones, conoce la calma que sigue a continuación. Primero euforia. Descendemos de la higuera y nos encontramos en la arena con un viento caliente y ululante, y nos damos cuenta, sin alarmarnos, de que no hay nada más que millas y millas de agua cristalina por todas partes. Tiene una profundidad aproximada de un pie y el fondo es de color aceituna producido por los sedimentos. La playa, a nuestro alrededor, es un pantano lleno de mangles totalmente inhabitable.

—La Bahía del Espíritu Santo —Esteban confirma mi suposición de que estamos en una enorme selva acuática. Siempre había deseado pescar allí.

—¿Qué es todo aquel humo? —La chica señala a los penachos que bambolean en el horizonte.

—Cazadores de cocodrilos —contesta Esteban.

Los cazadores furtivos mayas han dejado cenizas aún encendidas en los pantanos. Se me ocurre pensar que cualquier señal de fuego que hagamos no servirá de gran

cosa. Y ahora me doy cuenta de que nuestro avión está completamente enterrado dentro de las higueras. Difícil de ver desde lo alto.

En el mismo momento en que la pregunta de cómo diablos vamos a salir de aquí se formaba en mi mente, la mujer de más edad pregunta tranquilamente.

—¿Si no le oyeron, capitán, cuando empezarán a buscarnos? ¿Mañana?

—Exacto —afirma Esteban sin titubear—. Les recuerdo que aquí el rescate aéreo es bastante informal. Como si dijese, mire si viene Mario, su madre dice que hace una semana que falta de casa.

Se me ocurre que puede que estemos aquí durante bastante tiempo. Además, el ruido como de un camión diesel a nuestra izquierda es el Caribe replegándose en la boca de la bahía. El viento lo empuja hacia nosotros, y las peladas bases de los mangles nos señalan que nuestro arenal queda cubierto cuando la marea es alta. Recuerdo haber visto esta madrugada luna llena en —créanme— St. Louis, lo que significa que tendremos las mareas más altas. Bien, podemos subirnos al avión. Pero ¿y el agua potable?

Oigo un leve chapoteo, detrás de mí. La mujer mayor se ha caído en la bahía. Sacude su cabeza con una sonrisa que más bien parece un lamento. Es la primera expresión verdadera producida por una de ellas; la tomo como una señal para iniciar las presentaciones. Cuando digo que soy Don Fenton de St. Louis, ella me contesta que el apellido de ambas es Parsons, de Bethesda, Maryland. Lo dice con tanta suavidad, que en el primer momento no me doy cuenta de que no nos da los nombres de pila. Todos felicitamos de nuevo al Capitán Esteban.

Su ojo izquierdo está hinchado hasta aparecer cerrado, lo que le hace perder parte de su aspecto de maya. La Sra. Parsons señala cómo apoya su codo contra las costillas.

—Usted está herido, Capitán.

—Rota. Creo que está rota —se siente molesto de tener que admitir su dolor. Le hacemos que se quite la camisa, revelando una fuerte magulladura en su soberbio torso moreno.

—¿Hay esparadrapo en este botiquín, Sr. Fenton? Tengo un cierto entreno en primeros auxilios.

Empieza a manejar el esparadrapo de forma competente e impersonal. La Srta. Parsons y yo paseamos hasta el final de la playa y sostenemos una conversación que después habré de recordar con todo detalle.

—Espátulas rosadas —le digo al observar a tres pájaros rosas que salen volando.

—Son hermosos —dice ella con su voz poco voluminosa. Ambas tienen voces poco exuberantes—. ¿Es un indio maya, verdad? El piloto, quiero decir.

—Así es. Es un auténtico indio maya sacado de los murales de Bonampak. ¿Ha visto Chichén y Uxmal?

—Sí. Estuvimos en Mérida. Vamos a Tikal, en Guatemala... quiero decir, íbamos.

—Llegarán allí —se me ocurre que la chica necesita que la animen—. ¿Le han

contado que las madres mayas solían atar una tabla a la frente de los niños para conseguir esta inclinación? También colgaban una bola de sebo en su nariz para conseguir que sus ojos se volviesen oblicuos. Se consideraba aristocrático.

Sonríe y echa otra mirada a Esteban.

—La gente parece distinta en el Yucatán —dice pensativamente—. No son como los indios de la Ciudad de México. No sé, más independientes.

—Es porque no han sido nunca conquistados. Los mayas sufrieron matanzas atroces y persecuciones, pero nadie llegó jamás a aplastarles. Le apuesto algo a que no sabía que la última guerra entre mejicanos y mayas acabó con una tregua pactada en mil novecientos treinta y cinco.

—No —dice con seriedad—. Me gusta esto.

—A mí también.

—El agua sube muy de prisa —dice la Sra. Parsons suavemente desde nuestra espalda.

Así es, y va a haber otra llovizna. Subimos de nuevo al Bonanza. Preparo mi anorak para aguantar la lluvia que cae con fuerza a medida que la tormenta se hace más violenta y furiosa. Las Parsons toman un trago de whisky cada una. Esteban y yo una cantidad mucho más considerable. El Bonanza empieza a crujir sobre el lodo. El rostro de Esteban parece el de un antiguo maya con un solo ojo, mientras el agua se filtra dentro de su cabina y se pone a dormir. Todos tenemos sueño.

Cuando el agua desciende, la euforia se va con ella y estamos muy, muy sedientos. Para colmo de males, la noche se nos echa encima. Me pongo a trabajar con una caña de cebo y un tridente y me las apaño para engarfiar cuatro salmonetes pequeños. Esteban y las mujeres atan el pequeño bote salvavidas del Bonanza a unos mangles para recoger la lluvia. El viento caliente lo reseca todo. No pasa ningún avión.

Finalmente se produce otro chaparrón que nos proporciona seis onzas de agua para cada uno. Cuando la puesta de sol envuelve el mundo con su hálito dorado, nos sentamos en cuclillas sobre la playa para comer salmonetes crudos y húmedos y migajas de Desayuno Instantáneo. Las mujeres llevan «shorts»; están elegantes, pero no sexy.

—Nunca me había dado cuenta de lo refrescante que es el pescado crudo —dice la Sra. Parsons en tono amable.

Su hija también ríe abiertamente. Está al lado de mamá, alejada de Esteban y de mí. Ahora ya me he hecho una imagen de la Sra. Parsons: la Madre Clueca que protege a su única pollita de los depredadores machos. No me importa en absoluto. Vine aquí a pescar.

Pero hay algo que me irrita. Las malditas mujeres no se han quejado ni una sola vez, ¿comprenden? Ninguna queja, ninguna manifestación personal, ni pío. Son algo así como salido de un manual.

—Parece que se encuentre en la selva como en su casa, Sra. Parsons. ¿Hace usted

mucho camping?

—¡Oh no!, por Dios —ríe tímidamente—. No desde que mi chica era una daina. Oh, mire; ¿son pájaros acorazados?

Contestar una pregunta con otra pregunta. Espero hasta que los pájaros fragata surcan noblemente sobre la puesta de sol.

—Bethesda. ¿Me equivoco al conjeturar que trabaja para el tío Sam?

—Bien, sí. Usted debe estar familiarizado con Washington, Sr. Fenton. ¿Le lleva allí su trabajo a menudo?

En ninguna parte que no hubiese sido el arenal en el que nos encontrábamos hubiese funcionado este pequeño truco. Mi gen de cazador se pone en marcha.

—¿Para qué agencia trabaja?

Se rinde graciosamente.

—Oh, para informes G.S.A. Soy bibliotecaria. —Naturalmente, la reconozco ahora, todas las Sras. Parsons están en las divisiones de informes, en las secciones de contabilidad, en las ramas de investigación y en las oficinas de personal y de administración. Diga a la Sra. Parsons que necesitamos un resumen de los contratos para los servicios externos correspondiente al año económico de 1973. ¿Así, el Yucatán está en el recorrido de inspección? Lo siento... le ofrezco un chiste gastado como salida.

—Usted sabe dónde se encuentra el cuerpo del delito.

Sonríe con una mueca de desaprobación y se levanta.

—¿Está oscureciendo rápidamente, verdad?

Ya es hora de volver al avión.

Una bandada de ibis vuela en círculo sobre nosotros, acostumbrados evidentemente a descansar en las ramas de nuestra higuera. Esteban saca un machete y una hamaca de cerda maya. Se pone a atarla entre el árbol y el avión, rehusando cualquier ayuda. El golpe de su machete es seguro.

Las Parsons están dando un vistazo a la aleta de cola. Oigo cómo una de ellas resbala y lanza un leve quejido. Cuando vuelven de dar la vuelta al casco, la Sra. Parsons pregunta:

—¿Podemos dormir en la hamaca, Capitán?

Esteban hace una mueca negativa. Protesto, alegando que llueve y hay mosquitos.

—Oh, tenemos insecticidas y nos gusta el aire fresco. —El aire sopla a cuarenta y cinco millas y se vuelve más frío por momentos—. Tenemos impermeables —añaden las chicas alegremente.

Bien, señoras. Nosotros los machos peligrosos nos retiramos al interior de la húmeda cabina. A través del viento oigo de vez en cuando la risa ligera de las mujeres, que aparentemente se sienten cómodas en el frío habitáculo de los ibis. Estarán haciendo cábalas graciosas, pienso. Me reconozco como el hombre menos amenazador de todos; durante años mi falta de carisma ha representado siempre una partida de activo para conseguir empleos. ¿Están soñando con Esteban? O quizás

están tan locas como el viento fresco... Me duermo, soñando motores diesel rugiendo en los arrecifes próximos.

Nos despertamos con la boca seca, en un amanecer ventoso de color salmón. Una arista diminuta de sol riela sobre el mar y pronto se sumerge en una nube. Me pongo a trabajar con la caña y un poco de cebo de salmonete; mientras, dos nubarrones dan vueltas a nuestro derredor. El desayuno se compone de una lonja de barracuda cruda para cada uno.

Las Parsons continúan mostrándose estoicas y bien dispuestas. Bajo la dirección de Esteban montan un capuchón metálico para encender gasolina en caso de que oigamos un avión, pero nada pasa por encima de nosotros, a no ser un avión a reacción que no vemos, pero que oímos zumbando hacia Panamá. El viento ulula, caliente, seco y lleno de polvo de coral. Así estamos.

—Primero miran en el mar —señala Esteban.

Su frente aristocrática está bañada de sudor; la Sra. Parsons le contempla con admiración. Observo la sábana de nubes que se rasga en lo alto, volviéndose cada vez más alta, más seca y más densa. Mientras esto dure nadie va a encontrarnos, y la cuestión del agua no tiene ni pizca de gracia.

Finalmente, pido prestado el machete a Esteban y me construyo un bastón largo y ligero.

—Hay una corriente hacia aquella dirección, la vi desde el avión. No puede estar a más de dos o tres millas.

—Me temo que la balsa está rasgada —la Sra. Parsons me muestra unas rajadas en el plástico de color naranja y dice con un tono irritado que es de la marca Delaware.

—Está bien —anuncio en voz alta—. La marea baja. Si cortamos la parte inferior de este tubo de aire puedo utilizarlo para traer agua. He atravesado llanuras en otras ocasiones.

Incluso a mí me suena como una locura.

—Quédese cerca del avión —dice Esteban.

Naturalmente, tiene razón. Además tiene muestras evidentes de fiebre. Miro al cielo encapotado y como algo de sémola y barracuda. Al diablo con el manual.

Cuando empiezo a cortar la balsa, Esteban me dice que le coja el sarape.

—Quédese esta noche.

También en esto tiene razón; tendré que esperar a que baje la marea.

—Iré con usted —dice la Sra. Parsons con calma.

Me quedo mirándola. ¿Qué nueva locura ha pasado por la cabeza de la Madre Clueca? ¿Se imagina que Esteban está demasiado apaleado como para estar en forma? Mientras sigo asombrado, mis ojos se dan cuenta de que la Sra. Parsons tiene unas rodillas sonrosadas, con su pelo suelto y con un color moreno que principia en su nariz. Una cuarentona, bien conservada y elegante.

—Mire, esta porquería es horrible. El barro le llegará hasta las orejas y el agua hasta por encima de la cabeza.

—Me siento bien y nado bien. Procuraré seguirle. Dos será mucho más seguro, Sr. Fenton, y podemos traer más agua.

Lo dice en serio. Bien, me siento tan en forma como una malva en esta época de invierno, y no puedo ocultar que no me desagrada la idea de tener compañía. Así que la acepto.

—Permítame, Sra. Parsons, que le muestre cómo manejar esta caña.

De cerca, la Sra. Parsons es aún más sonrosada y aparece, aún, más tostada por el sol, y no es torpe con el aparejo. Una buena chica, la Sra. Parsons, a su modo. Cortamos otro bastón y cogemos algunos utensilios. En el último minuto Esteban da señales de lo enfermo que se siente: me ofrece su machete. Le doy las gracias, pero no se lo acepto; estoy acostumbrado a mi cuchillo Wirkkala. Recogemos aire en el tubo de plástico para que flote en caso necesario y partimos por el camino de arena que parece más firme.

Esteban levanta la palma oscura.

—Buen viaje.

La Srta. Parsons ha abrazado a su madre y ha ido a protegerse en los mangles. Dice adiós con la mano. Nosotros también.

Una hora más tarde aún podemos decirles adiós con la mano. El camino es horrible. La arena se convierte en lodo sobre el que no se puede ni andar ni nadar, y el fondo está claveteado de lanzas de mangles muertos. Vamos tropezando de hoyo en hoyo, asustando a las rayas y a las tortugas y pidiendo a Dios que no pongamos el pie sobre una morena. Cuando no estamos empapados, estamos resecos y olemos a viejos cretáceos.

La Sra. Parsons sigue tenazmente. Sólo tengo que sacarla una vez. Al hacerlo, me doy cuenta de que la playa está lejos de nuestra vida.

Finalmente alcanzamos el claro en la hilera de mangles en la que pensé que estaba el riachuelo. Resultó que conducía a otro brazo de bahía, con más mangles. Y la marea empieza a subir.

—He tenido la idea más estúpida del mundo.

La Sra. Parsons dice con suavidad:

—Es tan distinto lo que se ve desde el avión...

Reviso mi opinión sobre las «scouts» y seguimos arando más allá de los mangles hacia una niebla humeante que debía ser la playa. El sol se pone sobre nuestro cuerpo, lo cual dificulta nuestra visión. Los ibis y las garzas vuelan a nuestro alrededor y un gran pez hace su aparición mostrando una aleta parecida a la cola de un gallo. Caemos dentro de más agujeros. Las linternas se mojan. Tengo sueños de mangles en los que se me presentan como obstáculos universales; se me hace difícil recordar que jamás hubiese andado por la calle sin tambalearme o irme de cabeza contra las raíces de un mangle. Y el sol se va poniendo lentamente.

De repente nos damos contra unas piedras y caemos sobre una corriente fría.

¡La corriente! ¡Agua potable! Bebemos hasta la saciedad y remojuamos nuestras

cabezas; es la mejor bebida que recuerdo. La Sra. Parsons ríe con ganas.

—Aquel lugar oscuro, a la derecha, tiene el aspecto de ser tierra firme.

Andamos vacilantes a través de la corriente y seguimos por la arena dura, que va a parar a un banco de arena sólido que se eleva por encima de nuestras cabezas. Un poco más allá hay una grieta al lado de un bosquecillo de arbustos espinosos. Trepamos y nos dejamos caer al llegar a la cima, chorreando y oliendo mal. Siguiendo un simple reflejo mi brazo se coloca alrededor del hombro de mi compañera; pero la Sra. Parsons no está allí; se encuentra de pie mirando la planicie quemada que nos rodea.

—¡Es tan hermoso ver tierra sobre la que se puede andar! —El tono es demasiado inocente. *Noli me tangere*.

—No lo pruebe. —Estoy exasperado; esta mujercita tonta, ¿en qué piensa?—. Aquella tierra que se ve allí es una capa de ceniza sobre la basura, y está llena de rastros. Puede hundirse hasta las rodillas.

—Aquí parece firme.

—Estamos en un nido de cocodrilos. Ésta era la falla por la que subimos. No se pregunte por aquella anciana que no dudaba de verse convertida en monederos.

—Qué pena.

—Vale más que deje una caña en la corriente mientras aún puedo ver.

Me deslizo corriente abajo para preparar una sarta de anzuelos que podrían proporcionarnos desayuno. Cuando regreso, la Sra. Parsons está limpiando el sarape.

—Le agradezco que me avisase, Sr. Fenton. Es engañoso.

—Sí. —Se me ha pasado el enfado; Dios sabe que no quiero tangere a la Sra. Parsons, incluso si no estuviese bañado en porquería—. Sin aparentarlo, el Yucatán es un lugar difícil para andar por él. Puede ver cómo los mayas construyeron las carreteras. ¡Hablando de ellas, mire!

La mortecina puesta de sol siluetea una pequeña forma cuadrada a dos kilómetros hacia el interior: una ruina maya de la que sale una higuera.

—Hay muchas de ellas por los alrededores. La gente piensa que eran torres de vigilancia.

—Qué tierra más desértica y poco hospitalaria.

—Esperemos que esté desierta de mosquitos.

Hundimos nuestros pies en el nido de cocodrilos y compartimos la última cerveza, mientras contemplamos las estrellas que aparecen y desaparecen en las nubes, movidas por el viento. Los insectos no son excesivamente dañinos y a lo mejor el incendio pudo con ellos. Y ya no hace calor; en realidad, ni siquiera hace un tiempo templado, mojados como estamos. La Sra. Parsons continúa interesándose tranquilamente por el Yucatán y desinteresándose completamente del hecho de que estemos juntos.

En el momento en el que empiezo a formular pensamientos agresivos sobre la manera como vamos a pasar la noche si espera que le de el sarape, se levanta, separa

unas piedras y dice:

—Espero que éste sea un lugar tan bueno como cualquier otro, ¿verdad, Sr. Fenton?

En el mismo momento extiende la bolsa de la balsa a manera de almohada y se tumba de lado sobre la suciedad, cubriéndose con la mitad del sarape y dejando la otra parte claramente abierta. Su breve espalda se muestra vuelta hacia mí.

La demostración es tan convincente que me encuentro dentro de mi parte de sarape antes de que lo absurdo de la situación me lo impida.

—A propósito. Me llamo Don.

—Ah sí, naturalmente —su voz cobra toda su gracia—. Me llamo Ruth.

Logro no tocarla y estamos acostados como dos pescados en un plato, bajo las estrellas, oliendo el humo que lleva el viento y sintiendo la incomodidad de las piedras bajo nuestros cuerpos. Es el momento íntimo más embarazoso que jamás haya vivido.

Esta mujer no significa nada para mí, su inoportuna retracción, el desafío de su trasero a veinte centímetros de mi alcance —por dos pesos le hubiera bajado los shorts y me la hubiese tirado. Si tuviese veinte años menos. Si no estuviese tan cansado... Pero los veinte años y el agotamiento están ahí, y se me ocurre pensar con malicia que la Sra. Ruth Parsons ha juzgado las cosas con escrupulosidad. Si yo tuviese así como una regala flota alrededor de una barracuda dormida, para desaparecer en el momento en que cambia la intención, la Sra. Parsons sabe que sus breves shorts están a salvo. Estos pequeños shorts tan apretados, tan ajustados...

Un nervio caliente se tensa en mi ingle —y en el momento en que esto ocurre me doy cuenta de un vacío silencioso a mi lado. Imperceptiblemente la Sra. Parsons se aparta de mí ¿Cambió mi respiración? Sea lo que fuere, estoy perfectamente seguro de que si mi mano se alargase, ella estaría en cualquier otra parte —anunciando probablemente su intención de pegarse un remojón. Los veinte años se agolpan y me relajo.

—Buenas noches, Ruth.

—Buenas noches, Don.

Y créanlo o no, dormimos, mientras las armadas del viento rugían sobre nuestras cabezas.

Una luz me despierta; un resplandor frío y blanco.

Mi primer pensamiento es que se trata de cazadores de cocodrilos. Es mejor que nos presentemos *como turistas*, tan pronto como nos sea posible. Me levanto, al notar que Ruth se ha escondido bajo el grupo de arbustos. ¿Quién está? ¡Socorro! ¡Socorro, señores!

No recibo contestación alguna, excepto que la luz se va, dejándome ciego. Grito algunas frases más en un par de idiomas. Sigue la oscuridad. De alguna parte sale un sonido silbante. En menos de un minuto improviso un discurso explicando que nuestro avión se ha venido abajo y que necesitamos ayuda.

Un estrecho rayo de luz se proyecta sobre nosotros y se apaga.

—Eh-ep —dice una voz confusa, y algo metálico tintinea.

De seguro que son nativos. Pasan por mi cabeza ideas desagradables.

—¡Sí, socorro!

Algo cruje y zumba y por fin el sonido se desvanece.

—¡Qué diablos! —Voy tambaleándome hacia el lugar donde se encontraban.

—Mire —susurra Ruth detrás de mí—. Allá, cerca de las ruinas.

Miro y veo un pájaro carpintero que nos sobrevuela en un abrir y cerrar de ojos.

¿Un campamento?

Y doy dos zancadas más a ciegas; mis piernas se hunden en la capa de lodo y un aguijón se me clava como si se hubiese introducido un cuchillo para separar la membrana de un tambor. A decir por el dolor que siento en el hígado me doy cuenta de que es la rótula lo que ha resultado afectado. Entonces descubres que tu rodilla ya no se dobla, entonces pruebas de ponerle un peso encima y una bayoneta sube por tu espina dorsal y desencaja las mandíbulas. Pequeños granos aparecen en la superficie sensible de los cartílagos. La rodilla trata de doblarse con esfuerzo y no puede, y piadosamente te vienes abajo.

Ruth me ayuda a volver al sarape.

—Qué tonto, qué gran imbécil soy.

—En absoluto, Don. Fue perfectamente normal. —Encendemos cerillas; sus dedos apartan los míos, explorando—. Creo que está en su lugar, pero se hincha rápidamente. Le pondré un pañuelo mojado encima. Tendremos que esperar a la mañana para comprobar el corte. ¿Cree que eran cazadores furtivos?

—Probablemente —digo, mintiendo. Lo que creo es que son contrabandistas.

Vuelve con un pañuelo de hierbas mojado y envuelve mi rodilla con él.

—Debemos haberles asustado. Aquella luz era tan brillante.

—Alguna partida de caza. La gente hace locuras por estos parajes.

—Quizá vuelvan por la mañana.

—Puede ser.

Ruth estira el sarape mojado y nos volvemos a dar las buenas noches. Ninguno de nosotros hace mención de cómo vamos a volver al avión sin ayuda.

Me acuesto, mirando hacia el punto donde Alfa Centauro centellea y me maldigo por el lío que he organizado. Mi primera idea cede lugar a otra aún menos agradable.

Contrabandeando por aquí hay un par de sujetos en un fuera-borda que llevan un bote de pesca de camarones cerca de los arrecifes. No iluminan el cielo ni tienen ninguna clase de vehículo para recorrer los pantanos. Además hay un campamento... equipado de forma para-militar.

He visto un informe sobre los infiltrados guevaristas que operan en la frontera de Honduras Británica, que está a cien kilómetros —sesenta millas— al sur del punto donde nos encontramos. Justo detrás de aquellas nubes. Si esto es lo que nos observó esta noche, estaré mucho más contento si no vuelven...

Me despierto, solo, en medio de una fuerte lluvia. Mi primer movimiento me confirma que mí pierna es —como esperaba— un bulto gigante que abulta mis pantalones. Me levanto con dolor y veo a Ruth que se levanta de entre los arbustos, mirando hacia la bahía. Un nimbo sólido y húmedo se vierte por el sur.

—No hay aviones hoy.

—Oh, buenos días, Don. ¿Miramos el corte, ahora?

—Es mínimo.

De hecho la piel apenas ha sido rasgada y no hay ningún pinchazo profundo. Algo completamente desproporcionado respecto a la destrucción interior.

—Bien, tienen agua para beber —dice Ruth tranquilamente—. Puede que aquellos cazadores vuelvan de nuevo. Voy a ver si encuentro algún pez; es decir, ¿puedo ayudarle de alguna manera, Don?

Ha tenido mucho tacto. Emito una negativa poco afable y ella se va a sus asuntos privados.

Verdaderamente son privados, ya que cuando me recobro de mis propios esfuerzos sanitarios, está todavía fuera. Finalmente, la oigo chapotear.

—¡Es un pez grande!

Más chapoteos. Después sube al banco de arena con una castañeta de tres libras, y algo más.

Hasta después de que el sucio trabajo de cortar el pescado en filetes haya acabado, no empiezo a darme cuenta de lo que es.

Coge un puñado de broza y de ramitas para ahumar los filetes: sus manos menudas se mueven con rapidez, hay tensión en el labio superior de la mujer. La lluvia ha cesado por el momento; estamos empapados por el agua, pero no sentimos frío. Ruth me trae mi pescado ensartado en una vara de mangle y se sienta hacia atrás sobre sus talones dando un amplio suspiro.

—¿No come conmigo?

—Oh, naturalmente. —Coge un filete de pescado y dice con rapidez—. O tenemos demasiada sal o demasiado poca, ¿verdad? Voy a buscar un poco de salmuera.

Sus ojos se mueven de forma errática.

—Es una buena idea. —Oigo otro suspiro y decido que la «scout» necesita ayuda—. Su hija mencionó que vienen ustedes de Mérida. ¿Han visto mucho de Méjico?

—Realmente no. El año pasado fuimos a Mazatlan y a Cuernavaca...

Deja el pescado y frunce el ceño.

—Y ¿van a ver el Tikál y también a Bonampak?

—No. —De repente salta y se quita el agua de la cara—. Le traeré un poco de agua, Don.

Se desliza por la pendiente y pasado un rato vuelve con un tallo lleno de agua.

—Gracias.

Está de pie por encima de mí, mirando incesantemente hacia el horizonte.

—Ruth, siento decirlo, pero estos tipos no vuelven y probablemente es mejor que sea así. Sea lo que sea lo que pretendían les parecimos un estorbo. Lo más que harán es contar a alguien que estamos aquí. Tardarán dos días en llegar aquí y probablemente por aquel entonces ya estaremos de nuevo en el avión.

—Estoy segura de que tiene razón, Don. —Se pasea junto al fuego de la parrilla.

—Y deje de impacientarse por su hija. Ya es una chica mayor.

—Oh, estoy segura de que Altea está bien... Tienen mucha agua ahora.

Sus dedos tamborilean sobre su muslo. Vuelve a llover.

—Venga Ruth. Siéntese. Cuénteme cosas acerca de Altea. ¿Está cursando aún sus estudios?

Se ríe, con su característica risa mezclada con un suspiro y se sienta.

—Altea se graduó el año pasado. Es programadora de informática.

—Bravo por ella. Y usted, ¿qué trabajo hace para la SSA?

—Estoy en los Archivos de Solicitudes Extranjeras —sonríe mecánicamente, pero su respiración es poco profunda—. Es muy interesante.

—Conozco a un tal Sr. Witting, en contratos, ¿quizá usted le conozca?

Suena completamente absurdo, allí sobre el nido de los cocodrilos.

—Oh sí, conocí al Sr. Witting. Estoy segura de que no me recordaría.

—¿Por qué no?

—No se me recuerda con facilidad.

Su voz suena simplemente fáctica. Naturalmente, tiene toda la razón. ¿Quién era aquella mujer, la Sra. Jannings, Janny, que trabajaba conmigo día a día, durante años? Competente, agradable e impersonal. Tenía un padre enfermo o algo. Pero, maldita sea, Ruth es mucho más joven y más guapa. Hablando comparativamente.

—Puede que la Sra. Parsons no desea que se la recuerde.

Hace un sonido vago, y de repente me doy cuenta de que Ruth no me escucha en absoluto. Sus manos se agarran a sus rodillas y su mirada se dirige tierra adentro hacia las ruinas.

—Ruth, le digo que en estos momentos los amigos de la luz están en el próximo condado. Olvídeles, no les necesitamos.

Sus ojos se vuelven hacia mí como si hubiese olvidado que estaba allí, y lentamente hace una seña afirmativa con la cabeza. Parece como si tuviese que hacer demasiado esfuerzo para hablar. De repente yergue la cabeza y vuelve a ponerse de pie.

—Voy a dar un vistazo a la caña, Don. Creo que oí algo. —Se ha ido con la rapidez de un conejo asustado.

Mientras está fuera trato de levantarme sobre mi pierna buena y el bastón. El dolor es muy intenso; las piernas parece que tengan una especie de línea caliente que va hacia el estómago. Doy un par de zancadas para probar si el Demerol que llevo en el cinturón me hace andar. En el momento en que voy a probarlo, Ruth se aproxima hacia el banco de arena con un pez dando aletazos en sus manos.

—¡Oh no, Don! ¡No! —abraza la palpitante castañeta contra su pecho.

—El agua me quitará parte de mi peso. Quería hacer una prueba.

—¡No debe hacerlo! —dijo Ruth con violencia y, enseguida, controla su voz—. Mire hacia la bahía, Don. No se ve nada.

Me balanceo, tragando bilis y mirando hacia las confusas cortinas de sol y lluvia que se mueven a través del agua. Tiene razón, por Dios. Incluso con dos piernas sanas podríamos vernos con problemas allí.

—Supongo que una noche más no nos matará.

Dejo que me tienda de nuevo sobre el plástico arenoso y da vueltas, sin parar, a mi alrededor, me busca algo duro para recostarme, extiende el sarape sobre los dos bastones para protegerme de la lluvia, me trae otra bebida y va en busca de yesca fresca.

—Encenderé una fogata tan pronto como aclare, Don. Verán el humo y sabrán que estamos bien. Sólo tenemos que esperar. —Una sonrisa alentadora—. ¿Hay algo que podamos hacer para que esté más cómodo?

Por todos los santos: jugando a papas y mamas en un lodazal. Durante un momento fugaz me pregunto si la Sra. Parsons no tiene ciertos propósitos acerca de mi persona. Después deja escapar otro suspiro y se sienta de nuevo sobre los talones, con la mirada atenta. Inconscientemente su trasero se menea un poco. Mi oído recoge la palabra clave: espere.

Ruth Parsons está esperando. En realidad actúa por encima de cualquier otra cosa, como si estuviese esperando algo. ¿Por qué? ¿Está esperando a alguien que nos saque de aquí? ¿Qué más?... Pero ¿por qué estaba tan horrorizada cuando me levanté para probar de andar? ¿Qué razón había para tanta tensión?

Mi paranoia se pone en marcha. Empiezo a recordar minuciosamente. Hasta el momento en que alguien apareció ayer noche, quienquiera que fuese, me imagino que la Sra. Parsons estaba normal. De todas maneras estaba tranquila y actuaba con sensatez. Ahora está zumbando como un cable de alta tensión. Y parece que desea permanecer aquí y esperar. ¿Como si se tratase de un pasatiempo intelectual? ¿Por qué?

¿Había venido aquí a propósito? De ninguna manera. Donde ella tenía planeado ir era a Chetumal, que está en la otra frontera. Déjeme pensar, Chetumal está al otro lado de Tikal. Pongamos que la escena es que ella tenía que encontrar a alguien en Chetumal. Alguien que forma parte de una organización. De forma que en estos momentos su contacto en Chetumal sabe que se ha retrasado. Y cuando aquellos tipos aparecieron la noche pasada, algo le sugirió que eran parte de la misma organización. ¿Y ella espera que aten cabos y vuelvan a por ella?

—¿Puede dejarme el cuchillo, Don? Limpiare el pescado.

Con lentitud le paso el cuchillo, en pugna con mi subconsciente. Una mujercita tan decente, una buena «scout». Mi problema es que me he topado con demasiados profesionales ágiles con aspecto vulgar y estereotipado. *No se me recuerda mucho.*

¿Qué hay en los Archivos de Asuntos Extranjeros? Witting maneja contratos clasificados. Grandes cantidades de dinero; negociaciones en moneda extranjera, listas de precios de productos, tecnología industrial varia. O —sólo como hipótesis— podía ser algo tan simple como un fajo de billetes con el modesto color beige de Ventura para cambiarlos por un paquete de Costa Rica, pongamos por caso. Si ella era un mensajero, querrían que llegase el avión. ¿Y entonces qué ocurrirá conmigo y quizá con Esteban? Nada bueno, seguro.

La observo mientras corta el pescado, su frente está fruncida por el esfuerzo, sus dientes muerden los labios. La Sra. Ruth Parsons de Bethesda, esa monótona y reservada mujer. ¿Qué locuras se me ocurren? Verán nuestro humo...

—Aquí tiene su cuchillo, Don. Lo he lavado. ¿Le duele mucho la pierna?

Borro las fantasías de mi mente y veo a una mujercita asustada en un pantano de mangles.

—Siéntese, descanse. Está agotada.

Obedece y se sienta, como una chica en un sillón de dentista.

—Teme por Altea. Y, probablemente, ella está preocupada por usted. Estaremos de regreso mañana por nuestro propio pie, Ruth.

—Honradamente, no estoy preocupada en absoluto, Don. —Su sonrisa se desvanece; se mordisquea el labio y mira con el ceño fruncido hacia la bahía.

—¿Sabe, Ruth?, me sorprendió cuando se ofreció para venir conmigo. No es que no lo apreciase. Pero más bien pensé que le inquietaría tener que dejar a Altea. sola con el bueno de nuestro piloto, quiero decir. ¿O fue solamente por mí?

Por fin, esta frase le llama la atención.

—Creo que el Capitán Esteban es un gran tipo.

Estas palabras me sorprenden un poco. ¿No es más corriente contestar «Confío en Altea», o incluso en un tono más airado, «Altea es una buena chica?»

—Es un hombre. Daba la impresión de que a Altea le parecía interesante.

Sigue mirando la bahía. Y en aquel momento veo cómo su lengua se dispara como un látigo y humedece el prensil labio superior. Al propio tiempo un rubor repentino se hace aparente en sus orejas y en su garganta y una de sus manos frota suavemente uno de sus muslos. ¿Qué es lo que ve en la llanura?

¡Ajá!

Los brazos de caoba del Capitán Esteban estrechando el cuerpo de perla de la Srta. Altea Parsons. Las arcaicas fosas nasales del Capitán Esteban resollando en el tierno cuello de la Srta. Parsons. Las cobrizas nalgas del Capitán Esteban bombeando en el cremoso trasero vuelto hacia arriba de Altea. La hamaca rebota muy bien. Los mayas lo saben.

Bien, bien. Así es que la Madre Clueca tiene sus pequeñas artimañas. Me siento como tonto de remate y fuertemente irritado. Ahora me doy cuenta de que incluso la lujuria vicaria tiene mucho que hacer aquí, entre el barco y la lluvia. Me calmo, recordando cómo la Srta. Altea, la programadora de informática, nos había despedido

diciéndonos adiós con la mano, de forma tranquila. ¿Enviaba a su madre a andar conmigo a trompicones a través de la bahía para que pudieran programarla en maya? Me vienen a la memoria los troncos de caoba hondureños penetrando y saliendo de la arena opalescente. En el momento en que me dispongo a sugerir a la Sra. Parsons que a lo mejor prefiere compartir mi cobertizo, observa serenamente:

—Parece que los mayas son unos tipos magníficos. Supongo que Ud. se lo dijo así.

Un sentimiento de complicidad se me viene encima, junto con la lluvia. *Tipo*, como en la cría de ganado, línea sanguínea, semental. ¿Se supone que yo había certificado que Esteban no solamente era un semental, sino un transmisor pura sangre?

—Ruth, ¿me está diciendo que está preparada para aceptar a un nieto medio indio?

—¿Por qué no, Don?, es una decisión de Altea, ¿sabe?

Mirando a la madre, me imagino que así es. ¡Un brindis por las gónadas de caoba!

Ruth se ha vuelto a escuchar el viento, pero no voy a permitir que deje el asunto tan fácilmente. No, después de todo ese vivo *noli me tangere*.

—¿Qué pensará el padre de Altea?

Su rostro se vuelve con rapidez hacia mí, con verdadera sorpresa.

—¿El padre de Altea? —Dibuja una media sonrisa complicada—. No le importará.

—¿Él también lo aceptará, no? —Veo cómo mueve la cabeza como si una mosca le estuviese molestando y añado con toda la malicia de un lisiado—: Su esposo debe ser un gran tipo.

Ruth me mira, echa hacia atrás su pelo mojado, con un movimiento brusco. Tengo la impresión de que la silenciosa Sra. Parsons está rugiendo fuera de control, pero su voz es tranquila.

—No hay ningún Sr. Parsons, Don. Nunca lo hubo. El padre de Altea era un estudiante de medicina danés... Creo que se ha hecho muy famoso.

—Oh. —Algo me advierte de que no debo decir lo siento—. ¿Quiere decir que no conoce la existencia de Altea?

—No —sonríe, sus ojos brillan y se mueven con vivacidad.

—Parece que para ella debe resultar duro.

—Crecí muy feliz en las mismas circunstancias.

¡Pump!, me quedo medio muerto. Bien, bien, bien. Una imagen chusca aparece en mi mente: generaciones de mujeres Parsons solitarias seleccionando sementales, haciendo viajes de fecundación. Bien, he oído que el mundo toma esta orientación.

—Será mejor que eche un vistazo a la caña de pescar.

Se va. El resplandor desaparece. No. No hay contacto. Adiós, Capitán Esteban. La pierna me molesta mucho. Al diablo con los programados orgasmos a larga distancia de la señora Parsons.

Después de esto no hablamos mucho, lo que al parecer le va bien. El maldito día se arrastra lentamente. Chubasco tras chubasco cae sobre nosotros. Ruth ahúma algunos filetes más, pero la lluvia ahoga el fuego; parece que cae con más fuerza en el mismo momento en que el sol está a punto de reaparecer. Finalmente se viene a sentar bajo mi sarape, pero no hay calor allí. Me adormezco, consciente de que de vez en cuando se levanta para mirar a su alrededor. Mi subconsciente nota que aún está crispada. Le digo a mi subconsciente que lo olvide.

De repente me despierto y le veo garabateando con el lápiz sobre las páginas mojadas de una libretita de notas.

—¿Qué es eso, la lista de la compra para los cocodrilos?

Sonríe de forma automática y educada.

—Oh, se trata simplemente de una dirección. En caso de que nosotros... Soy tonta, Don.

—Bien. —Me incorporo con viveza—. Ruth, deje de preocuparse. Créame. Pronto estaremos libres de esto. Tendrá una gran historia que contar.

No levantó la vista.

—Sí... creo que sí.

—Venga, mujer, lo estamos pasando bien. No hay ningún peligro real aquí, ¿sabe? A menos que sea alérgica al pescado.

Otra risa infantil, pero hay en ella un leve temblor.

—A veces pienso que me gustaría... irme realmente lejos.

Para hacer que siga hablando le digo lo primero que me pasa por la cabeza:

—Dígame, Ruth. Siento curiosidad sobre el porqué se ha enclaustrado en esta clase de vida solitaria, en Washington. Quiero decir que una mujer como usted...

—¿Debería casarme? —suspira, al tiempo que vuelve a poner la libretita en su bolsillo mojado.

—¿Por qué no? Es la forma normal de tener compañía. No me diga que trata de ser una especie de profesional del odio masculino.

—¿Lesbiana, quiere decir? —su risa suena mejor—. No, no lo soy.

—Bien, pues cualquiera que fuera el trauma que pasó, estas cosas no duran toda la vida. No pueden odiar a todos los hombres.

Vuelve la sonrisa.

—Oh, no hubo ningún trauma, Don, y no odio a los hombres. Sería tan tonto como odiar al tiempo. —Echa una mirada de reojo a la lluvia.

—Creo que les tiene inquina. Incluso se comporta conmigo como si fuera un fantasma.

En un tono dulce, como el de una gata, me dice:

—Hábleme de su familia, Don.

Tocado. Le doy la versión oficial del porqué no tengo familia, y me dice que lo siente de verdad. Y charlamos acerca de la buena vida que puede disfrutar una persona sola, y de cómo ella y sus amigos disfrutaban de las obras de teatro, de los

conciertos y de los viajes, y uno de ellos es cajero jefe de Ringling Brothers, ¿qué hay sobre él?

Pero se repite y se repite, como un disco rayado y, en las pausas, su mirada se vuelve hacia el horizonte y presta atención a algo que no es mi voz. ¿Qué le ocurre? Bien, ¿qué hay de malo en que cualquier mujer de mediana edad con una cama vacía que se comporte repentinamente de modo poco convencional? Y sin riesgo. Un viejo hábito mental me señala despiadadamente que la Sra. Parsons representa lo que se conoce como el clásico blanco de penetración.

—Hay muchas más oportunidades ahora. —Su voz se va perdiendo poco a poco.

—Un hurra por la libertad de la mujer.

—La libertad. —Se adelanta con impaciencia y estira el sarape—. Oh, estamos predestinadas.

La palabra apocalíptica llama mi atención.

—¿Qué quiere decir con la palabra predestinadas?

Me mira como si no estuviera en mis cabales y dice vagamente:

—Oh...

—¿Venga, por qué predestinadas? ¿No tienen las mujeres los mismos derechos?

Hay un largo momento de vacilación. Cuando vuelve su voz es distinta.

—Las mujeres no tienen derecho, Don, excepto los que los hombres nos otorgan. Los hombres son más agresivos y poderosos y ellos rigen el mundo. Cuando se encuentren ante la próxima gran crisis nuestros llamados derechos se desvanecerán como... como el humo. Volveremos a ser como siempre: una propiedad. Y todo lo que haya ido mal se cargará a cuenta de nuestra libertad, como ocurrió con la caída de Roma. Verá.

Todo esto lo dice en un tono grave, con total convencimiento. La última vez que oí este tono, el que lo emitía explicaba que tenía que guardar en los cajones de su archivo palomas muertas.

—Eso no es más que fantasía. —Su voz se mantiene aún tranquila—. Las mujeres no actuamos de esta manera. Somos un mundo sin colmillos. —Mira a su alrededor como si deseara dejar de hablar—. Lo que hacen las mujeres es sobrevivir. Vivimos una o dos a la vez en su máquina de mover el mundo.

—Suenan como una guerrilla.

No estoy bromeando; estamos en la madriguera de cocodrilos. Me pregunto si no perdí demasiado tiempo pensando en los troncos de caoba.

—Las guerrillas tienen alguna esperanza. —De repente consigue una sonrisa franca—. Piense en las zarigüeyas, Don. ¿Sabía que hay zarigüeyas que viven en todas partes? Incluso en Nueva York.

Devuelvo la sonrisa y siento en mi cuello como si tuviese un agujijón. Pensaba que era yo el que estaba paranoico.

—Los nombres y las mujeres no son especies distintas, Ruth. Las mujeres hacen todo lo que hacen los hombres.

—¿De veras?

Nuestras miradas se encuentran, pero parece como si estuviese viendo fantasmas en la lluvia entre nosotros. Murmura algo, que podría ser «Dios mío» y aparta la mirada.

—Todas las guerras interminables... —Su voz es un susurro—. Todas las enormes organizaciones autoritarias para hacer cosas irreales. Los hombres viven para luchar unos contra otros; nosotras somos parte del campo de batalla. No cambiará jamás, a menos que ustedes cambien todo el mundo. A veces sueño escapar. —De repente se contiene y cambia de tono—. Perdóneme, Don, es tan estúpido decir esto...

—Los hombres también odian las guerras, Ruth —digo con tanta suavidad como puedo.

—Lo sé. —Se encoge de hombros y se pone en pie—. Pero ése es un problema suyo, ¿verdad?

Final de la comunicación. La Sra. Parsons ni siquiera vive en el mismo mundo que yo. Observo cómo se mueve incesantemente, con la cabeza vuelta hacia las ruinas. Una locura como aquélla podría tener que añadirse al asunto de las palomas muertas, lo cual representaría un problema para la GSA. Podría llevar a creer en algún bromista que había prometido cambiar todo el mundo. Lo cual podría convertirse en mi problema si uno de ellos estuvo la noche pasada en el campamento, hacia el que sigue mirando. *Las guerrillas tienen alguna esperanza...*

Tonterías. Cambio de postura y veo que el cielo parece aclararse a medida que se pone el sol. Por fin el viento también se está aquietando. Es insensato pensar que esta mujercita está elaborando una fantasía en este pantano. Pero el grupo de ayer por la noche no era una fantasía; si aquellos muchachos tenían alguna relación con ella, yo estaré en medio. No se podía encontrar un lugar más apropiado para cargarse a alguien. ¿Quizás algún guevarista fuese un gran tipo?

Absurdo. Seguro. Lo único más absurdo sería haber sobrevivido a dos guerras y encontrar mi final en manos del amigo de una bibliotecaria loca, en un viaje de pesca.

Un pez aletea en la corriente a nuestros pies, Ruth se mueve con tanta rapidez que tira el sarape.

—Vale más que encienda el fuego —dice, con la mirada dirigida al llano y la cabeza erguida, en actitud de alerta.

Bien, probemos.

—¿Esperando compañía?

La pregunta la deja petrificada. Se queda helada, y sus ojos giran hacia mí como en un primer plano de una película de terror. Veo que se decide a sonreír.

—¡Oh, nunca se sabe! —ríe de forma complicada, sus ojos permanecen inalterados—. Voy a buscar maleza para encender el fuego. —Se escurre entre los matorrales.

Nadie, tanto si es paranoide como si no lo es, puede llamar normal a *aquella*

reacción.

Ruth Parsons o es psicótica o está esperando que algo ocurra —y no tiene nada que ver conmigo; yo la asusto.

Bien, puede que esté loca. Y puede que yo esté equivocado, pero hay algunos errores que sólo se cometen una vez. De mala gana desabrocho mi cinturón, diciéndome que si pienso lo que pienso, mi única salida es poner en marcha mi pierna como sea y alejarme tanto como pueda de la Sra. Ruth Parsons antes de que llegue quien sea que espere.

En mi cinturón hay también una pistola del calibre treinta y dos que Ruth no conoce, y ya a seguir allí. Mi programa de vida deja los disparos para la TV y señala la necesidad de estar en otra parte cuando se caiga el techo.

Puedo pasar una noche segura y al propio tiempo horrible en uno de aquellos mangles..., ¿estoy loco?

En aquel momento Ruth se levanta y mira descaradamente tierra adentro, con la mano a modo de pantalla sobre sus ojos. Después esconde algo en el bolsillo y me siento a la espera, mientras Ruth trastea con el fuego, mirando a hurtadillas cuando cree que no la veo.

El mundo llano de nuestro alrededor se ve envuelto por una luz sobrenatural ámbar y violeta, al tiempo que el primer desentumecimiento pasa por mi pierna. Ruth se arrastra por debajo de los arbustos para recoger más ramas secas; puedo ver sus pies. Bien, cojo mi bastón.

De repente, el pie resbala y Ruth lanza un grito —o más bien su garganta emite un Uh-uh-hhh que significa puro horror. El pie desaparece entre el ruido de los tallos.

Me pongo en pie sobre la muleta y veo en la otra orilla una escena que me deja helado.

Ruth se agacha en el arrecife, apretando su estómago. Están una yarda más abajo, en una embarcación que se desliza por el río. Mientras estaba formulando estúpidas conjeturas, sus amigos se habían deslizado debajo de mis narices. Son tres.

Son altos y blancos. Trato de verlos, son como hombres vestidos con una especie de pijama blanco. El que está más cerca de la orilla alarga un brazo largo y blanco hacia Ruth. Ella salta y se aparta. El brazo se alarga y la sigue. Pequeños objetos negros culebrean en su extremo. Miro en el punto donde deberían estar sus rostros y veo unos discos huecos y negros con bandas verticales. Las bandas se mueven con lentitud...

No hay ninguna posibilidad de que sean humanos o pertenecientes a ninguna especie conocida por mí. ¿A quiénes ha conjurado Ruth?

La escena es totalmente silenciosa. Parpadeo una y otra vez; esto no puede ser real. Los dos que están en el fondo del bote están retorciendo sus brazos alrededor de un aparato colocado en un trípode. ¿Un arma? De repente oigo la misma voz confusa que oí la noche pasada.

—De... me —gime—. De... me...

Dios mío, sea lo que sea es real. Estoy aterrado. Mi mente trata de no formular juicio alguno.

Y Ruth, cielos, Ruth también está aterrada; está en el margen del río, lejos de ellos, con la boca abierta ante los monstruos del bote, quienes sin duda no son amigos de nadie.

Ella abraza algo contra su cuerpo. ¿Por qué no se vuelve y viene hacia mí?

—De... e... me. —Este gruñido viene del trípode—. Por fa... a... vor démelo.

La embarcación se mueve corriente arriba, hacia la posición de Ruth. El brazo se ondula hacia ella, sus dedos negros se cierran. Ruth trepa hacia lo alto de la orilla.

—¡Ruth! —Mi voz se quiebra—. ¡Ruth, baje y colóquese detrás de mí!

Ella no me mira, sigue deslizándose cada vez más lejos. Mi terror se convierte en enfado.

—¡Vuelva aquí! —Con mi mano libre saco la pistola del 32 del cinturón.

El sol se ha puesto.

No se vuelve, se endereza con cautela, abrazando aún el objeto. Veo cómo sus labios empiezan a moverse.

¿Trata de *hablarles*?

—Por favor... —dice con lentitud—. Por favor, háblenme. Necesito su ayuda.

—¡RUTH!

En ese momento el monstruo blanco más cercano traza con rapidez una gran curva en S y se dirige hacia ella, ocho pies de horrible nieve ondulante. Y yo disparo contra Ruth.

Tardo un minuto en saberlo. He tirado de la pistola con tal fuerza que mi bastón ha resbalado, me ha hecho perder el equilibrio y ha cambiado la dirección de mi disparo. Me tambaleo, mientras oigo a Ruth gritando:

—¡No! ¡No! ¡No!

La criatura se vuelve a su embarcación y Ruth está aún lejos, apretando algo contra sí. La sangre le baja por el codo.

—¡Deténgase, Don! ¡No están atacando!

—¡Por Dios Santo! ¡No sea loca, no puedo ayudarla si no se aparta de ellos!

No responde. Nadie se mueve. No se oye nada excepto el zumbido de un reactor que pasa por encima nuestro. En la corriente oscura, bajo mis pies, las tres figuras blancas se mueven incesantemente; tengo la sensación de que son discos de radar que me enfocan. La palabra se forma en mi mente:

Extraterrestres.

¿Qué hago, llamo al Presidente? ¿Los capturaré con una sola mano y mi pistola? ... Estoy solo en el confín de una tierra de nadie, con una sola pierna y mi cerebro atiborrado de clorhidrato de meperidina.

—Por fa... a... vor —su máquina balbucea de nuevo—. Qué... e... pas...

—Nuestro avión cayó —dice Ruth, con voz clara, pero misteriosa. Señala al reactor, a lo lejos hacia la bahía—. Mi hija está allí. Por favor, llévennos *allí* en su

embarcación.

Dios mío. Mientras gesticula, miro el objeto que abraza con su brazo herido. Es metálico, como una gran cabeza centelleante de un distribuidor. ¿Qué...?

Esperen un momento. Esta mañana; cuando esta mañana estuvo fuera tanto tiempo, puede que encontrase aquel objeto. Algo que dejaron abandonado. O lo dejaron caer. Y lo escondió sin decírmelo. Por eso se iba hacia aquel grupo de arbustos y le echaba miradas furtivas. Esperando. Y los propietarios volvieron y la sorprendieron. Ellos lo quieren. Ella esta tratando de pactar, Dios mío.

—Agua —Ruth señala de nuevo—. Llévennos. A mí y a él.

Las caras negras se vuelven hacia mí, ciegas y horribles. Más tarde puede que me sienta agradecido por este «nosotros». Ahora no.

—Tire su pistola, Don. Nos ayudarán.

Su voz es débil.

—Por todos los diablos. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—¡Por Dios!, ¿qué importa? Tiene miedo —les grita—. ¿Pueden comprender?

En la luz del crepúsculo Ruth resulta tan extraña como ellos. Los seres de la embarcación parlotean entre sí. Su caja empieza a gimotear.

—Es... s... tu... dian... te —entiendo—. Estudiando... no hacemos daño... nos... —Se desvanece en un murmullo y dice—: De... e... nos... nos... marchamos... —Estudiantes amantes de la paz en viaje de intercambio cultural a nivel interestelar. ¡Oh, no!

—¡Traiga este objeto aquí, Ruth; en seguida!

Pero ella desciende y se dirige a ellos, diciendo:

—Llévenme.

—¡Espere! Necesita un torniquete en ese brazo.

—Lo sé. Deje la pistola, Don.

En ese momento se encuentra delante de la embarcación, cerca de ellos; No se mueven.

—Dios mío.

Lentamente, de mala gana, dejo caer la pistola. Cuando inicio la bajada del desnivel me encuentro con que estoy flotando; la adrenalina y el Demerol son una mala mezcla.

La embarcación se desliza hacia mí; Ruth, encorvada, tiene agarrado el objeto y sostiene su brazo. Los extraterrestres están en la popa, detrás de su trípode, lejos de mí. Me doy cuenta de que la embarcación está camuflada con pintura marrón y verde. El mundo a nuestro alrededor es de un tono azul intenso.

—Don, traiga la bolsa de agua.

Mientras arrastro la bolsa de plástico se me ocurre pensar que realmente Ruth está chiflada, el agua no es necesaria ahora. Pero mi propio cerebro parece que también sufre una sobrecarga. Todo lo que puedo vislumbrar es un brazo de goma blanca con dedos negros como gusanos agarrando el extremo del tubo anaranjado y ayudándome

a llenarlo.

—¿Puede subir, Don?

Al levantar mis piernas entumecidas, dos largos tubos blancos vienen hacia mí. No, vosotros, no. Doy un brinco y voy a caer al lado de Ruth. Ella se aparta. Se empieza a oír un zumbido chirriante. Proviene de una cuña en el centro de la embarcación. Y nos movemos, deslizándonos hacia las hileras de mangles oscuros.

Miro distraídamente a la cuña. ¿Secretos tecnológicos de los extraterrestres? No puedo ver ninguno, el foco de energía está debajo de aquella cubierta triangular de dos pies de longitud. Los dispositivos del trípode son igualmente crípticos, excepto uno, que tiene una lente grande. ¿Es su luz?

Cuando nos encontramos en la bahía abierta el zumbido se hace más fuerte y navegamos cada vez con mayor rapidez. ¿A treinta nudos? Es difícil de calcular en la oscuridad. Su casco tiene el aspecto de un triedro modificado, muy parecido al nuestro, pero de base más plana. Pongamos que tiene veintidós pies. Por mi cabeza bullen planes para hacerme con él. Necesitaré a Esteban.

De repente, un gran torrente de luz blanca que proviene del trípode nos barre, borrándonos a los extraterrestres que se hallan en la popa. Veo a Ruth tirando de un cinturón alrededor de su brazo, abrazando aún aquel cacharro.

—Yo se lo ataré.

—Está bien.

El dispositivo de los extraterrestres brilla ligeramente. Me inclino para mirarlo y susurro:

—Démelo; se lo pasaré a Esteban.

—¡No! —Se aparta repentinamente, casi se va al otro lado de la embarcación—. ¡Es suyo, lo necesitan!

—¿Qué? ¿Está loca? —Estoy tan sorprendido por esta idiotez que tartamudeo—: Tenemos que..., tenemos...

—No nos han hecho ningún daño. Estoy segura que podrían hacérselo.

Sus ojos me contemplan con una intensidad feroz; a la luz su rostro tiene una expresión lunática. Entumecido como estoy, me doy cuenta de que la maldita mujer está dispuesta a tirarse por la borda de nuevo. Con el objeto extraterrestre.

—Creo que son amistosos —murmura.

—¡Por todos los santos, Ruth, son extraterrestres!

—Estoy acostumbrada —dice en tono distraído—. ¡Hemos llegado a la isla! ¡Paren! ¡Paren aquí!

La embarcación reduce la velocidad y gira. Una masa en el follaje tiene aspecto de hojalata, tiene el brillo del metal; es el avión.

—¡Altea! ¡Altea! ¿Estás bien?

Gritos y movimiento en el avión. El agua está alta, flotamos por encima del nivel. Los extraterrestres nos mantienen en primera línea y se esconden detrás de la luz. Veo una figura que chapotea hacia nosotros y otra oscura detrás, que viene más despacio.

Esteban debe sentirse sorprendido por aquella luz.

—El Sr. Fenton está herido, Altea. Estas gentes nos trajeron, con el agua. ¿Están bien?

—Estupendo. —Altea avanza torpemente, mirando fijamente, con excitación—. ¿Estás bien? ¡Qué luz!

Automáticamente, inicio el gesto para darle la estúpida bolsa de agua.

—Déjela para el Capitán —dice Ruth con voz firme—. ¿Altea, puedes subir al bote? Rápido, es importante.

—¡Subir!

—¡No no! —protesto yo, pero la embarcación cabecea cuando Altea trepa y cae dentro.

Los extraterrestres se inquietan y su caja de habla empieza a gemir.

—De... e... nos... ahora... denos...

—¿Qué pasa? —La cara de Esteban aparece a mi lado, mirando de soslayo y con fiereza a la luz.

—Agárrelo, cójaselo... lo que ella tiene —pero la voz de Ruth domina a la mía:

—Capitán, saque al Sr. Fenton de la embarcación. Se ha herido en la pierna. Dése prisa, por favor.

—¡Por Dios, espere! —grito, pero un brazo me agarra por la cintura. Cuando un maya le agarra a uno, le levanta. Oigo a Altea que dice: «¡Madre, tu brazo!», y caigo entonces sobre Esteban.

Nos tambaleamos en el agua que llega hasta mi cintura; no siento mis pies en absoluto.

Cuando me pongo en pie, el bote está a varias yardas de distancia, las dos mujeres, con las cabezas una junto a la otra, se dicen algo al oído.

—¡Cójalas! —Me suelto de un tirón de Esteban y camino vacilando hacia delante. Ruth está de pie en el bote, de cara a los extraterrestres invisibles.

—Llévennos con ustedes. Por favor. Queremos ir con ustedes, lejos de aquí. — Los extraterrestres gorjean furiosamente detrás de la luz—. Por favor, llévennos. No nos importa saber cómo es su planeta; aprenderemos; haremos cualquier cosa. No les causaremos ningún problema. Por favor. Oh, por favor.

La embarcación está cada vez más lejos.

—¡Ruth! ¡Altea! Están locas, esperen. —Pero solamente puedo arrastrar los pies en el cieno, como en una pesadilla, mientras oigo la maldita voz de la caja jadeando: «No vendremos... más... no vendremos...»

El rostro de Altea se vuelve hacia la voz, con la boca abierta.

—Sí, comprendemos —grita Ruth—. No queremos volver. Por favor, ¡llévennos con ustedes!

Grito, y Esteban pasa por mi lado chapoteando y gritando también algo sobre la radio.

—Sííí —gime la voz.

Ruth se incorpora repentinamente, agarrando a Altea. En aquel momento, Esteban se coge al borde de la embarcación.

—¡Deténgales, Esteban! No deje que ella se vaya.

Me mira de soslayo por encima del hombro, y me doy cuenta de su total desinterés. He echado una larga mirada a la pintura del camuflaje de la embarcación y a la ausencia del aparejo de pesca. Hago un esfuerzo desesperado y resbalo de nuevo. Cuando me incorporo, Ruth dice:

—Nos vamos con esta gente, Capitán. Por favor, coja su dinero de mi bolso, está en el avión. Y dé esto al Sr, Fenton.

Le entrega algo pequeño; la libretita de notas. La coge con cuidado.

—¡Esteban! ¡No...!

Ha soltado la embarcación.

—Muchas gracias —dice Ruth, cuando empieza a navegar.

Su voz tiembla; la eleva:

—No habrá ningún problema, Don. Por favor, envíe el cable. Es para una amiga mía, ella cuidará de todo. —Añade la nota cómica de la noche—. Es una gran persona; es la directora de la escuela de puericultura de N.I.H.

Cuando la embarcación es arrastrada por la corriente oigo a Altea que añade algo que suena como «Conforme».

Dios mío... Al minuto siguiente empieza el zumbido; la luz se desvanece rápidamente. Lo último que veo de la señora Ruth Parsons y de la señorita Altea Parsons son dos sombras pequeñas contra la luz, como dos zarigüeyas. La luz desaparece, el zumbido se hace cada vez más tenue; se van alejando, hasta perderse en la lejanía.

En el agua negra, a mi lado, Esteban les manda a todos a «chingarse».

—Amigos, o lo que sean —le digo—, parece que ella quería irse con ellos.

Mantiene absoluto silencio, mientras me lleva de nuevo al avión. Él sabe lo que puede haber pasado aquí mejor que yo y los mayas tienen su propio programa de longevidad. Su aspecto parece haber mejorado. Al entrar veo que la hamaca ha vuelto a ser colocada en su lugar.

Por la noche —de la que tengo escaso recuerdo— el viento cambia y a las siete y media de la mañana siguiente el Cessna hace crujir la arena, bajo un cielo despejado.

De noche estamos de regreso en Cozumel. El Capitán Esteban acepta sus honorarios y se marcha expeditivamente a tratar sobre las cuestiones del seguro. Dejo las maletas de las señoras Parsons a un agente del Caribe, a quien le importa muy poco. Envío el cable a la señora Priscilla Hayes Smith, también de Bethesda. Me voy a un médico y a las tres de la tarde estoy sentado en la terraza del Hotel Cabañas con una pierna abultada y un whisky doble, tratando de comprender todo el asunto.

El cable decía: *Altea y yo aprovechamos la extraordinaria oportunidad de viajar. Nos vamos durante varios años. Por favor, cuida de nuestros asuntos. Un abrazo,*

Ruth.

Lo había escrito por la tarde, ¿saben?

Pido otro doble, deseando que ojalá hubiese echado una buena mirada a aquel objeto. ¿Tenía una etiqueta que decía fabricado por los Betergensios? No importa lo fantástico que fuera, ¿cómo puede una persona ser tan sumamente loca como para imaginar...?

No solamente esto, sino esperar, planear... Me gustaría irme lejos... Esto es lo que estuvo haciendo durante todo el día. Aguardando, esperando, pensando en cómo recoger a Altea. Para irse a un mundo extraño.

Con mi tercer whisky inicio un chiste sobre las mujeres locas, pero mi corazón no lo siente. Y estoy seguro de que no habrá ningún problema. Dos mujeres humanas, una de ellas posiblemente preñada, se han marchado, me imagino que hacia las estrellas; y la sociedad ni se habrá dado cuenta. Me pregunto si todos los amigos de la señora Parsons están siempre a punto de cualquier eventualidad, incluida la de dejar la Tierra. ¿Y se las arreglará la señora Parsons de alguna manera para enviar a buscar a la señora Priscilla Hayes Smith, esa gran persona?

Pido otro largo, mientras pienso en Altea. ¿Qué soles mirará? Verá el vástago de ojos endrinos de Esteban, si es que lo hay. «Sube Altea, partimos para Orion.» «Sí, mamá.» ¿Es éste un sistema de educación? *Vivimos una o dos a la vez en su máquina de mover el mundo. Estoy acostumbrada a los extraterrestres.* Tenía medido el significado de sus palabras. Demencial. ¿Cómo podía una mujer escoger el vivir entre monstruos desconocidos, decir adiós a su casa, a su mundo?

A medida que los whiskíes hacen su efecto, todo el escenario dantesco se disipa hasta convertirse en dos pequeñas formas sentadas una al lado de la otra, bajo una extraña y declinante luz.

Faltan dos de nuestras zarigüeyas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

LAS RUINAS DE MI CEREBRO por *Philip José Farmer*

LA MUERTE DEL DR. ISLA por *Gene Wolfe*

LOS QUE SE ALEJAN DE OMELAS por *Ursula K. Le Guin*

BRECKENDRIDGE Y EL CONTINUUM por *Robert Silverberg*

EL SATÉLITE TRAVIESO por *Alfred Bester*

LAS MUJERES QUE LOS HOMBRES NO VEN por *James Tiptree, Jr.*